

Rocío Castrillo

# *Ellas* *y el* SEXO♂



Prólogo de Vampirella

# **ELLAS Y EL SEXO**

**Rocío Castrillo**

## **SINOPSIS**

Wynie recibió los cuarenta años en forma de un cataclismo que amenazaba con destruir todo aquello por lo que había luchado a lo largo de su vida. Atemorizada por su marido, Emi vio la suya en peligro y una madrugada huyó del domicilio familiar con sus dos hijas adolescentes. A Olivia, su cónyuge

le pidió un tiempo de reflexión y todo el mundo menos ella sabía que pasaba ese tiempo metido en la cama con una abogada, junto a la que diseñó el plan para despojarla de la fortuna que habían generado juntos. Después de dos matrimonios fallidos, Katty buscaba en las barras de los bares y en los portales de contactos de Internet al hombre que la hiciera feliz dentro y fuera de la cama, al otro yo junto al que despertar cada mañana.

A las mujeres libres

y

a los hombres que han desterrado  
el machismo de sus vidas

# ÍNDICE

## ELLAS Y EL SEXO

### PRÓLOGO

Mujeres con historia

### PREFACIO

Las últimas horas de Marina

### PRIMERA PARTE

#### ELLAS

#### SUS AMANTES

El Polaco, un maestro en el arte de amar

El Principito, amor platónico

El Profesor de Matemáticas: el amante duradero

Ése, el amor prohibido y esquivo

El de 28, amor inalcanzable

El Joven Faraón

El amante belga, turbadora pasión

El Psiquiatra, doloroso desengaño

## SEGUNDA PARTE: EL SEXO

La chispa de la pasión y la odisea del querer

Escenarios de conversaciones y correrías

¿El tamaño importa?

Amantes casados

El vigor de la juventud

Furor en Las Bahamas

Año nuevo, amantes nuevos

Citas por Internet

El artista de la lengua

El color y la potencia

Reencuentros

Tríos

Furor veraniego

Relaciones y decepciones

La fuerza del sexo

Fantasías y anhelos

## EPÍLOGO

Una década después

# PRÓLOGO

## Mujeres con historia

**Por Paloma Aznar,  
"Vampirella".**

Sí, con historia y con DESEO. "Vivimos condenados a desear lo que nos es negado", escribió San Juan de la Cruz. Años después, Cavafis, en un conmovedor poema, le replicó que no hay nada más hermoso que lo nunca poseído, lo único que puede ser eternamente

deseado.

Mujeres que intentan burlarse de las normas y romper candados. Un libro dedicado a las mujeres libres. Devoradoras y soñadoras que pueden permitirse cambiar, probar, elegir, jugar, gozar, desordenar las cosas o ponerlas en su sitio.

Eros y Tánatos. La novela comienza en un hospital madrileño, con la muerte de Marina, una mujer acompañada en los últimos momentos por sus dos mejores amigas, cuyos matrimonios acaban de romperse, dispuestas a disfrutar de la vida. La pareja pronto se



transforma en cuarteto de mujeres que rondan los cuarenta, independientes y divertidas: **Wynie** (periodista enfrentándose a una de las peores crisis de los medios de comunicación), **Emi** (maltratada y humillada por un ex marido alcohólico, dirige la revista de moda y decoración más vendida), **Olivia** (divorciada de un rico empresario y madre de un crío de siete años, tan fiestera como enamoradiza) y **Katty** (conocida modelo que atraviesa un mal momento profesional y personal). Un grupo sólido de amigas, aunque no idílico, pues a menudo se ve amenazado

por la envidia o por enfados que lo agrietan, mas nunca logran romperlo. Y vamos a seguir a las mujeres que lo forman durante diez años de sus vidas.

Erotismo, amor, humor, pasión, anhelos, fantasías, el paso del tiempo, la frustración y, sobre todo, el DESEO, son los temas en torno a los cuales gira la deliciosa obra de **Rocío Castrillo**. La realidad y el DESEO, pero también el miedo, y la desvergüenza, la transgresión o el placer.

Hasta no hace mucho, muy poco habían escrito las mujeres acerca del erotismo, de su

erotismo. Durante siglos, las estatuas clásicas fueron mutiladas (como el espléndido Adán, de Masaccio), y en los techos de la Capilla Sixtina unos velos disimulaban aquello que no debía ser contemplado. De igual modo que se ocultaron imágenes, intentaron taparse palabras, historias e ideas de mujeres; era una imposición, un temor a desvelar lo que pensamos, deseamos y sentimos. Pero tengo en mis manos un buen libro, escrito por una mujer, que recorre cuerpos de hombres y describe un deseo femenino que contempla su piel,

sus manos, los pies, las bocas y las nalgas, las curvas y los pliegues, cada rincón y cada sensación, lentamente, sin tapar nada, llenando de sensualidad todas las páginas. Un libro con sorpresas, que observa nuestro mundo y saborea las frases para llegar hasta el fondo de las historias de sus protagonistas, que rompe moldes, narra con sencillez cómo nos relacionamos unas mujeres con otras, despierta la curiosidad y nos regala un mosaico hecho con emociones, dolor, atrevimiento, desparpajo, experiencia, risa y DESEO, con palabras directas y sin

tapujos, con libertad.

Paloma Aznar,

# **PREFACIO**

## **Las últimas horas de Marina**

Marina era consciente de que su vida se agotaba cuando juntó las manos de aquellas dos mujeres que en los años precedentes habían permanecido a su lado. Emi Abbott era su fiel subordinada e inseparable compañera de trabajo. Wynie Smith, su amiga del alma. Ambas se conocieron varios meses atrás en el mismo lugar donde

ahora estaban, la confortable habitación de un hospital privado del barrio de Salamanca de Madrid. La primera, sentada en el sillón de cuero negro situado junto a la cama de la enferma; Wynie, sobre el propio lecho, sin parar de masajear con dulzura la zona del brazo derecho de Marina que quedaba libre de tubos, vendas y agujas.

-Quiero que no os separéis nunca –les dijo lentamente, remarcando cada palabra. Su voz había perdido la energía y la sonoridad de antaño; salía con trabajo de la garganta, rendida y vencida después de la intensa lucha

contra un cáncer que irrumpió de sopetón, doloroso e invencible.

Wynie asintió con un claro "así será", que se oyó tan rotundo como la certeza de quien lo pronunciaba.

Dos gruesos lagrimones cruzaron con sigilo el rostro pálido de Emi y un "no te vayas" se escapó lastimero de sus labios.

-Unas horas, un par de días, a lo sumo –musitó Marina con palabras quebradas por el cansancio. El final está aquí, amigas. No lloréis por mí. Disfrutad de vosotras, de lo que aún os queda por vivir. Yo he gozado



mucho en este mundo y me voy en paz. No os preocupéis.

Así anunció una muerte que llegó tal como estaba previsto. Dejó de respirar al tiempo que el sol de la jornada siguiente se escondía en el horizonte, después de una calurosa tarde de principios de verano. Y su final marcó el inicio de la férrea amistad que entablaron Wynie y Emi. La unión que nació para cumplir la voluntad de la amiga moribunda se acrecentó por la ruptura de sus largos matrimonios al unísono. Lágrimas, confidencias y temores compartidos en el transcurso de complicados

procesos de divorcio que las convirtieron en lo que ahora son: mujeres libres y amigas entrañables, dispuestas a aparcar el sufrimiento y a disfrutar de la vida intentando que las espinas del amor no volvieran a clavarse en sus corazones doloridos por los envites del desamor.

El estreno de sus divorcios multiplicó sus salidas nocturnas, incrementadas también por la nueva posición profesional de Emi. Siguiendo la voluntad manifiesta de la directora fallecida, los propietarios de la revista femenina más vendida de España decidieron

que Emi Abbott era la profesional más indicada para sustituirla en el puesto. Con el cargo recién estrenado, su despacho se inundó de invitaciones para asistir a eventos variopintos: desfiles de moda, estrenos de cine y de teatro, exposiciones e inauguraciones. En poco tiempo, el dúo de compinches de aventuras en las juergas interminables de las noches de Madrid se convirtió en cuarteto. Emi aportó la compañía de Olivia N., una atractiva relaciones públicas que les llevaba varios años de ventaja en experiencia como divorciada; Wynie, la de Katty

Lloyd, modelo publicitaria y divorciada por partida doble, a la que había conocido años atrás en una terraza de su barrio cuando los hijos de ambas, entonces bebés, empezaron a jugar juntos de forma espontánea. Katty era la única del grupo que confesaba abiertamente su deseo de volver a enamorarse de verdad, de encontrar un compañero de alegrías y sinsabores con el que compartir el resto de sus días.

# PRIMERA PARTE

## ELLAS

Las cuatro mujeres que protagonizan estas páginas rondan o acaban de pasar los cuarenta años. Divorciadas, profesionales y madres, son hembras pasionales y liberales; sexys, divertidas y entrañables; románticas sin pasarse y poderosas hasta donde las dejen... No actúan como heroínas de novela, sino como personas de carne y hueso a las que cualquiera podría encontrar en la parada del

autobús, en la fila del supermercado, en la consulta del pediatra o en el bar de la esquina. A continuación, la semblanza de cada una de ellas.

Wynie Smith: Periodista y Licenciada en Filología Hispánica, recibió los cuarenta en forma de un cataclismo que amenazaba con destruir todo aquello por lo que había luchado a lo largo de su vida. Después de quince años trabajando para una agencia nacional de noticias como cronista parlamentaria en el Congreso de los Diputados, un expediente de regulación de empleo la dejó en el

paro al mismo tiempo que su matrimonio hacía aguas y su marido le exigía la custodia compartida del hijo de ambos. Fue la condición que le impuso a cambio de marcharse en silencio del domicilio familiar, un viejo apartamento que Wynie adquirió de soltera en el madrileño barrio de Los Austrias. No le quedó más remedio que aceptar el órdago porque Rodrigo, comisario de la Policía Judicial, la seguía y la había fotografiado una noche en actitud poco decorosa en el interior del vehículo de un conocido líder político. Sin tiempo para irse a un

hotel debido a los compromisos familiares de ambos e incapaces de aplacar el fuego del deseo, decidieron aparcar el automóvil en un callejón oscuro del centro de la capital, poco después de finalizar un largo debate parlamentario que, por cierto, fue el último que Wynie cubrió como cronista de la agencia. Debilitada en lo económico y profundamente entristecida por la muerte de Marina, no tuvo fuerzas para enfrentarse a un proceso judicial de final incierto y firmó el acuerdo de divorcio que redactó el abogado de Rodrigo: un documento por el que accedía a la custodia



compartida del hijo menor y perdía el derecho a reclamar a su ex marido cualquier tipo de pensión o ayuda compensatoria. Tras un largo invierno envuelto en soledad y desconsuelo, se propuso saborear en libertad los momentos dulces que la vida le trajera -alardea con frecuencia de ser un espíritu libre-y armarse de valor para enfrentarse a la creciente precariedad laboral de la mejor manera que sabía: escribiendo contenidos de diversa índole para cualquiera que se los pagara.

**Emi Abbott:** Licenciada en Historia del Arte y en Periodismo,

es la friki del grupo y la mejor amiga de Wynie. Mujer maltratada aunque sin quererse enterar durante muchos años, una madrugada temió por su vida y huyó con lo puesto del domicilio familiar en dirección a la casa de su madre junto a sus dos hijas adolescentes. Su marido, un extranjero con la sangre envenenada por el alcohol, le metió el miedo en el cuerpo con la siguiente frase: "un día de estos tendré que matarte". Palabras que fueron el colofón de una convivencia viciada por los gritos y las humillaciones y marcada por

una pequeña -aunque visible- cicatriz sobre su párpado derecho, que le provocó el cristal de un vaso arrojado con la rabia de los celos y el desprecio del desamor. Un doloroso episodio que Emi prefirió disfrazar de accidente doméstico antes que acudir a la comisaría para denunciar por maltrato al padre de sus hijas. Decidió aparcar el suceso en un archivo oculto de su memoria y adaptarse a la tranquilidad falseada y rutinaria de un matrimonio con un hombre que enterraba el amor en el fondo de una botella de güisqui. La calma estalló a causa de su ascenso

profesional tras la muerte de Marina y del creciente acercamiento a su nueva amiga Wynie, a quién el extranjero consideraba culpable de la rebeldía de una esposa que había despertado de su letargo y lo amenazaba con abandonarlo cada vez que levantaba la voz.

Tras ocupar el puesto de directora de la revista de moda y decoración más vendida de España que la desaparición de Marina dejara vacante, Emi inició un intenso periplo de vida social y nocturna en compañía de Wynie. La tormenta explotó una de aquellas madrugadas en que volvía a casa

con la sonrisa floja después de asistir a una recepción en el Instituto Polaco de Cultura, donde conoció al hombre que de modo instantáneo se convertiría en su amante. De nada sirvieron sus pasos sigilosos para acceder de incógnito al dormitorio conyugal. Su marido la esperaba despierto y la recibió gritándole puta y exigiéndole pruebas de paternidad para comprobar que la segunda de sus hijas era realmente suya. Sobresaltada por los gritos, la muchacha salió llorando de su habitación y buscando el consuelo en los brazos de su madre. Con la

cabeza de su hija sobre su pecho y el miedo incrustado en cada uno de los poros de su piel, Emi escuchó la frase maldita que provocó la ruptura definitiva de su enlace. Despertó a la otra de sus hijas y corrió junto a las jóvenes hasta la casa de su madre, desde donde llamó a la Policía para denunciar que su marido la había amenazado de muerte. El juez desestimó la demanda por falta de pruebas y la conminó a volver al domicilio familiar junto a quien consideraba "un caballero inofensivo". Pero ella, cegada por la intensidad de un miedo que atravesaba su garganta

cual afilado cuchillo, permaneció en casa de su madre y empezó a tramitar el divorcio. Tuvo que esperar un año para que la Justicia le concediera el derecho a regresar a su hogar con sus hijas, una vez expulsado el causante de su desdicha.

Agasajada en lo laboral por una estabilidad de la que carecía su vida personal, Emi Abbott se afianzó en su puesto de directora, mejoró su posición económica y, pese a haber estado casada durante veinte años, empezó a descubrir el sexo pasados los cuarenta, con el divorcio recién

estrenado y en los brazos de ese polaco errante del que aseguraba haberse enamorado como una perra.

**Olivia N.:** Ex esposa de un rico empresario y madre de un niño de siete años, conoció a Emi en un evento en el que trabajaba como relaciones públicas, profesión que empezó a ejercer cuando su marido la dejó y perdió la desahogada posición económica de la que había disfrutado hasta entonces. Se refugió con su hijo en un coqueto apartamento del centro de Madrid, único bien que consiguió salvar de la codicia del padre de la criatura.



Un desalmado que no tuvo reparos para despedirla de su puesto como gerente de los negocios familiares un restaurante, un pub y dos discotecas-y robarle la mitad de las acciones de la empresa que ambos crearon durante el matrimonio y que por derecho le correspondían.

Prudente de día y lolailo de noche, Olivia es la más fiestera del grupo y la que nunca encuentra la ocasión de abandonar la juerga y marcharse a descansar. Sin embargo, cuando llega ese momento y se despoja de los tacones, del maquillaje y del vestido de fiesta, guarda la secreta

aspiración de conocer a un hombre honesto que la quiera de verdad, la aleje de la noche y no le ponga los cuernos con la primera petarda que se encuentre. Cuatro años después de romper su matrimonio, no acaba de superar el golpe de que su marido le pidiera un tiempo de reflexión y todo el mundo menos ella supiera que pasaba ese tiempo metido en la cama con una abogada. Una zorra según la apodó Olivia-con la que diseñó el plan para despojarla de la fortuna que habían generado juntos. Un batacazo brutal que, sin embargo, no consiguió desengañarla de la

ilusión amorosa ni impedir que se enamore con frecuencia y se desenamore con la misma facilidad. Dicha actitud se deriva de la dualidad de su carácter. De noche sale la hembra conquistadora y poderosa a la que pocos machos se resisten. De día, la madre prudente y pendiente de su retoño, herida por el abandono y convencida de que el amor implica un dolor por el que no quiere volver a pasar.

**Katty**

**Lloyd:** Modelo

publicitaria de treinta y nueve años, ha protagonizado anuncios de artículos tan variopintos como teléfonos móviles, cremas y

champús, sopas y otros productos alimenticios o automóviles de gama alta. Licenciada en Ciencias Políticas, nunca llegó a usar su título universitario para algo distinto a colgarlo en el salón del carísimo apartamento que papá le dejó como herencia en el lujoso barrio de Salamanca de Madrid. Niña de alta cuna y acostumbrada a nadar en la abundancia, la crisis ha hecho estragos en la existencia de Katty, que apenas ha conseguido anuncios en los dos últimos años. Doblemente divorciada en malos tiempos, comparte con su último ex marido, un cotizado creativo

publicitario, la custodia del hijo de ambos, de diez años y amigo del vástago de Wynie Smith desde que ambos eran bebés. Su mayor ambición en la vida consiste en encontrar a un hombre que la ame como su padre amó a su madre, junto al que escribir la crónica de una familia perfecta y de una unión con final feliz "hasta que la muerte nos separe".

La relación entre las cuatro dista mucho de ser idílica. Si bien es cierto que ninguna sabe vivir alejada del grupo o, al menos, de alguna de sus componentes, la amistad que pretendieron férrea en

sus inicios se ha resquebrajado a menudo debido a los enfrentamientos provocados por los hombres, los celos, la envidia o el egoísmo.

La más polémica es Emi, con la que todas -incluida Wynie, su íntima amiga-han tenido desencuentros. De ella dicen que tiene el ombligo más grande que el trasero, que va a lo suyo y que no le importa el sufrimiento de los demás mientras consiga su objetivo vital, es decir, hacer en cada momento lo que le dé la real gana. Wynie pedía con insistencia al resto de las amigas que quisieran a Emi

tal como era, porque intentar cambiar su egocentrismo resultaría inútil. Aplacó a Katty cuando Emi se puso a gritarle como una loca en un restaurante de moda de la Gran Vía por haber llegado diez minutos tarde a la cita que tenían ambas y asistir -para más inri, según Emi acompañada de otra amiga que no caía bien a la susodicha. Y consoló a Olivia una noche en que esta la llamó llorando como una descosida porque Emi la había humillado delante de un chico de veintiocho años del que se estaba enamorando y con el que había iniciado una relación prometedora.

Wynie adoraba a Emi y siempre creyó que era mutuo. Y que las trastadas se las haría a Katty o a Olivia, pero no a ella. Estaba convencida de la huella imborrable que les dejó el apretón de manos que Marina propiciara en su lecho de muerte; y de la fortaleza de una unión forjada por la pérdida y alimentada por las angustias y los miedos compartidos durante los traumáticos procesos de divorcio que ambas sufrieron al mismo tiempo. Hasta que empezó una relación más o menos estable con un apuesto profesor de Matemáticas y Emi, lejos de ser



amable con el flamante novio de su amiga o, al menos, comportarse de forma correcta, se dedicaba a ridiculizarlo y a meterse con su forma de vestir, su manera de hablar o con lo que le viniera a la cabeza cada vez que lo veía. Y una noche cualquiera el profe, cansado de tanta desfachatez, obligó a Wynie a escoger: o él o su amiga. Una profunda grieta se abrió entre ambas y, durante el mes que siguió a la bronca, los esfuerzos de Katty y de Olivia resultaron inútiles para amortiguar el dolor y la rabia de Wynie y conseguir que se recuperara de tanto desconsuelo.

Sin embargo, la fuerza del raciocinio aplastó el sufrimiento y las dos fueron conscientes de que la estrecha amistad que las unía no podía romperse a causa de un hombre. Wynie decidió que vería a su pareja solo cuando no hubiese quedado con Emi y así se lo hizo saber a ambos. En consecuencia, ellas retomaron su amistad y el profe pasó de ser novio a convertirse en amante ocasional. El tiempo demostró que ese caballero apasionado sería el más duradero de cuantos pasaran por la cama de Wynie tras su tormentoso divorcio.

Pese a los desvaríos de Emi y

sus encontronazos con el resto del grupo, la disputa más larga y dolorosa la protagonizaron Olivia y Wynie y se prolongó durante ocho largos meses. El motivo: un hombre -El de 28- y una fotografía indiscreta publicada en Facebook.

La tormenta empezó a fraguarse en verano, aunque Wynie no fue consciente del malestar de su amiga hasta septiembre, cuando volvió a Madrid después de un mes de vacaciones familiares en Las Palmas de Gran Canarias.

Antes de iniciar el citado veraneo, la susodicha sufría en la soledad de su apartamento de la

capital de España los rigores del calor y del pesar provocado por la falta de expectativas laborales. Una tarde aciaga, en vísperas del viaje, recibió una sorpresiva llamada de El de 28, novio o amigo especial de Olivia, que pretendía invitarla a salir. Consultó a la propia interesada antes de hacerlo y ella insistió en que no le importaba. Incluso le aseguró que ni siquiera se enfadaría en el caso de que llegaran a tener sexo. Pero una cosa es lo que se habla y otra, cómo se reacciona ante hechos consumados.

Y en el caso mencionado, sin

consumarse. Nunca hubo sexo entre Wynie y El de 28, aunque Olivia no llegara a creérselo. Sin embargo, el desencadenante de su enfado no fue el presunto escarceo entre la amiga y el novio, sino una fotografía publicada en Facebook en la que el joven posaba sobre la cama de Wynie, ataviado con un pantalón vaquero y el torso desnudo. Así sucedieron los hechos propiciatorios de la tempestad que cubrió de hielo la relación entre las dos mujeres.

Wynie se citó con El de 28 a medianoche en un bar con DJ cercano a su domicilio. Nada más

colgar, marcó el número de Olivia, que estaba de vacaciones en la playa, para darle la noticia.

-Me ha llamado El de 28 y he quedado con él porque estoy aburrida y no me ha surgido ningún plan mejor. Te aviso para que lo sepas, pero no te preocupes en absoluto.

-Quiere acostarse contigo. Me lo dijo hace poco y no me importa. Haz lo que te apetezca, Wynie.

-No voy a negarte que tu amor está bueno, pero para ti. A mí no me gustan los hombres de mis amigas. No me lo tiraría ni aunque

fuera más guapo que Brad Pitt.

-Por mí no lo hagas, en serio. He asumido cómo es El de 28. Ahora entiendo mejor nuestra relación y no me preocupa que me sea infiel. También yo me voy con otros cuando me apetece. Si quieres, tienes el camino libre. Te repito que no me importa.

-A mí sí. Insisto en que los hombres de mis amigas no me ponen.

-Bueno, eso me lo contarás mañana. Te llamaré para que me des la crónica.

Se despidieron entre risas y

Wynie se dispuso a arreglarse para la cita. El de 28 llegó veinte minutos tarde y se llevó casi otros veinte pidiendo perdón.

-Deja de disculparte. Solo te pido que seas puntual el próximo día que volvamos a citarnos, si es que llega –le dijo ella.

Fue el preludio de una noche en la que hablaron, rieron y bailaron. Congeniaron de maravilla y a Wynie le dejó de sorprenderle que Olivia se hubiera enamorado de un chico tan joven. “La verdad es que El de 28 promete” –pensaba para sus adentros. No obstante, tenía claro que rechazaría cualquier



proposición subida de tono que le hiciera. Era de las mujeres que considera indecente liarse con el novio, amante o ligue de una amiga. Y, tal como le advirtió Olivia, tuvo varias ocasiones a lo largo de la velada. En una de ellas, llegó a besarla en las comisuras de los labios y no siguió por la retirada de Wynie. En otra le tocó el trasero y en una tercera le dijo que la deseaba...

Agotaron unas cuantas copas y, durante el transcurrir de la madrugada, Wynie se dio cuenta de que varias mujeres guapas y desconocidas se acercaron a El de

28 con claras pretensiones de ligue, sin que él les hiciera el más mínimo caso. Precisamente, porque a quien no perdía de vista el atractivo joven era a ella. De hecho, se convirtió en el único pretendiente que tuvo aquella noche. No vio a nadie que le interesara, ni tampoco percibió que ningún galán le tirara los tejos, ni siquiera en lenguaje no verbal. Al filo del amanecer, le comunicó su intención de marcharse a descansar y él se ofreció a acompañarla. Poco antes de llegar al apartamento del barrio de Los Austrias, le aseguró que tenía mucha hambre y le pidió que lo invitara a comer algo en su

casa.

-Me voy mañana de vacaciones y mi frigorífico está casi vacío, pero creo que te puedo ofrecer una hamburguesa, si te apetece.

-Estupendo –asintió él, mostrando una bonita sonrisa de agradecimiento.

Wyni e preparó la hamburguesa con esmero. Le echó cebolla frita y queso, la adornó con una roja rodaja de tomate y se la sirvió acompañada de una coca-cola.

-Gracias, muchas gracias –repitió. Es maravilloso cómo me cuidáis las mujeres maduras.

-Supongo. Mi amiga Olivia es una cocinera estupenda y una gran anfitriona. Yo también me considero así. Con todas las personas a las que invito a mi casa, no solo con los chicos jóvenes y guapos como tú –precisó sonriendo.

Cuando El de 28 terminó de devorar la apetitosa hamburguesa, Wynie hizo amago de despedirlo.

El sueño empezaba a devorarla a ella.

-Quiero acostarme, así que...

-Déjame dormir aquí, por favor. No me apetece nada salir a la calle ahora. Tu casa es muy confortable

– expresó luciendo su seductora sonrisa.

-No quiero líos, de verdad. Prefiero que te vayas.

-Yo también estoy cansado. Deja que me quede, por favor – insistía él.

-De acuerdo. Puedes dormir en la habitación de mi hijo –cedió.

-Vale –refunfuñó el joven, no muy convencido.

W y n i e lo acompañó al dormitorio infantil y se fue a su cama. Pocos minutos después, sintió que la llamaba.

-Wynie, Wynie.

-¿Qué te ocurre ahora?

-Necesito que vengas.

-¿Para qué?

-Porque tengo que dormir amarrado a la cama. Soy sonámbulo y, si me despierto, me puedo caer. ¿No lo sabías? Pensaba que Olivia te lo había dicho.

-No. Es la primera noticia que tengo.

-Ven, por favor.

Ella cogió un largo pañuelo de cuello del armario y se dirigió hacia la habitación que ocupaba el

hombre.

-De acuerdo, voy a amarrarte –  
le anunció mostrándole el pañuelo.

-Estoy desnudo –le contestó él  
con una delatora carcajada.

-Eres lo peor. Adiós, me voy a  
mi cama –espetó mientras le tiraba  
el pañuelo a la cara.

Hizo lo dicho y no supo cuánto  
tiempo había pasado hasta que se  
despertó. Solo sentía que la  
acariciaban y, entre el sueño y la  
vigilia, se preguntaba si el hecho  
acontecía en el mundo real o en el  
onírico. Abrió los ojos  
repentinamente y lo vio a su lado.

Era él, El de 28, el novio de su amiga, y suyas las manos que se paseaban por su espalda. No pudo soportarlo.

-Vete, por favor. No me obligues a insistir ni a enfadarme contigo. Sal de mi cama ahora mismo.

-No seas así, venga. Te deseo y te voy a hacer muy feliz. Olivia no se enterará si tú no se lo dices.

-No es solo por ella. Es por mí. Te dije anoche que no soy de las mujeres que se acuestan con los hombres de sus amigas.

-Yo no soy el novio de tu



amiga. Es ella la que está enamorada de mí.

-No te motives, que Olivia se enamora de todos los hombres con los que se acuesta y se desenamora con la misma facilidad. Además, eso no es relevante ahora. No quiero enrollarme contigo y punto. Vete –le ordenó en tono seco y tajante.

-Vale, vale –contestó resignado mientras se encaminaba al dormitorio infantil.

Olivia telefoneó a Wynie un rato después de que El de 28 se hubiera marchado de su casa.

Estaba impaciente por saber cómo les había ido la noche.

-Nos reímos mucho y lo pasamos muy bien. Por lo demás, te lo puedes imaginar.

-Intentó ligar contigo, ¿verdad?

-Efectivamente. Ya lo sabes. Sin éxito, y eso también lo sabes.

-Sí, sí que lo sé. Menudo cabrón.

-Psss... Como la mayoría de los hombres... No pueden vivir sin sexo. No pierden la oportunidad y lo intentan con cualquier mujer. Infieles por naturaleza –sentenció Wynie.

Se despidió de su amiga sin hablarle de una fotografía que, para ella, carecía de importancia. La insistencia del joven y los efluvios del alcohol propiciaron que la tomara y aceptara publicarla en Facebook. Él la convenció alegando que quería comprobar la reacción que despertaría entre sus amigas - la mayoría, mujeres maduras, como le gustaban al joven- además de provocar la vanidad femenina al asegurar que sus congéneres la admirarían por la conquista. Ninguno de los dos pensó en Olivia, una mujer de carácter fuerte y alma blanda que se sentiría

profundamente herida y tardaría mucho tiempo en perdonarles tal desatino.

Wynie se extrañó por el hecho de no haber recibido una sola llamada de Olivia durante el mes que estuvo de vacaciones con su familia. Tampoco le dio mucha importancia al asunto ni advirtió que la ausencia de noticias de su amiga estaba directamente relacionada con la publicación de la maldita fotografía en la red social.

De vuelta en Madrid, Emi invitó al grupo a cenar y se topó con la negativa de Olivia, quien le confesó sentirse tremendamente ofendida y

le comunicó que no quería ver a Wynie. Pese a asegurarle hasta agotar las palabras que no había ocurrido nada entre esta y El de 28, Olivia persistió en su actitud de no acudir a la cena. Emi y Katty llegaron al restaurante antes que Wynie y comentaron la situación. Ambas concluyeron que la causa del enfado de la amiga ausente no era su creencia de que Wynie hubiera tenido sexo con su hombre, sino la publicación de la erótica fotografía. Así se lo hicieron saber a la afectada, que no daba crédito a la, desde su punto de vista, exagerada y desproporcionada discordia.

-Olivia, aunque diga lo contrario, sabe que no ha habido nada entre El de 28 y tú, pero el problema no es ese –indicó Emi mirando a los ojos a Wynie.

-Claro que no –corroboró Katty. El problema es la foto. Sin que ella me lo haya dicho, estoy segura de que le ha ofendido que publicaras esa imagen, Wynie. Ya sabes: el orgullo herido, el qué dirán... ¿Por qué lo hiciste? –le preguntó.

-Los efluvios de la noche. Hacemos muchas tonterías con unas copas de más. El de 28 estaba empeñado en que publicara una foto suya en mi muro para ver qué

decían mis amigas, casi todas mayores de cuarenta. Debe ponerle mucho lo de obsequiar a su ego.

-Pues eso es lo que le ha molestado a Olivia, que lo sepas. Y a mí sí me lo ha dicho –reveló Emi. Parece mentira que no la conozcas. Lo ha interpretado como una falta de respeto por tu parte. La gente ha hecho comentarios y ya sabes lo sentida que es ella con esas cuestiones. No entiendo cómo no pensaste en el daño que podías hacerle. Tú, que todo lo piensas –le recriminó.

-Ocurrió por eso, porque no lo pensé. Repito que fue la

consecuencia de las locuras de la noche y la influencia del alcohol. Os lo acabo de decir –reiteró. Y no me echéis más mierda encima, que yo también estoy dolida. No quiere verme ni responde a mis llamadas. He marcado su número más de cinco veces cuando me enteré de que no venía porque estaba yo. ¿Eso os parece bonito? ¿Romper con una amiga sin darle ninguna explicación? ¿En tan poca consideración me tenía? Vaya amiga –protestaba indignada. ¿Por un mocosito con el que ni siquiera me he acostado? Pues ella verá lo que hace. Ha ignorado mis



llamadas y no pienso insistir más. No me he acostado con él y lo demás es insignificante.

-Volveréis a ser amigas, estoy segura – afirmó Katty con rotundidad.

-Y yo también lo estoy –la secundó Emi. El tiempo pasa y borra las heridas. Cualquier día pensará en ti, te llamará y recuperaréis vuestra relación. Considero absurdo y ridículo que dos amigas se enfaden por un hombre. Es lo que pienso y se lo he dicho. Y ella también lo cree así, pero necesitará encontrar el momento para llamarte...

-Cualquier momento será bueno. No os puedo decir más – concluyó Wynie.

Pasó el largo invierno y tuvieron que transcurrir unos meses más sin que se vieran ni se hablaran. Las únicas noticias que una recibía de la otra llegaban a través de Emi o de Katty, quienes continuaban frecuentando a ambas.

La vida tiene esas paradojas y, sin proponérselo ni ser consciente de ello, fue El del 28, el hombre que provocó la desunión, el mismo que propició el reencuentro. Durante esos meses en los que Olivia no quiso ni verlo ni hablarle,

conoció y se enamoró perdidamente de una muchacha de su edad, cantante de ópera para más señas, a la que decidió unir su vida y compartirla bajo el mismo techo. Sin saber que para su adorada artista solo significó un pasatiempo, un interludio en la relación que tenía con su novio de toda la vida. Y cuando el novio y la novia arreglaron sus desavenencias, esta invitó al sustituto a marcharse de su casa. Entonces, el enamorado afligido y lloroso llamó con insistencia a Olivia. Además de amante, la había considerado desde siempre como una buena amiga e,

incluso, como la madre a la que perdió cuando aún llevaba pañales. Ella sucumbió a sus lamentos y a sus lágrimas. Lo recibió en su apartamento y permaneció a su lado un día y una noche completos, aunque no tuvieron sexo. Ni siquiera permitió que la besara en la boca. Le abrió sus brazos de amiga y de madre y le ofreció el calor de su hogar durante una larga jornada en la que intentó dejarle claro que nunca más le entregaría su cuerpo de hembra ardiente, hecho que ni siquiera ella misma se creía...

Una vez que se encontró

calmado, alimentado y consolado, El de 28 se despidió de Olivia con la promesa de que la llamaría nada más instalarse en una vivienda que le había prestado otra antigua amante. Y ella, al quedarse sola en casa, recordó a Wynie y pensó en lo ilógico que resultaba que hubiera perdonado al objeto de la discordia y siguiera alejada de su amiga. Sin embargo, no se atrevía a llamarla después de haberla ignorado una temporada tan larga y pidió a Emi que concertara una reunión del grupo. Esta se las ingenió para que esa misma noche enterraran los rencores y los dolores y volvieran a

ser las amigas de siempre. No obstante, Olivia se negó a ahondar en la brecha e impidió que el desencuentro de ambas fuera analizado y escudriñado por el cuarteto. Optó por abandonar la maldita foto de Facebook en el almacén del olvido y pedir a Wynie que volvieran al afecto, la complicidad y los buenos momentos que durante los últimos años las habían mantenido tan unidas. Brindaron por la superación del bache y celebraron con burbujas doradas el advenimiento de una amistad renovada. Se limitaron a tapar la herida y a dejar que se

secara...

Dejando a un lado hombres y rencores, broncas y desencuentros, valgan los siguientes adjetivos para definir de modo breve el carácter de cada miembro del grupo.

Wynie: marisabidilla y calculadora. Katty: interesada y ambiciosa. Olivia: posesiva y celosa. Emi: ella misma con su ombliguismo y su egocentrismo...

## **SUS AMANTES**

Desde que firmaran sus

sentencias de divorcio, Emi, Wynie, Olivia y Katty han aprovechado las oportunidades surgidas y han compartido la cama con el hombre que les ha gustado en cada momento. En unas ocasiones buscando solo sexo; en otras, amor; y en las más, ambas cosas. Las líneas siguientes ofrecen una descripción de los caballeros que han frecuentado sus alcobas; han protagonizado sus ilusiones y desvelos con mayor o menor intensidad; han arrancado sus gritos de placer o han provocado sus lágrimas de desengaño y desconsuelo.



# **El Polaco, un maestro en el arte de amar**

La única del grupo que cuenta con una relación estable -aunque intermitente-es Emi, quien asegura estar enamorada hasta el tuétano de un polaco de más de sesenta años que le descubrió los placeres de la carne y la adiestró en el arte de amar. De hecho, tuvo que conocerlo para ser consciente de que no había llegado a disfrutar del sexo durante su largo matrimonio. Con su esposo siempre hacía la postura del misionero y confundía

con un orgasmo el placer relativo que dicho acto le producía. Tampoco practicaban juegos de alcoba. Ella no permitía que la agasajara con un cunnilingus, alegando que dicha práctica la ponía muy nerviosa. Sí tenía la costumbre de regalar a su marido una corta felación el día de su cumpleaños, aplicándose el refrán de que "una vez al año no hace daño".

Todo cambió cuando conoció a El Polaco. Justamente, la misma noche en que se desencadenó su divorcio sin que ella lo presintiera. Ese primer encuentro breve y

furtivo en una habitación de hotel fue suficiente para abrir sus sentidos al universo del placer sexual. Al sentir dentro de su cuerpo la inmensa herramienta de su flamante pareja descubrió que tocaba el cielo con las manos en cada una de las arrancadas de sus movimientos rítmicos. Entonces disfrutó de un orgasmo con todas sus letras y supo con certeza que lo que experimentaba con su todavía marido no merecía tal calificativo.

Emi se considera a sí misma una persona muy generosa y, precisamente por eso, se propuso ofrecer a El Polaco, como mínimo,

un placer similar al que ella recibía. Además, le preocupaba el hecho de que él no llegara a eyacular después de horas interminables practicando el sexo. Aunque el hombre le aseguraba que gozaba y le insistía en que olvidara el asunto, decidió convertirse en su alumna y mejorar sus artes amoratorias. Un período en el que llegó a alcanzar la maestría de una geisha con el objetivo de complacer a su amante y de eliminar cualquier atisbo de tabú o de inexperiencia en el momento en que sus cuerpos se fundían en el lecho.

“Un hombre siempre te

recordará por el placer que le proporcionas cuando tengas su arma en tu boca” –le aseguraba el maestro con insistencia durante aquel proceso de aprendizaje en el que ella, como su alumna más aplicada, se esforzaba por introducir al completo el gran pene en su boca sin que un solo amago de arcada apareciera para entorpecer su quehacer. Los músculos de su garganta, acostumbrados a ejercitarse con tamaña herramienta, se dilataban de forma que eran capaces de acogerla sin sobresaltos. Asumió su papel con tal veracidad que convirtió en suyo

propio el placer ajeno. Sonreía orgullosa y convencida de que solo una auténtica geisha como ella era capaz de semejante proeza. En sucesivos encuentros practicó el mencionado juego sexual con excelentes resultados y consiguió que la verga inconmensurable de su compañero le alcanzara la garganta una y otra vez. Triunfar en esa gesta le costó una infinidad de ejercicios de relajación; de técnicas de control de la respiración; de pruebas en diversas posturas... Y no dio por superado el reto hasta que sintió derramarse el líquido blanco y viscoso y cubrir por completo la

extensión de su rostro...

En resumidas cuentas: Emi seguía a rajatabla las explicaciones de su amante y ensayaba con grandes dosis de paciencia cada una de sus lecciones. No le importaba el tiempo porque se paraba durante sus citas con El Polaco. Los móviles se quedaban mudos, el timbre se convertía en piedra, el sueño se esfumaba y los estómagos aguantaban el hambre. El sexo los absorbía tanto que llegaron a conformarse con un solo caramelo en el cuerpo desde un viernes por la tarde hasta la mañana del siguiente lunes. La

cantidad y la calidad de lo que había entre ellos era tan alta que los adioses resultaban cada vez más difíciles. Emi empezó a faltar al trabajo con excusas más o menos hábiles y a solicitar a su madre con demasiada frecuencia que se hiciera cargo de sus hijas adolescentes. Y El Polaco perdió tantos aviones que tuvo que pedir a su compañera dinero prestado para hacer frente a los gastos cotidianos. La vorágine sexual y vital que los envolvió les duró mucho y regaló a sus cuerpos las fantasías más audaces que la mente de cualquiera pueda imaginar.



Ninguno de los dos se planteaba bajar la intensidad del ímpetu que los arrastraba hasta la inconsciencia desde el inicio de cada una de sus citas, en la terminal de llegadas del aeropuerto de Barajas, en Madrid. Nadie, ni siquiera ellos mismos, hubiera pensado que ese fuego podría apagarse, pero la llama que brotaba en sus cuerpos nada más rozarse y la pasión desenfrenada que envolvía sus encuentros se volvieron crepúsculo con el acontecer de los días y sus circunstancias...

Las llamadas telefónicas de dos

horas diarias como mínimo se fueron espaciando. En parte, porque Emi no tenía mucho tiempo libre y, para colmo de males, su mejor amiga le insistía en lo absurdo que resultaba perder varias horas al día hablando por teléfono con un hombre. Lo que Wynie no captaba es que El Polaco no era un hombre corriente ni un amante al uso y Emi lo sentía aún más especial que el resto del mundo. Pasados los sesenta años, su currículum vital lucía la huella de haber sido ex todo: ex cocainómano, ex empresario, ex alcohólico, ex marido... Estaba tan

cansado de vivir que soñaba cada madrugada con deshacerse en minúsculas partículas y que cada una de ellas, cual fotones de luz, encendiera el camino que su amada habría de tomar en la vida...

En las largas conversaciones que sostenían se entremezclaban el fotonismo y la importancia del tamaño del pene; el existencialismo con la lencería fina que Emi compraba expresamente para sus citas; el sexo tántrico y la cacharrería erótica. Juego de palabras con el que El Polaco conseguía conmover y excitar a su geisha con tanta vehemencia que

ella encendía el ordenador y buscaba el vuelo que más rápido la llevara a sus brazos. Pero cuando esos arranques se convirtieron en hábito, el mundo ajeno al hombre que amaba se resintió. Protestaron sus jefes, se enfadó su madre y se quejaron sus hijas. Por no hablar de su amiga Wynie, que a diario le exponía sus documentadas teorías de marisabidilla según las cuales El Polaco ya había cumplido su cometido en la vida de Emi y mantener esa relación carecía de sentido. Lo cierto es que las citas de ambos se fueron distanciando sin que el fuego que los quemaba

se resistiera a apagarse...

El sexo por teléfono suplió a los encuentros carnales. Emi sustituyó los encierros junto a su amado en una habitación de hotel por las noches enteras prisionera, en su propia alcoba, de las ardientes palabras que El Polaco le dedicaba. Guiada por él, se hacía el amor a sí misma con la sensación de que lo tenía a su lado. Se introducía en su vagina húmeda un enorme pene artificial, convencida de que se trataba de su añorada herramienta tamaño vaso de cubata. Cuando se deshacía el encantamiento, maldecía su suerte por verse

obligada a amar en la distancia y se concentraba en la búsqueda de la fecha más adecuada para el próximo encuentro. Con una claridad clarividente, gozaba del momento en que su cuerpo y su ser entero se abrían para recibirlo...

## **El Principito, amor platónico**

Además de El Polaco, Emi tiene un amor platónico, El Principito, albergado desde hace tiempo en un rincón de sus pensamientos. Una ilusión que persiste en ocupar un

espacio propio en su mente pese a la existencia de El Polaco.

En sus sueños y en sus fantasías, él es El Principito y ella, la rosa de su planeta. Lo conoció antes que a El Polaco y, según suele decir, se trata del hombre que le despertó su instinto sexual. Ocurrió la primera vez que lo vio. Estaban bailando en una discoteca de moda y él, repentinamente, la abrazó y le lamió la cara como si se tratara de un animal con su cría. La soltó en silencio nada más culminar su primitivo acercamiento y Emi salió corriendo a buscar a Wynie para revelarle el acontecimiento.

Esta, mujer racional, de ideas claras y pies en la tierra, estaba en esos momentos ocupada en otros menesteres y apenas le prestó atención.

-¿Que te ha lamido la cara ese tonto? ¿Y por eso estás contenta? ¡Qué asco! –se limitó a exclamar con un gesto que ilustraba sus palabras.

-Me ha despertado el instinto sexual –le contestó Emi como si le estuviera dando una primicia informativa de alcance mundial. Pretendía que su amiga dejara de coquetear con unos y con otros y la escuchara.



-¿Ahora? –inquirió Wynie con gesto despectivo.

Emi no le contestó. Salió corriendo en dirección a la pista de baile -donde aún permanecía El Principito-y se colocó a su lado. Ni le habló ni la miró. Indiferencia total. "Timidez" –quiso pensar ella. Siguió en el mismo lugar, casi rozándolo, mirándolo, y él también continuó sin inmutarse, como si la mujer a la que acababa de lamer el rostro no estuviera allí... Nada más sucedió entre ellos aquella noche. El Principito se marchó con un amigo y un lacónico "hasta la próxima". Y Emi, su cuerpo

arrastrado por la música y su mente por el delirio, empezó a fraguar la historia de un gran amor. Un amor que solo existía en su imaginación. Un auténtico amor platónico.

El Principito trabajaba como relaciones públicas en un local próximo a la discoteca donde sucedió el hecho relatado. Era alto, delgado, pelo rizado y rubio, pequeños ojos azules, frente estrecha y nariz prominente. Emi decía que le resultaba guapísimo. O, al menos, así lo había dibujado en su mente. Desde que lo conoció percibía las horas del día envuelta en él: pensando en él, soñando con

él, imaginando fantasías a su lado e, incluso, hablando de él. Tanto, que llegó a cansar a sus amigas.

Además de la conversación monotemática que calificaban como aburrida, Wynie y Katty pensaban que El Principito era un individuo vulgar y sin ningún atractivo físico. “Es tonto sin remisión” –decía Katty. “Seguro: frente pequeña, inteligencia ídem” –corroboraba Wynie. La única que lo soportaba un poco era Olivia. “Es un muchacho simpático, no sé por qué le tenéis tanta manía” –indicaba.

Lo cierto es que Emi había empezado a montar los cimientos

del castillo o, mejor dicho, del planeta que estaba construyendo para él en un mundo imaginario a los ojos de todos; un mundo que ella sentía tan evidente y auténtico que empezó a vivir más tiempo en este que en el real, otorgándole, de hecho, apariencia de veracidad. Pasaban los días, las semanas y los meses... Mitigaba el aburrimiento conyugal sumergida en el papel de rosa del planeta de su Principito y viviendo un amor que únicamente existía en sus pensamientos. Cuando menos se lo esperaba, el destino le puso a El Polaco enfrente y junto a él conoció el amor real,

intenso y carnal. No obstante, El Principito seguía allí, incrustado en un lugar recóndito de su ser. A veces aparecía en sus conversaciones y, justo en esos instantes, Wynie soltaba una frase que llegó a hacerse mítica en las tertulias del grupo: "El Principito existe, pese a El Polaco y su herramienta tamaño vaso de cubata..."

El transcurso del tiempo revistió la frase con categoría de certera. De hecho, Emi sostiene que el amor platónico es, por definición, indefinido, y El Principito siguió campando a sus anchas por el

planeta que ideó para él. Entre ambos se sucedieron los encuentros reales, sin que ninguno sirviera para quitarle el calificativo de platónico al amor que Emi aseguraba sentir, inmenso como el Universo y prolongado hasta la Eternidad...

## **El Profesor de Matemáticas: el amante duradero**

Wynie disfruta ocasionalmente de un sexo arrebatador y

placentero junto al apuesto profesor de Matemáticas que conoció poco después de romper su matrimonio. Es el hombre que más tiempo ha permanecido en su vida de divorciada, aunque la relación, que empezó como la de cualquier pareja de novios, ha sufrido diversos altibajos y los encuentros se han distanciado. Primero, a causa de Emi y después, de una alumna que se empeñó en seducirlo y no paró hasta conseguir los favores del caballero. Al principio, Wynie jugaba con él a los novios, aun sabiendo que no estaba ante el hombre de su vida. Sobre todo,

porque se negaba a otorgar a ninguno tan importante calificativo y persistía con ímpetu en impedir que alguien atravesara las fronteras de su cama y se colara en su corazón. El susodicho, por su parte, dejó de considerarla como pareja tras constatar su negativa a romper la amistad con Emi. Aclarados los extremos de la discordia, se limitaron a quedar una vez al mes, tomar algo, contarse sus vidas y hablar del tiempo o de política mientras se agotaban las copas, antes de terminar la fiesta en el apartamento de ella.

Entre las sábanas suaves de la



ancha cama y agasajada por el placer de sus embestidas en lo más profundo de su cuerpo, Wynie gozaba contemplando la inmensa estampa del miembro erecto entrando y saliendo de su interior. El intenso disfrute la incitaba a llegar siempre a la misma conclusión: que ese instrumento estaba hecho a su medida y se adaptaba a cada uno de los músculos de sus profundidades en una simbiosis perfecta. A veces, el deseo se presentaba con tanta premura que no los dejaba desnudarse por completo, ni siquiera llegar hasta la cama. Como

una pareja de perros en celo se juntaban en medio del salón y se amaban vigorosamente sobre el suelo de madera. Entregada de lleno a un gozo sin fisuras, sentía imperecedera la unión de sus cuerpos sudorosos al tiempo que sus manos se cerraban con fuerza abarcando la ancha espalda de su compañero... Vislumbraba un espejismo de amor explorando como un fantasma los vericuetos de su sistema nervioso y escuchaba el susurro del azar, deshojando tembloroso una margarita crecida al calor de la pasión... Y cuando se elevaba al éxtasis excelso, la

silueta de una espada surgía del lado oscuro de sus pensamientos más recónditos y la apartaba del paraíso. Sombra maliciosa que aparecía para insistirle que se trataba únicamente de sexo. Que no se confundiera, que el amor era otra cosa y que ella había decidido no sentirlo. Y que, como le aseguraba Emi con la constancia de la noche que sucede al día, El Profesor de Matemáticas no la quería y tampoco ella podía corresponderle. Porque los hombres como él tenían bastante con quererse a sí mismos y eran incapaces de soportar la carga de

más amor; y las mujeres como ella no se conformaban con lo cercano y lo posible porque el ansia que las envolvía las arrastraba a desear siempre lo lejano e inalcanzable. En esos momentos, con su cuerpo embriagado por el sudor de la pasión, Wynie pensaba en su ex marido y en el resto de los hombres que la habían estrechado entre sus brazos... Entonces, un escalofrío cruzaba su cuerpo de arriba a abajo. Ahogada por la sensación de que su respiración se paraba, se estremecía...

# Ése, el amor prohibido y esquivo

Sin abandonar sus fogosos escarceos con El Profesor de Matemáticas, Wynie no desaprovechaba la ocasión de refugiarse en los brazos de un amor prohibido y esquivo al que llamaba Ése. Un hombre casado con el que se debatía entre el sexo placentero que mantenían y el miedo a caer en sus redes, sabedora de que dicha circunstancia envolvería la relación en las sombras de la infelicidad y del sufrimiento.

Se metieron en la cama pocas horas después de conocerse en El Maligno y tras haber compartido varias copas, unas cuantas risas y algún beso furtivo. Desde allí caminaron varias manzanas abrazados hasta llegar al apartamento de ella. Una vez en la intimidad, se despojaron de sus ropas mientras sus lenguas recorrían cada rincón de sus anatomías ardientes de deseo. Recostados en el sofá, follaron como leones, rieron como enanos al alcanzar el orgasmo y siguieron gozando encima de una silla, bajo las tibias aguas de la bañera y

entre las sábanas estampadas de rosas que cubrían la amplia cama. Entregados de lleno a la tarea de descubrir el goce de sus cuerpos, apenas intercambiaron palabras.

Solo cuando fue consciente de que el sexo junto a Ése adquiría un matiz especial, Wynie le lanzó un tímido "creo que esto se nos da demasiado bien". Él asintió al tiempo que le dedicaba una mirada cómplice, una sonrisa ancha y un beso apasionado que ella saboreó como si se tratara del primero de su vida. No durmieron en las pocas horas que quedaban de noche... El hombre se despidió con los

primeros rayos de sol y salió corriendo cual Cenicienta temerosa de que un hada malvada rompiera el hechizo... Aquella huida sin motivo aparente le produjo tal sensación de vacío que no pudo evitar el hecho de pedirle una explicación: "¿por qué tienes tanta prisa, si es sábado?". Él la tranquilizó con un beso cálido y las palabras siguientes: "necesito hacer unas gestiones esta mañana. Descansa un rato, déjame tu número de teléfono y cuando despiertes estaré de nuevo a tu lado. Volveré, no te preocupes" –le aseguró. En teoría, convencido.



Wynie escuchó el ruido de la puerta al cerrarse y tuvo la impresión de que todo lo ocurrido en esa noche mágica se había esfumado para siempre. Una extraña sensación de amargura recorrió su cuerpo e inundó las sábanas de la cama, poseídas aún por el olor especial que dejara Ése. Al objeto de disipar su malestar repitió para sí misma varias veces las palabras que su amante pronunciara minutos antes de marcharse, con un convencimiento fuera de toda duda razonable: "volveré, no te preocupes", antes de ser capaz de quedarse dormida.

Pasaron las horas.... Se despertó, preparó algo para comer, recogió la ropa, ordenó la casa, se fumó un cigarrillo y dejó que el tiempo siguiera consumiendo la lenta espera. El teléfono y el timbre permanecían en silencio. La noche abarcó con sus penumbras toda la extensión de aquel apartamento frío y vacío. Fue entonces cuando comprobó la evidencia de que Ése la había engañado. No volvió como había prometido y ni siquiera se dignó a llamarla. Indignada, dio un puñetazo en la mesa que le dejó la mano derecha dolorida durante un buen rato. Encontró el consuelo

pensando en su éxito con los hombres y en la realidad constatada de que podía llevarse a la cama a cualquiera que le gustara. Y decidió que, en caso de volverlo a ver, lo dejaría con la miel en los labios...

Dos semanas después supo que nada suele ocurrir tal como está previsto. Los hilos que mueven el destino se balancearon a su antojo y Wynie se reencontró con Ése mucho antes de lo que hubiera pensado.

Ocurrió en el mismo club donde se habían conocido y el encuentro no fue tan casual como ella creía.

Llegó con sus amigas a El Maligno y lo vio nada más entrar, apostado al lado de la puerta, como si estuviera esperándola.

-No pensaba verte tan pronto – le dijo a modo de saludo.

-Yo a ti sí. De hecho, he venido a buscarte –le contestó él, sonriendo y con la mirada perdida en las esbeltas piernas femeninas. Estás muy guapa con esa minifalda –la piropeó al oído.

-¿Vas a contarme por qué sabías que iba a venir esta noche? ¿Eres vidente, o quizás un detective que ha seguido cada uno de mis

pasos?

-Ninguna de las dos cosas

Tengo buena memoria y tú misma me dijiste que salías un fin de semana de cada dos, porque el otro estabas con tu hijo, y que frecuentabas este lugar.

-Sí, ya –contestó ella, satisfecha de que su amante hubiera recordado aquel hecho en teoría banal y decidiera actuar en consecuencia. –¿Tú de qué vas? –le espetó en tono descarado. –Primero huyes de mi casa como la Cenicienta y luego dices que vienes a buscarme. ¿Pretendes

confundirme o me estás tomando el pelo?

Ése sonrió sin contestar. La agarró por la cintura y pretendió besarla. Wynie se deshizo de sus brazos y alejó sus mejillas del rostro masculino con un giro brusco de cabeza.

-Ahora me confundes tú a mí. Creía que te gustaban mis besos.

-Tanto como a ti los míos. Pero si quieres volver a probarlos, tendrás que explicarme por qué me dejaste plantada.

-Perdóname. Lo siento –se disculpó el hombre.

-No me da la gana. No creo en el perdón y, mucho menos, para practicarlo con un tipo que me engañó nada más conocerlo. Si no me lo aclaras, adiós. Me voy con mis amigas. Te veo falto de inteligencia emocional, querido follador –le soltó al tiempo que lo provocaba con una mirada lasciva y la punta de la lengua paseándose por sus labios pintados de rojo fuego.

-Ven aquí. Quédate conmigo – le contestó mientras la cogía del brazo. Ahora te lo cuento todo, de verdad.

-Empieza –le ordenó ella

parándose en seco e intentando que la soltara.

-Me esperaban en casa. Mi esposa y mi hija -aclaró-y Wynie sintió que una catarata de ladrillos se desplomaba sobre su cabeza. Le lanzó una mirada de "eres lo peor" y volvió la espalda con la intención de encaminarse al salón. Ése lo impidió. La agarró con fuerza por ambos brazos, la estrechó contra su pecho y la besó con una pasión inusitada. Ella no supo, ni pudo ni quiso negarse. Se entregó sumisa a aquellos besos ardientes. Al unísono, una colonia de mariposas surcaba su estómago y se



humedecían sus labios interiores...

Se dejó arrastrar por aquel beso interminable ajena al numeroso público que contemplaba la escena y al mundo entero que dejó de existir en esos momentos. El tiempo se estiró como un chicle y los abalanzó hasta la puerta de salida, prolongó la unión de sus labios por varias calles del centro de la ciudad e inundó de deseo cada rincón de la casa de Wynie. La razón abandonó su mente y entregó su cuerpo al placer de las manos masculinas que lo surcaban, al fuego del miembro erecto que se introducía en las viscosidades de su

interior abierto en canal y a los latidos de corazones excitados que rompían el silencio de la noche. Se amaron con fuerza y sin palabras y el día sorprendió sus cuerpos sudorosos y pegados. Un reloj situado sobre la mesilla de noche puso fin al sortilegio. Ése lo miró y la realidad se convirtió en agua helada derramándose por toda la extensión anatómica de Wynie. Un escalofrío recorrió su ser y expulsó cuatro letras de sus labios: "vete".

-¿Por qué quieres que me vaya?  
¿Me estás echando?

-No. Eres tú quien ha mirado la hora. Me has recordado que otra te

está esperando y no lo soporto. El hombre que me ame, mientras esté a mi lado, tiene que entregarse al cien por cien.

-Yo me entrego. Ven aquí. Déjame amarte otra vez.

Y Wynie, la racional, la cerebral, la que enseñaba a sus amigas a doblegar los impulsos del corazón, no fue capaz de aplicarse su propia medicina y se dejó llevar por el precipicio de pasiones al que Ése la arrastró. Porque la razón se tornaba polvo cuando lo sentía dentro de su cuerpo y el paraíso se mostraba ante sus sentidos en su inmensidad más intensa..

## **El de 28, amor inalcanzable**

El amante o amigo especial más fijo de Olivia es un joven actor de veintiocho años al que conoció en El Maligno la madrugada de una jornada laborable en la que acudió junto a Emi. Iniciaron una relación tumultuosa y ardiente que los dejó en lo que ahora son: dos almas que se siguen queriendo a pesar del sufrimiento y dos cuerpos que se

atraen aunque crean que no pueden llegar más allá de alguna noche fogosa o de un fin de semana compartido entre la cocina y la cama del apartamento de ella.

Varios días después de ese primer encuentro, él la telefoneó para invitarla a cenar. Acomodados en una mesa al fondo del salón de un concurrido restaurante japonés, se devoraban con sus miradas embelesadas. El sushi y la tempura esperaban en los platos mientras ellos, ajenos al trasiego de público y camareros, sudaban cada gota del deseo que desprendían sus cuerpos ardientes. Olivia escuchaba bonitos

piropos -"eres la más guapa y la más sexy que pisa la noche de Madrid"-entremezclados con susurros del tipo "no sabes los millones de pajas que me he hecho pensando en ti desde el momento en que te conocí" o "no quiero cenar, solo tengo hambre de ti". Pletórica y orgullosa, respondía con un tímido "yo también te deseo mucho", al tiempo que su acompañante, por debajo de la mesa, rozaba y recorría sus muslos prietos con los dedos de sus pies descalzos.

Poco después, empotrada contra la pared de su dormitorio,

sentía a El de 28 entrando en su cuerpo, sus manos aplastando el torso de su compañero y sus uñas clavadas, dibujando las huellas del deseo, en la piel suave y blanca del joven. Practicando su postura sexual preferida y en el instante más álgido de la penetración, dejaba escapar sonoros alaridos y pensaba en que nada en el mundo era comparable a la dicha producida por ese cuerpo perfecto que la poseía una y otra vez; ni a la belleza de la musculatura masculina que acaparaba intensamente cada hueco de su anatomía de mujer abierta al gozo. Escuchaba la voz

de su acompañante interrumpida por los gemidos, halagando cada curva, cada pliegue y cada movimiento de sus pezones turgentes... Y provocando que vibrara con una intensidad inusitada y de una manera exclusiva que únicamente él era capaz de provocar. "Te quiero solo para mí, eres mía, mía siempre..." -musitaba el joven-y ella se estremecía al escuchar aquellas palabras pletóricas de sensualidad, sabiendo, aunque sin querer pensarlo, que la pasión que ambos sentían era insostenible y que aquel amor sucumbiría por el peso irremediable



de casi quince años de diferencia...

Sin embargo, la seguridad de que la relación entre ambos carecía de futuro no impidió que se enamorara del joven después de unas cuantas citas pasionales y pasajeras. Llegó a obsesionarse tanto con él que pasaba los días mirando los puntitos verdes que se encienden en el chat de Facebook y esperando, sin éxito, unas palabras de su parte. Le sorprendía que pasara tantas horas conectado a la famosa red social y que nunca le dijera nada. Recordaba el revoloteo de su voz susurrante en el lóbulo de su oído "eres mía, te quiero solo

para mí” y no entendía cómo alguien podía pasar de la pasión desbordada a la indiferencia en tan poco tiempo. Y menos aún, sin que se produjeran discusiones o malentendidos susceptibles de provocar esa actitud. Se enfadaba y apagaba el ordenador. Intentaba realizar sus tareas sin capacidad para concentrarse y se ponía a pintarse las uñas, abandonando la actividad al mancharse los dedos por falta de precisión. Atravesaba, nerviosa, el salón de su apartamento de un extremo a otro y, de forma instintiva, fijaba su vista en el portátil que reposaba

sobre la mesa. Un buen día, harta de comprobar que las horas de El de 28 transcurrían en un aparato conectado al resto del mundo sin que a ella le dirigiera palabra alguna y hastiada de recorrer el salón de una esquina a otra, decidió atacar.

-¿Por qué no me hablas nunca, estás enfadado conmigo? –tecleó con sus dedos trémulos, y esperó impaciente una respuesta fría y simple.

-No. Simplemente, estoy muy ocupado.

Una frase vacía que no despejó

sus dudas. Encendió un cigarrillo, le dio un par de caladas y lo estrujó con fuerza contra el cenicero. “Si estás muy ocupado, te vas a la mierda. Ya me buscaré a otro” – exclamó en voz alta como si él pudiera oírla.

## **El Joven Faraón**

Olivia conoció a El Joven Faraón una noche en que asistió sola a un concierto de flamenco que se celebraba en una sala cercana a su casa. La había invitado la

representante del cantautor y no quiso rechazar el aprecio. Se dirigió hasta el lugar dando un tranquilo paseo y, nada más llegar, la anfitriona la recibió amablemente y le preguntó qué deseaba tomar. Se acomodó en la barra y pidió una cerveza. A su lado, dos tipos jóvenes y de aspecto extranjero no paraban de mirarla. Uno de ellos, precisamente el más atractivo, tomó la iniciativa y empezó a piropoarla. "Qué guapa eres, qué pelo tan bonito tienes, qué bien vas vestida..." Ella no le hizo mucho caso. Sobre todo porque, cuando El de 28 ocupaba su mente, el resto

de los hombres dejaban de interesarle. El extranjero en cuestión, egipcio para más señas, también era muy joven y no estaba dispuesto a rendirse.

-Qué hermosa eres, pareces una faraona, con ese pelo negro tan brillante –le dijo en tono solemne, como si estuviera dirigiéndose a la mismísima Cleopatra.

A ella le hizo gracia la comparación y le siguió el juego.

-Tú podrías ser mi faraón, si quieres –le contestó sonriendo.

-Por supuesto que quiero. ¿Acaso lo has dudado en algún

momento? –inquirió mientras la atraía hacia su cuerpo y la besaba largamente en la boca.

A Olivia le gustaron sus besos ardientes. “Si besa así de bien, será muy bueno en la cama” –dedujo.

No tardó mucho en comprobarlo. Un rato después estaba en su cama, desnuda y tumbada boca arriba con el muchacho encima. Su cuerpo entero vibraba por el placer que le producían los labios del hombre recorriendo sus pechos, las manos hurgando en su interior humedecido y la boca roja que la besaba con una pasión arrebatadora...

Sintiéndolo dentro de su cuerpo, gozando con cada una de sus embestidas y entregada por completo al delirio del sexo, no podía evitar que El de 28 asaltara sus pensamientos por sorpresa. Asumió la confusión y prolongó el momento del éxtasis, que llegó junto a los mismos gemidos sonoros que salían de su garganta cuando hacía el amor con él. Poco después, el hecho de tener a su adorado muchacho incrustado en su mente provocó que despidiera amablemente a El Joven Faraón, con la excusa de que tenía muchas cosas que hacer. Sin saber que los



caprichos del destino propiciarían un nuevo encuentro...

## **El amante belga, turbadora pasión**

Después de dos matrimonios fallidos y un hijo con su segundo marido, Katty buscaba incansable en las barras de los bares y en los portales de relaciones de Internet al compañero de su vida, al alma gemela junto al que experimentar ese amor con todas sus letras que viera en sus padres y soñara para sí misma desde que tuvo conciencia

de ser mujer. Pensó que se trataba de un hombre de negocios belga al que conoció en Madrid y con el que inició una apasionada relación aún sabiendo que estaba casado, pero creyendo que el amor que sentía por ella era tan fuerte como para que abandonara a su esposa.

Después de un año de citas clandestinas en hoteles de la ciudad, fue consciente de que había caído en sus redes. Pensaba en él constantemente, hablaba de él a sus amigas y, lo que es peor, cuando salía de marcha nocturna no ligaba porque tenía a El Belga ocupando su cabeza y cada uno de

los poros de su blanca piel. En resumidas cuentas: se había enamorado de un hombre casado que nunca sería del todo suyo. Aunque él le advirtió desde el primer momento que no iba a dejar a su familia por nadie, Katty albergaba la secreta esperanza de que la intensidad de aquellos fogosos encuentros consiguiera hacerlo cambiar de parecer. Sin embargo, lo único que obtuvo de él fue la promesa de que la llamaría cada vez que pasara por Madrid.

Al principio no estaba muy convencida de querer convertirse en la otra, ni de proporcionar gozo a

un hombre que también lo obtenía con su legítima en el lecho conyugal. Pero, como le repetía Emi con insistencia, renunciar al placer es muy difícil y ella, en efecto, no tenía fuerzas para hacerlo. Así que cada vez que El Belga le ponía un SMS anunciándole que llegaba a la ciudad, corría a refugiarse en sus brazos y a deleitarse en la fogosidad de su musculada anatomía. De nada sirvieron las largas conversaciones con sus íntimas, ni las recomendaciones de Wynie y de Olivia en el sentido de que los mandatos del corazón y los sentimientos pueden doblegarse:

“piensa en El Belga como en un objeto de deseo, disfruta de él cuando venga y olvida que existe en el momento en que coja la puerta. Haz con él lo mismo que él contigo, porque de lo contrario sufrirás mucho” –le repetían incansables.

Puede que muchas mujeres conozcan la manera de manejar los asuntos del corazón para que no les hagan daño, pero Katty no estaba entre ellas. Durante toda su infancia y adolescencia fue testigo de la convivencia en una familia idílica, con unos padres que se amaban con locura, y había

comprobado que la llama de ese amor no se apagaba con el paso del tiempo ni flaqueaba con los problemas del acontecer diario. Ella, que anhelaba exactamente eso para sí misma, no lo consiguió en su primer matrimonio ni tampoco junto a quien creyó el hombre de su vida, su segundo marido y padre de su hijo. Tras muchos años de sinsabores y un desengaño amargo, decidió afrontar el fracaso y seguir luchando por el sueño de encontrar la relación ideal pese a las reiteradas advertencias de sus amigas, a quienes las rupturas con sus parejas oficiales y

las posteriores aventuras fracasadas reafirmaban en el convencimiento de que ese amor auténtico y sin fisuras no existe.

Meditó durante muchos días sobre la cuestión de si sería capaz de aceptar las invitaciones de El Belga de pasar con él las noches que estuviera en Madrid y olvidar luego que existía para seguir buscando al bueno, al hombre que de verdad la amara como su padre amó a su madre. Y cuando decidió que sí, que merecía la pena intentarlo, la oferta ya no estaba en pie aunque ella no lo sabía. Ni siquiera fue consciente de que el

adiós empezó a fraguarse desde la última vez que se vieron. De hecho, el amante que más la había turbado con su envolvente pasión se despidió hasta dentro de quince días, que Katty dejó transcurrir con el recuerdo emocionado de las horas, los minutos y los segundos compartidos.

El calendario siguió moviéndose y, llegado el momento, no hubo SMS, ni llamadas ni razones para pensar que El Belga continuaría existiendo en su vida. Entre ella y su amante, el destino solo dibujó lágrimas desconsoladas cayendo a un precipicio de dolor.. Lloró tanto



y lo consideró todo tan perdido que el día en que calculó que El Belga según el plan que él mismo le había comunicado-estaría ya en Madrid, no pudo reprimirse. Lo llamó varias veces desde su móvil, le puso un SMS y un mensaje de voz y no obtuvo respuesta. El desconsuelo la refugió en los brazos de Wynie y esta, muy resuelta, se propuso averiguar lo que estaba pasando.

-Lo primero que tenemos que descubrir -le dijo-es si le ha ocurrido algo o si no te coge el teléfono porque no le sale de los mismísimos, aunque me temo que se trata de esto último.

-Ya. Tú como siempre, pensando bien –ironizó Katty. ¿Mira que si ha tenido un accidente?

-¡Jajaja! –rio. Qué ingenua eres, querida. Te he dicho mil veces que la única forma de acertar con los hombres es pensando mal de ellos. Él no conoce mi número, así que ya sabes. Coge mi teléfono y llámalo. Verás cómo contesta.

Wynie no se equivocó, y Katty escuchó la voz de su amado al otro lado del aparato. Típicas y lacónicas palabras que la arrastraron a una sobredosis de amarga realidad: “lo siento, me resulta imposible volver a verte. Ya sabes, tú me gustas

mucho pero tengo una familia, no puedo dejar a mi mujer y a mis hijos, blabla, blabla, blablalbla...”

Un fuerte abrazo de Wynie se interpuso entre Katty y el abismo. “Mejor así, ese hombre no te convenía, ya te lo advertimos. Ponte ahora mismo a hacer los deberes del olvido y no vuelvas a acercarte a un tipo casado. Cuando se quitan el anillo y se echan a las calles no se merecen ni que los miremos a la cara” –indicó a su amiga con la tranquilidad y la parsimonia típicas de quién tiene las cosas muy claras. Desconociendo entonces que el

destino estaba a punto de jugarle también a ella-una mala pasada.

## **El Psiquiatra, doloroso desengaño**

Tras la decepción sufrida con su amante belga y después de una multitud de aventuras que no cuajaron, Katty creyó haber encontrado el amor de su vida en un psiquiatra con el que también se llevó un doloroso desengaño. Lo conoció -o mejor dicho, reconoció-a principios de verano. Nada más

verlo supo que se trataba de aquel tipo ocurrente -padre de un niño de la edad del suyo-con el que solían coincidir, cuando ambos estaban casados, en el domicilio de otra pareja cuyo hijo era compañero de pupitre del vástago de Katty. El Psiquiatra y su entonces esposa eran vecinos de esta última pareja, que organizaba en su residencia copiosas comidas seguidas de largas sobremesas a las que acudían, además del doctor y su esposa, Katty y su marido.

El tiempo y los divorcios rompieron aquellas tardes de sábado en las que tres parejas de

clase media-alta y gustos e intereses similares jugaban a las familias felices -animadas conversaciones sobre lo divino y lo humano aderezadas con vino tinto de reserva-mientras sus hijos, entonces criaturas de seis o siete años, hacían sus pinitos con las consolas.

Katty no volvió a coincidir con El Psiquiatra, ni siquiera a pensar en él, hasta ese verano. El encuentro no ocurrió en un bar, ni en una pista de baile ni a través de ningún sitio web. Fue en la calle y se topó con él junto al portal de la casa donde celebraban las citadas

comidas de sábado. Él salía y ella entraba. Se miraron a los ojos. Cada uno pronunció el nombre del otro y se abrazaron emocionados.

El sol lucía brillante aquella tarde sofocante del estío y sus rayos calentaron rostros y mentes. Katty y El Psiquiatra olvidaron lo que tuvieran pensado hacer antes de verse y se refugiaron de los fulgores del astro en una cafetería cercana. El local tenía aire acondicionado y permanecieron allí hasta que cerró, ya de madrugada. Merendaron y cenaron mientras se ponían al día. Hablaron de los ex y de los divorcios; de los niños y de

los líos de las custodias; de los trabajos respectivos, de las vacaciones y de la crisis. Tampoco faltó la política y comprobaron complacidos que hasta en eso coincidían. Bebieron, rieron y llegaron a tal estado de complicidad que decidieron no separarse.

El Psiquiatra ofreció a Katty continuar en su domicilio, a tres pasos del lugar donde se encontraban. Le dijo que ponía a su disposición una cama estupenda distinta a la suya-un pijama y un cepillo de dientes. No le dio opción a negarse pero tampoco tuvo que insistir mucho. Ella aceptó



encantada. Lo tuvo claro desde el momento en que él precisó que se trataba de una cama distinta a la suya. Le gustaba tanto que no quería tener sexo la primera noche. Se negaría a romper esa magia, a estropear el inicio de una relación que contaba con todos los ingredientes para ser prometedora. De hecho, es la única del cuarteto que piensa que los hombres, por regla general, no valoran a las mujeres con las que se acuestan en la primera cita. En ese sentido afirma, en contra de lo que sostienen sus amigas, que aquél que consiga llevarte a la cama nada

más conocerte nunca pensará en ti como la compañera de su vida... Sin embargo, su teoría no funcionó con El Psiquiatra. Negarse al sexo esa y unas cuantas noches más no impidió que él la abandonara una vez conseguido el objetivo.

# **SEGUNDA PARTE: EL SEXO**

## **La chispa de la pasión y la odisea del querer**

Emi suele decir que amar es una casualidad y querer, una decisión reflexionada. La chispa del amor, lo que llamamos atracción o química es, desde su punto de vista, el hilo que mueve el sexo. Puede surgir en cualquier momento y en cualquier lugar: un bar, un museo, una reunión de trabajo o un encuentro fortuito en un medio de

transporte público... Una sensación de deseo irrefrenable cuya aparición forma parte del misterio de la Naturaleza provoca que dos desconocidos empiecen a besarse como posesos y abandonen lo que tenían pensado hacer para dejarse arrastrar por el fuego de la pasión. En muchas ocasiones, los encuentros pasionales se quedan solo en eso... La magia de la primera vez no vuelve a repetirse y se diluye entre las prisas y los aconteceres del quehacer diario... Sucede también que los amantes repiten el encuentro buscando sin éxito el fuego que los unió esa

primera vez, y la llama no resurge porque se había consumido íntegramente... Es lo que ha ocurrido a Emi, Wynie, Olivia y Katty desde que se divorciaron: la mayoría de los hombres con los que han tenido una aventura han pasado por sus vidas con la fugacidad del rayo que, en un segundo, baja de las alturas para convertirse en cenizas al tocar la tierra...

E mi decidió querer una vez en su vida. Con ese hombre, su ex marido, estuvo veinte largos años y tuvo dos hijas. El amor se rompió por la erosión de una convivencia

que derivó en maltrato. Después de sobreponerse al fracaso, intentó no querer a nadie lo suficiente como para pasar junto a él sus días, sus tardes y sus noches. Su amante El Polaco ha sido el único que la ha incitado a reflexionar sobre la posibilidad de convertir el amor en querer. Sin embargo, lo ha meditado en repetidas ocasiones y, por el momento, no lo ha hecho. Ha optado por disfrutar del sexo a su lado: del gozo puro, del placer de besarse, de tocarse y de poseerse sin complicaciones ni compromisos... Un disfrute tan efímero como el propio acto y tan

corto como el tiempo que transcurre desde que salta la chispa hasta que los amantes quedan saciados... El querer, sin embargo, se le presentaba como un largo camino de rosas llenas de espinas y rehuía la posibilidad de volver a pincharse, de volver a sufrir...

Cada cual, sea hombre o mujer, tiene su manera peculiar de sentir y de vivir la chispa de la pasión y la odisea del querer. Muchas personas no notan la diferencia porque se creen incapaces de amar sin querer o, dicho de forma más clara, tienden a confundir el sexo con el amor. Es el caso de Katty, para

quien una relación sexual, en sí misma, carece de sentido. "Cuando decido irme a la cama con un hombre necesito que entre nosotros haya algo más que la simple atracción. El sexo por el sexo, descubrir mi intimidad ante alguien que no siente nada especial por mí ni yo por él no me gusta". Citando sus propias palabras, "las veces que lo he hecho han corroborado mi teoría". Sin embargo, dicha creencia no ha evitado que sucumbiera al arrebató sexual una y otra vez. Se dejaba arrastrar por la fuerza de un deseo que, provocada por cualquier desconocido en el momento más



inesperado, explotaba en su blanca piel y la llenaba de fuego. Rendida al ataque de la pasión y al embrujo de la ilusión, accedía porque, en lo más profundo de su ser, persistía la ambición de que esa chispa primigenia encendiera la llama del amor. Cada una de sus aventuras nacía marcada por el anhelo de volver a enamorarse y a querer, que para ella significaba lo mismo. Pese a sus dos matrimonios fracasados, no cejaba en el empeño de encontrar la pareja verdadera y auténtica, el hombre junto al que pasar el resto de su vida.

-A la tercera va la vencida -

acostumbraba a decirle Wynie. Ella se negaba en redondo, después de quince años de matrimonio, a compartir su vida con nadie distinto a su hijo. “Si un hombre me hace feliz en la cama y además, me resulta interesante como persona, no me importaría mantener con él una relación estable” –confesaba a sus amigas. Por supuesto, la condición indispensable era que cada uno viviera en su casa. “Bajo el mismo techo, nunca más” –reiteraba convencida. Wynie se considera un espíritu libre y aplica dicha convicción a su vida sexual. El único requisito que exige a un

hombre para llevárselo a la cama es que le guste físicamente.

También Olivia se muestra recelosa a la hora de volver a convivir con alguien. Recelos lógicos en una mujer de naturaleza enamoradiza... Porque ella se enamora y siente que quiere a todos los hombres con los que ha mantenido relaciones sexuales. Confunde el amor con el sexo y, al igual que Katty, asegura que un revolcón en sí mismo carece de sentido. Cuando conoce a un hombre y siente el chispazo cree que se ha enamorado, aunque ese amor se esfume con la misma

premura con la que apareció... Así le ocurre de forma habitual: la distancia entre el amor y el desamor es tan corta como el propio juego sexual. Y aún más corta si su compañero de cama no tiene mucha pericia en las artes amatorias. Desde que se divorció, Olivia ha perdido la cuenta de los hombres que han pasado por su vida. Solo tiene claro que de todos ha estado enamorada. Aunque fuera un instante, un beso o un suspiro...

## **Escenarios de**

# **conversaciones y correrías**

El lugar donde se reúnen las cuatro amigas suele ser el apartamento de Wynie, en el madrileño barrio de Los Austrias. En el amplio salón de la vivienda transcurren sus tertulias sobre los hombres y el sexo. Acaloradas charlas en las que discuten acerca de la naturaleza del amor, de la importancia del sexo en general y del tamaño del pene en particular. Exponen y analizan las actitudes y las reacciones de sus amantes; especulan sobre lo que dirían o

harían en una situación determinada; revelan sus fantasías, desmenuzan sus pasiones o lloran sus decepciones.

El escenario principal de las correrías de Emi, Wynie, Olivia y Katty es El Maligno; por regla general, el sitio elegido cuando salen dispuestas a conquistar. Lejos de parecerse a un bar de copas o pub al uso, se trata de una amplia vivienda del centro de Madrid convertida en club nocturno privado. Su arquitectura es similar a la de un domicilio tradicional, con la particularidad de una barra instalada justo a la entrada, en el

hall, y los baños a la izquierda.

Cruzando un pasillo que sale de la barra se llega a dos habitaciones, la azul y la roja, situadas una en frente de la otra. Al fondo, el salón de baile y la cabina del DJ.

Centro de reunión de actores, famosos de diverso pelaje y noctámbulos de pro, abre sus puertas al filo de las tres de la madrugada y no cualquiera puede cruzarlas. Para acceder a su interior es necesario tener el número de teléfono móvil de El Dueño y avisarlo previamente. Solo la gente a la que él da el visto bueno es bienvenida. Emi, Wynie, Olivia y

Katty, clientas asiduas, lo son siempre. Y es precisamente en ese carácter de club privado donde reside el atractivo del local. La gente conocida que lo frecuenta se divierte a sus anchas con la certeza de que no habrá ninguna cámara indiscreta que pueda fotografiar actitudes políticamente incorrectas. Para eso está el hombre de confianza de El Dueño, un gorila del este de Europa que tiene la misión de salvaguardar la intimidad de la clientela y de mantener a raya a cualquier intruso que pretenda saltarse la norma principal de la casa: prohibido hacer fotos.



Cuando se cruzan las puertas de El Maligno desaparecen los compromisos y se olvidan los amores. Los hombres con anillo se lo quitan al llegar; las chicas buenas se vuelven malas y las malas, peores. En el reino de la desinhibición se establecen relaciones variopintas y complicidades impensables. Caballeros que ocultan su machismo bajo una apariencia de modernidad dejan sus miserias al descubierto cuando hablan sin recato de las fáciles y de las difíciles; de las que conocen porque son clientas asiduas y de las que no

saben nada porque acaban de llegar por vez primera; de las que se han tirado en alguna ocasión y de otras a las que jamás han tocado, y no por falta de ganas. Tampoco ellas respetan la privacidad que debería regir en las relaciones íntimas. No resulta extraño escuchar a un grupo de mujeres reírse a carcajadas a causa del escaso tamaño de los atributos de un hombre al que todas han probado.

Este tipo de comportamientos afectan al cuarteto de forma dispar. Emi ha llegado a enfadarse con Olivia al verla revolcándose con uno

de sus ligues en el sofá situado al fondo de la sala azul y le ha recriminado que dé rienda suelta a sus pasiones en público teniendo su casa tan cerca. Wynie llamó "machista de mierda" y retiró la palabra a un conocido DJ cuando le escuchó decir a otro hombre que las chicas que frecuentaban el local eran unas "ligeras de cascos". Lo mismo hizo Olivia a un director de cine que pretendió entablar conversación con ella revelándole que Katty se lo había pasado muy bien en la cama de un amigo suyo; y esta última, al enterarse por su amiga del chismorreo, no dudó en

soltar un sonoro bofetón en el rostro del referido realizador nada más volvérselo a encontrar.

Sin embargo, ninguno de los incidentes mencionados ha retirado a las amigas del local. Pese a descubrir el lado más oscuro y machista de muchos de sus clientes, Wynie y Olivia siempre defendían su idoneidad como lugar de diversión y ligoteo. Sobre todo, por la comodidad de su cercanía a los domicilios de ambas. Cuando cerraban los sitios de moda que solían frecuentar en la Gran Vía y sus alrededores, El Maligno constituía la mejor opción para

terminar la noche, puesto que debían pasar por su puerta en dirección a casa. Emi las secundaba con el argumento de que le encantaba la música que ponían y podía cultivar a sus anchas una de sus aficiones preferidas: bailar con su identidad semioculta bajo los cristales oscuros de unas gafas de sol. Katty era la más reticente. Además de quedar lejos de su apartamento, no lo consideraba un lugar apropiado para conocer a su príncipe azul. “Los hombres que van allí solo buscan sexo y yo quiero una relación estable que no encontraré en la oscuridad de un

antro como ese". Aunque siempre ponía la misma excusa, solía acatar la decisión de la mayoría. El paso de los años y el hallazgo de nuevas amistades terminaron apartándola de un club nocturno que nunca llegó a ser de su agrado.

Emi, Olivia y Wynie siguieron frecuentando ese local clandestino y singular durante muchos años. Tantos como los que duró su idilio con las largas y festivas madrugadas de Madrid. En el fondo de tal decisión subyacía el hecho veraz de que lo que ocurría en su interior las sorprendía en cada visita. Se lo soltó Wynie una

mañana a El Coletas, pariente de El Dueño y único camarero de El Maligno, de forma espontánea al despedirse de él en la puerta de salida.

-Cada vez que me voy de aquí tengo la sensación de llevarme una novelería a casa. Parece que El Maligno guarda siempre una sorpresa con la que obsequiarme, querido Coletas.

-De eso se trata y ojalá lo consigamos todas las noches que vuelvas. Espero que sean muchas – afirmó como si estuviera seguro de que su deseo se cumpliría...

# ¿El tamaño importa?

Emi suele alardear de que la polla de su amante polaco es del tamaño de un vaso de cubata y que esa desmesura la vuelve loca. Hasta tal punto, que en una de sus visitas le pidió permiso para fotografiar el esplendor de su herramienta y mostrárselo a sus incrédulas amigas. Una tarde otoñal y lluviosa, el salón del apartamento de Wynie fue testigo de las reacciones del cuarteto ante dicha exuberancia. En la imagen del teléfono móvil de Emi se apreciaba



que el falo, sin haber alcanzado una erección completa, se extendía por toda la ingle derecha de su dueño y llegaba, incluso, a sobresalir del muslo. Cuando Katty miró la foto se echó las manos a la cabeza y de sus labios escapó un grito de horror. Desde su punto de vista, un aparato tan descomunal no sirve para nada porque no se levanta y, en consecuencia, nunca será una polla dura, sino morcillona. Ella no quiere ni tampoco necesita -aseguraba-un pene que pase de los quince centímetros. Aunque afirmaba que el tamaño importa, solo le daba un valor relativo.

-La importancia del tamaño no me parece crucial, pero reconozco que si me voy a la cama con un tipo que acabo de conocer y la tiene muy pequeña me produce frustración. Incluso me da un poco de corte mirarla o tocarla –relató a sus amigas en el transcurso de la vibrante conversación femenina sobre los atributos sexuales masculinos y su influencia en la calidad de la relación sexual.

-Pues a mí, de corte, nada. El problema, si es que existe, es suyo –replicó la anfitriona en tono descarado. El escaso tamaño representa un inconveniente nada

más que para los tipos inexpertos o torpes en la cama. He tenido amantes con la herramienta pequeña que han resultado un gran acierto y con quienes lo he pasado genial. En el sexo, la boca o las manos pueden jugar un papel tan importante como el de la polla. Lo que ocurre prosiguió con su disertación de experta-es que los machos suelen dar a sus vergas más importancia de la que realmente tienen. La mayoría de las veces están tan obsesionados con el tamaño, con que se ponga dura y con impresionar a su pareja, que se olvidan de que los juegos sexuales

existen y generan unos orgasmos estupendos –argumentó convencida.

Desparramando su hermosura en toda la extensión del sofá, Olivia miró de reojo a Wynie que, sentada a su izquierda en una silla de diseño rosa, continuó su exposición sobre pollas, clítoris y orgasmos en tono pausado y didáctico, como si tratara de desentrañar un complicado teorema matemático. De repente, Olivia dio un brinco del sofá y, con las manos en jarra, espetó a su amiga mirándola a los ojos:

-¿Sabes lo que yo tengo claro a

estas alturas de la vida, bonita? Que cuando un tipo te diga que el tamaño no importa es porque la tiene pequeña.

-¡Jajaja! Tú sí que sabes de lo que hablas –la secundó Emi.

-¿Y vosotras que os creéis, que lo que yo os cuento lo he aprendido en los libros? –protestó Wynie. La experiencia me ha enseñado que hay dos tipos de hombres sexualmente hablando: los que tienen un pollón y solo se preocupan de meterla y sacarla, y aquellos a los que la naturaleza no ha dotado tan bien y procuran esmerarse con todo tipo de juegos

y fruslerías para complacer a la hembra. Sabéis que mi amante duradero, El Profesor de Matemáticas, pertenece a la primera categoría y no es el que más feliz me ha hecho en la cama, por muy grande que la tenga. Precisamente, debido a su falta de pericia en el sexo oral. Mi conclusión, por tanto, es que la importancia del tamaño es relativa. No es mejor amante el que más grande tenga la polla, sino el que mejor sepa jugar con sus manos y con su lengua, ¿me entendéis?

-Claro que te entiendo, pero esa es tu opinión. Yo, desde luego,

una polla pequeña no la quiero para nada. A mí lo que me gusta es que me metan una buena tranca –soltó Olivia al tiempo que sus palabras se mezclaron con sus propias risas y las del resto del gineceo.

-A mí también. No hay nada mejor que eso –corroboró Emi. ¿Os acordáis de aquel chico p ijo tan guapo que me traje una noche aquí, a casa de Wynie? Me gustaba mucho, pero no repetí con él porque nunca en mi vida había visto una polla tan pequeña. ¡Qué perezón! – exclamó ante las carcajadas de sus amigas.

-Pues lamento deciros que yo

estoy al lado de Wynie –aclaró Katty. El tamaño importa relativamente. Prefiero a un hombre que me haga feliz con los toqueteos y los besuqueos, aunque no la tenga muy grande, que a un tipo pegado a una tremenda polla que no pare de meterla y sacarla. ¡Qué cansancio y qué dolor!

-En mi opinión, estáis un poco confundidas, chicas –terció Emi. El hecho de que un hombre tenga una buena tranca no lo limita para practicar el resto de los juegos de alcoba. Os aseguro que mi amante polaco da para todo, así me tiene de contenta –apuntó orgullosa.



-La perfección no existe, querida –interfirió Wynie. O exageras sus virtudes amoratorias, o El Polaco es la excepción que confirma la regla.

-Ni exagero ni necesito hacerlo y en esta fotografía tienes la prueba. Es la realidad y tú lo sabes. Te lo he contado muchas veces, Wynie. ¿Por qué no me crees?

-No es que no te crea. En tu caso ocurren dos cosas: la primera, que no has probado a muchos hombres y te faltan elementos para conformar una opinión de peso sobre el asunto. La segunda, pero no menos importante, es que tu

polaco tiene más de sesenta años. Si no ha flaqueado ya, poco le falta –indicó con una sonrisa irónica.

-Estoy de acuerdo –asintió Katty. A partir de los cuarenta la potencia del llamado sexo fuerte empieza a esfumarse. Lo certifico porque lo he comprobado.

-Escuchad, chicas –interrumpió Olivia. La importancia del tamaño está en relación directa con la manera que tiene cada hembra de disfrutar del sexo. No es lo mismo sentir orgasmos vaginales que ser clitoridiana.

-Desde luego. Yo me considero

clitoridiana, pero eso tampoco significa que no tenga orgasmos vaginales. Por supuesto que los disfruto, aunque he de reconocer que la intensidad es distinta. Mi cuerpo vibra de otra forma cuando la excitación proviene del clítoris. La sensación es más fuerte –explicó Wynie. Es posible que por dicha razón no le dé tanta importancia al tamaño –aclaró.

-Por esa misma razón se la doy y o –indicó Olivia. Mis mejores orgasmos se producen con la penetración, no con la excitación del clítoris. Está claro por qué no me divierto si mi pareja la tiene

pequeña.

-¿Emi? –inquirió Wynie.

-Me ocurre exactamente igual que a Olivia –respondió la aludida.

-Yo soy multiorgásmica –se definió Katty. Lo mismo disfruto con la penetración que con el sexo oral. Si tengo un amante experto en esto último no echo de menos la penetración. Debo contaros que El Belga, que es el que más feliz me hace, es un poco impotente. Se le baja cuando tiene que ponerse el condón, pero no me importa. Se le dan tan bien el resto de las cositas... –comentó con una sonrisa

pícara. La pena es que está casado y me dejó muy claro lo que había desde el primer día que nos conocimos. Ahora, después de varios encuentros, cada uno más intenso que el anterior, me veo obligada a luchar contra mis sentimientos para no enamorarme de alguien que nunca será del todo mío –lamentó mientras su gesto se torcía y se volvían tristes sus ojos verdes.

-Ya, cariño. Acabo de decir que la perfección no existe. Todos tienen un defecto, y el de tu belga es que está casado –la consoló Wynie.

-¿Qué os parece si dejamos para otro día el tema de las relaciones con hombres casados y nos vamos a tomar algo? –sugirió Emi, dando por finalizada la tertulia ante el asentimiento del resto del grupo. Mientras, Wynie pellizcaba la mejilla de Katty en un intento de devolver la alegría a su semblante entristecido.

## **Amantes casados**

La llegada de la estación invernal helaba los huesos y el alma de Katty... El año se acababa

y el agua surcaba la blanca piel de su rostro como una catarata sin rumbo, un tren descarriado que había perdido el norte y no conocía el camino para llegar a su destino. Cuando se va, el amor deja un vacío que huele a tarde lluviosa de invierno, sabe a ácido y se siente como un enjambre de alfileres clavados en cada poro de la piel. Acomodada en una confortable chaise longue, recorría con su mirada clara y acuosa cada rincón de su apartamento de niña bien del barrio de Salamanca y no acertaba a comprender tanta melancolía ni a explicarse a sí misma el

sentimiento de pérdida y desolación que la invadía por completo. Así había pasado las fiestas de Navidad: ahogada en el llanto del desamor... Después de haberse jurado que no volvería a ocurrirle. De sentir que tocaba fondo cuando sufría por el que creyó el hombre de su vida, el padre de su hijo, y vio derrumbarse como un frágil castillo de arena de la playa el proyecto de vida que creó junto a él. Y ahora, un par de años después de la ruptura, maldecía haberse enamorado hasta el tuétano de un extranjero que la cameló para llevársela a la cama. Un tipo que no



la amaba porque ya tenía a otra. Para ella quedaban únicamente las sobras...

En situación similar se encontraba Wynie, después de pasar junto a un hombre casado la última noche del año. Lamentaba haber cambiado la invitación de Olivia para asistir a una fiesta de Nochevieja por una cena con Ése, quien no tuvo que esforzarse mucho para convencerla de que vivir a su lado esa velada especial era lo mejor que podía ocurrirle. Consideró ilusionada la proposición, creyéndola el símbolo de un sentimiento más profundo por parte

del caballero. Le extrañaba que quisiera estar con ella, y no con su esposa, en una noche tan simbólica y aceptó la sugerente propuesta sin sospechar que se vería sola en su cama cuando abriera los ojos el día de Año Nuevo. Ahora miraba llorosa las piezas del carísimo traje de fiesta que sacara del fondo de su armario para lucir en la cena desparramadas por el suelo del salón de su casa-y recordaba a Ése arrancándolas de su cuerpo con la premura del deseo. Consiguió, con dificultad, salir de la cama y ponerse de pie. En esos momentos, cada uno de sus huesos doloridos le

habló de la pasión derrochada en las horas precedentes. A duras penas y con pasos vacilantes pudo alcanzar el cuarto de baño. Se miró al espejo y se recreó en el vestigio de los besos del hombre marcados en su rostro. Notó las escamas de la piel seca bajo sus labios y la untó con delicadeza de crema hidratante. Las imágenes de la barba incipiente restregándose por toda la superficie de su cuerpo con el ansia del amor prohibido y esquivo desfilaron por delante suya cual escenas entremezcladas de películas tragicómicas. Un torrente de secuencias con sabor agridulce

surcó su corazón para recordarle que Ése pertenecía a otra mujer y la entrega que a ella le brindaba era momentánea, fruto de una llama intermitente que asomaba entre las brasas del amor oficial. Llama perezosa y cobarde, carente de la fuerza necesaria para resurgir de las viejas cenizas y lanzarse a las pasiones nuevas. Fuego débil e incapaz de romper el vínculo matrimonial que obligaba a Ése a saltar de su cama tras amarla intensamente, impulsado por la urgencia de llegar a tiempo al domicilio conyugal.

Recogía la ropa del suelo con

movimientos torpes, sus pensamientos anclados en la visión de Ése vistiéndose y ella intentando dormirse en un instante para no verlo marcharse y no pensar que lo había perdido de nuevo. Rememoraba con tristeza un beso fugaz en sus mejillas, escuchaba los pasos masculinos cruzando el salón y maldecía el ruido de la puerta al cerrarse porque ponía fin al placer intenso y efímero vivido bajo las sábanas de la cama, aún plagadas de las huellas de fluidos corporales y sudores mutuos. Volvía al presente, sentía su soledad como un ejército de alfileres clavándose

en su piel y se preguntaba angustiada por qué no conseguía retenerlo a su lado, ni un día, ni siquiera unas horas más. Por qué resultaba imposible disfrutar de un sueño suave recostada en su pecho y refugiada entre sus brazos.

La amargura de tantos porqués sin respuestas convincentes la arrastraron a tomar la decisión de echarlo definitivamente de su vida. Ya conocía la experiencia de amar a un hombre casado. La había vivido en sus tiempos de cronista parlamentaria, estando ella también casada. Su mente se inundó de los recuerdos de aquel

amor prohibido... De los encuentros furtivos en los baños del Congreso de los Diputados, del murmullo de unas llamadas con más silencios que palabras, de las disculpas absurdas, de los escondites y de las citas clandestinas. Una experiencia que la dejó traumatizada durante muchos meses. Sobre todo, porque estaba convencida de que si Rodrigo, su ex marido, no la hubiera sorprendido liada con El Político en el coche, no le habría discutido la custodia de su hijo. A ello unía la sospecha de que la pérdida de su trabajo de toda la vida en la agencia de noticias

estuvo también relacionada con el “se acabó” que le soltó a su amante después de la pillada. El sonido del teléfono interrumpió tan dolorosas reflexiones. Escuchó la voz de Katty, aquejada por pesares equivalentes.

Decidieron terminar juntas el primer día del año. Wynie telefoneó a Emi, recién llegada de un viaje de trabajo a las islas Bahamas; y a Olivia, aún sin dormir después de la larga noche festiva. Inundó la mesa del salón de su casa de dulces navideños y tazas de café y se dispuso a recibir a sus amigas. Las cuatro mujeres se enzarzaron en



una acalorada discusión sobre los hombres casados que se quitan el anillo y se echan a la calle en busca de aventuras; y acerca de las mujeres que caen en sus redes, conociendo antes o después la situación vital de esos galanes de palabra fácil y sentidos ávidos de seducción. El disparadero fue el rostro de Wynie, marcado por la señal de los besos de Ése, un hombre comprometido que hacía crecer un enjambre de mariposas en su estómago cada vez que se citaban.

- ¡Vaya tela cómo te ha dejado!  
– exclamó Olivia nada más entrar.

Observo que Ése te ha dado fuerte, en el corazón y en la cara.

-Sí –reconoció la aludida. Me he puesto mucha crema, pero las escamas de la piel no desaparecen. Supongo que será cuestión de tiempo –expresó en tono apesadumbrado.

-Bueno, ahora no te lamentes, que sarna con gusto no pica –contestó Olivia lanzando una carcajada socarrona.

-Si de verdad fuera así no se quejaría. El problema es que el gusto no resultó completo; se desvaneció antes de lo que ella

hubiera querido –precisó Emi, a quién su amiga del alma había adelantado por teléfono el desenlace de la fiesta.

-Lo normal cuando te acuestas con un hombre casado, y os lo digo por experiencia –terció Katty. Una vez que han conseguido su disfrute salen corriendo para llegar a casa y cumplir con sus mujercitas. Y para nosotras, las amantes, quedan los pesares y las lamentaciones.

-El asunto es más grave de lo que yo pensaba –intercedió Olivia. No me puedo creer que te hayas enamorado, Wynie. Echar un polvo, vale, pero de ahí a sufrir por las

espantadas de un hombre casado, sabiendo lo que hay, va un trecho. Por mi parte, os aseguro que si los tipos casados no encontraran mujeres con las que desahogarse harían fila en las puertas de los juzgados para pedir el divorcio. Sinceramente, prefiero mantener mi coño y mi corazón cerrados a esas relaciones –afirmó, espontánea y categórica. Soy de las que piensan que, con la de hombres que hay en el mundo, no deberíamos perder el tiempo en complacer a un tipo que tiene a otra esperándolo en casa. Aunque sea únicamente por solidaridad femenina.

-i J ajaja ! -rio Katty. En principio, a todas nos parece mal el hecho de enrollarnos con un hombre casado... Hasta que te toca, ¿verdad, amiga? -preguntó señalando a Wynie con el gesto. Recuerda las charlas que me has dado a cuenta de mi historia con El Belga. Sí, chicas -se dirigió al grupo. En plan racional, sacaba a relucir sus teorías de marisabidilla y su principio indiscutible de que los sentimientos se dominan. Por supuesto, ella jamás se hubiera ido con un hombre casado, hasta que conoció a uno que le gustaba -recordó en tono cínico.

-No lo sabía cuando ocurrió, Katty –se defendió la aludida.

-¿Y qué? Te lo dijo la segunda vez que te vio. Si lo hubieras mandado a casa con su mujer, ahora no estaríamos hablando del tema. No lo hiciste y yo te comprendo. Renunciar al placer es muy difícil – aseveró Emi.

-Yo lo habría rechazado nada más enterarme, os lo aseguro – espetó Olivia. Lo tengo clarísimo y os voy a explicar por qué.

-¡Jajaja! Lo mismo decís todas... ¡Hasta que os cae el marrón! –exclamó Katty.

-Lo que me pasa a mí - prosiguió Olivia-es que soy muy enamoradiza. Cuando me voy con un hombre es porque, en ese momento, me siento enamorada hasta la médula y pienso que el individuo en cuestión me corresponde. No entiendo lo del sexo por el sexo, tiene que haber algo más. Y claro, un casado va a lo que va. Aunque no me lo hubiera dicho, lo habría notado. Esas cosas se intuyen.

-¿Ah, sí? Pues yo debo ser muy tonta. No me enteré de nada - indicó Wynie.

-No creo que seas la única -la

consoló Emi. En cualquier caso, tengo la impresión de que estamos errando el tiro. Las mujeres no deberíamos mostrarnos tan duras ni juzgarnos a nosotras mismas o a nuestras amigas con tanta falta de consideración. El problema no es tuyo, es suyo –apuntó al tiempo que pellizcaba con ternura la mejilla de Wynie. No eres tú la que tiene que dar explicaciones, sino él. Es él quien engaña, quien tiene que inventarse excusas para salir de casa o buscar respuestas creíbles cuando le pregunten de dónde viene. Así que no te amargues y disfruta mientras te dure. Recuerda



siempre lo que acabo de decirte. Tú no tienes ningún problema. El problema es suyo.

-En mi opinión, la primera pregunta que deberíamos hacernos es qué pretendemos al enrollarnos con un hombre casado –intervino Olivia. Obviamente, la respuesta variará si lo que queremos es solo sexo o, por el contrario, tenemos la intención -más o menos oculta-de que el susodicho abandone a su mujer por la amante.

-En mi caso, me hubiera gustado que así fuera, pero no ocurrió. Mi relación con El Belga estuvo llena de altibajos, de

sonrisas seguidas de lágrimas – añadió Katty.

-¿Se lo planteaste en firme? –le preguntó Emi. Hay tipos que sustituyen a su mujer por la otra.

-Guardaba en secreto esa esperanza pero nunca llegué a exigirla, ni siquiera a exponer mis deseos abiertamente. Desde el principio me dejó claro que no prescindiría de su familia por nada del mundo.

-Para que den ese paso necesitan estar seguros de que no van a quedarse solos, y que habrá otra que los acoja, les prepare la

comida, les planche las camisas y les tenga la cama caliente cada noche –argumentó Olivia. Los tíos, por muy desgraciados que sean en sus matrimonios, no saben vivir solos. El que anda sin pareja es porque aún no ha podido encontrarla. En tu caso, ¿qué pretendes conseguir de tu relación con Ése, Wynie?

-Ahora nada, porque ya he tomado la decisión de echarlo de mi vida. Tampoco hubiera querido que se viniera a vivir aquí, ni estaba dispuesta a plancharle las camisas, desde luego. No sé planchar, jajaja... Hacerle la comida no me

habría importado, porque me gusta mucho cocinar. Y respecto a lo de la cama caliente, encantada. Cuando me arrebujó con Ése entre las sábanas toco el cielo con los diez dedos de mis manos –afirmó con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

-Sí, claro, eso no lo dudamos, ¿verdad, chicas? –inquirió Emi. Pero lo que Wynie oculta, y la conozco mejor que todas vosotras, es que ella quiere a un hombre que se adapte a su plan de vida, lo cual implica estar con él solo cuando no tenga a su hijo. Y no siempre ni al mismo tipo –puntualizó. ¿A que no

me equivoco? –le preguntó mirándola a los ojos.

-No mucho, aunque te confundes respecto a lo de ocultar. Desde que me divorcié os he dicho mil veces que no quiero vivir con nadie. Eso es lo que he tenido durante quince largos años y no me apetece repetir la experiencia. La convivencia es corrosiva y dañina. El hecho de abrir los ojos junto al mismo hombre cada mañana me provoca urticaria, así que ni siquiera me permito divagar sobre tal posibilidad.

-Imagínate que Ése deja a su mujer –especuló Katty. ¿Qué tipo

de relación estarías dispuesta a mantener con él? ¿Pasarías del resto de tus amantes, profesor de Matemáticas incluido, para dedicarte a él en exclusiva?

-Si yo tuviera claro que cada fin de semana que mi hijo no estuviera en casa podría disfrutarlo con Ése al completo, te aseguro que sería el único. Hasta la fecha he hecho otros planes porque nunca he sabido si iba a llamarme o si tendría la suerte de encontrármelo en cualquiera de los bares que solemos frecuentar.

-Eso será en caso de que salgas, porque muchas veces

quedas con el profe o con cualquier otro de la lista y no te meneas de tu casa. No te lo recrimino, por supuesto. Organizas tu vida a tu antojo porque sabes que Ése tiene la suya y, si no le viene bien, ni te llama ni se acuerda de que existes. Lo que me parece mal es que aceptes una cita sabiendo que viene a echarte unos cuantos polvos y marcharse. Tú vales mucho y no deberías consentirlo. Me entra una rabia tremenda al pensar que soportas esa situación, ya lo sabes –le recordó Olivia.

-No he soportado nada que no haya deseado ardientemente,

Olivia. Ahora, sin embargo, se acabó. Me he dado cuenta de que la historia no merece la pena y hablo en serio –subrayó la aludida.

-No te creo. Ya me contarás tu reacción cuando te llame la próxima vez. Seguro que vuelves a caer en sus brazos. Y en sus redes – le contestó en tono cínico.

Wynie se sonrojó y Emi saltó de inmediato en su ayuda.

-¿Y por qué no? Ella puede y debe, si le gusta, hacer lo mismo que él. Un rato de sexo y luego, adiós. A mí me parece una situación ideal. Ojalá encontrara yo un



amante casado. Así tendría claro que se marcharía sin protestar de mi casa. Cuando andan sin compromiso se ponen muy plastas y no ven el momento de irse.

-Si el tipo te gustara especialmente o pensaras que estás enamorada de él, como me ocurre a mí cada vez que me acuesto con uno, te molestaría que te dejara nada más terminar de hacerlo – replicó Olivia.

-El problema de Wynie es que Ése le gusta también fuera de la cama, como me ha ocurrido a mí con El Belga. Ambos son hombres que, además de darnos buen sexo,

nos hacen reír. Una ecuación muy peligrosa –aseguró convencida Katty.

-Ése hará reír a Wynie en caso de que tenga tiempo. Una vez me contó que llegó a su casa, le echó el polvo y se marchó casi sin cruzar palabra –recordó Olivia.

-Me da la impresión de que eres excesivamente dura con Wynie. No creo que lo que cuentas haya sucedido exactamente así –alegó Katty.

-Sí, me atrevo a reconocer que sí, que en alguna ocasión ha sido como acaba de relatar Olivia –

admitió la interesada.

-Bueno, ¿y qué? Tampoco importa. Lo único que cuenta es que no te haga sufrir –espetó Emi.

-No seamos cínicas ni falseemos la realidad para tapar o encubrir el problema. Repito que a Wynie le pasa lo mismo que a mí – indicó Katty. Ése le gusta mucho y sufre cada vez que sale de su casa porque ni en una sola ocasión ha conseguido retenerlo a su lado el tiempo que hubiese querido. Aunque nos duela, es lo que hay. Las mujeres con las que se casaron y les dieron a sus hijos son las que de verdad les importan. Y una

amante, por mucho que les guste, siempre será la otra. Emi dijo antes que algunos dejan a su mujer por la otra, pero lamento disentir. En mi opinión, se trata de excepciones contadas. Los hombres son muy cómodos y, por muy mal que lo lleven con las legítimas, no las abandonan. Otro gallo les cantaría si, cuando dejaran de sentirse atraídos sexualmente por sus esposas, no encontrasen en la calle ni una sola mujer dispuesta a regalarles placer, como acaba de sugerir Olivia. Desde mi punto de vista, si queremos mantener una relación sincera, sea del tipo que

sea, el susodicho en cuestión no podrá ser nunca un hombre casado –sentenció. Ellos no saben lo que es la sinceridad porque se pasan la vida coqueteando con el engaño. Mienten a sus esposas, a sus amantes, a sus hijos y a quién encarte, porque construyen su mundo encima de una gran mentira. Ése es un cobarde, igual que El Belga y que todos los tipos casados que se echan a las calles para buscar lo que no tienen en casa. Unos egoístas -argumentaba rabiosa- que van picando de flor en flor sin tener en cuenta los sentimientos ajenos. Individuos

incapaces de enfrentarse a la realidad de sus vidas, que se adaptan a la rutina diaria aparentando una felicidad falsa. Tipos -proseguía indignada su discurso- que solo se atreven a cambiar su lamentable existencia cuando están seguros de que otra tonta los espera con la cama caliente, la comida hecha y las camisas planchadas. Entérate de una vez, Wynie. Ése no va a dejar a su mujer por ti porque tú ni siquiera eres la otra, puesto que no estarías dispuesta a vivir con él en la hipótesis remota de que lo hiciera – corroboró.

-¡Anda y que les zurzan! – exclamó Olivia. Deberían quedarse más solos que la una, a ver si así corrigen el vicio de mentir. Vamos a tomar algo en la calle sin hablar con ningún casado –propuso con una sarcástica carcajada como colofón de la tertulia.

Tan instructiva y reveladora resultó la conversación sobre las relaciones con hombres casados que no dejó tiempo ni espacio para que Emi hablara a sus amigas de la pasión inusitada y sorpresiva que acababa de vivir en su viaje a Las Bahamas. Dejaron el asunto pendiente para otra charla, que

acordaron celebrar el último día de las vacaciones escolares de sus hijos.

## **El vigor de la juventud**

Aunque deseaba con todas sus fuerzas sacar a Ése de sus pensamientos y de su vida, a Wynie le duró la resaca del amante casado más de una semana. El mismo tiempo que mantuvo en su rostro las huellas de sus besos, cual escamas que picaban y dolían. Dolor. Le dolía pensar en él y



desearlo. Le dolía ser consciente de la incapacidad de resistirse a sus caricias cuando coincidieran la próxima vez. Le dolía imaginar que, lejos de enfadarse, podría ser capaz de echarse a sus brazos nada más verlo. Le dolía sentir el revuelo de las mariposas en su estómago cuando escuchaba el sonido de su teléfono móvil, aún sabiendo que no la llamaría. Porque, ¿qué significaba ella para Ése? Intentaba responderse a sí misma de forma clara y fría: alguien con quien desfogarse en medio de la rutina de un matrimonio sin sentido. O tal vez, con más sentido del que a ella

le gustaría pensar. Lo cierto es que no conseguía sacarlo de su cabeza. Ni la terapia constante con crema de Aloe Vera ni la compañía de su hijo aliviaron la rabia contenida durante un obligado proceso de olvido que necesitó el empuje de otra ilusión para materializarse.

Ocurrió una de aquellas mañanas frías y grises del invierno madrileño, víspera de la festividad de Reyes. Dejó a su hijo en casa con unos amigos y se fue a hacer la compra a un supermercado vecino. Vestía unos sencillos pantalones tejanos y un jersey blanco de cuello vuelto. Había poca gente y decidió

esperar su turno en el puesto de pescado fresco. Mientras observaba las doradas cuidadosamente expuestas, se dio cuenta de que un apuesto joven la examinaba a ella. Miró de soslayo y se topó con unos ojos casi transparentes y unos labios sensuales que la obsequiaban con su provocadora sonrisa. No le dio mayor importancia, compró el pescado y se encaminó a la estantería de los lácteos. Se agachó para coger unas cajas de leche y sintió el contacto de una mano en su hombro derecho. Giró la cabeza y se topó con el rostro sonriente del joven.

-¡Hola! –exclamó él. ¿Estás bien?

-Sí, claro. ¿Y tú? –le contestó.

-Sí, estoy bien. Pero estaría mejor a solas contigo.

-¡No me digas!

-Así es. Te lo digo porque lo siento. Eres la mujer más hermosa que pisa este supermercado.

-¡Venga ya!

-En serio. Te he visto varias veces aquí y siempre me fijo en ti. ¿No te habías dado cuenta?

-No. Vengo a hacer la compra, no a ligar.

-Yo también, pero me cruzo contigo y no puedo pensar en nada más que en besarte.

-¿No crees que eres demasiado joven para mí? –le preguntó ella en tono sarcástico.

-Sé que eres mayor que yo, por supuesto. No me importa. ¿A ti sí?

-No, supongo que no.

Al oír estas palabras, el cazador se lanzó a la carga.

-Acompáñame a mi casa. Ahora no hay nadie y me encantaría pasar un rato a solas contigo.

-Vas muy rápido, ¿no te

parece?

-No. Quiero estar contigo. ¿Por qué tengo que esperar?

-Porque yo no me voy a casa de un cualquiera que acabo de conocer.

-¿Piensas que yo soy un cualquiera? ¿Es que ves por ahí a muchos tipos como yo? ¿Tú me has mirado bien? -la interrogaba al tiempo que su gesto denotaba la confianza de quien se siente dotado de un físico espectacular.

-De acuerdo. Eres muy guapo, sí. ¿Y qué? ¿Qué te has creído, que vas a conquistarme solo por eso?

El joven acarició el rostro de Wynie y sus dedos rozaron con delicadeza la piel resquebrajada bajo el labio inferior.

-Voy a cuidarte mejor que el bruto que te ha dejado la cara así.

-No hay ningún bruto. Tengo la piel muy sensible y se me ha quemado a causa del frío y del viento –mintió.

Él se agachó y besó las comisuras de sus labios. Acercó la boca a su oído y, en un tono casi imperceptible, le dijo "te deseo". Sonrojada y nerviosa, Wynie empezó a coger yogures de varias

clases y a meterlos en la cesta de la compra. Seguidamente, sin mirarlo ni pronunciar palabra alguna, se dirigió a la zona de embutidos. Su admirador la siguió.

-Sé que te gusto y voy a seguirte, a no ser que me pidas que me vaya.

Ella permaneció callada. Parecía haber enmudecido. Terminó de hacer la compra y se colocó en la fila de una de las cajas. El muchacho continuaba a su lado y no compró nada. Mientras Wynie pagaba los artículos adquiridos, él se alejó unos pasos, cogió una bolsa de naranjas y una barra de



pan, pagó y volvió junto a ella. Salieron a la calle. El guapo joven le insistía en que lo acompañara a su casa. Al comprobar que la dama persistía en su negativa, le pidió el número de teléfono. Wynie se quedó mirándolo. El rostro anguloso, los ojos tan claros que parecían transparentes, la nariz grande y bonita y aquellos labios rojos y sugerentes la turbaron. “Una oportunidad así no se presenta todos los días” –pensó mientras recitaba el número de un tirón. Tras cerciorarse de que lo había tomado bien, el muchacho soltó el pan y la bolsa de naranjas en el delantero

de un coche aparcado en la puerta del supermercado y la abrazó. Wynie sintió cómo su pulso se aceleraba y escuchó a su corazón latir con fuerza. Entonces vio al chico convertido en hombre y tuvo claro que algún día iba a permitir que la sedujera. Tembló, le guiñó el ojo derecho y apresuró el paso calle abajo, arrastrando el carrito de la compra, en dirección a su casa.

Sintió su voz llamándola pero no volvió la cara. Aligeró su caminar. No quería pensar en él y se concentró en el ruido de las ruedas del carro rozando el asfalto.

Volvió a verlo varias jornadas

después, mientras comía en la terraza de un restaurante hindú cercano a su domicilio. Inmersa en el sabor exótico de la samosa de verduras que degustaba lentamente, no miraba a la calle ni se fijaba en la gente que pasaba. De repente sintió unas manos grandes que cubrían sus ojos. Volteó la cabeza con un giro brusco, se deshizo de las manos y lo vio. Era él, el muchacho de los ojos transparentes, y suyas las manos que tapaban sus ojos.

-¡Ah, eras tú! –le dijo sonriendo. No te había visto llegar. ¡Y mira que eres grande!

-Yo a ti sí. Te he reconocido de espaldas. Eres inconfundible. He estado unos minutos mirándote cómo disfrutabas con eso que comes. ¿Qué es?

-Samosa. Una especie de empanadilla crujiente rellena de verduras. ¿Quieres? ¿Has comido ya?

-No. Mi compañero de piso me está esperando y no me parece bien dejarlo plantado. Si no fuera así te acompañaría encantado.

-No importa. Otro día –le contestó ella.

-Mejor hoy –afirmó decidido el

muchacho. Espérame aquí, por favor. Como con mi compañero y vuelvo. No tardaré nada.

-¿Y cuánto es para ti nada? Si me aburro y no llegas, me voy –le advirtió.

-No lo harás porque estaré contigo antes de eso, guapa –la piropeó al tiempo que la besaba en la mejilla y corría apresurado calle abajo.

Wynie terminó la samosa, el pollo al curry con arroz basmati y el batido de mango que pidió de postre. Estaba llamando al camarero para que le trajera un té

cuando lo vio acercarse, caminando deprisa y a pasos agigantados...

-No he tardado mucho, ¿verdad? –le preguntó mientras tomaba asiento a su vera.

-¿Quieres un té? –inquirió ella por toda respuesta.

-Te quiero a ti. Termina y ven conmigo –espetó en plan macho dominante y seguro de sí mismo. Plantó sus codos sobre la mesa y se quedó mirándola fijamente a los ojos, esperando una respuesta de confirmación.

Wynie vio su propio rostro reflejado en la mirada transparente

del muchacho y pensó en el regalo que la vida le estaba ofreciendo justo en esos instantes. Bajó la vista hacia los labios carnosos, los hombros anchos y los brazos fuertes de su acompañante. No lo vio como a un chaval que probablemente tuviera veinte años menos que ella, sino como al hombre que la deseaba ardientemente. Decidida, llamó al camarero y pidió la cuenta. Sintió sus pechos endurecerse, las cosquillas adueñándose de su estómago y el agua que cruzaba su interior e inundaba la zona erógena...

Poco después estaba contra la pared del salón envejecido, pequeño y cuadrado de una casa desconocida. Su lengua enredada con la del muchacho, sus manos agarradas con fuerza a la ancha espalda y el falo grande y caliente que buscaba entre sus piernas el lugar donde refugiarse... La excitación crecía por segundos y aquellas paredes marcadas por el paso de la vida escuchaban sus gemidos, cada uno más intenso que el anterior. Cuando estaba preparada y deseosa de que entrara en su cuerpo, él se retiró y le acarició la mejilla.



-Tranquila, tengo que coger un preservativo. ¿Qué tal si nos duchamos juntos? Estoy sudoroso. He corrido mucho para estar contigo –le hizo saber con una sonrisa pícaro.

Wynie no se molestó. Más bien al contrario. Le pareció estupendo que el chaval se preocupara de tener sexo seguro, medida que ella también tomaba y valoraba en la pareja de turno. Asintió con una sonrisa igual de pícaro y se dejó llevar por la poderosa mano que apretaba la suya y la conducía hasta el cuarto de baño. Hacía frío. Él cerró la puerta y enchufó un

radiador eléctrico. Las bocas pegadas y las manos de cada uno intentado despojar la ropa del cuerpo del otro sin que los sentidos perdieran la concentración en el beso profundo, el encuentro de lenguas ansiosas y el deseo que calentaba la estancia más que la estufa eléctrica. Se enjabonaron, se admiraron y se acariciaron bajo el agua tibia. Tampoco en la ducha le pidió que hicieran el amor, como si el tiempo no corriera y les quedara toda la vida por delante, o como si el deseo no le urgiera tanto como a ella. Se secaron pegados en la misma toalla. Él la cogió en brazos,

la condujo hasta el dormitorio y la depositó encima de la cama. Wynie se estremeció por el frío de la estancia.

-Aquí no hay estufa, pero no te preocupes. Eso lo arreglo yo en un instante, le dijo al tiempo que abría sus piernas y colocaba su cabeza entre ellas "para hacerte disfrutar y que entres en calor" –afirmó justo antes de recorrer con su lengua los pétalos de la flor abierta y humedecida...

Cada poro de la piel femenina vibró en un enjambre de sensaciones que se apoderó de toda la extensión corporal y se

manifestó en forma de suspiros placenteros que atravesaron paredes e inundaron de sonidos excitados las estancias de la vieja casa. La lengua vigorosa recorrió cada rincón del cuerpo envuelto en las redes del placer y se encaramó a las montañas que alzaban sus cumbres al cielo... Los ojos entreabiertos, los pechos que crecían entregados a los besos y las manos agradecidas que llenaban de caricias la espalda masculina. Las lenguas de ambos se fundieron en una y el tiempo se paró para consumir la unión de los amantes...

En el cenit de la excitación, la

mujer acogió al hombre y sus músculos internos se abrían y cerraban prolongando el hechizo del amor. El hombre entraba y salía del cuerpo liviano y sudoroso de la mujer. El miembro surcaba el océano y exploraba los arrecifes gozosos que recibían sus embestidas. El río se vació en el mar y expandió sus aguas dulces en la arena de la playa... Las olas dejaron de rugir y el silencio se adueñó del firmamento en calma. Por segunda vez, Wynie vio su rostro reflejado en la mirada transparente del muchacho y se recreó en el regalo que la vida le

ofrecía. Estrechó el abrazo al cuerpo exhausto que descansaba sobre el suyo, cerró los ojos y escuchó el ritmo acompasado de la respiración mutua. Dejó que su mente vagara a su libre albedrío y percibió al muchacho convertido en hombre tras consumir la cópula...

La quietud de los amantes pegados sucumbió al paso de las horas y las penumbras tiñeron de gris la estancia donde descansaban. Sobresaltada por la oscuridad repentina, Wynie se incorporó del lecho y buscó un reloj. Tenía que estar en casa antes de las diez de la noche para recibir a su hijo.

-¿Qué necesitas? –le preguntó el muchacho. ¿Estás nerviosa?

-No. Solo quiero saber la hora.

Él abrió el cajón de la mesilla situada al lado de la cama y sacó un reloj de pulsera.

-Las siete y media. Pronto, aunque se haya hecho de noche. ¿Tienes prisa? –le preguntó.

-Hasta las diez, no. Aún nos quedan dos horas.

-Voy a devorarte entera otra vez, ¿me dejas?

Asintió con una sonrisa y se dispuso a recibirlo. El gozo se

multiplicó al sentirlo de nuevo dentro de su cuerpo y el tiempo volvió a pararse. Su ser entero sucumbió a las acometidas del niño que se hacía hombre para amarla... Sintió tanta felicidad que no pudo evitar darle las gracias.

-Un placer –contestó él. Puedo seguir, si quieres.

-¡Bendita juventud! –exclamó Wynie.

-Me acaban de caer veintitrés. Y tú, ¿no vas a decirme tu edad?

-Pregunta indiscreta para una mujer –sonrió ella mientras él permanecía pensativo. Sí, podría



ser tu madre –reveló en un susurro, como si acabara de desvelar un secreto inconfesable.

-¿Por qué sabes que estaba pensando justamente en eso?

-Por mi edad, cariño, por mi edad –repitió mientras pellizcaba sonriente su mejilla derecha.

-Sigues sin decírmela, pero no me importa. En el amor no importa la edad. A mí no –precisó. ¿Y a ti? – le preguntó por segunda vez.

-No, tampoco. Más bien al contrario. Me halaga que un chico tan guapo y tan joven como tú se sienta atraído por mí.

-Mucho, ya te lo he dicho. ¿Lo hacemos otra vez? –insistió.

-Hoy no tengo tiempo. Otro día, ¿de acuerdo?

-Perfecto. Como quieras. Tú decides –expresó al tiempo que sus dedos juguetones aplastaban los pezones prominentes...

“En el amor no importa la edad”. La frase permaneció anclada en la mente de Wynie mientras abandonaba aquella casa y tomaba el camino de la suya. No hubo adioses ni cumplidos. Bastó un beso largo y profundo. Y el convencimiento de que volverían a

encontrarse...

Soñó con él varias noches más tarde. Sentía el calor de su cuerpo musculoso mientras la abrazaba, las caricias de su lengua recorriendo su intimidad más recóndita y el placer que le regalaba en cada una de sus embestidas. Se despertó sudando y acarició su clítoris húmedo en la intimidad de la alcoba. En el cenit del orgasmo solitario, su mente recorría a cámara lenta las secuencias de aquella tarde gloriosa. Su vista quedó invadida por el azul intenso de los ojos del joven que, cual espejos, le

devolvían el reflejo de su rostro pletórico.

Se levantó temprano, se dio una ducha y decidió vestirse de blanco. Botas altas, falda corta, jersey de lana, guantes y abrigo. Sonrió satisfecha al mirarse. Se veía muy guapa. Ése salió de su mente para dejar paso al apuesto joven. Se había ilusionado y no le daba la gana pensar en los casi veinte años de diferencia que los separaban. Se esforzaba en alejar esa realidad que martilleaba su cabeza. Esperaba encontrárselo. Sabía que iba a ocurrir y estaba preparada para ello. Tan convencida se

hallaba de tener el azar de su lado que planificó con detalle el encuentro. Previsora, dejó la cocina recogida y la casa ordenada porque tenía la intención de invitarlo cuando lo viera. Eran las diez de la mañana y estaba libre hasta las cinco de la tarde, hora de buscar a su hijo en el colegio.

Salió a la calle. La blancura de su atuendo iluminaba el ambiente gris. Dirigió sus pasos al supermercado donde lo viera por primera vez. Entró y dio varias vueltas a paso lento, husmeando cada estante, cada persona y cada rincón... Él estaba en sus

pensamientos, no en la gran superficie donde las amas de casa se afanaban en hacer sus compras. Cogió algunos embutidos, leche, pan y yogures. Pasó por caja y se sorprendió por lo mucho que le habían cobrado. Con el tique frente a sus ojos se encaminó a la puerta y, literalmente, se tropezó con él. Yogures volando, bolsa en el suelo y el rojo invadiendo su cara.

-¿Estás en la luna o qué? Ten cuidado, que te vas a matar, mujer – exclamó el chico en tono burlesco...

-Ya, lo siento. Estaba distraída mirando el tique. ¿Y tú... cómo vas?

-vaciló nerviosa. -Con prisa. A pillar algo para hacerme un bocata y a clase...

-Pensaba invitarte a mi casa.

-¿Ahora?

-Sí, claro. Ahora que te he visto.

-No tengo tiempo.

-Ya. Acabas de decirme que te vas a clase. Otro día, entonces.

-No creo que tenga tiempo.

-¿Nunca? ¿Qué quieres decirme?

-Nada. Lo que has oído. Adiós, tengo prisa...

La espada del desengaño atravesó con violencia el cuerpo de Wynie. El adiós que escuchara de sus labios sabía a abandono, olía a humedad y estremecía cada poro de su piel. Frialdad nevada que la inundó por completo. Blanca por dentro y blanca por fuera. Se sentía ridícula. Al menos, se rió de sí misma mientras lo pensaba. Tenía esa capacidad: reírse de ella misma para alejar la angustia.

Volvió a casa y, al entrar, se alegró de ver todo tan ordenado. Cogió la agenda, se sentó frente al ordenador y empezó a trabajar. “¿Ha sido un sueño?” –se preguntó.



“No, un regalo de la vida. Efímero, pero un regalo” –concluyó para sus adentros.

La casualidad quiso que esa misma mañana gris, Katty viviera una aventura similar. Descendía las escaleras del metro elegantemente vestida, maquillada, con un peinado perfecto y caminando sobre altos tacones. Tenía cita para un casting en una agencia de modelos y era consciente de que lo lógico en una mujer como ella hubiera sido tomar un taxi, pero la estrecha situación económica que atravesaba se lo impedía. Al menos, tuvo suerte y pudo encontrar un asiento libre. El

enjambre de miradas masculinas que recorría su anatomía le recordaba que, con cuarenta años recién cumplidos, seguía siendo una hermosa hembra.

En la parada siguiente, la señora que ocupaba el asiento contiguo se apeó del tren y un atractivo joven ocupó su lugar. Katty sintió que una mirada penetrante la atravesaba, aunque no se inmutó y continuó ensimismada en la lectura del diario gratuito que sujetaba entre sus finas manos. El metro continuó su marcha hasta la próxima estación y, pasados unos minutos, ella sintió

los golpecitos de unos dedos en su hombro derecho. Apartó sus ojos verdes de las letras del periódico y los clavó en el rostro masculino.

-Eres preciosa. Hace mucho tiempo que no veo a una mujer tan guapa como tú, y mucho menos en el metro. ¿Tienes novio? –le preguntó.

-No –se limitó a contestar, el semblante serio y la mirada fija en la cara de su admirador.

-Pues ya lo has encontrado.

-Demasiado joven para mí –le indicó en un tono que denotaba falta de interés, al tiempo que

dejaba de observarlo y volvía la vista a su periódico.

-En absoluto. Me gustan las mujeres mayores. Y mucho más, una como tú –precisó el chaval.

¿Dónde vas? –quiso saber.

-A un asunto de trabajo.

-Dame tu teléfono. Quiero verte luego.

Katty le dejó el número. Ni pensó ni le importó el hecho de que ese chico podría ser su hijo. Desde el momento en que se propuso expulsar a El Belga de sus pensamientos y de su vida no estaba dispuesta a rechazar

oportunidades placenteras ni a dejar escapar trenes que solo pasan una vez... Su intuición le dijo que el apuesto muchacho que se sentaba a su lado era uno de esos trenes y que no volvería a pasar. Así que, cuando recibió la llamada de un número desconocido, varias horas después, tuvo la certeza de que se trataba de él y le lanzó un sonriente "hola".

El joven la invitó a cenar en su apartamento, situado en una ciudad dormitorio cercana a Madrid, pero no pudo aceptar la propuesta. Además de que esa noche tenía a su hijo en casa, no le apetecía

trasladarse fuera de la ciudad para cenar con un desconocido.

-Imposible –le contestó. Tengo un hijo pequeño y no puedo dejarlo solo. Si quieres, ven tú aquí, aunque tendrá que ser tarde, cuando él esté dormido.

Su interlocutor aceptó y quedaron a las once de la noche. Nada más llegar, Katty, sonriente y callada, lo condujo a sus aposentos. Se dejó desnudar por las manos nerviosas de un muchacho que, según él mismo confesó, tenía veintiún años y no paraba de repetirle que estar con ella era un sueño inalcanzable que, de repente,

se convertía en real. También para Katty fueron un sueño su sonrisa de niño; sus miradas pícaramente lascivas; la suavidad de su piel; su torso que parecía esculpido por las manos de un artista; la visión del pene que durante toda la noche permaneció erecto y el vigor con el que aquella herramienta entraba y salía de su interior...

El silencio protagonizó el encuentro furtivo de ambos. Se amaron sin palabras y apenas sin jadeos porque, cuando Katty sentía que los gemidos placenteros de su acompañante se incrementaban, le sellaba los labios con sus besos. No

quería que su hijo descubriera que había un hombre en su cama y, al despuntar el alba, le pidió que se marchara. Ella, segura de que lo surgido entre ambos era sexo y no podría derivar en amor, se encontraba satisfecha y no necesitaba más. Su deseo se limitaba a verlo cruzar la puerta de salida de la vivienda, pero conseguirlo no resultó fácil. El joven no quería marcharse y la situación se volvía tensa conforme el reloj marcaba el transcurrir de los minutos. Katty, que al principio lo invitó amablemente a salir porque tenía que despertar a su pequeño



para llevarlo al colegio, tuvo que insistir mucho e, incluso, ponerse a borde para conseguir su propósito. Al fin, lo despidió con el gesto agrio y el tiempo justo. Y cuando se ponía a pensar en que había sucumbido a una locura, que había actuado de forma irresponsable o que una situación similar no podría volver a repetirse, las agujetas que cruzaban su cuerpo le recordaban que el sexo es placer, que el placer es irrenunciable y que la renuncia no se había escrito para mujeres como ella.

Se sentía radiante tras su aventura clandestina con el

muchacho de veintiún años. Telefonó a Wynie para contarle la experiencia y comprobó con regocijo que a su amiga le había sucedido algo equivalente. Le propuso que merendaran juntas e intercambiaran opiniones y, en vista de que también Olivia era experta en el asunto -se confesaba enamorada de un joven de veintiocho años-acordaron llamarla para que se uniera. Emi fue la única que declinó la invitación. Estaba enfrascada en la lectura de El amante de Lady Chatterly y otros clásicos de la Literatura erótica universal, después de haber

disfrutado de una pasión tórrida e inesperada durante su viaje a Las Bahamas.

Wynie preparó unas deliciosas tortitas con nata y mientras servía el café observaba el rostro pletórico de Katty, poseído por la luz del gozo. Esta le devolvía la mirada y sonreía.

-No estarás pensando en repetir la aventura con ese muchacho, ¿verdad? –le preguntó.

-No, pero si lo hiciera, ¿qué tiene de malo? –saltó la aludida en tono retador.

-De malo, nada. Sencillamente,

no creo que te dé la opción. Ya ha conseguido su objetivo: llevarse a la cama a una mujer mayor y atractiva –expresó con retintín. Eso les da mucho morbo. Te apuesto lo que quieras a que estará presumiendo con sus amigos de vuestra aventura. Y no querrá repetir porque sabe lo que es, puede contarlo y vanagloriarse de su conquista.

-Me temo que la envidia te corroe, amiga. Que tu jovencito haya pasado de ti no implica que el mío tenga que comportarse del mismo modo. En cualquier caso, me importa un bledo lo que haga. No

me han quedado muchas ganas de repetir después del trabajo que me costó que saliera de mi casa.

-Yo creo que a muchos jóvenes no les gustan las chicas de su edad –terció Olivia. El de 28 me contó que lo agobiaban mucho, que se pasaban el día llamándolo por teléfono y que lo acosaban hasta el cansancio. Conmigo, sin embargo, decía sentirse tranquilo y seguro. De hecho, nunca lo llamé aunque, en alguna ocasión, le entré por el chat del Facebook.

-Sí, claro. ¿Y ahora con quién está, contigo o con una de su edad? –inquirió Wynie.

-Creo que con nadie –respondió Olivia.

-Mejor será que no creas tanto – indicó su interlocutora, airada. Los hombres no saben vivir sin sexo y sin son jóvenes y guapos, mucho menos. De todas formas, veintiocho no es lo mismo que veintiuno, como tiene el de Katty, o veintitrés, como el mío. En estos dos últimos casos se trata de relaciones imposibles, sin sentido –apostilló. Voy a contaros algo curioso: en las pocas conversaciones que tuve con él, me hablaba de su madre, y yo a él, de mi hijo, que tiene diez años. Que si mi madre me ha preparado tal

comida, que si a mi madre le gusta tal cosa o va a cual supermercado... Por mi parte, que si mi hijo está en tal colegio, tiene tal consola o fue a ver tal película. También se refirió a sus estudios, a lo que le gustaría dedicarse cuando fuera mayor... En fin, cosas por las que nosotras hemos pasado hace muchísimo tiempo. Incluso llegó a confesarme que estaba pensando si yo podría ser su madre, lo cual era obvio.

-¿Eso te dijo? Qué mala leche – observó Olivia.

-No creo que lo hiciera con mala intención. Simplemente, hablábamos de la edad y se quedó

pensativo. Leí su mente, acerté y lo sorprendí. Aunque me aseguró que la edad no le importaba, su conducta posterior me demostró que mentía.

La tarde avanzaba y las amigas continuaban su conversación sobre las relaciones con hombres mucho más jóvenes. Wynie insistía en la imposibilidad de que una aventura perdurara cuando la diferencia de edad entre la pareja era tan grande. Y Katty, aún emocionada por la felicidad que había experimentado con el jovencito de veintiuno, se ofuscaba al escuchar los argumentos de su amiga.



Aunque no se planteaba volver a verlo ni tampoco creía en el éxito de las parejas con tanta diferencia de edad, le molestaba la contundencia de Wynie y achacaba su actitud al malestar que le había ocasionado la espantada del muchacho de mirada transparente.

-No entiendo por qué te empeñas en negar con tanto ímpetu la posibilidad de unas relaciones que, de hecho, existen. Incluso pueden proporcionar a sus miembros más felicidad y mayores alicientes de los que se dan en las parejas con edades similares – comentó en tono irónico. Te voy a

poner un ejemplo tan cercano como el de nuestra amiga Emi, quien asegura que en el amor no importa la edad y que ningún hombre la ha hecho tan feliz como El Polaco, casi veinte años mayor que ella.

-Siempre hay excepciones y, en el caso de Emi, las cosas son muy fáciles porque no viven juntos y, para una vez al mes que se ven, no van a discutir. Además, El Polaco es un amante diez, según ella. No se trata de uno de esos jovencitos que carecen de la experiencia necesaria para satisfacer a mujeres como nosotras. Tú misma me confesaste que tu muchachito actuaba en la

cama como el conejito Duracell, mete y saca, mete y saca hasta que se acabó la pila.

-Bueno, a mí me gustó mucho y me dejó muy satisfecha.

-¿Tanto como para plantearte algo serio con él? No seas ridícula, Katty.

-Ni tú tan envidiosa, Wynie. Estás tratando de que Olivia, que también está con un hombre más joven, vea mi aventura como algo ridículo o desafortunado y no lo fue. Otro gallo cantaría si a ti te hubiera ocurrido lo mismo que a mí, que el jovencito estaba encantado y no

quería marcharse de mi casa. Y no, no me estoy planteando nada serio con él, descuida. Ni siquiera sé si aceptaré repetir la experiencia, pero me queda la opción de decidir. A ti, sin embargo, no –añadió haciendo hincapié en la negación. Ya te lo ha dejado bien claro tu bombón de mirada transparente –recalcó con cinismo.

-Dejad de haceros daño con ese tono tan hostil e inadecuado entre amigas –intercedió Olivia. Voy a daros mi punto de vista, ya que estoy más curtida que vosotras en el asunto.

-Adelante –asintió Wynie, y

Katty la apoyó con el gesto.

-El de 28 es un cañón en la cama, me hace completamente feliz –espetó Olivia convencida. En ese sentido, nada que objetar. Y aclarado este extremo, creo que Wynie está en lo cierto: las relaciones resultan casi imposibles si la diferencia de edad entre la pareja es tan grande.

-No lo discuto pero dame tus razones, Olivia, a ver si acabas de convencerme –inquirió Katty.

-Es bastante simple: los intereses de ambos son muy dispares cuando uno supera en

tantos años al otro. El de 28, por ejemplo, quería hacer lo normal en los chicos de su edad. Conocer gente, bailar hasta las tantas en una discoteca, salir, salir y salir. Y yo prefería quedarme en casa con él, en plan tranquilo, del sofá a la cama y de la cama al sofá. No me importa salir algún día, desde luego, pero de eso a pasarme las noches enteras en la calle hay un abismo.

-Vale, estoy de acuerdo contigo en que los intereses de una pareja de edad desigual son, por lógica, muy dispares –asintió Katty. Con veintidós o veintitrés años un

chaval está casi empezando su vida adulta. Su mente anda enfrascada en terminar los estudios, en buscar un trabajo, en independizarse... Incluso en marcharse al extranjero. Nosotras tuvimos esa experiencia hace muchos años y nuestras preocupaciones actuales son muy distintas. Las que no estamos situadas intentamos sobrevivir en medio de esta jungla y las que han tenido la suerte de encontrar la estabilidad económica, como Emi, quieren cenar en un buen restaurante, ir al spa o viajar. Intereses distintos, está claro...

-Celebro que lo comprendas y

asumas que las relaciones con jovencitos no tienen futuro, Katty –incidió Wynie con gesto risueño.

-Yo no estoy hablando de un gran amor, ni de que me gustaría que el jovencito en cuestión llegara a ser mi novio. Simplemente digo que no me importaría mantenerlo como amante. Que yo sepa, para encamarse con alguien no es necesario que coincidan los intereses vitales. Según tu propia teoría, con la atracción física basta...

-Pues lamento decirte que tu querido muchachito no va a prestarse al juego de ser tu amante



-aseguró Wynie. ¿Para qué? Seguro que puede tener a la chica que se le antoje. ¿Y va a estar pensando en buscar a la señora mayor para llevársela a la cama? Venga ya, tía, no seas tonta. Ese chico te vio en el metro, le gustaste y se propuso conquistarte. Incluso puede que, desde que te conoció hasta que te llamó por la tarde, tuviera tiempo de hacer una apuesta con sus amigos del tipo "me tiro a la vieja, que está muy buena para su edad", o algo parecido. Conseguido el trofeo, a otra cosa.

-No me llames vieja, que tú tienes tres años más que yo. Y no

seas tan p rfida, que me estás ofendiendo –le recriminó Katty.

-Ni t  tan ingenua. Si quieres, hacemos la apuesta nosotras.  A que no consigues llevártelo al huerto una segunda vez?

-Mi plan es que dejemos la discusión y los malos tonos y nos echemos unas risas con nuestra propia apuesta –propuso Olivia. Si Katty consigue repetir con el joven de veintiuno, le pagaremos una cena en su restaurante preferido. Y si el muchacho no la llama en un tiempo prudencial o le da largas en caso de hacerlo ella, tendr  que preparar una cena en su

apartamento para nosotras, ¿de acuerdo?

Las tres suscribieron el desafío y zanjaron la cuestión.

## **Furor en Las Bahamas**

A Emi, por su parte, le sucedía lo contrario que a sus amigas. El Polaco que la adiestró en el arte de amar tenía sesenta y dos años, diecinueve más que ella. Y aunque la historia entre ambos no

atravesaba sus mejores momentos, seguía afirmando que la diferencia de edad no suponía problema alguno. “En el amor no importa la edad”. Así de tajante respondió en una ocasión a la pregunta de sus hijas, en el transcurso de una comida junto a Wynie y las dos jóvenes en el mismo restaurante hindú donde su amiga coincidió con el muchacho de mirada transparente.

-¿Tampoco te importará encontrar su mandíbula en la mesilla de noche, dentro de un vaso de agua, mami? –trató de averiguar su hija menor, muerta de la risa.

-En todo caso sería la dentadura postiza, pero no te preocupes que eso no va a ocurrir – contestó tímidamente mientras se ponía roja como un tomate y sus hijas y su amiga se reían a carcajadas...

Y ahora que El Polaco había declinado pasar las Navidades a su lado, alegando problemas económicos para viajar a Madrid, se planteaba el sentido de continuar con la relación. Nerviosa y algo deprimida, preparaba las maletas para un viaje de trabajo a las islas Bahamas... No había motivos concretos que explicaran su

malestar, pero su ánimo era delicado y alterable. Tenía miedo y no sabía a qué. Le angustiaba el paso del tiempo, ver a sus hijas convertidas en mujeres, asumir su condición de enamoradiza empedernida... Tales reflexiones provocaban que un ejército de hormiguillas atravesara su cuerpo de la cabeza a los pies. Pensaba en la Nochebuena bajo el sol del Caribe y sentía una mezcla de emoción y miedo. Era la primera vez que iba a pasar esa fecha sin sus hijas y dudaba sobre la conveniencia de haber aceptado la invitación. Ignoraba entonces que

la compañía de El Polaco no sería imprescindible para saborear un estado de felicidad plena.

La persona encargada de recibirla era un ex atleta de la selección nacional cubana exiliado en Miami y metido a relaciones públicas, que llegó diez minutos tarde a la cita concertada en el aeropuerto de Nasáu, capital de las Bahamas. No se conocían. Ella viajaba en calidad de directora de una revista de moda, invitada por la organización de un desfile de diseños tropicales en el que participaban varios países de la zona. Cuando vio acercarse a aquel

monumento de ébano luciendo un elegante traje de chaqueta blanco y una sonrisa ancha dibujada en sus labios carnosos, el sudor provocado por el calor del lugar y los nervios de la espera se congeló en su semblante. Embelesada por la belleza escultural del recién llegado, fue incapaz de articular palabra alguna. Él la saludó con su sonrisa de seductor y un fuerte apretón de manos. Cogió su equipaje y la invitó a seguirlo con un gesto galante. Así, en silencio y agasajándose con el fulgor de las miradas mutuas, atravesaron el corto tramo que los separaba del



vehículo todo terreno aparcado en la terminal de llegadas. Emi no apartó la vista del rostro de su acompañante durante el trayecto que recorrieron hasta llegar al hotel. Nunca había tenido una aventura con un hombre de color, pero las mariposas que revoloteaban entre su estómago y las partes más íntimas de su cuerpo le indicaron que estaba a punto de comenzar la primera.

La pasión desbordada que surgió entre el ex atleta y la periodista empezó a fraguarse en el almuerzo de bienvenida que ofreció la organización a los informadores

invitados al evento. Atento y solícito, el cubano derrochó sus mejores artes de galán y no se separó de Emi en ningún momento. En las playas turquesas de Nasáu, la tarde los envolvió con su brisa salada y su tinte encarnado, y el mar los abrazó en la calma de sus aguas cristalinas. La noche acompañó sus primeros besos a bordo del típico carruaje que les brindaba un romántico paseo a la luz de la luna. Y la luna adornó de reflejos plateados sus cuerpos desnudos en la terraza de una lujosa habitación de hotel...

En los brazos de aquella

escultura de chocolate, Emi se olvidó de que en su vida había existido un Polaco que la adiestró en el arte de amar; un Principito que se adueñaba de sus pensamientos con la ilusión del amor platónico y hasta unas hijas que la esperaban a miles de kilómetros. Se olvidó, incluso, de que el mundo seguía girando con sus grandezas y sus miserias, sus dichas y sus pesares. Bajo el sol suave de las Bahamas, en las aguas transparentes de sus playas o sobre el manto interminable de arena blanca se amaron con la energía de la adolescencia, la intensidad de lo

efímero y la ilusión de lo nuevo. Y así, explorando el polígono del deseo en todas sus aristas, transcurrieron los cuatro días más hermosos que pudo abarcar la memoria de Emi...

En el interior del avión que la llevaba de vuelta a Madrid, acomodada en su asiento de primera clase, los ojos entreabiertos y la mente viajando entre el sueño y la vigilia, se recreaba en el recuerdo de la anatomía perfecta con la que había alcanzado la simbiosis plena unas horas atrás; en el sabor dulzón de la piel morena que recorriera por

completo con sus labios; en los brazos fuertes que manejaban su cuerpo para colocarlo en una diversidad interminable de posturas amoratorias; en la belleza armónica de la herramienta oscura dibujando un ángulo recto con un torso que parecía esculpido por el más genial de los artistas; y en la intensidad de las sensaciones que recorrían los vericuetos de su ser en cada arremetida... Abría los ojos, miraba al resto de los pasajeros dormitando en sus asientos, los cerraba y pulsaba otra vez el play de su cerebro para volver a disfrutar con la película de la

aventura pasional más hermosa que pudiera contar mujer alguna. Sentía un torrente de aguas cálidas recorriendo su interior y sonreía...

## **Año nuevo, amantes nuevos**

El último día de las vacaciones escolares de Navidad, el cuarteto volvió a reunirse en casa de Wynie para conocer de primera mano la aventura caribeña de la pletórica Emi, su rostro todavía dorado por el sol de Las Bahamas. Mientras los

niños jugaban en la habitación infantil, ellas, acomodadas en el amplio sofá del salón, escucharon admiradas la disertación de la recién llegada sobre su amante moreno, además de pasar revista a las expectativas que guardaba cada una para el nuevo año. Olivia, radiante por haberlo empezado con un trabajo estable, comunicó al grupo su firme propósito de iniciar un régimen de adelgazamiento estricto.

-Quiero perder los kilos que he cogido en Navidad y unos cuantos más que ya me sobraban de antes – afirmó rotunda. Estaré más a

gusto conmigo misma y así ligaré más.

Emi, Wynie y Katty la miraron con cara de ite quejarás tú! y la interesada precisó los matices del giro que pretendía dar a su vida.

-Adelgazar implica alejarme de la noche. Paso de gastarme un dineral en cenas y en alcohol para no sé qué, aparte de para engordar más, eso sí lo sé seguro. A partir de ahora, ensaladas y tertulias en casa. Y para ligar, el día. Reuniones de trabajo, amigos de colegas... En fin, se pueden entablar más relaciones en el entorno laboral que en los bares. Y, desde luego, con



gente más sana, mental y físicamente – especificó.

-Sin duda –asintió Katty. No entiendo por qué estamos tan convencidas de que hay que salir de noche para ligar. Wynie y yo acabamos de comprobar que otras opciones existen y son tan cercanas como el metro o un supermercado. En cualquier sitio puede aparecer un hombre que te ponga las pilas –aseguró.

Con su pelo caoba recién teñido, un elegante traje de chaqueta verde manzana que realzaba sus ojos del mismo color y subida sobre altos tacones, la

modelo reveló a la concurrencia que un tipo muy guapo procedente de algún país del este de Europa -según dedujo por su físico y su acento-le había tirado los tejos unos días atrás.

-Era un obrero de la construcción, llevaba un mono y estaba sentado en un banco al lado de la obra. Yo iba caminando por la acera y se levantó al ver que me acercaba. Me di cuenta entonces de que tenía un cuerpo espectacular, además de ser guapísimo. Hablaba bien español, me preguntó mi nombre y quería que me sentara un rato a charlar con él. Yo me negué

porque no estoy para obreros, con este glamur que llevo encima – indicó al tiempo que hacía un gesto para que el grupo la admirara.

-Que sí, Katty, que estás guapísima y el modelo te queda precioso. Pero no quiero pensar que te vas a emperejilar todos los días para ligar en el metro o en la calle y no salir de noche –indicó Wynie.

-Este que os muestro -dijo la aludida levantándose del sofá y contoneándose-es el tipo de estilismo que luciré en las próximas cenas o reuniones con la directora de mi agencia, quien me ha propuesto que salgamos juntas de

vez en cuando. Quiero encontrar a un chico elegante sin que tenga que ir con el mítico jersey de cuello en uv e , oshea, no tan pijo. Y una condición indispensable es que no sea ordinario y se exprese de forma suave y correcta. No soporto más gritos en mi vida. Bastante tuve con los que me propinó mi último marido...

-¿Estás anunciando que nos dejas, Katty, o me lo parece a mí? – le preguntó Olivia.

-No exactamente, respondió al tiempo que volvía a tomar asiento en el sofá. Aunque no creo que me veáis pisar El Maligno en mucho

tiempo. ¡Qué oscuridad! Necesito cambiar de aires y de lugares... Y mi amiga me va a introducir en un mundo más verde, como los billetes de cien euros –sonrió con gesto pícaro.

Emi, que parecía estar ensimismada, con el pensamiento varado en mundos más cálidos, ocupó el centro del escenario y habló así al resto del grupo:

-Escuchad, chicas: aquí cada una va a lo suyo. Katty quiere un hombre de racataca, de billete, y esos en El Maligno no abundan. Olivia cree que encontrará mejores expectativas en el entorno laboral y

además, está muy cansada de la noche. La entiendo perfectamente. Y Wynie se adapta a todo. Si hacemos plan de salir se apunta. Y si no, llama al profe y monta su fiesta privada en casa. A la que, por supuesto, no estamos invitadas – apuntó en tono cínico.

-Bueno, el p r o fe también me llama a mí. Y no empieces otra vez con la historia, Emi. Te he dejado muy claro que cuando quede con él será a solas.

-Mejor para ti. Yo no lo quiero ni ver. Y la recomendación más adecuada que puedo hacerte es que busques amantes nuevos. El

profe es un bicho raro y un pesado que alardea de saber más que el Google; Ése está casado; y tu último ligue, además de muy joven, ha resultado un fiasco –le recordó Emi.

-Yo no me meto con los amantes de Wynie –cortó Olivia. Lo que sí propongo –a todas, precisó– es que busquemos nuevas compañías masculinas. Katty parece que lo tiene claro, con los planes tan estupendos que le va a proporcionar su jefa-amiga –ironizó. Y nosotras, a ver lo que hacemos –se dirigió a las otras dos.

-Bueno, ya veremos por dónde

salen los planes de Katty –terció Emi con gesto dubitativo. Y tu consejo de buscar amantes nuevos, lo acepto, aunque yo todavía tengo fantasías de color para rato – expresó con una amplia sonrisa de satisfacción.

-Aquí tienes a otra que se apunta a la propuesta –la secundó Wynie. Me encantaría encontrar a un hombre que, además de hacerme feliz en la cama, se adaptara a mis ritmos. Que tenga la cartera más o menos llena me da igual. También en eso soy un espíritu libre...

En el caso de Katty, el deseo



compartido de estrenar el año con nuevos amantes se cumplió esa misma noche. Caminó hasta su casa envuelta en el eco de la conversación que había mantenido con sus amigas y pensando si el año nuevo le traería al compañero anhelado. Abrió el portal del edificio en el que residía, tomó el ascensor y, nada más bajarse en la planta donde se ubicaba su vivienda, le sorprendió escuchar música a un volumen más alto de lo normal, acompañada de una algarabía de voces que provenían del ático situado en el último piso. Nunca había oído ruidos arriba y estaba

segura de que nadie vivía allí. Como no tenía sueño, decidió subir por las escaleras y comprobar si algún fantasma estaba celebrando una fiesta.

Jamás hubiera pensado que aquella ocurrencia iba a terminar arrastrándola a los brazos de su nuevo vecino: un moreno de verde luna y mirada felina que celebraba la inauguración de la vivienda que acababa de alquilar. Se quedó de piedra cuando llamó con el pretexto de protestar por el ruido y aquel Adonis la invitó amablemente a pasar, al tiempo que se congratulaba de tenerla como

vecina. Un rato más tarde disminuyó el ruido y los escasos invitados que quedaban en la fiesta empezaron a marcharse. Katty hizo amago de despedirse también, pero Adonis, alegando que acababa de llegar y que aún tenía la copa llena, la convenció para que se quedara escuchando música y charlando con él. Pocos minutos después, ni conversación ni música. Solo el eco de los gemidos acompasados. Sus lenguas enredadas, sus cuerpos desnudos y abrazados en el sofá y la ropa de ambos desperdigada por el suelo del salón. La física y la química hicieron su trabajo y Katty

no pudo resistirse a la belleza tentadora de su compañero, al deseo que emanaba de su mirada felina ni a las caricias de sus manos expertas. Su cuerpo se abrió para recibir el regalo con el que el destino la obsequiaba aquella noche: Adonis había vuelto del Olimpo convertido en hombre para calmar su sed.

Se dejó amar por aquel desconocido sensible y cortés, de cuerpo estupendo y potencia inagotable. Gozó a su lado como no lo había hecho en mucho tiempo aunque, cuando estuvo saciada y el sueño invadió sus sentidos, lamentó

para sus adentros haber sucumbido a sus deseos nada más conocerlo. Su convencimiento de que la mayoría de los hombres no escogía a la mujer de su vida entre las que habían conquistado de manera fácil apareció para mortificarla. Y en esta ocasión volvió a cumplirse. El Adonis del ático estuvo muy amable, se ofreció a prepararle un desayuno que ella rechazó y la besó en los labios con dulzura a modo de despedida. Pero no le pidió el número de teléfono ni mostró interés en concertar otra cita. "Supongo que volveremos a coincidir, siendo vecinos" –le dijo

mientras le abría la puerta de salida de la vivienda.

La seguridad de Katty respecto a la premisa de que las conquistas de una noche no fructificaban en nada serio cuando la mujer accedía a los deseos carnales de un seductor desconocido no implicaba que rechazara ese tipo de aventuras. De hecho, no había transcurrido ni una semana cuando ocurrió la siguiente.

Salía al atardecer del domicilio de su ex marido, después de dejar a su hijo con el padre. De vuelta a casa, ya de noche, el brillo de la luna llena la sorprendió. Contempló

admirada la gigantesca esfera iluminando con reflejos plateados la calle oscura que pisaba. "Noche de luna llena, noche de aullidos..." – pensaba. "Y noche folladora" – dedujo una voz tímida que salía de su interior. Notó su casa fría por la ausencia infantil -además de por las bajas temperaturas-y se estremeció. No quería meterse en la cama con la melancolía como compañera. Enfadada y maldiciendo su soledad, cogió un abrigo y salió a la calle dejando el eco de un estruendoso portazo. Caminó un par de manzanas y se paró en la puerta de un hotel de lujo. Este tipo

de establecimientos siempre le llamaba la atención. Le atraía especular sobre la gente que ocupaba sus suites y las vidas que llevarían.

De repente sus ojos se toparon con los de una figura masculina que alzaba su mirada al cielo. Estaba sentado en el banco situado en la acera, justo frente a la puerta del hotel, y se incorporó en el momento en que ella pasaba. Rápidamente, Katty se dio cuenta de que no se trataba de ningún obrero de la construcción. El tipo que le tendía su mano a la vez que la obsequiaba con una galante inclinación de



cabeza parecía lo que resultó ser: un hombre de negocios, broker, alto ejecutivo... En fin, algo relacionado con el mundo de las finanzas, con el racataca de verdad. Lo intuyó en la primera ojeada a su carísimo estilismo y se dejó llevar. Permitted que le estrechara la mano, sonrió a sus piropos y se sentó junto a él en el banco. Y así, casi pegados, rozándose tímidamente, transcurrió un buen rato en el que hablaron de la luna llena y sus efectos sobre el amor.

Supo de él que se alojaba en el hotel, que era broker y que viajaba con frecuencia a Madrid por motivos

de negocios. Que venía de una reunión y que, al bajarse del taxi, divisó la luna redonda y blanca - como tu piel -le dijo-y se sentó en el banco para admirarla. Y que entonces la vio a ella. Sintió su caminar pausado y garboso; su mirada clara atravesando los cristales y colándose en el interior de los salones del hotel; y esa sonrisa pícara que denotaba una mezcla de curiosidad y envidia. Le aseguró y le repitió que había tenido la suerte de pararse allí en el momento en que ella se acercaba porque el destino estaba empeñado en que se amaran esa noche de

luna llena. Él solo supo de ella que vivía en el barrio y que había salido a dar un paseo antes de cenar. Y le pidió por favor que aceptara su invitación.

-¿Ahora? ¿No te parece muy pronto?

-No –aseguró tras consultar el reloj. Las ocho y media de la tarde. En la mayoría de los países europeos ya han cenado y están pensando en irse a dormir. ¿No tienes hambre?

-No especialmente.

-Seguro que te entra. La carta del restaurante es excelente. Ya

verás –insistió al tiempo que la tomaba del brazo, cruzaban la puerta de entrada y... Katty sintió cómo el caballero la lucía por toda la recepción del hotel. Se notaba que era cliente habitual. Le presentó a varios empleados hasta llegar al restaurante y ella, que se ilusionaba con esos detalles y, mucho más, si venían de un galán con posibles, se vio como la novia o la pareja oficial del adinerado cliente y quiso creer que sus anhelos estaban a punto de convertirse en realidad... Por mucho que su raciocinio le insistiera en que esas cosas solo ocurrían en las

películas...

Al final de la cena, El Broker le propuso brindar por el encuentro en la intimidad de la suite. Ella no lo aceptó abiertamente pero tampoco fue necesario que el galán le insistiera mucho. Le gustaba y recordaba que unos minutos antes de conocerlo estaba pensando en la gente que se hospedaba en esos hoteles y en el tipo de vida que llevarían. Precisamente, le acababan de poner en bandeja la oportunidad de comprobarlo por sí misma. Al menos, durante una noche.

El Broker solicitó en el

restaurante que subieran a la suite una botella de champán francés. Katty le sonrió abiertamente, él la cogió de la mano y se encaminaron hacia los ascensores, donde un atento mayordomo abrió la puerta de un elevador y los invitó a pasar. Nada más quedarse solos, su acompañante la besó y no le gustó mucho. Recordó su teoría compartida por el resto de las amigas-de que un hombre que no besa bien no suele ser buen amante, pero no consideró oportuno desistir. No le pareció el momento adecuado y se dejó arrastrar. Hablaron de nimiedades,

llegó el champán y brindaron por el encuentro. Él apuró la copa casi de un trago y no le dejó tiempo para terminar la suya. Ansioso, empezó a desnudarla encendido por el deseo y le pedía con insistencia que hiciera lo propio. Katty pretendió ir a su ritmo pero su compañero no le dio muchas opciones. Con una premura inusitada y antes de que pudiera imaginárselo, sintió el falo duro y ardiente entrar en su cuerpo...

La noche de luna llena tuvo mucho más de feroz que de romántica. Exceso de penetración y defecto de caricias. Katty estaba

cansada de rehuir sus besos torpes, de cambiar de posturas, de hacer malabarismos en la gran cama, de sentir la herramienta entrando y saliendo de su cuerpo sin que le produjera ninguna dicha especial... De un maratón de sexo que no le aportaba nada nuevo, ni bonito ni romántico. De hecho, empezó a desear que terminara y tuvo la suerte de que su compañero, bien porque percibió su actitud o simplemente porque le llegó su hora, se vació por segunda vez y se quedó dormido. Katty no tenía sueño y decidió llenar la bañera, sumergirse bajo el agua templada y



obsequiar con un hidromasaje a sus músculos cansados. Y solo en esos momentos, recreándose en un universo de burbujas y espuma blanca, fue capaz de sentir que la velada había merecido la pena. Pasó el tiempo y provocó que el agua arrugara la fina piel de sus manos. Salió de la bañera, se secó y se metió en la cama junto a El Broker, que dormía profundamente. Varias horas después, el sonido de un despertador interrumpió el sueño mutuo. El hombre volvió a penetrarla con fuerza y sin palabras. Katty percibió que de alguna forma la estaba violentando

pero se mantuvo en silencio. Ni siquiera intentó fingir que disfrutaba. Terminó, ella se levantó de la cama y se metió en la ducha. Apenas cruzaron palabra alguna... Poco después salió envuelta en el mismo albornoz que usara unas horas antes, le dedicó una sonrisa y le dijo:

-Me gustaría tomar un café.

-El desayuno que quieras, preciosa. Te lo has ganado –asintió El Broker al tiempo que levantaba el auricular del teléfono y ordenaba que cargaran a su cuenta todo lo que la señorita Katty quisiera tomar en el restaurante.

-Lo has escuchado –indicó. Pide lo que te apetezca. Yo tengo prisa, voy con el tiempo justo para una reunión importante. Déjame tu número de teléfono. Te llamaré la próxima vez que venga a Madrid.

Anotó el teléfono de Katty en su agenda y no le dijo nada más. Ella se vistió, recogió sus cosas y se dispuso a despedirse. Él cubrió su desnudez con un elegante batín y la acompañó hasta la puerta de salida de la suite. La besó en los labios y espetó un simple “hasta la próxima”.

La respuesta de Katty fue aún más corta: “adiós”, convencida de

que era eso, "adiós". Porque, la llamara o no, era ella quien no estaba interesada en volverlo a ver. Por muy broker que fuera y muchos hoteles de lujo que frecuentara, no quería un tipo así en su vida. Se había comportado como un individuo insensible y ordinario.

Hacía estas reflexiones en el restaurante del hotel de cinco estrellas donde había pasado la noche, degustando lentamente todas las exquisiteces que se le antojaban. Pensaba que el broker que interpretaba Richard Gere en *Pretty Woman* solo existía en las películas. Y en vista de que el de la

vida real la había tratado como a una prostituta al decirle, nada más salir de su interior, que se había ganado un café, decidió cobrar sus servicios con un succulento desayuno que la saciara hasta reventar. No sabía entonces que su amiga Olivia también había cumplido el deseo de estrenar el año con nuevo amante y parecido resultado: caer en las fauces de un león disfrazado de ejecutivo.

Lo conoció en el primer evento laboral al que acudía como Coordinadora de Producción de su nueva empresa, una multinacional de ocio y entretenimiento. Muchas

caras se volvieron cuando entró en la sala de juntas aquella mañana, unos minutos después de que la reunión hubiera empezado. Lucía un elegante traje de chaqueta rojo que ceñía su figura, realzando la belleza de su rostro y el negro brillante de su larga melena. Sigilosa, tomó asiento, abrió su maletín de ejecutiva y sacó un bloc de notas. Mientras escuchaba atentamente al conferenciante, su jefe, se dio cuenta de que el caballero que se sentaba justo enfrente de ella no le quitaba los ojos de encima. Las intensas miradas llegaron a turbarla tanto

que no conseguía captar el mensaje con claridad. Así, garabateando palabras apenas ilegibles en el cuaderno y soportando un sudor intenso que atravesaba su cuerpo y se clavaba en sus mejillas enrojecidas, transcurrió una hora que se le hizo eterna. Terminó el discurso del presidente de la firma a la que prestaba sus servicios y los reunidos abandonaron sus asientos para hacer una pausa, acompañada de café y bollería diversa. Olivia no se levantó. Intentaba poner orden en sus notas cuando sintió el contacto de una mano que se posaba en su hombro. Giró la

cabeza y se topó con la mirada ávida del eje cutivo que había pasado el tiempo escudriñando cada rincón de su anatomía de hembra poderosa...

-¿Cómo te llamas? ¿De qué empresa eres? ¿Me acompañas a tomar un café? El galán la acosaba a preguntas sin respuesta y Olivia, impasible, seguía inmersa en sus notas como si nadie se hubiera dirigido a ella.

-¿No vas a contestarme, belleza de rojo? –insistía el hombre.

-Soy Olivia –respondió sin inmutarse y sin levantar la vista del



bloc de notas.

La amplia sala de juntas se había quedado vacía. El Ejecutivo cerró el cuaderno de Olivia y le pidió con insistencia que se tomara unos minutos de descanso. Ella accedió a levantarse. Los ojos verdes del hombre recorrieron su figura y volvieron a turbarla. Fingió su nerviosismo, entretenida en alisar los pliegues de su falda. Él, consciente del efecto estremecedor de sus intensas miradas, aprovechó el momento para agarrar la barbilla de ella, acercarla a su boca y besarla con ternura. Olivia, recatada, intentó retirarse pero el

caballero, lejos de permitirlo, la abrazó con fuerza y la besó de nuevo. Labios pegados y lenguas anudadas en una unión que se afianzaba intensamente cada segundo transcurrido. La timidez femenina fue desapareciendo guiada por aquella lengua sedienta de deseo que sabía a caramelo de menta y hurgaba con maestría en cada hueco de su boca. Olvidó que estaba en una reunión de trabajo besando a un desconocido en una fría sala de juntas y ofreció una entrega sin fisuras al juego caprichoso de la boca del hombre, que abandonó el interior de la suya

para iniciar un recorrido por las mejillas ardientes y enrojecidas; descender por la piel suave de su cuello y alcanzar el enclave donde se unían y alzaban sus pechos endurecidos...

La pareja se perdió el café y la pausa. Olivia acertó a retirar de su cuerpo la cabeza del hombre al sentir el ruido de la puerta que se abría. Abrochó con disimulo los dos primeros botones de su camisa y compuso con esmero la elegante chaqueta roja. Se acomodó en su asiento y volvió a sus notas como si nada hubiera ocurrido... Pero ocurrió. Y aquella mirada verdosa y

fija situada frente a ella se lo recordaba a cada instante... Fingía prestar atención a otro discurso que en aquellos momentos le sonaba a chino. Palabras que volaban sin encontrar su lugar en una mente entregada al recuerdo del beso apasionado...

Al término de la jornada laboral El Ejecutivo invitó a Olivia a pasar un día junto a él en una casa de campo que tenía en Navacerrada. Ella se congratuló porque su propósito de buscar relaciones en lugares distintos a El Maligno y otros locales de la noche se había hecho realidad. Estaba deseando

llegar a casa para telefonar a sus amigas y contarles la aventura. Se acordó de Emi, a quien no había visto desde la última tertulia que mantuvo el cuarteto... Supo por Wynie que se hallaba inmersa en la vorágine del trabajo y dedicaba en exclusiva su escaso tiempo libre a recrearse en recuerdos más cálidos, teñidos del color chocolate de una piel que se le antojaba lejana e inalcanzable... En aquellos días el mundo se paró para Emi, sumergida en las páginas de varias obras cumbre de la Literatura erótica universal...

A las doce en punto del sábado

siguiente, que había amanecido gris y tenebroso, El Ejecutivo llamó al portero automático del domicilio de Olivia. Tal como habían quedado, se disponía a recogerla para pasar el día en una casa de campo de su propiedad, situada en la sierra de Navacerrada. Bajó sin maquillar. Apenas un suave carmín del color de la tierra perfilaba sus labios entreabiertos. Iba ataviada con un pantalón pitillo de montar, botas altas, jersey de cuello vuelto y un grueso abrigo de piel de conejo. El Ejecutivo alabó su estilismo. Era su primera cita después de aquel flechazo repentino en la sala de

juntas que, para ser exactos, provenía más del lado masculino que del femenino. El hombre no paró de halagarla, de piropearla y de estar pendiente de ella durante la larga jornada laboral -con comida incluida-que propició el encuentro de ambos. A Olivia le gustaba, sucumbió a sus besos y se dejó querer. El hecho de haber ligado en un entorno distinto al de la noche, la oscuridad de El Maligno y el olor a alcohol la emocionaba. No dudó, por tanto, en aceptar la amable invitación del galán para pasar una jornada con él en su casa de la sierra de Madrid.

Antes de salir de la ciudad, sentada a su lado en el vehículo todo terreno que los transportaba a su destino, percibió el contacto de la mano derecha del hombre paseándose por su entrepierna. Pensó que iba demasiado rápido, aunque no se resistió ni le hizo comentario alguno. Cerró los ojos y sintió bajar el líquido templado que inundaba su sexo ardiente de deseo. Se pararon en un semáforo y él aprovechó para meter sus manos entre la ropa de ella y acariciar sus pezones empinados. Con las mejillas ruborizadas por el efecto mezclado del calor y la timidez,



Olivia le pidió en un susurro que la besara. El Ejecutivo se pegó a ella, apretó su cuerpo contra el suyo y se fundieron en un largo beso, interrumpido por los pitidos del coche situado detrás de ellos, que los urgía a emprender la marcha porque el semáforo había cambiado de color. Durante el resto del trayecto, ni paradas ni palabras. No hablaron de trabajo ni de nada. No la acarició ni tampoco volvió a besarla, aunque no separó su mano derecha de la entrepierna femenina en todo el tiempo que duró el viaje.

Entraron en una acogedora construcción de madera. Una

chimenea encendida calentaba el amplio salón, y una piel de vaca extendida delante cubría gran parte de la extensión del suelo. Olivia hizo amago de quitarse la chaqueta pero El Ejecutivo se lanzó y, con el ansia del león hambriento por devorar a su presa, la despojó de toda la ropa que llevaba encima y arrancó de un tirón el tanga blanco que tapaba la selva negra. La tiró encima de la piel de vaca y lamió sus pechos con fruición. Sin desnudarse por completo, su lengua recorrió ansiosa el vientre femenino y bajó al matorral encendido por el fuego del deseo. Una cadena de

aullidos rompió el silencio de la mañana... Las piernas se estiraron, el tronco se alzó sobre el suelo y el cuerpo entero de la hembra convulsionó entregado a un éxtasis profundo. Momento aprovechado por el macho para terminar de desvestirse, echarse sobre ella e introducir el falo duro y erecto en el interior de aquel océano de aguas dispuestas a calmar la sed...

Olivia cerró los ojos y se entregó a la fiereza del depredador que la embestía con fuerza y cruzaba su interior cual rayo que irrumpe en la calma del cielo estrellado. Escuchó los bramidos del

león y lo sintió vaciarse en las profundidades de su cuerpo... Un rato después, ambos en silencio y sentados frente a la chimenea, los ojos detenidos en el crepitar del fuego y en el grupo de chuletas que se asaba lentamente, Olivia pensaba en el sexo exento de cariño, en el hambre saciada a la manera de los animales y en la premura del deseo que carece del tiempo necesario para permitir que florezcan las semillas del amor. El silencio seguía dominando aquella casa solitaria a donde había llegado arrastrada por el afán de un ejecutivo que se había despojado

de su chaqueta para mostrarle su piel de león. Otro animal en celo que buscaba en el exterior de su guarida lo que no encontraba dentro...

Tampoco Emi escapó al propósito general del cuarteto de estrenar el año con nuevas compañías masculinas. Después de su fogosa aventura en Las Bahamas, decidió tomarse una temporada de descanso en lo referente a salidas nocturnas y a escauceos amorosos.

Mujer sensible y enamoradiza, su mente quedó anclada en el recuerdo de la escultura de

chocolate que llenara su cuerpo de fuego en la inmensidad de aquellas playas de arena blanca y aguas cristalinas... Se refugió en el trabajo y en la Literatura. Sabía que podía vivir sin sexo y decidió hacerlo durante los días siguientes al viaje. Con las imágenes de la tórrida relación bombardeando su mente, su vida transcurría entre las paredes de su casa y las de su amplio despacho de directora. Apenas vio a sus amigas. Su retiro voluntario se acabó un viernes en que, tras una prolongada jornada laboral y al término de una semana agotadora, decidió llamar a Wynie y

pedirle que salieran juntas a cenar. Comieron, hablaron, bebieron y rieron... Y, como solían hacer de forma habitual, terminaron la noche en El Maligno.

Mientras el rostro melancólico de Wynie se recreaba en los rincones donde poco tiempo atrás recibiera los besos de Ése, Emi bailaba en el salón, su mirada refugiada tras las gafas de sol que solía ponerse para que el humo reinante en la casa no irritara sus ojos claros. Ensimismada en sus pensamientos, no se molestó en prestar atención al tipo que se acercaba y le pedía que se quitara

las gafas... El hombre, seguro de sí mismo, decidió hacerlo por su cuenta y, con un movimiento hábil y rápido, dejó al descubierto la mirada azul.

-No me quites las gafas, que me molesta el humo –refunfuñó Emi.

-Con los ojos tan preciosos que tienes. Déjame mirarte un rato...

Pensó en soltarle una bordería pero se cortó al darse cuenta del cuerpazo que pretendía seducirla. Atractivo sin ser excesivamente guapo, sobresalía por su altura entre el gentío que abarrotaba el



salón de baile. Ella adivinó los pectorales prietos tras la camiseta ceñida de color verde, los brazos musculosos y el torso escultural del desconocido. Un suave cosquilleo cruzó su vientre y se congratuló para sus adentros de que semejante hombretón quisiera seducirla.

-Vamos a la habitación azul, si quieres –le propuso. He dejado allí a mi amiga.

-No me interesa tu amiga, sino tú –le contestó él.

-¿Y tú que sabes? Ni siquiera la conoces.

-Sé que quiero besarte. Lo demás no importa –espetó al tiempo que sus bocas se aproximaban.

Horas después, con el cielo mostrando las primeras luces del día, dejaron a Wynie bien acompañada en El Maligno y tomaron un taxi en dirección al domicilio del hombre. Un salón sobrio, una gran cama en el centro y la claridad de la mañana colándose por las ventanas entreabiertas. La pasión de las lenguas entrelazadas y la sorpresa de Emi al despojar el busto masculino de la camiseta que lo

ceñía. El tronco de un árbol, pintado con precisión, adornaba un lateral del cuerpo. El verdor de las hojas ascendía hasta el cuello y dos ramas cruzaban toda la extensión del estómago. Con forma de roja manzana, la tentación escondía el pectoral derecho. Un cielo azul con algunos nubarrones sueltos cubría por completo la poderosa anatomía masculina...

-¡Guauuu! Qué preciosidad – exclamó Emi sin salir de su asombro. ¿Quién te ha pintado eso?

-Nadie, porque no es pintura. Es un tatuaje –aclaró él. Sigue desnudándome, que hay más –le

pidió sonriendo.

Emi descubrió estupefacta la serpiente que se encaramaba por el tronco del árbol y tapaba el pene con sus rayas verdes. Tocó con suavidad el rostro del bicho plasmado en el glande y rio abiertamente.

-Es perfecto. No me creo que sea un tatuaje –indicó a su propietario.

-Compruébalo por ti misma. Verás que no se quita –la retó él.

Emi saboreaba, lamía y relamía la cabeza del bicho que se levantaba de su letargo y recorría

con su lengua la superficie veteada del cuerpo del animal. Comprobó que el dibujo no se borraba ni perdía los vivos colores por el e t D p h E m f s c d h q r e e noche con un grandullón al que había conocido tiempo atrás en el mismo lugar, cuando las cuatro amigas empezaron a frecuentar el club. A todas les parecía un tipo divertido y ocurrente y solían pasar largos ratos con él. A ella le gustaba, aunque nunca se había planteado que entre los dos pudiera surgir algo distinto a unos encuentros casuales, unas copas compartidas y unas cuantas risas. Él, que era de

su misma edad, tenía una novia muy joven a la que solía llevar a aquel lugar privado y exclusivo, donde la muchacha no podía acceder por sus propios medios puesto que no era amiga de El Dueño, y únicamente entraba en su calidad de pareja de El Grandullón, asiduo cliente del local. Esa madrugada, Wynie lo vio solo en la barra y tuvo la impresión de que su joven novia no estaba allí. Se lo confirmó él mismo de modo instantáneo, al recibirla con un fuerte abrazo y besarla en la boca.

-Andas muy fogoso esta noche, grandullón. Deduzco que has venido

solo.

-Estoy solo –contestó él, a secas.

-¿Y eso? ¿Te ha dejado la novia? –inquirió ella riendo irónicamente.

-No, la he dejado yo. Ayer mismo. No estoy preparado para tener una relación seria y estable, que es lo que ella quería. Soy infiel por naturaleza. Me resulta imposible entregarme a una sola mujer... Siempre acaban pillándome, como ha ocurrido ahora.

-Entonces, te plantó ella.

Acabas de decirme que lo hiciste tú –le recordó Wynie con retintín.

-Te lo he dicho y lo confirmo – reiteró él. La dejé yo. Mi novia encontró un tanga femenino entre las sábanas de mi cama y montó en cólera. Después de vociferar sus cuernos lo más alto que fue capaz e insultarme con todos los improperios que se le ocurrieron en medio de su ataque de histeria, me aseguró, recostada en mi hombro y llorando desconsolada, que estaba dispuesta a olvidar el asunto y a mantener la relación que teníamos como si nada hubiera ocurrido. Yo me negué. Cada día tengo más



claro que lo de la pareja estable no va conmigo.

-Pues ya somos dos pensando lo mismo. Espíritus libres como el viento –apuntó Wynie luciendo una sonrisa coqueta en sus labios sugerentes, perfilados de rojo pasión.

Siguieron hablando, bebiendo y riendo en la habitación azul mientras Emi bailaba en el salón. Avanzaba la madrugada y él le pidió que lo acompañara al cuarto de baño.

-¿Es que piensas meterme mano?

-En principio, no. Quería invitarte a una raya de coca pero también puedo meterme mano, si lo deseas –aclaró El Grandullón. Ya sabes que me pones mucho.

-Ni lo sabía ni quiero enrollarme contigo. Me caes muy bien pero no me atraes desde el punto de vista sexual –mintió. Te recomiendo que olvides lo de meterme mano.

-Tú te lo pierdes. Vamos a lo otro, entonces –insistió él.

Pasaron las horas. Emi se había marchado en buena compañía y Wynie permaneció junto a El Grandullón, charlando y riendo. De

la habitación azul pasaron al salón de baile. Quedaba ya muy poca gente en el local y El Dueño abrió las ventanas para avisar a los noctámbulos incansables de que el sol de un nuevo día lucía en lo alto del horizonte. Wynie y El Grandullón dieron por terminada la juerga y salieron juntos a la calle. Ella tomó el camino de su domicilio y él la siguió. No le dijo nada porque pensó que se dirigía al metro, en la misma dirección.

-Hasta luego, nos vemos otro día –quiso despedirse cuando alcanzaron la boca del suburbano.

-¿Así me tratas? No quiero irme

solo a mi casa. Invítame a la tuya, por favor.

-No me apetece tener sexo contigo. Te lo he dicho antes. Y a estas horas, cansada y sin dormir en toda la noche, me temo que con nadie –apuntó.

-De acuerdo. Prometo no tocarte –le aseguró.

Ella accedió. Entraron en la casa y se tiraron en la cama, vestidos. Su amigo le quitó los zapatos y empezó a masajear suavemente sus pies descalzos.

-¿Tienes crema? –le preguntó.

-Sí. ¿De qué tipo?

-Del que quieras. Es para ti –rio él.

Wynie obedeció. Facilitó a su acompañante un tarro de crema hidratante de Aloe Vera y el hombre se dispuso a desnudarla. Cerró los ojos y sintió sus manos grandes deslizándose por toda la superficie de su cuerpo hidratado por la crema y humedecido por el agua del deseo que brotaba de su piel...

Antes de aquella madrugada, nunca había pensado en El Grandullón como una posible pareja sexual, y no porque no le gustara. Más bien al contrario. Físicamente

pertenecía al tipo de hombre con el que no solía rehusar una aventura: era muy alto y corpulento, de piel blanca, cabellos rubios y ojos azules. Sin embargo, el hecho de congeniar con él desde el momento en que se conocieron y de haber pasado juntos muchas noches de marcha propició que pensara en ese hombre más como amigo o colega de juerga que como amante. A ello unía su condición de individuo infiel por naturaleza y pensaba que una relación íntima no le compensaría. Hasta que sintió las caricias de sus manos expertas, precisamente esa mañana en que estaba muy

cansada, solo quería dormir y no tenía ganas de sexo. Y él, aparentando respetar sus deseos, le susurraba al oído que se relajara y se durmiera. No obstante, actuaba en sentido inverso al que indicaban sus palabras. Sus largos dedos seguían explorando con suavidad y maestría cada rincón de un cuerpo que se volvía sumiso, se dejaba querer y se arrastraba a los envites de una atracción sorpresiva e irreconocible.

El Grandullón se desnudó completamente ante los incipientes gemidos de su compañera. Se tumbó a su lado en la cama, la

atrajo hacia su cuerpo y llenó su boca de besos profundos y ardientes... Mientras, sus dedos continuaron el recorrido parsimonioso por la senda del deseo, atravesaron las protuberancias montañosas, cruzaron el valle y se adentraron en el bosque humedecido por la lluvia que segregaba el firmamento del placer. Sintieron el calor apoderándose de sus cuerpos y vislumbraron el sol reluciente que vencía al frío del invierno y arrojaba rayos de fuego sobre la piel sudorosa...

Inmersa en las nuevas y



gratificantes sensaciones, no le dio importancia al escaso tamaño del pene de su compañero. Había disfrutado tanto antes de percibir tal inconveniente que ni siquiera le afectó. De hecho, le resultaba milagroso que la escasez se trocara en abundancia y que un miembro tan pequeño pudiera provocar un éxtasis tan grandioso como el que estaba sintiendo... Un sueño profundo los invadió después del maratón sexual. Pasaron las horas, descansaron los cuerpos y las penumbras del anochecer tiñeron de gris las paredes que los rodeaban.

Wynie se despertó sedienta. Bebió un litro de agua a tragos rápidos, impaciente por saciarse. Llenó la jarra, cogió dos vasos y lo colocó todo en una bandeja que depositó sobre la mesa situada junto a la cama. Volvió a meterse entre las sábanas y sintió los brazos de su compañero que rodeaban su cuerpo y la apretaban contra su pecho. El Grandullón abrió los ojos lentamente y le sonrió. Se incorporó en la cama y bebió dos vasos de agua del mismo modo que ella: ansioso por calmar la sed. De nuevo pegados, la lengua del hombre inició una travesía por el

sendero que surca el pecho femenino, baja por el vientre y se adentra en la intimidad más profunda. Y el cuerpo de ella vibró y tembló al tiempo que el clímax tersaba sus piernas y provocaba gemidos gozosos... Con la intención de prolongar el momento, se encaramó encima de El Grandullón y, cual amazona galopando al ritmo de los sonidos del amor, lo sintió otra vez dentro de su cuerpo...

Ninguno de los dos había articulado palabra desde el día anterior. Wynie saboreaba el relajo propio de un doble orgasmo recostada en el pecho mullido del

hombre. Rememoraba entonces la conversación que mantuviera con sus amigas sobre la importancia del tamaño del pene. La experiencia vivida reforzó su convicción de que, en el sexo, la boca o las manos pueden jugar un papel tan crucial como el del órgano viril. En algún momento de su periplo amoroso con El Grandullón llegó a reírse para sus adentros recordando el refrán de "hombre grande, pene pequeño y viceversa", que en el caso de su nuevo amante se cumplía a rajatabla sin que la calidad de la relación se resintiera. De hecho, acababa de tocar el cielo junto a

él... Y a su lado estuvo hasta que las obligaciones cotidianas de ambos interrumpieron el arrebatado pasional y sorpresivo que durante muchas horas se apoderó de sus cuerpos.

# Citas por Internet

Katty se alisó el pelo y se maquilló con esmero aquella tarde. No tenía ningún casting ni la esperaba caballero alguno, pero su primera cita en el ciberespacio merecía una atención especial. Decepcionada con su amante belga, cansada de la oscuridad de El Maligno y de sus últimas relaciones -con el sexo como protagonista exclusivo-tomó la decisión de inscribirse en una página web para buscar pareja. Después de examinar minuciosamente varios

sitios, optó por un portal de pago. Obsesionada con abandonar las salidas nocturnas, pensó en la conveniencia de invertir en su nuevo experimento el dinero que hasta la fecha se gastaba en copas.

Guardaba la esperanza de encontrar un hombre con el que emprender una relación duradera y fructífera, basada en los sentimientos y no solo en la atracción sexual. Razón por la cual no dudó en aceptar la propuesta de un galán que la retaba a conectar la webcam y a conversar por Skype antes de lanzarse a la primera cita real, que se produjo varias horas

después en una refinada cafetería cercana a su domicilio. El caballero, lejos de decepcionarla, motivó su orgullo por la suerte de conocer a un hombre que claramente le expresó su deseo de no mantener relaciones en el primer encuentro, con el argumento de que necesitaba conocer alma y sensibilidad de quién podría convertirse en su compañera de viaje. Se trataba, además, de un tipo atractivo y, según todos los indicios, con la cartera bien repleta. Le dijo que se dedicaba a la intermediación financiera y que vivía en el mismo barrio que ella, el



de Salamanca, uno de los más caros y exclusivos de la capital. Además, y para redondear su dicha, se ofreció a invitarla a cenar el fin de semana siguiente...

La noche de la cita, El Ejecutivo aparcó su imponente biplaza negro en la puerta del edificio donde residía Katty. Ella miraba al exterior desde el balcón de su apartamento y no bajó hasta cerciorarse de que ya estaba allí. No quería que llegara y viera que lo esperaba en la calle. El hombre no escatimó piropos al saludarla. Lucía ese traje de chaqueta verde manzana que entallaba su cuerpo y realzaba el

brillo de su mirada clara. Se veía muy guapa al mirarse al espejo antes de salir y el galán se lo confirmó. Se saludaron con un par de besos recatados en las mejillas y ella subió al lujoso automóvil con una sonrisa amplia.

La llevó a un restaurante francés situado en el extremo norte del barrio donde ambos vivían. Tenía mesa reservada y, por los saludos que le dedicaron varios empleados del establecimiento, Katty notó que se trataba de un cliente asiduo. Dada la categoría del local, este detalle la complacía. El ligue que había encontrado en el

espacio virtual no era un don nadie sin oficio ni beneficio –dedujo satisfecha. Durante la copiosa cena, regada con un carísimo tinto del país vecino, supo que su acompañante era divorciado y padre de dos hijos; que viajaba con frecuencia por motivos de negocios y que buscaba una relación estable. No le gustaba estar solo en casa ni encontrarse la cama fría y vacía cuando volvía de sus múltiples compromisos laborales. Comprobó asimismo que el dinero no le ocasionaba problema alguno. En tiempos de crisis, lo vio pagar la cuenta con una tarjeta dorada y

dejar una generosa propina en metálico. Hasta el momento, no tenía casi nada que objetar a su flamante galán. El "casi" estaba relacionado, sobre todo, con la actitud excesivamente correcta del caballero. Ni le tiró los tejos, ni le cogió la mano ni hizo mención a una posible relación sexual. La cuestión se mantuvo ausente durante toda la cena y ausente continuó en el transcurso de la velada. Tomaron una copa en un distinguido local cercano al restaurante, prolongaron una conversación nimia hasta que se acabaron las bebidas y Katty se vio,

acomodada de nuevo en el amplio asiento de cuero del deportivo, de vuelta a casa. Su gozo en un pozo. "¿Me he puesto así de mona para nada?" –se preguntaba mientras tomaba el ascensor que la conducía a su hogar. Recordó que su acompañante le había comentado que no quería sexo en la primera cita, pero acababan de finalizar la segunda sin que sus cuerpos llegaran a rozarse... Unos besos castos en las mejillas a la llegada y en la despedida fueron el único contacto físico que hubo entre ambos.

No quiso alarmarse ni

preocuparse por la ausencia de sexo en dos encuentros seguidos. El plan le parecía demasiado bonito para fastidiarlo por un revolcón. Además, estaba cansada de las relaciones que se limitaban al sexo por el sexo. Decidió olvidar el asunto, prepararse una infusión caliente y meterse en la cama. Había una tercera cita en ciernes y, como dice el refrán, a la tercera va la vencida. Sin embargo, el acercamiento tampoco se produjo y la velada transcurrió como las dos primeras: mucho glamur y ningún roce.

Pese a la contrariedad sufrida,

pasaron los días y se incrementaron los encuentros con El Ejecutivo. La llamaba con frecuencia, la invitó a merendar en un par de ocasiones, la visitó en su casa y le regaló rosas rojas y selectos bombones. “Todo menos sexo” –lamentaba Katty. La última vez que lo vio, el hombre le habló de una virtud femenina de la que ella carecía: la castidad. “Una cosa es que esté cansada del sexo por el sexo y otra bien distinta es la ausencia total de contacto” –maldecía para sus adentros. No quería ni un hermano ni un compañero de piso. El placer carnal le gustaba y no estaba dispuesta a

renunciar a él. Dicho esto, tomó la decisión de no volver a quedar con El Ejecutivo. Ponía su móvil en modo silencio cuando veía el número del caballero reflejado en la pantalla del aparato, hasta que las llamadas dejaron de producirse. Y cada noche encendía su portátil para buscar a un nuevo candidato que respondiera a sus expectativas...

Noches en que la soledad envolvía su cuerpo y su alma. Sobre todo, si el pequeño estaba con su padre y ella no tenía más ocupación que la de encerrarse entre las cuatro paredes de su apartamento.



No le gustaba vivir sola y tampoco lo había hecho en etapas anteriores de su vida. De la casa de sus padres pasó a la de su primer marido, y a este lo dejó por el segundo. Después de amarlo con locura, de darle un hijo y de convivir con él durante más de una década, no le quedó otro remedio que abandonarlo. Víctima de un maltrato psicológico cruel y cansino, optó por la ruptura al constatar, sin un ápice de duda, que era preferible vivir sola a tener al enemigo metido en casa. Divorciada por segunda vez, lamentaba que la soledad

continuara atormentándola con cizaña.

En lo más profundo de su ser alimentaba el deseo de encontrar el amor verdadero: el que había visto en sus padres. La entrega sin fisuras, el cariño y el respeto que perduran durante toda la vida. Sin embargo, el miedo a un tercer fracaso la coartaba. No deseaba una relación basada únicamente en el sexo y tampoco estaba dispuesta a comprometerse con el primero que le ofreciera amor eterno. Era consciente de que la convivencia resultaba difícil y terminaba convirtiendo a los príncipes en

sapos. ¿Dónde encontrar al bueno? Ese era el dilema que Katty no sabía resolver. Las salidas nocturnas con sus amigas habían dejado de satisfacerla. Estaba cansada de pasar las noches bebiendo en los bares sin más deseo que el de conocer a alguien interesante... Y de volver sola a casa porque nunca aparecía el caballero adecuado...

Su aventura con El Ejecutivo que conoció en el espacio virtual no llegó a resultar, pero le abrió las puertas a un mundo que adivinó fascinante, plagado de ilusiones y de seductores solteros a los que

merecía la pena dar un voto de confianza... Así que cada noche, después de cenar, se acomodaba en el sofá con el portátil sobre las rodillas y se ponía manos a la obra. Mujer guapa y culta, el perfil que colgó en un sitio web de pago con el deseo explícito de encontrar una relación estable recibía cientos de peticiones. Desechaba a los hombres que no le gustaban físicamente y a los que escribían con faltas de ortografía. “Los incultos no me interesan aunque sean guapos” –comentaba riendo a sus amigas. Y aún así, seguía teniendo largas listas de aspirantes

a conocerla.

Una noche aceptó la invitación de un hombre de negocios de Valencia que asistía a un congreso en Madrid. La citó en su hotel y, después de invitarla a cenar en un restaurante cercano, le pidió que subieran a la habitación. A Katty no le sorprendió la propuesta. Para algo estaba allí. El caballero era alto, apuesto y buen conversador. Lo había escogido después de seleccionarlo entre una veintena de candidatos finalistas, y tras llevarse varias horas chateando con él. Sin embargo, la decepcionó. Le regaló una noche de sexo tórrido y ansioso

que le proporcionó un par de orgasmos. Nada más. Puro sexo.

Precisamente, lo que ella no buscaba. Necesitaba sentir algo especial y no cejó en su empeño de darle a la tecla. Poco después recibió un mensaje de un apuesto galán, también empresario, que la invitaba a tomar un café. El individuo en cuestión, según informaba en su perfil, era viudo, sin hijos y quería rehacer su vida. Abrió de par en par sus ojos claros. Se presentaba, de nuevo, la posibilidad de encontrar lo que tanto ansiaba: una relación estable.

Se citó con su pretendiente en

la misma cafetería de su barrio donde conoció a El Ejecutivo y degustaron una succulenta merienda a la que, como no esperaba menos, fue invitada. Ella, que estaba muy emocionada con los contratos publicitarios que había firmado días atrás, le empezó a hablar de su trabajo. En poco tiempo se dio cuenta de que a su acompañante no le interesaban en absoluto los anuncios ni el mundo de las modelos y de las marcas. Lo dejó hablar y en qué mal momento. El hombre se presentó como empresario, pero no había desvelado a qué se dedicaba su

empresa. La firma en cuestión resultó ser una funeraria y Katty estuvo durante más de una hora escuchando características de la madera, el diseño y los precios de los ataúdes; recibió una clase magistral sobre la atención al cliente en los distintos tanatorios de Madrid; y hasta escuchó algún improperio del tipo "si tú y yo llegamos a algo serio, podrías encargarte de los pedidos después del verano... Muere mucha gente en esas fechas...". Se quedó estupefacta y horrorizada. Estuvo a punto de levantarse y salir corriendo de allí, pero su educación



exquisita y refinada se lo impedía. Se despidió amablemente en un instante en que aquella enciclopedia de la muerte pareció enmudecer. El silencio se interpuso entre ambos. Katty vio la oportunidad, miró su reloj de pulsera y se despidió de modo cortés.

-Gracias por la merienda. Debo marcharme, tengo un compromiso.

-Espera. ¿Por qué? Te he aburrido, ¿verdad? –escuchó mientras se levantaba y abandonaba apresurada la cafetería.

Caminó a paso rápido en dirección a su casa. Por el camino pensaba si ligar por Internet la llevaría algún día a caer en los brazos deseados. Había buscado el amor en su entorno profesional, en las barras de los bares y en las pistas de baile de las discotecas... Sin resultados... Ahora lo buscaba en la red y empezaba a dudar, incluso, de la conveniencia de buscarlo. Ignoraba entonces que las conexiones virtuales la arrastrarían de nuevo al embrujo de su añorado amante belga.

Una de aquellas mañanas abrió su página de Facebook y se dio

cuenta de que la luz verde le indicaba que el susodicho estaba conectado en esos momentos. No hizo caso y siguió a lo suyo. Poco después, él dio señales de vida al teclear el escueto texto que sigue: "¡Hola chica guapa!" Lejos de alegrarse, a ella se le torció el gesto. "Este se va a enterar" – pensó para sus adentros mientras le contestaba así:

-¿Cómo se te ocurre saludarme ahora, después de venir a Madrid, no querer verme y no contestar a mis mensajes desde hace más de tres meses? Eres lo peor que me ha pasado en la vida.

-Lo siento, nunca he pretendido hacerte daño. Estaba y estoy confundido.

-Pues me lo hiciste. No te dignaste a enviarme un solo mensaje, ni en esos días ni en los tres meses que han pasado desde entonces.

-Lo siento, lo siento –repitió. Sabes que eres alguien importante en mi vida, que te tengo siempre en mis pensamientos –afirmó en un tono que ella percibió más compasivo que sincero.

-Yo no sé nada y no confío en tus palabras. Contigo me valen

únicamente los hechos, No te has portado nada bien y lo sabes.

-Te repito que lo siento, preciosa. Solo quiero que sepas que pienso en ti. Ahora tengo que dejarte. Un beso grande –escribió.

Katty no le contestó. “Me deja porque ha llegado su mujer y no quiere que lo pille chateando conmigo. ¡Que se vaya a la mierda!” –exclamó a su fuero interno para convencerse todavía más de que ese hombre no le interesaba. Sin embargo, sus recuerdos contradecían los dictados de su raciocinio. A cámara lenta, la imagen desnuda de la musculosa

anatomía de su amante inundaba cada rincón de su mente. Revivía sus besos profundos, sus caricias ardientes y la pasión derrochada cuando la amaba como pocos hombres lo habían hecho en su vida. Maldecía su suerte por seguir pensando en un individuo que nunca sería suyo; ya era de otra a la que lo ataban lazos demasiado fuertes. Más que el amor que ella hubiera estado dispuesta a darle. De hecho, se lo hizo saber desde el primer día que se conocieron. "Tengo esposa e hijos. No pondré en peligro a mi familia por nada ni por nadie". Pese a tan categórica

afirmación, Katty guardó la esperanza, durante el tiempo que pasaron juntos, de que la fuerza de la atracción y los milagros de la Química derrumbaran los propósitos de su fogoso enamorado, cual castillo de arena que sucumbe a las caricias de las olas del mar. Como sucumbió su esperanza al paso de los días sin noticias, a las lágrimas que empapaban su almohada durante las noches y al eco de las palabras hirientes que retumbaban en su cerebro: “tengo esposa e hijos....”

El paso del tiempo la fue habituando a la pérdida. Se refugió

en las caricias de otros brazos y sus labios se abrieron para recibir otros besos... No llegó a enamorarse como lo estuvo de él y continuó insistiendo en la búsqueda de un hombre con el que pudiera mantener una relación auténtica y sincera. Acariciaba la posibilidad de encontrar en el mundo virtual al galán de sus sueños y, cuando estaba segura de que a El Belga se lo habían llevado los vientos del olvido, sus recuerdos aparecieron iluminados por la luz verde que se encendía en el margen derecho de la pantalla de su ordenador. Se agarró a la certidumbre de que aún



pensaba en ella y se dispuso, como el peatón que encuentra el paso libre cuando el semáforo cambia a verde, a cruzar la calzada y a dejarse envolver por la espesa estela del amor prohibido. Con el anhelo de sus besos derramando deseo sobre su boca sedienta, tecleó para su amado el siguiente mensaje: "Si quieres, nos vemos la próxima vez que vengas a Madrid". Pero cuando pulsó la tecla "enviar", un escalofrío repentino recorrió cada rincón de su cuerpo. "¿Por qué lo he hecho?" –se preguntaba. "Por amor" –le respondía su otro yo. Sintió que la realidad la abrumaba y

que la cruz de ese amor pesaba demasiado para llevarla sola. Agarró el teléfono y marcó el número de Wynie.

-Necesito verte. Tengo algo gordo que contarte.

-De acuerdo. Te espero en casa. ¿Estás bien? –le preguntó su interlocutora.

-Lo intento. Nos vemos en un rato –asintió momentos antes de colgar.

Se vistió con premura y corrió hacia la parada del metro que la dejaba frente a la casa de su amiga. Estaba impaciente por

contarle lo que había hecho y por escuchar sus palabras calmadas y racionales. Wynie la recibió en pijama y preparó un abundante desayuno para ambas. La encontró nerviosa, enrojecida su mirada clara y temblorosas sus manos blancas.

-¿Qué te ha ocurrido? ¿Un desengaño amoroso, o laboral? –la interrogó.

-El Belga. He tenido noticias tuyas.

-¡Ah!, era eso –suspiró aliviada. ¿Te ha llamado?

-No. Me ha entrado por el chat de Facebook.

-Y te ha dicho que piensa en ti después de tres meses escondido entre las paredes de su confortable hogar, ¿verdad? –inquirió Wynie con ironía.

-Así es, marisabidilla –contestó Katty en el mismo tono. Lo peor es que he vuelto a caer y le he sugerido que me llame la próxima vez que venga a Madrid.

-¡Jajaja! ¿Qué es eso de que le has sugerido? Se lo habrás pedido claramente, ¿o no?

-Sí –reconoció. Y ahora siento que me ha vuelto a atrapar con su discurso de seductor. Son los

recuerdos, Wynie. No puedo arrancarlos de mi piel.

-Como dice nuestra amiga Emi, renunciar al placer es muy difícil.

-Tú lo has hecho con Ése.

-¿Yo? No, para nada. Ése ha desaparecido. Ni en El Maligno, ni en el mundo virtual, ni en la faz de la Tierra. O su mujer lo tiene amarrado a la pata de la cama, o se ha escondido para no verme y no sucumbir a la tentación. Porque hay una cosa que está clara, Katty: cuando una relación íntima se da bien, es así para los dos. El placer fue mutuo, el fuego prendió en

ambos y las imágenes de los momentos vividos asaltan por sorpresa ambas mentes. ¿Y sabes cuál es la mejor forma de mantenerlas alejadas? La ausencia –afirmó rotunda.

-La ausencia es un castigo –le contestó la afectada con voz de lamento.

-Más que un castigo, creo que se trata de una opción personal. Fue la que tú misma tomaste desde que supiste que vino a Madrid y no se dignó ni a llamarte ni a verte. Te sentiste utilizada y humillada y decidiste expulsarlo de tu vida. Y él, que en ese viaje no le vino bien

pasar una noche contigo, volvió a su casa con su esposa y su rutina. Supongo que también dio por perdida la relación que teníais... Ingenuamente, claro –subrayó.

-¿Qué quieres decir con eso de ingenuamente? ¿Por qué?

-Porque donde hubo fuego quedan brasas, así de sencillo. Él piensa en ti de vez en cuando, aunque hayan pasado varios meses. Incluso puede que esté haciéndolo con su señora y pensando en ti. En que eres tú la que lo besas y es a ti a quien acaricia. Esa realidad la tiene asumida, vive lejos y no le afecta

demasiado. Ahora resulta que prevé venir en breve y por eso te ha entrado por el chat. La llamada del deseo, estoy segura.

-Vamos, que según tú, lo veré pronto.

-Si esa es tu voluntad, sí. Vendrá, te llamará y querrá quedar contigo. Ya me lo confirmarás.

-Pues a lo mejor se lleva un chasco. Puede que le diga que tengo otro compromiso y lo deje con las ganas.

-¡Jajaja!

-¿Por qué te ríes? ¿Tú que opción tomarías si te encontraras a



Ése cualquier día?

-¿Yo? Traérmelo a la cama y hacerle un millón de maravillas – contestó decidida y sin parar de reír.

-¿Y luego qué? ¿Que se vaya con su mujercita? Yo no puedo, Wynie. Me he enamorado de El Belga y lo quiero solo para mí. No puedo soportar que me ame y se marche.

No estoy preparada para sentirlo y perderlo. Tú sí, según dices. Aunque no me lo creo, que conste – puntualizó.

-¿Qué más da que te lo creas o

no, Katty? Es la realidad. Todos no somos iguales. Yo no me enamoro de esa manera. Puede que tenga un corazón muy grande, donde hay sitio para todos: el profe, Ése, el otro... Psssss... No pienso vivir con ninguno... Ya he tenido bastante vida conyugal. He cerrado ese capítulo del libro de mi existencia. Te lo he dicho muchas veces y es lo que siento.

-Nunca digas "de este agua no beberé". La vida maneja voluntades a su antojo. Imagina que mañana conoces a un hombre que te atrae, que se enamora de ti, que acepta a tu hijo y que te invita a irte con él

de vacaciones, por ejemplo. ¿Le dirías que no?

-Pasar unas vacaciones no es vivir. Lo primero podría aceptarlo. Lo segundo no. En serio –aseguró sin atisbo de duda.

-El amor llega por sorpresa, Wynie. Que hayas fracasado una vez no significa que tengas que renunciar a él. Yo me he casado dos veces, he pasado el trago de dos divorcios y aquí me tienes: abierta a encontrar al hombre de mi vida incluso en el universo virtual, ya que no aparece en el mundo real...

Así continuaron los días de Katty. Cada mañana y cada noche encontraba un hueco para husmear en la red con la ilusión de que su príncipe azul se asomara a cualquiera de las ventanas que abría. Y también, con la esperanza de que El Belga volviera a dar señales de vida por el chat de Facebook, hecho que no se produjo de inmediato. Atribuyó tal silencio a la cobardía y al miedo... El Belga se había agazapado, es decir, huía de la atracción tan fuerte que ella le provocaba y no quería caer otra vez en la tentación de su cuerpo. Interpretó, además, que su amante

estaba arrepentido de haber usado la red social para reiniciar el contacto. Tenía motivos para llegar a esa deducción: cada vez que abría su página de Facebook lo veía en el chat sin la luz verde encendida, lo cual significaba, a su juicio, que estaba ahí pero se desconectaba para no hablar con ella. Para no escuchar y para no sentir.

-Mi amante es un agazapado – comentó a sus amigas en tono tragicómico.

El grupo aprovechó uno de los primeros domingos soleados del invierno para comer en una terraza

de la Gran Vía. Sin embargo, el astro que brillaba en el cielo parecía negarse a iluminar unos rostros teñidos por el gris del desamor.

-No puedo quitármelo de la cabeza por más que lo intente. Y lo peor es que estoy enfadadísima conmigo misma, con mi propio corazón. Por haberse enamorado de un hombre casado. Un cobarde. Un a-ga-za-pa-do –expresó Katty, silabeando.

-Repites la misma palabra de modo obsesivo y, por mi parte, no tengo claro qué sentido exacto quieres dar al término agazapado –

inquirió Wynie.

-Cobarde que se esconde –saltó la aludida de un tirón. Y define solo a los hombres casados, que pretenden mantener a toda costa la comodidad de sus vidas y se resisten a sucumbir a la pasión, por mucho que los tienten. Pueden tener una aventura esporádica, aunque siempre con la premisa de que no les complique la vida. Cobardes – reiteró con desdén.

-Para ser cobarde no hay que estar casado. Creo que la cobardía define el carácter de la mayoría de los hombres –subrayó Olivia, categórica.

Puso el ejemplo de El de 28, soltero y sin compromiso conocido, y aseguró que su conducta respondía a los mismos adjetivos de cobarde y agazapado. Eran novios y estaban enamoradísimos hasta que él terminó con la relación de forma inesperada y repentina. Se habían amado apasionadamente durante varios meses, en la cama, en cualquier rincón de las casas respectivas y hasta en los baños de los bares, sus cuerpos envueltos por el calor y la premura del deseo.

-Se resistió a quedar atrapado en mis redes... También se había enamorado, como me ocurrió a mí,



y tuvo miedo –insistió. ¿Y quién tiene miedo al amor? Los cobardes –sentenció rotunda. Solteros o casados. El estado civil no está relacionado con una conducta que caracteriza a gran parte de los individuos pertenecientes al llamado sexo fuerte –puntualizó con ironía.

Algo ofuscada, relató que se lo había cruzado por la calle, sus rostros frente a frente, y que no se dignó a saludarla. Calificó su actitud como deplorable y precisó que el vergonzoso episodio dio paso al silencio. Ni llamadas ni conexiones por red. Actuaba de la misma forma

que El Belga: se desconectaba del chat cuando veía que ella entraba.

-Aquí lo tenéis, agazapado total –indicó al tiempo que mostraba al grupo la pantalla de su iPhone para demostrar la afirmación.

Después de la detallada confidencia, Katty admitió que, si bien no era necesario estar casado para agazaparse, la realidad -en su opinión incontestable-es que los hombres casados que se dedican a seducir fuera del hogar terminan convirtiéndose en agazapados. Con su mirada fija en el rostro de Wynie, puso también a Ése como ejemplo.

-Ése no está agazapado –negó esta dándose por aludida. Ha desaparecido literalmente –aclaró. No he tenido noticias tuyas desde nuestro último encuentro, la cena de Nochevieja. A estas alturas, doy por hecho que no quiere saber nada de mí.

-Pues no se te ve muy afectada – intervino Emi, su mirada azul oculta por las mismas gafas oscuras que usaba para pasar desapercibida en El Maligno.

-¿Y qué remedio me queda? No tengo ganas de suspirar por un tipo que vive con otra mujer.

-Vamos, que no quieres volver a verlo –dedujo Katty.

-Tampoco te confundas. Es él quien no está por la labor.

-Otro agazapado, ¿te das cuenta? –insistió Katty. Seguro que hace lo mismo que El Belga y El de 28. No se conecta al chat para no arriesgarse a coincidir contigo.

-Por supuesto. Ya os dije que ha desaparecido. Del chat y de la faz de la Tierra –recalcó.

-Como El Polaco –anunció Emi.

No sé nada de su vida desde el año pasado. Alguna vez lo he llamado por teléfono y no me lo ha

cogido. También doy por hecho que se le rompió el amor...

-De tanto usarlo –añadió Wynie tarareando una canción con la misma letra. Quítate las gafas, por favor –pidió a Emi.

La susodicha negó con el gesto. Wynie se levantó de su asiento y, de un manotazo, dejó al descubierto la mirada llorosa de su amiga.

-Estás llorando por El Polaco, ¿verdad? –quiso asegurarse. El amor debe doler mucho. A quienes lo sentís, claro.

-Habló la racional –refunfuñó

Katty. Ya me contarás dónde vas a echar tu calculado raciocinio el día que te encuentres a Ése.

-Ella parece estar hecha de otra pasta. En su piel, las heridas de amor se quedan en leves pinchazos. Dolor superficial y efímero, que se marcha sin hacer ruido –musitó Emi, lacónica.

-No te equivoques, Emi. Nadie es inmune al amor y ella tampoco –añadió señalando a Wynie con el gesto. Todas sabemos que ha sufrido por Ése –recordó Katty.

-Ni yo soy tú ni Ése es El Belga –se encaró la aludida. No suspiro

por él, para que te enteres de una vez –expresó redicha. Y me da exactamente igual que deje o no a su mujer, o lo que haga con su vida. No te niego que me encantaría pasar un fin de semana gozando de las mieles de su cuerpo, pero si no es posible, nos lo perdemos. Él también, que conste –afirmó convencida.

-Vale, vale –cedió Katty. En cualquier caso, no os vendría mal buscar aventuras en los mundos virtuales –propuso al grupo. Yo sigo probando. Aunque todavía no haya fructificado ninguna de mis citas, tengo la impresión de que el

hombre de mi vida anda en algún rincón de la red.

-Yo lo intenté sin éxito poco después de divorciarme –reveló Olivia. Tuve varios encuentros antes de llegar a la conclusión de que la mayoría de los tipos que se ponen a ligar por Internet lo que quieren es follar. O se trata de gente rara, como el empresario de las funerarias que conociste hace poco –apuntó riendo.

-Estoy de acuerdo –asintió Wynie. En mi opinión, los hombres que recurren a Internet para ligar no merecen la pena. O tienen dificultades a la hora de



relacionarse o esconden alguna carencia más inconfesable. Pueden ser enfermos mentales. No sé cómo no te da miedo citarte con un completo desconocido que puede haber falseado toda la información que muestra en su perfil, Katty.

-Si no es quien dice, ha mentado en la descripción de sus cualidades

o ha puesto una foto falsa no correría el riesgo de acudir a una cita, porque sería descubierto. Yo uso la red para hacer el contacto pero luego exijo conocer al individuo personalmente. En caso de que no acepte, desconfío y no

sigo chateando, por supuesto.

-Espero y deseo que no te lleves ninguna sorpresa desagradable – intervino Emi. Tampoco entiendo por qué una mujer hermosa y extrovertida como tú necesita apuntarse a un portal de Internet para ligar. Las calles están llenas de hombres, nena – apuntó riendo.

-Estoy cansada de la noche y de la oscuridad de El Maligno. El alcohol me sienta cada vez peor y me he dado cuenta de que cuando bebo surgen nuevas arrugas en mi cara. Así que, os guste o no, pienso seguir tentando a la suerte en la

pantalla de mi ordenador.

Con tanto soltero buscando pareja en las páginas web dedicadas a la cuestión, a Katty le resultaba increíble pensar que uno de esos caballeros no sería el que el destino se encargaría de poner en su camino. Convencida de dicha circunstancia, viajaba de un perfil a otro, superando las decepciones que le habían acarreado sus recientes citas con pretendientes contactados en el espacio virtual.

## **El artista de la lengua**

El Maligno. 04,15 horas de la madrugada. Emi, Olivia y Wynie fueron testigos de una jugosa conversación masculina sobre la duración de un cunnilingus. Los protagonistas, tres hombres de edades comprendidas entre los treinta y cinco y los cuarenta y dos: El Atrevido, El Guapo y El Interesante. En el círculo de mentes abiertas que prolifera por el club, estas discusiones pueden entablarse sin prejuicios, con presencia femenina e, incluso, con alusiones directas. Todo empezó cuando El Atrevido pronunció ante sus amigos la siguiente frase:

-Yo soy capaz de comerle el coño a una tía durante una hora seguida.

-¡Venga ya! –exclamó El Interesante en tono de incredulidad.

-Te lo juro. Y además, me encanta.

-No hay hembra que soporte eso. ¿Durante una hora? ¡Tú flipas! ¿No serán diez minutos?

-De diez minutos nada. Una hora exacta.

-No seas chulo. Yo te aseguro que eso es imposible. ¿Una hora dándole a la lengua sin parar? –

Hizo el gesto con su lengua y rio a carcajadas. ¡Menudas agujetas! No te creo.

El Guapo, que sonreía todo el tiempo, se mantuvo al margen hasta que lo implicaron directamente en la disputa.

-Guapo, ¿tú me crees, o no? –le preguntó El Atrevido.

-No, no te creo.

-¡Vaya hombre! ¡Otro listo! –refunfuñó el mismo interlocutor.

-Mira, a ninguna mujer le gusta que le coman el coño sin descanso durante una hora. Cuando llevan un ratillo ya te están pidiendo que se

la metas. Si están muy cachondas lo que quieren es tener una buena polla dentro –aclaró El Guapo soltando una carcajada.

-Así es –apuntó El Interesante. Lo que ocurre es que este -señaló a El Atrevido con el gesto-debe ser impotente y por eso se ve obligado a ejercitarse con la lengua. De todas formas, miente. No me lo creo ni aunque lo vea.

-¿Qué te apuestas? –lo retó El Atrevido. Aquí tenemos tres mujeres hermosas –indicó señalándolas con un gesto soez. ¿No os gustaría? ¿Qué decís, chicas?

-¡Jajaja! ¿Una hora? ¡Qué perezón! –rieron y asintieron al unísono.

-Eso os gusta a todas las tías, así que no os hagáis las estrechas. La oferta está en pie para cualquiera de las tres. ¿No os atrevéis? – inquirió El Atrevido en tono retador.

Ellas volvieron a reír.

-¡Qué horror, tener a un hombre ahí abajo durante una hora seguida! –exclamó Olivia.

-Eso depende del individuo. Si lo hiciera bien, imenudo lujo! – espetó sonriente Wynie.



-Yo lo hago perfecto. Mira –  
indicó El Atrevido mientras movía  
su lengua al uso, intentando que  
ella se congradara con sus artes en  
la materia. Vente conmigo y te  
aseguro que nadie te habrá hecho  
nunca tan feliz.

-¿Qué dices? Lo siento, pero tú  
no me pones.

-Y yo, ¿te pongo? –quiso saber  
El Guapo. Lo hago bien todo y me  
dejo guiar. Tú pides y yo trabajo.  
Cuando estoy con una mujer, lo que  
más deseo es verla gozar.

-Lo mismo digo, por eso me  
gusta tanto comerlo –aseveró El

Atrevido. ¡Una hora, chicas! ¿Os lo imagináis?

-No, ni quiero. Por regla general, los que habláis mucho hacéis poco –precisó Emi.

-Este es como esos tipos a los que acabas de referirte. Te lo digo yo, que lo conozco desde hace muchos años –reveló El Interesante.

-Entonces, ¿qué? ¿No hay ninguna voluntaria? –insistía El Atrevido.

-Tengo poca fe y menos tiempo, así que me despido –anunció Wynie.

En esos momentos se levantó, salió de la habitación azul hacia el pasillo y se dispuso a recoger su cazadora, que estaba colgada en un perchero de pared. El Guapo la siguió y la invitó a dormir en su casa. Ella se negó con un gesto de cabeza y un "tal vez otro día", apenas audible. Mientras se ponía la chaqueta llegaron Olivia y Emi seguidas por El Atrevido y El Interesante. Las tres amigas abandonaron juntas el local y los dejaron en la barra pidiendo otra copa y buscando nuevas compañías femeninas. Amanecía y el reloj marcaba las 07,30 horas de uno de

los primeros días primaverales del año. Emi y Olivia cogieron el metro; Wynie inició a paso lento el camino hacia su casa. Mientras andaba, admiraba los reflejos dorados de los rayos de sol que asomaban tímidamente entre los tejados del centro de la ciudad y pensaba en el inmenso placer que experimentaba cuando le hacían un buen cunnilingus.

-¡Lástima que El Atrevido no fuera el hombre adecuado! – lamentaba para sus adentros, sin saber que encontraría a un artista de la lengua la próxima vez que pusiera sus pies en El Maligno.

Fue una madrugada de viernes. Habían pasado dos semanas y acudió al club privado en compañía de Olivia. Encontraron el local atestado de mujeres, demasiadas para unos cuantos hombres que ni siquiera merecían la pena, según la primera impresión. Se sentaron en el salón y Wynie, aburrida, sugirió a Olivia que se adentraran en la habitación azul.

-Parece que ha llegado más gente. Vamos a cotillear, a ver si vemos a alguien interesante...

Dicho esto, se levantaron de sus asientos y se encaminaron a la sala azul. Nada más entrar, los ojos

de Wynie se pararon en el rostro de un extranjero, rubio y guapo, que ocupaba, junto a sus amigos, el sofá central. El grupo masculino las saludó y las invitó a acompañarlos. Wynie asintió con una sonrisa cómplice. Olivia, sin embargo, se sentía rara y comentó a su amiga que había bebido mucho y que no se encontraba bien.

-Vámonos a casa, Wynie, yo me quiero ir –insistía.

-Vale, de acuerdo –contestó la aludida haciendo ademán de levantarse.

-¿Por qué quieres marcharte? –

le preguntó El Guiri poniéndose de pie junto a ella.

De reojo, Wynie admiró con satisfacción el cuerpo masculino pero no hizo gesto alguno ni pronunció palabra que pudiera denotar su interés. Más bien al contrario.

-Porque me estoy aburriendo – le contestó con tono de indiferencia.

-Lo siento. ¿Puedo hacer algo para retenerte? –quiso saber el extranjero, al tiempo que rodeaba su cintura con sus fuertes brazos.

-Sí, supongo que sí –le contestó

sonriendo coqueta mientras notaba los efectos del sopor que atravesaba su cuerpo. El Guiri la besó y ese beso cambió el curso de la noche.

-Yo me quedo –comentó al oído de su amiga.

Olivia cogió su chaqueta, se despidió del grupo y se marchó. Wynie volvió a sentarse y ya no estaba aburrida. Los brazos de su rubio acompañante ceñían su cintura y los dedos acariciaban su vientre tímidamente, por encima de la camisa...

Transcurrieron varias horas



antes de que Wynie se decidiera a invitarlo a su casa. Bailaron y siguieron besándose... Bebieron y bromearon... Él le sugirió que se marcharan juntos y ella le indicó que tendría que pasar un casting.

-También tú tendrás que superar mi casting, jajaja. ¿Vives cerca, hay té en tu casa? – preguntaba y reía mientras hablaba con su simpático acento extranjero.

Llegó el día pero la noche continuaba en El Maligno. Hasta que El Dueño cortó la música y anunció que la fiesta había terminado.

-Espero haber aprobado tu casting, porque mi amigo ya se ha ido y estoy quedándome en su casa –murmuró El Guiri al oído de Wynie.

-Pues no sé qué decirte – contestó ella sonriendo y con aire interesante, las bocas muy cercanas, casi rozándose...

-Soy muy bueno en el sexo oral. Me gusta mucho y puedo estar bastante tiempo ahí abajo –la informó.

-¡Jajaja, jajaja! ¿Bastante tiempo cuánto es, una hora? Jajaja, jajaja. Wynie recordaba la conversación entre El Atrevido, El

Guapo y El Interesante y reía abiertamente...

-¿Puedo saber por qué te ríes así? –preguntaba El Guiri, despistado. Entretanto, El Dueño urgía a la clientela a acabar la fiesta y Wynie persistía en su alocada risa...

-De acuerdo, vamos a mi casa. Me encantará comprobar que lo que dices es cierto, pero si se trata de un farol, no importa. Me caes muy bien y me han dado buenas referencias tuyas, jajaja, jajaja.

-¿Buenas referencias? ¿Quién, qué te han dicho de mí? –insistía en

saber.

Bajaban las escaleras y El Guiri la interrogaba. Wynie le reveló que la decisión de llevarlo a su domicilio estaba tomada desde antes de que se fuera su amigo, porque de lo contrario él no hubiera podido quedarse allí. El propietario de El Maligno no permitía que sus clientes se marcharan y dejaran a invitados desconocidos solos en el local. Y le hizo saber que fue precisamente su amigo -un viejo conocido de El Dueño- quien le aseguró que se trataba de un buen tipo y que podía llevarlo a su casa con toda tranquilidad.

El Guiri suspiró aliviado y caminaron calle abajo, cómplices abrazados en la mañana gris y húmeda. Al entrar en casa, Wynie cerró todas las ventanas con la intención de prolongar la noche. Se desnudaron mutuamente, sentados en el borde de la cama. Se besaban y escudriñaban al son del movimiento de sus cuerpos para deshacerse de las ropas, que quedaron esparcidas por el suelo de madera...

Con algún grado más de temperatura y unos cuantos besos después, El Guiri colocó su rubia cabeza entre las piernas femeninas.

Rozó con la punta de la lengua cada centímetro de la superficie del pubis rasurado, adentrándose en cada pliegue y en cada rincón de aquellos labios mojados de deseo que ansiaban sus caricias... Localizado el punto donde notó que la respiración de ella se aceleraba y subía el volumen de sus gemidos, se afanó con delicadeza y esmero hasta notar las vibraciones del interior de la hembra, cuyo cuerpo se balanceaba al compás de los espasmos de un orgasmo prolongado... Y repitió la operación tantas veces durante aquella mañana convertida en noche, que

Wynie perdió el control del tiempo hasta que la oscuridad real los envolvió de nuevo sin que ella lo percibiera... Implacable, el hambre bombardeó sus estómagos y tuvieron que parar para saciarla...

Sentados en la mesa, las manos cogidas, los rostros gozosos y las bocas engullendo trozos de pizza calentada en el microondas, Wynie recordaba satisfecha la conversación masculina que escuchara junto a sus amigas en El Maligno y concluía para sus adentros que sí. Que, efectivamente, un hombre podía prolongar el

cunnilingus durante una hora. Volvió a reírse y decidió hacer a El Guiri partícipe de sus reflexiones. Rememoró el reto de El Atrevido y su propia negativa a comprobarlo entonces. Él se interesó en conocer el motivo.

-Simplemente, el tipo no me gustaba. De todas formas, no me hubiera ido con él así, abiertamente, después de lanzar semejante alegato en público. Además, como nadie se lo creía y yo no lo había experimentado antes, no llegó a despertarme el interés suficiente.

-Espero que hayas cambiado de



opinión –indicó orgulloso.

-Por supuesto. He tenido la suerte de encontrar a un artista de la lengua como tú. La mayoría de los hombres son muy torpes en estas cuestiones, y los españoles, más aún.

-¿Eso crees?

Wynie sirvió un té para El Guiri y, para ella, un café cargado y oloroso. Entretanto degustaban las bebidas, continuaron su charla sobre la práctica del cunnilingus, su intensidad y la duración más adecuada.

-Has dicho que no te gusta

como lo hacen los hombres españoles, ¿por qué?

-Te repito que la mayoría son muy torpes. En general, creo que la mentalidad machista les impide esmerarse con ese juego. Siempre hay excepciones, pero mi experiencia me indica que el macho ibérico busca, sobre todo, su propio placer, aunque de cara a la galería afirme lo contrario.

-Si tú lo dices... En mi caso, el placer que pueda sentir está en relación directa con el gozo de mi compañera. Te aseguro que he disfrutado muchísimo mirando tu cara de felicidad en cada orgasmo...

Y han sido unos cuantos –añadió satisfecho.

-Desde luego –admitió ella, sonriéndole. Ahora soy yo la que quiero hacerte feliz. Te lo has ganado –exclamó al tiempo que se levantaba de la silla y buscaba un refugio entre los brazos fuertes de El Guiri.

Besos, abrazos, caricias... Y otra vez en la cama. Wynie se propuso corresponder al inmenso placer recibido e introdujo en su boca el pene blanco y flácido. Lo acarició, lo chupó, lo estrujó entre sus labios... Hizo todo lo que pudo para conseguir que su compañero

se empalmara... Sin éxito.

-Lo siento. Aún me duele mucho la cabeza. Las copas de ayer están jugando en mi contra.

-Yo también lo siento. Y no por mí, sino por ti, cariño –le indicó mientras lo besaba con ternura en las comisuras de los labios. Por mi parte, sabes que no lo necesito. El sexo oral me hace tan feliz que no echo de menos la penetración –argumentó.

-Ya, ya lo he comprobado. Y todavía te quedan horas de disfrute –murmuró al tiempo que separaba sus piernas y volvía a pasear su

lengua por las orillas del río, a lamerlas, a relamerlas y a tragarse el caudal completo del agua que traía... La tierra tembló con los espasmos femeninos y vibraron los viejos muros que cobijaban a la pareja, balanceados por la intensidad de sus gemidos...

El Guiri levantó la cabeza y Wynie observó complacida el líquido viscoso que lucían los labios masculinos, procedente de su intimidad más recóndita. No recordaba una imagen similar en las diversas aventuras mantenidas tras el divorcio y tampoco durante los largos años de matrimonio.

Tuvo que remontarse a su juventud más temprana y recordar el rostro de un estudiante sueco con el que pasó un verano de turismo y sexo... "Otro extranjero" -pensó- pero no lo dijo y continuó absorta en sus cavilaciones, el cuerpo voluble y relajado, balanceado por las olas del océano de placer en el que había tenido la fortuna de sumergirse. Y mientras, El Guiri, recostado en su vientre, iniciaba un nuevo viaje, en esta ocasión ascendente, hasta alcanzar las cimas de las montañas y deleitarse con el sabor suave de la piel que rodeaba los pezones erectos. Al

mismo tiempo que la boca trabajaba en las cumbres, los dedos se introducían en el túnel húmedo y exploraban con pericia su interior... Espasmos. Vibraciones. La masa corporal levitando sobre la cama. Los dedos escarbando el túnel. El agua saliendo. El gozo inconmensurable que se repetía una y otra vez...

Pasó otro día y Wynie volvió a perder la noción del tiempo. Abrió los ojos y seguía refugiada en aquellos brazos fuertes y blancos. Alzaba la vista y reconocía complacida la cabeza rubia, los labios rosados que le sonreían y los

grandes ojos azules que la miraban serenos. Tal vez, enamorados. O al menos, así lo quiso percibir ella.

-Gracias por tanta felicidad –le dijo tímidamente. Sintió de nuevo sus abrazos, varios seguidos. Y los besos en la mejilla, en la frente y en las comisuras de los labios. Minutos después, él se levantó, miró el reloj y le preguntó si podía darse una ducha.

-Por supuesto. Adelante –asintió Wynie señalando con el gesto la puerta del baño. Aún no ha anochecido –comentó. ¿Vuelves a casa de tu amigo?



-¿Qué dices? ¿A qué noche te refieres? –le preguntó mirándola y riéndose.

-A la del sábado –contestó ella, convencida.

-Jajaja –reía él. Son casi las doce de la mañana del domingo. Tengo que pensar en dejarte. Mi avión sale a las tres. La noche del sábado se fue hace rato, preciosa. Me alegra que no hayas sentido cómo pasaba el tiempo. Eso es buena señal –indicó.

-Me dejas de piedra –le contestó ella, despistada. Voy a levantarme a preparar el desayuno.

-No te molestes, en serio. Por mí no te molestes –repitió. Te invito a desayunar en la calle, si quieres –le propuso.

-Gracias. No me apetece vestirme ahora. Estoy cansada. Si te vas, seguiré durmiendo.

-Tengo que irme aunque no me apetezca. No puedo perder ese avión –le dijo al tiempo que entraba en el baño y se disponía a tomar una ducha.

Un rato después, se regalaron varios abrazos de esos que cruzan los músculos, llegan hasta los huesos y dejan su huella en cada

fibra durante mucho tiempo.

Wynie pasó el resto del domingo dormitando. Por la noche comió algo, preparó el uniforme escolar de su hijo y apagó el teléfono móvil. Volvió a la cama, absorbió el olor de El Guiri que aún impregnaba las sábanas, esbozó una sonrisa de satisfacción y se quedó dormida.

La llegada de su hijo y la vorágine del lunes alejaron a El Guiri de su mente. No encendió el móvil hasta el mediodía del martes. Entonces leyó su mensaje: "Gracias por los buenos recuerdos. Aquí, en el aeropuerto, esperando la vuelta

a la realidad”.

-Yo he vuelto hace mucho –  
refunfuñó para sus adentros. Te  
echo de menos –tecleó en el  
aparato, y pulsó el botón de  
enviar...

Fue el último contacto que  
mantuvo con El Guiri pero, durante  
mucho tiempo, su cerebro guardó  
un rincón para albergar el recuerdo  
de un auténtico artista de la  
lengua.

## **El color y la potencia**

Aunque sin éxito hasta el momento, Katty continuaba buscando el amor en las barras de los bares, en las pistas de baile de las discotecas y, sobre todo, en los portales de relaciones de Internet. Sabía que lo hallaría en algún sitio y no perdía la esperanza de dar con él, aunque las diversas tentativas la hubieran arrastrado al fracaso. Una serie de citas a ciegas desafortunadas, una amplia lista de números de teléfono a los que respondían voces masculinas y algunos encuentros carnales más o menos exitosos no sirvieron para disipar la fuerza de su ilusión ni el

empuje que la llevaba a perseguir sin aliento el ideal ansiado. Así de romántica es Katty. Convencida de que el caballero que la ame tal como hiciera su padre con su madre estaba a la vuelta de la esquina, seguía explorando caminos que la condujeran hasta sus brazos, por muy abruptos que se le presentaran...

Su última conquista virtual fue un hombre de su edad, sensible, de agradable conversación, piel mulata y nacionalidad francesa. Le resultó atractivo e interesante y se citó con él en un par de ocasiones.

A la tercera le aceptó una

invitación a cena seguida de masaje en la intimidad. Sabía que iban a terminar en la cama y no le importaba. De hecho, una de sus fantasías sexuales más recurrentes era hacerlo con un negro y este respondía a sus expectativas de caballero galante, solícito y educado. Por primera vez en su vida, el azar le regalaba la oportunidad de convertir una de sus ensoñaciones en realidad y no quiso rechazarla.

No tuvo la sensación de haberse equivocado cuando llegó a la vivienda y él, tras recibirla con tiernos besos en las comisuras de

los labios, la condujo con cortesía a una mesa decorada con esmero, la invitó a ponerse cómoda y la incitó con el gesto a que admirara el ambiente romántico de velas y música de boleros que había preparado para ella.

Todo iba sobre ruedas hasta que contempló a su anfitrión desnudo, después de la cena y el masaje con el que la había obsequiado. Lucía una prominente barriguita en la que no había reparado antes y las sábanas de su cama despedían un olor ácido y poco agradable. Tuvo ganas de salir corriendo de allí, aunque fueron



pasajeras. El hombre la conquistó con caricias tiernas, palabras románticas y un "savoir faire" que le recordaba a su añorado amante belga. Su interior se humedeció entregado al gozo que le prodigaban las grandes manos morenas y su cuerpo entero vibró en una penetración henchida de sensualidad y placer.

No quiso quedarse a dormir. Sabía que el olor de aquellas sábanas eliminaría el dulce sabor de la velada y prefirió despedirse con la socorrida excusa de "mañana madrugo y necesito descansar". Él la sorprendió con un beso profundo

y un "te quiero" que provocó el temblor de sus piernas mientras esperaba al ascensor. Durante el trayecto en taxi hacia su casa recibió dos escuetos mensajes de El Mulato. En el primero volvía a decirle "te quiero"; en el segundo, "te necesito". Apagó el móvil al tiempo que lamentaba no poderle corresponder y sentía que, una vez más, tampoco este era el hombre que andaba buscando...

Ese mismo fin de semana, Olivia salió sola. Ninguna de sus amigas se mostró dispuesta a acompañarla en las juergas nocturnas de viernes y sábado. Emi

se había comprado una colección de novela negra y decidió volver a encerrarse en la Literatura. Wynie tenía invitados y le aseguró que estaba cansadísima de recorrer museos y de pasear por la ciudad. Tampoco pudo contar con la compañía de Katty. La modelo, cada vez más convencida de la dificultad de encontrar en los bares a alguien que pudiera enamorarla de verdad, le confesó por teléfono que seguía buscando en la web al hombre de su vida y que había quedado con un atractivo mulato.

Olivia se congratuló por la noticia y le hizo saber que

envidiaba su suerte. Hacía tiempo que tenía ganas de una aventura con un hombre de color. Quería experimentar por sí misma el gozo que le proporcionaría un pene de tamaño descomunal y fantaseaba con la posibilidad de que un negro la empotrara contra la pared y atravesara su cuerpo con su enorme herramienta. Ignoraba que esa misma noche le ofrecería, como a Katty, la posibilidad de convertir su fantasía en realidad.

Estaba invitada a la fiesta-aniversario de una discoteca de moda el viernes y, tras la negativa de sus amigas a acompañarla,

decidió asistir sola. Y allí estaba él, un mulato de ojos verdes que la fulminó con su mirada ávida de deseo nada más acceder al local. Le cautivaba aquella observación penetrante, ojos gatunos que exploraban su cuerpo y lo llenaban de fuego.

Se dejó llevar por sus manos grandes, por los dedos largos que acariciaban el canal de sus pechos y por el rojo de la boca dibujada con maestría en su semblante. Sucumbió al susurro de los labios que la incitaban a compartir el lecho y venció a los recelos de su alma atormentada, vapuleada por

amores que se fueron y promesas incumplidas. Cansada de dar sin ser correspondida, hastiada de palabras sin sentido y castigada por el anhelo de lo imposible. Alma rota de amar y desamar sin tiempo para reconfortarse.

La fuerza ineludible del deseo venció a los recuerdos mezquinos y a las piedras que se interponían en el camino; al temor a lo desconocido y a los dictados de la razón incansable. Expulsó a las sombras que entorpecían su recorrido y se abrazó al azar que quisiera regalarle el destino. Se fue con El Cubano, decidida a

entregarle el primor de su cuerpo desnudo. Las delicias de sus pechos y el sabor de su piel ardiente. El deleite de sus curvas esculpidas. La calidez de la flor humedecida. Cayó rendida a las palabras dulces que murmuraban los labios rosados y a los besos profundos y entregados. A las manos expertas que recorrían su anatomía temblorosa, a la atracción de sus cuerpos imantados y a las embestidas de la herramienta majestuosa. Permitted que se derramara en su interior y, por más que viera revolotear al fantasma de lo efímero, se dejó arrastrar por la miel de un nuevo amor.

Se despertó perezosa después de una larga noche de pasión. Estiró sus brazos y los dejó caer sobre la ancha espalda de color café con leche del hombre que dormía a su lado. Lamió con suavidad el cuello que sabía a sal y a trópico y olía a Naturaleza salvaje. Rozó con la punta de su lengua cada pliegue de sus orejas, de sus ojos y de sus labios dormidos. El Cubano se despertó con el contacto cálido de las caricias femeninas. La abrazó con fuerza y la besó en silencio, largamente. Sus manos bajaron por el vientre femenino y se adentraron



en el bosque oscuro. Sus dedos jugaron con los pétalos de la flor humedecida por el deseo y su polen se extendió por cada brizna de hierba de aquella pradera que estalló de júbilo...

Perdió la cuenta de las veces en que había alcanzado el cénit junto al musculoso moreno de mirada gatuna. Cual manantial de fuerza inagotable, la pasión derrochada lejos de extinguirse-se avivaba y crecía con el paso de las horas. El día sucedió a la noche y el atardecer rojizo de los cielos de Madrid tiñó de escarlata las paredes de la estancia donde permanecían

recostados, los cuerpos pegados y sudorosos y las lenguas enredadas en un laberinto de sabores. El ansia irrefrenable de la atracción que los envolvió inundó el ambiente del eco de los sonidos del placer. Sintiéndolo en lo más recóndito de su interior ardiente, Olivia vibraba y gozaba en cada movimiento rítmico del cuerpo que la poseía una y otra vez...

Pasó el fin de semana pero el tiempo pareció pararse en el reino de los juegos amorosos, de las palabras dulces que agasajaban los oídos y de las caricias de manos expertas que inundaban de gozo

cada poro de la piel. Olivia intentó olvidarse de la existencia cotidiana con sus quehaceres y obligaciones, de su trabajo y hasta del más perentorio de sus deberes: el de madre. Cual domadora experta, quiso domesticar al tiempo y al destino y soñó con sentir el viento de la vida soplar al antojo del amor... Escuchaba el sonido constante del tictac del despertador sobre la mesilla de noche, miraba el aparato de reojo y decidía seguir amando y soñando. Hasta que el avance de la mañana impuso su poder y el tictac repetido la obligó a levantarse y a insistir a su amado

que había llegado el momento del adiós.

-Adiós no. Esa palabra no la pronunciaré para ti. Ni ahora ni nunca. No quiero perderte –le aseguró mirándola con sus ojos de gato mientras recogía la ropa para vestirse.

-No puedes perderme porque no soy tuya –escuchó ella de sus propios labios en un ataque de raciocinio que la sorprendió.

-Eres mía, reina. Ríndete a lo evidente: nadie te ha hecho tan suya como yo en estos días –afirmó categórico. Sabes que tengo razón

– insistió.

-Sí, puede que sea cierto –  
admitió ella.

-Me has pedido que me marche  
y me voy. No quiero besarte ahora  
porque el amor sincero está reñido  
con los besos de despedida. Te  
amo y te veré pronto –aseguró al  
tiempo que se encaminaba  
apresurado al pasillo que conducía  
a la salida de la vivienda.

Olivia escuchó el golpe seco de  
la puerta al cerrarse. Los oídos le  
retumbaban con el soniquete de sus  
últimas palabras: “te amo y te veré  
pronto”. Se dio una ducha rápida y

se dispuso a vestirse. Faltaban cinco minutos escasos para la hora de recoger a su hijo. Nunca había faltado a esa cita, la más ineludible de su vida.

Telefoneó a Katty por la tarde. Quería saber cómo le había ido su primera cita con un hombre de color y ansiaba hablarle de la intensa pasión oscura que también ella acababa de disfrutar.

-He tenido la suerte de comprobarlo, Katty. He pasado el fin de semana con un negro y ha sido espectacular. Nunca había visto una polla tan grande ni había sentido a nadie moverse dentro de

mi cuerpo con un ritmo tan adecuado y placentero –le anunció.

-¿Todo el fin de semana? Entonces te ha ido mejor que a mí. Ni siquiera me quedé a dormir con él.

-¿Por qué? ¿Tu moreno no superó las expectativas?

-Fue atento, caballeroso y buen amante. Nada más.

-¿Y qué más quieres? ¿Por qué te decepcionó?

-Por su olor, Olivia. Era tan fuerte y estaba tan incrustado en el ambiente que no pude soportarlo. Además, tenía una barriga

demasiado abultada para mi gusto.

-No entiendo nada, Katty. Cuando hablamos el viernes me dijiste que ya lo conocías. ¿No te diste cuenta de que tenía barriga y olía mal?

-No. Había quedado un par de veces con él, pero llevaba camisas amplias y no pude apreciar el problema de la barriga. Tampoco me acerqué tanto como para descubrir que su olor me desagradaba. ¿El tuyo olía bien?

-Creo que la piel oscura desprende un olor peculiar, ácido. Una vez le escuché decir a Wynie



que se llama catinga. A mí, sin embargo, no me molestó ni lo sentí así de fuerte. Me hizo tan feliz que no le di importancia a ese pequeño detalle.

-Catinga. Nunca había escuchado esa palabreja. En mi caso, la catinga era excesiva, o mi olfato demasiado sensible –precisó.

-¿Y la polla? –preguntó Olivia soltando una carcajada.

-Estaba muy bien dotado, supongo que como todos los hombres negros. Al menos, eso dice la leyenda urbana, jajaja –rio. En tu caso también se ha cumplido,

según acabas de comentar.

-Desde luego, aunque no me ha gustado solo por eso. Era guapo, dulce, sensible y no dejaba de piropoarme. Cuando me penetraba se movía de una forma especial... Su ritmo me volvía loca y tenía la sensación de que su enorme polla estaba hecha a mi medida, de que nuestra unión era perfecta.

-Me alegro mucho, Olivia. Deduzco por tus palabras que volverás a verlo.

-Lo estoy viendo ahora mismo porque aún no he conseguido que se vaya de mis pensamientos.

-Eso te ocurre siempre. Te enamoras y desenamoras con una facilidad increíble. Lo que quiero saber es si habéis planeado una nueva cita.

-Me pidió el teléfono y, por supuesto, se lo di. Espero que me llame porque no me quedé con el suyo. No me lo dejó ni yo se lo pedí.

-No importa, mujer. Seguro que te llamará él.

-Eso dijo. Insistió en que me amaba y en que nos veríamos pronto, aunque ya sabes cómo son los hombres. Se les va la fuerza por

la boca...

Pasaron los días. La llamada no se produjo y Olivia tampoco se alarmó. Empezó a pensar que El Cubano era como la mayoría de los individuos que asaltaban la paz de su vida: falso y cínico. Y se levantaba cada mañana con el propósito de apartar de su mente los resquicios del tórrido fin de semana que pasaron juntos...

Llegaron las vacaciones de Semana Santa y aceptó la invitación de una amiga para pasar en una playa de Cádiz los días que a su hijo le correspondía estar con el padre. Apareció una tarde en la

que el sol lucía radiante. Su amiga tenía que trabajar y le propuso que se fuera a la playa. La temperatura casi veraniega invitaba a hacerlo, así que se puso un bikini rojo y en cinco minutos estaba frente al mar. Estiró en la arena una toalla del mismo color y se tumbó. Había dormido muy poco la noche anterior. Cerró los ojos y el sueño invadió su ser. Horas después, la brisa del atardecer la despertó. La playa, que estaba casi llena cuando llegó, se había quedado vacía. Miró a su alrededor y no vio a nadie, ni en la arena ni en el mar. Sola ante aquella inmensidad, se quitó el

bikini rojo y se metió completamente desnuda en las aguas mansas y templadas. La temperatura era más agradable dentro del mar que fuera. El sol empezaba a esconderse en el horizonte, el cielo enrojecía y ella contemplaba admirada la belleza que la rodeaba. De repente se dio cuenta de que no era la única habitante de aquella playa. Divisó a lo lejos una barca de pedales que se acercaba, removiendo lentamente las olas tímidas... No vio quién la ocupaba ni prestó atención a la repentina aparición. Continuó deleitándose con la

contemplación del cielo encarnado y el sol ocultándose en el mar azul...

Poco después sintió un leve ruido. Miró a su alrededor, vio la barca de pedales cerca y a un hombre tirándose al mar. No quiso mirarlo. Tuvo la sensación de que nadaba hacia ella y salió corriendo en dirección a la orilla. Estaba desnuda y sola. No quería que un desconocido la mirara. Su cuerpo se estremeció debido al miedo, al frío o a ambos. Ya fuera del agua, escuchó una voz conocida que gritaba su nombre: "Olivia, Oliviaaaaa". Volvió la espalda y lo

vio. El cuerpo escultural de color café con leche y la inconfundible mirada gatuna. No tuvo tiempo de vestirse. Él corrió a su encuentro,

la abrazó con fuerza y lamió su rostro lleno de arena y de sal... En silencio, su boca ansiosa de deseo recorrió su cara, sus pechos y su vientre. La noche se adueñó de la playa y Olivia pasó de deleitarse con la contemplación del atardecer a entusiasmarse con la imponente belleza de aquel falo vigoroso que se alzaba en dirección al cielo... Ambos de pie sobre la arena, él la cogió por la cintura, la encaramó sobre su cuerpo y atravesó su



interior humedecido con la espada candente del deseo. Sintiéndolo en lo más profundo de su ser, sus músculos internos se contraían al ritmo de las embestidas, llenando de gemidos el silencio de la playa. El ruido del amor despertó a las estrellas de la noche y la luna plateada iluminó sus anatomías pegadas, sudorosas y vibrantes de placer...

Una playa solitaria y una rudimentaria embarcación anclada en la orilla fueron los únicos testigos de aquel encuentro apasionado y sin palabras. Solo después de amarse, El Cubano se

disculpó por la falta de noticias. Le comunicó que vivía en aquel pueblo, que había encontrado un trabajo de camarero y que ocasionalmente tocaba el saxo en una orquesta local. Le aseguró que la amaba, que pensaba en ella todos los días de su vida y que tenía la intención de buscarla cuando volviera a Madrid. Olivia escuchó sus explicaciones sin preocuparse ni preguntarse si eran o no sinceras. En honor a la verdad, tampoco le importaba en esos momentos. Le quedaban cuatro días de vacaciones y aceptó la oferta de pasarlos junto a él. El sí

que salió de sus labios fue la única palabra que pronunció antes de entregarse de nuevo a sus besos ardientes... Sus ojos se cerraron y el rugir de las olas del mar inundó sus oídos... La noche clara los contempló amarse hasta quedar extenuados...

## **Reencuentros**

Sobresaltada, Emi abrió los ojos después de una siesta de tres horas. Llevaba varios días en que, más que andar, arrastraba su

cuerpo. Llegaba tan agotada del trabajo que no podía ni comer. Ni siquiera tenía fuerzas para pasar un rato con sus hijas. Directamente, se metía en la cama y se dejaba dominar por el sueño. Esa tarde sintió calor... Mucho calor. Las manos de El Polaco se paseaban por su vientre. Sus labios acariciaban la piel suave del cuello, saboreando cada milímetro y avanzando lentamente hacia las mejillas enrojecidas. Su lengua húmeda se introdujo en la boca sedienta, sus manos bajaron al bosque e iniciaron un recorrido por el sendero mojado...

Fue entonces cuando el calor se convirtió en escalofrío y la ansiedad en angustia. Cuando la conciencia superó a la fantasía y la avisó de su confusión. El objeto de su deseo no era real: no estaba allí ni la había tocado desde hacía mucho tiempo. Eran sus propias manos las que acariciaban su cuerpo y su propia lengua la que regaba los labios resquebrajados... Pensó en los hombres que llegaron después de su ínclito amante: el monumento de chocolate que la amó en Las Bahamas y la tentación tatuada a la que decidió regalar una madrugada de pasión. La suerte la había

acompañado en sus aventuras amorosas, pero era consciente de que con ningún hombre vibraba su cuerpo de la forma en que lo hacía con El Polaco. Se incorporó en la cama y el sonido del teléfono repiqueteó en sus oídos. Se levantó, agarró el aparato y escuchó la voz de su añorado amante.

-Te deseo, te necesito. Nunca te olvidaré.

-Estaba soñando contigo. Sentía mucho calor y, al despertarme y darme cuenta de que era un sueño he temblado de frío. Tu ausencia hiela mis huesos –

susurró en tono místico.

-Y la tuya me tiene desquiciado. No quiero vivir sin ti, Emi.

-Pero yo no puedo vivir contigo. Ya lo sabes. También yo sufro el dolor de la pérdida.

-No me has perdido. Soy tuyo aunque esté lejos. Y me pesa mucho saber que eres el último tren de mi vida y no puedo cogerlo. Te he llamado porque te necesito. Quiero besarte y abrazarte. Apretarte contra mi pecho y meterme dentro de ti. Despedir el día y recibir a tu lado la mañana

siguiente.

-Ven a verme.

-No. No es suficiente para calmar mi sed. De ti no quiero un poco. Lo necesito todo.

-Confórmate con lo que puedo darte.

-N o –negó de nuevo antes de colgar el teléfono.

Emi sintió el clic del aparato como una lanza que se clavaba en cada uno de sus músculos. La añoranza irrumpió en la habitación y se apoderó de su cuerpo y de su alma. Cerró los ojos y vio a El Polaco desnudo. Se deleitó en el



recuerdo de su anatomía delgada y fibrosa, el pecho lampiño, el vientre liso, el pubis dorado y el enorme falo que se alzaba para mostrarle el paraíso... Intentó quedarse dormida para volver a verlo y revivir la pasión, pero la añoranza no se lo permitió. Lejos de ayudarle a reproducir la evocación, se sentó junto a ella en la cama y le habló del desamor, de la soledad y de la negritud de una existencia sin anhelos. Las lágrimas inundaron su mirada azul. Era consciente de que no podía entregarse a El Polaco. Ni siquiera debería permitirse el lujo de recordarlo... Sin embargo, no

pudo evitar que el contacto telefónico encendiera el deseo y prendiera las cenizas de aquella pasión irrefrenable que abrasaba sus cuerpos en cada cita. El reencuentro se produjo pocos días después.

Emi recibió a El Polaco en el aeropuerto de Barajas, Madrid. Él llegó ligero de equipaje y fue el primer pasajero del vuelo procedente de Varsovia que cruzó la terminal de salidas. Se abrazaron sin palabras y ella rompió a llorar. Lágrimas silenciosas que su amante lamía como si la piel del rostro amado fuera una golosina. En ese

arranque de ternura intensa, Emi recordó los lamidos de El Principito -su amor platónico-en la pista de baile de una discoteca de moda y los dejó cruzar su mente a la velocidad de la luz... Necesitaba y quería concentrarse en El Polaco... Ser solo suya.

Nada más acomodarse en el asiento trasero del taxi que los conduciría hasta el hotel, el hombre desabrochó los botones de la camisa blanca y sus dedos largos y finos dibujaron un enjambre de caricias en los pechos protuberantes. Una de sus manos bajaba por el vientre mientras la

otra retiraba telas hasta descubrir el jardín florido que se despertaba del letargo del invierno para recibir una lluvia primaveral y regeneradora... Y el sudor brotaba de la frente de Emi, la boca entreabierta y un gemido de placer ahogado en su garganta.... Ajenos al taxista, al tráfico de Madrid y al resto del mundo que los rodeaba, Emi gozó en aquel automóvil de los primeros asaltos de la pasión arrolladora que los envolvió durante los cinco días que su amante permaneció en la ciudad y que dejó sus cuerpos marcados por las huellas de una fogosa despedida.

Tumbada encima de su hombre su postura amorosa preferida-Emi tenía los ojos cerrados y los labios pegados a los suyos. En su mente se anclaba el pesar del adiós y la certeza de que estaba ante las últimas horas que iban a pasar juntos helaba su ser entero. "Hasta nadie sabe cuándo..." –murmuró. Él escuchó algo que deseaba silenciar y le quitó el habla con sus besos apasionados. En el prolongado enredo de lenguas incapaces de separarse y jadeos mutuos, Emi sintió en sus ingles la caricia de los dedos masculinos que buscaban, en su lento caminar, la senda que los

llevaría a un bosque encantado sobre el que empezaba a caer una suave lluvia...

Se giró y se colocó boca arriba. Sus pechos pequeños se empinaron al contacto con los labios de su amado. La lengua de El Polaco recorrió su vientre con parsimonia y Emi, estremecida de placer, fijó su mirada en la hermosa masculinidad del hombre y acarició con su mano derecha el falo duro y candente. Los cuerpos de los amantes tomaron la postura del 69 y ella, con el tronco del árbol de la felicidad dentro de su boca, se concentró para llenarse por

completo de aquella inmensidad, hasta sentirla golpeando el cielo con delicadeza. Al mismo tiempo, los lamidos del amante en los rincones más fértiles del bosque primaveral provocaron las contracciones de cada centímetro de la piel amada. Un gemido profundo quedó sofocado en la garganta ocupada de Emi, que se dilataba al máximo para facilitar la entrada del tronco que horadaba su boca. El éxtasis sublime dejó los cerebros vacíos de preocupaciones mundanas y aplastó el fantasma del adiós hasta hacerlo desaparecer. Él invirtió la posición de su anatomía

delgada... Mordisqueó los labios de su amada mientras el árbol se hundía por completo en la tierra húmeda y sedienta de su savia.

Emi escuchó un "te quiero" que se repitió como un eco en sus oídos. No supo si salió de los labios de El Polaco una o cinco veces. Tampoco le importaba. Lo único importante fue la conciencia de la posesión inquebrantable, la constatación de que ningún hombre había estado dentro de ella de ese modo y que con ningún otro ser de los millones que pueblan este mundo podría su cuerpo dilatarse hasta el extremo en que lo hacía



para recibir al más grande de los amores que habían pasado por su vida... El sudor mutuo inundó la cama sobre la que yacían los cuerpos exhaustos, en la misma postura en la que empezaron a amarse: ella tumbada encima y los labios de ambos pegados. Los brazos de El Polaco la aplastaban aún más contra su cuerpo y los párpados de Emi se cerraban con fuerza. Ahora fue ella la que dijo "te quiero" y lo repitió con la gravedad dolorosa de saber lo efímero que era ese amor...

-No dejes que me vaya, si tanto me quieres –escuchó en palabras

dolientes que acuchillaron el silencio de la estancia.

-Abrazame más –pronunció Emi como única respuesta y un ruido amenazante, el del despertador, se clavó en sus mentes y dejó sus cuerpos helados de dolor y de rabia.

-No me has contestado y no puedo perder el avión para tener que coger otro mañana. Pídeme que me quede y seré tuyo para siempre –rogó El Polaco como si estuviera ante un pelotón de fusilamiento y clamara a su verdugo para que le perdonara la vida.

Emi permaneció callada. La fuerza de su amor se enfrentaba a la imposibilidad de vivir a su lado. El Polaco se levantó de la cama y se vistió con premura. Metió varias prendas en su pequeño maletín de viaje, cerró la cremallera y se puso de pie frente a su amada, que seguía tumbada en la cama.

-Bésame antes de marcharte – le pidió ella.

-Adiós, Emi –respondió él, lentamente.

Hundió su cabeza en la almohada. Escuchó los pasos que se alejaban y el ruido de la puerta

al cerrarse atravesó su ser como una espada que partiera su cuerpo en dos mitades. Una se refugiaba, apesadumbrada, entre las sábanas de la cama. La otra se perdía en la inmensidad del mundo...

Los caprichos del azar arrastraron a Olivia a los brazos de El de 28 una soleada mañana de primavera. Paseaba por su barrio acompañada de su hermana y de su hijo y se toparon de bruces. Él bajó la cabeza. A ella se le subió el corazón a la garganta y enmudeció. Él levantó la vista, pegó sus labios al oído derecho de ella y lo llenó con el susurro de un "te quiero". La

hermana de Olivia se alejó unos pasos con el niño y la pareja permaneció unos minutos en silencio. Era la segunda vez que el azar propiciaba que se encontraran en la calle.

-Te quiero –repitió él.

-No me tomes el pelo ni trates de confundirme. Me viste hace unos meses y no me hablaste. Ahora dices que me quieres. ¿Qué pretendes?

-Perdóname, por favor. Me puse muy nervioso y no supe reaccionar. Lo siento mucho, de verdad. Me he mudado a tu barrio, Olivia. Me

resulta muy duro pasear por estas calles, saber que estás cerca y no poder verte. E incluso tropezarme contigo, ser incapaz de hablarte y no poder comerte a besos. Ahora vuelvo a verte y tengo claro que necesito estar contigo –expresó decidido.

-Lo siento. Hoy no puede ser. Mi hermana y mi hijo están en casa. Tendrás que esperar dos días más, si tanto te interesa...

-Por ti, lo que quieras –le indicó en un tono mimoso y halagador.

Olivia fijó una cita. El día y a la hora indicada, El de 28 llamó al

timbre de su casa. Nada más cerrar la puerta y quedarse en la intimidad de la vivienda, sus cuerpos se solaparon en un abrazo largo y fuerte. Sus lenguas enredadas se sumergían en el goce de sabores anhelados y sus manos se esforzaban en liberar a los cuerpos de las ropas. El de 28, al reconocer la humedad de aquel bosque tantas veces explorado, empotró a Olivia en el sofá y la penetró con vigor, ella boca abajo y él encima. La mujer oía el susurro de palabras ininteligibles que acariciaban el lóbulo de su oreja mientras se entregaba de lleno al placer que le

producía el falo del hombre que había amado tanto, entrando y saliendo de su interior. Sentía que lo deseaba con brutal ahínco y que no podría conformarse con verlo solo de vez en cuando. De él lo quería todo. Fue entonces cuando prestó atención a sus palabras y escuchó un clásico "eres mía, Olivia, te quiero solo para mí", que provocó que su cuerpo se estremeciera aún más...

Las horas pasaron sin que ellos dejaran de amarse, abrasados por el fuego de una atracción que crecía y crecía. Entregados al placer sin pensar en nada. Sin beber, sin



comer y sin hablar. El sonido de sus gemidos, el latido de sus corazones y el fluido de sus cuerpos los acompañaron en aquel tiempo de dicha que, como todo lo bueno, finalizó cuando el cansancio físico de ambos hizo que pararan... Después, tomaron juntos una ducha templada y se acomodaron abrazados en el sofá.

-Soy muy feliz a tu lado, Olivia. No entiendo cómo he podido pasar tanto tiempo sin llamarte. Y tú, ¿te has acordado de mí?

-¿Tú qué crees? -le devolvió ella la pregunta, su mirada oscura fija en los ojos pardos de él.

El de 28 asintió y Olivia siguió hablando.

-Estaba muy enamorada de ti y me dejaste de un día para otro. Así, sin más. Ni una simple llamada, ni una palabra. Desapareciste de mi vida como llegaste: cual rayo que me abrazó intensamente y se desvaneció con la misma intensidad –relataba despacio y en tono cadencioso, casi de lamento.

-Ya lo sé y lo siento mucho. No estaba en condiciones de ofrecerte lo que tú querías.

-Y ahora, ¿lo estás?

-No –negó con la cabeza.

Tengo novia. Pero tú eres tú -aclaró ante el gesto torcido de ella-y sigues en mis pensamientos y en mi corazón.

Siempre habrá en mí un hueco para ti -le dijo al tiempo que su mirada se clavaba en los generosos pechos femeninos.

Lejos de sucumbir a los halagos, O l i v i a arremetió con furia. Se levantó del sofá y, con el tono subido y las manos en jarra, expresó sus pensamientos:

-Si has pensado que vas a seguir con tu novia y podrás venir a mi casa a follarme de vez en

cuando, olvídalos. Será mejor que te vayas – le pidió fríamente.

El de 28 le selló los labios a besos. La abrazó con fuerza, acarició su larga melena y se despidió poco después. Olivia volvió a la cama y se durmió. Entre el sueño y la vigilia, pensaba si lo que acababa de vivir formaba parte del mundo real o del onírico...

Los hechos aplastaron palabras e intenciones. Desde que se produjera el fogoso reencuentro entre ambos, El de 28 visitaba a Olivia con frecuencia. Le contaba su vida, le pedía consejos, la mimaba, cantaba y bailaba para ella... A

juzgar por su forma de comportarse, la había colocado en un lugar prioritario entre las personas importantes de su vida.

Olivia vive con su hijo, salvo fines de semana alternos que el pequeño pasa con su padre. No tiene la custodia compartida como Katty y Wynie que, en ese sentido, disfrutaban de más tiempo libre para dedicar a los novios, amantes o amigos especiales. Por tanto, cuando recibía la visita casi diaria de El de 28 lo hacía en calidad de amiga. Desde que finalizó la etapa en que fueron novios, no había vuelto a pernoctar con él estando

su hijo en casa.

Una tarde cualquiera de las muchas que tomaban café juntos, mientras el niño veía una película en el salón y Olivia trajinaba por la cocina, él irrumpió en la estancia, cerró la puerta y empezó a besarla apasionadamente, haciendo caso omiso de la tímida resistencia que ella ejercía. “Déjame, por favor, que mi hijo está ahí al lado” – suplicaba al tiempo que la lengua del hombre se introducía en su boca y los labios masculinos cerraban los suyos.

El de 28 cogió su mano derecha y le hizo que palpara su potente

virilidad. Se desabrochó el pantalón y condujo la cabeza de ella hasta el falo brillante y blanco que lucía una erección completa. Olivia lo chupó y disfrutó de su sabor como si se tratara del más delicioso de los caramelos fabricados en el mundo. Antes de alcanzar el éxtasis, él retiró la cabeza femenina, besó su boca y se dispuso a bajar la falda y el tanga negro de su compañera. Ella se retiró impulsivamente y alcanzó de un salto el otro extremo de la cocina.

-No quiero más sexo contigo. No estoy tranquila –espetó mientras El de 28 se secaba el

sudor de la frente.

-Mira cómo me has dejado. Necesito entrar en tu cuerpo, sentirte mía.

-Está cerrado. Lo siento –le contestó mientras sacaba una botella de agua del frigorífico y la echaba en un vaso grande. Yo también me he cogido un calentón impresionante, pero puedo y deseo controlarme –le indicó mirándolo fijamente.

-Te quiero –le soltó él. Así, de sopetón. Dos palabras. Únicas y mágicas. Ella las repitió para sus adentros, como si quisiera



cerciorarse de haberlas escuchado aunque no las creyera.

-No te creo. He dejado de confiar en ti –le hizo saber.

-Te quiero, Olivia –repitió. No sé qué hacer para demostrártelo.

-Nada. No puedes hacer nada. Mi corazón se ha cerrado a tu amor. Hace poco me dijiste que tenías novia. Vete con ella y déjame olvidarte, por favor.

-Te he jurado hasta la saciedad que lo de mi novia se acabó. Necesito que me creas y que me quieras. Seré paciente. Te repito que siento de corazón haberte

hecho daño.

-No importa. Me niego a darte amor para sufrir después.

-Si me aceptas no volveré a dejarte.

-No puedo. Tengo el corazón cerrado –repitió.

Pese a reiterarle la imposibilidad de su amor, Olivia seguía recibéndolo con frecuencia en la intimidad del hogar. A veces ocurría por las mañanas, cuando su hijo estaba en el colegio. Sentados ambos frente a una mesa llena de tortitas americanas con nata y sirope de chocolate, tostadas con

mantequilla y mermelada, yogures y zumos de frutas, El de 28 la miraba de soslayo con ojos de deseo mientras cubría de nata la superficie de la tortita que acababa de servirse. En esa ocasión, Olivia vestía una camiseta de amplio escote que dejaba al descubierto gran parte de sus voluminosos pechos. La libido del hombre explotó al fijar en ellos su vista y, presa de un impulso irresistible, enfocó el bote de espray de nata y pulsó con fuerza el botón de salida. La generosa delantera de Olivia se tiñó de blanco al tiempo que ambos estallaban en risas. El de 28 se

abalanzó hacia ella y devoró con ansia y deseo la nata de sus pechos...

Se habían visto casi todos los días desde aquella mañana del reencuentro. Tal como le prometiera entonces, la visitaba con regularidad, la mimaba y la amaba sin esperar nada a cambio. De hecho, Olivi a seguía sin creerlo. Sentía que iba a esfumarse como el viento cualquier día y se negaba a sufrir. No confiaba en él. Por mucho que se le hiciera lejana la última vez que desapareciera sin motivos ni explicaciones. En teoría, la llegada del verano le había traído el

regalo del amor. El de 28 no se apartaba de su lado y optó por permitir que la acompañara a los saraos y eventos a los que asistía con frecuencia. Unas la felicitaban por su apuesto compañero y otras le dirigían miradas de envidia que ella recibía con el orgullo de las hembras que se saben poderosas.

Una noche estaba invitada a una fiesta privada que se celebraba en una lujosa vivienda frente al parque de El Retiro. Al fondo del gran salón, unas escaleras de caracol conducían a una especie de torreón con una balconada que ofrecía hermosas vistas a todo el

centro de la capital de España. El de 28 se quedó maravillado cuando la anfitriona les mostró tan maravilloso espacio. Imaginaba a Olivia desnuda y agarrada a la balaustrada, y a él amándola con el ímpetu del que siente que la ciudad y el mundo entero se ponen a sus pies.

En el momento más álgido de la fiesta, cuando los invitados bailaban o charlaban en el salón, la mayoría con unas copas de más, El de 28 cogió a Olivia por la cintura y la condujo con disimulo hacia las escaleras de caracol. Subieron los peldaños sin hacer ruido y él abrió y

volvió a cerrar con sigilo la puerta de la terraza. Solos frente a la manta verde del Retiro y las puntas de los tejados de Madrid, él la besó con labios rebosantes de deseo al tiempo que sus manos se afanaban en desprender la ropa de su cuerpo. Tal como había soñado despierto poco antes, la empotró contra el balcón y la penetró con la avidez del hombre y la ternura del niño...

Gozaron juntos de una pasión efímera y furtiva que Olivia sintió equivalente a su amor: corto e imposible. Antes de abandonar aquel torreón encantado, la princesa recibió en sus labios

rosados el dulce beso del príncipe. Porque su sabor era dulce aunque ella lo presagiara amargo. Mientras bajaban las escaleras de caracol, sintió en su piel aceitunada el frío del adiós. Tenía la certeza de que lo que había entre los dos era un amor imposible. Por muchas horas que lo tuviera a su lado y muchos te quiero que salieran de su boca... No confiaba en él y se negaba a entregarle su corazón. Con todas sus fuerzas. Con las mismas que ansiaba el disfrute de su cuerpo. La controversia del sexo inigualable y del amor inalcanzable...

Wynie se retocaba y se miraba



complacida al espejo. Había quedado con El Profesor de Matemáticas en uno de sus bares habituales y quería mostrarse perfecta. Hacía tiempo que sus encuentros eran muy esporádicos a causa del alejamiento que provocara su amiga Emi. No obstante, de entre todos los hombres con los que se relacionó desde que obtuvo el divorcio, él era el único con el que seguía manteniendo citas intermitentes.

-Ese pesado nos va a durar más que El Polaco –acostumbraba a decirle Emi, mientras Olivia y Katty se reían y asentían. Ambas solían

recriminar a Emi que le diera tanta caña a su amiga cada vez que quedaba con él.

-No entiendo por qué te molesta tanto. Si continúa viendo al profe después de dos años será porque le gusta y yo me alegro por ella, que es lo que deberías de hacer tú en lugar de enfadarte –le recomendaba en vano Olivia. Pero Emi aseguraba no poder soportarlo.

-No aguanto a las personas que se creen dueñas de la verdad y pretenden sentar cátedra cada vez que hablan –repetía a Wynie. Y esta, la interesada, escuchaba las reprimendas de su amiga por un

oído y las sacaba por el otro. No pensaba terminar con una relación que Emi estuvo ya a punto de romper y que, precisamente por dicha circunstancia, se había vuelto cada vez más esporádica. El profe se negó a frecuentar su círculo de amistades si Emi estaba presente, y generalmente así ocurría. A Wynie no le quedaba más remedio que hacer cábalas para cuadrar los días en que no podía salir porque estaba con su hijo; los que dedicaba a sus amigas o a otro amante; y los pocos que restaban para encontrarse con él. Katty, por su parte, le insistía en la dificultad de

contentar a todos y le pedía que zanjara el dilema haciendo lo que más deseara en cada ocasión, le gustara o no a Emi. Esa noche, Wynie se aplicó la recomendación y no dudó en aceptar la cita que el caballero le propuso.

Nada más acceder al local donde habían quedado, un bar de jazz al que él acudía habitualmente, lo vio sentado cerca de la barra hablando con una chica muy joven. Se levantó al verla llegar, salió a su encuentro y se dispuso a presentarlas. Wynie se sobrepuso a la incómoda sorpresa de verlo acompañado y saludó amablemente

a la muchacha. Poco después se disiparon sus temores. El hombre la besó largamente en la boca delante de la jovencita y el dijo al oído que la deseaba y que se marcharían en breve.

Durante el lento paseo al domicilio de Wynie, le explicó que la chica del bar era una alumna que se había enamorado de él. Que le pedía reuniones sin venir a cuento, que lo buscaba en los descansos entre las clases y que lo telefoneaba con frecuencia. Le reveló que una noche cometió la tontería de acostarse con ella en el apartamento que compartía con

otras estudiantes y tuvo la desfachatez de repetir la experiencia, hasta que la alumna quedó atrapada en las redes del amor hacia el experto y maduro profesor y empezó a sufrir.

-Quise dejar de verla, le aseguré que estaba comprometido y no se lo creía. Se obsesionó conmigo y me perseguía hasta mi casa. Opté por citarla aquí a la misma hora que a ti, para que te conociera y me creyera –le confesó.

-Nada de esto habría pasado si nunca te hubieras acostado con ella, ¿verdad? Eres igual que todos los tíos. Os pierde la polla, le dais el

gusto y luego no sabéis solucionar los conflictos que provocáis. Que sepas -le advirtió en tono enfurecido- que es la primera y la última vez que me utilizas para quitarte de encima a una de tus alumnas. O a cualquier otra mujer – recalcó. No quiero saber nada de tus lóos testiculares. No me interesan.

-Disculpa, no volverá a ocurrir. Tampoco pienses que te he llamado solo por este asunto. Tenía ganas de verte. Te deseo mucho, de verdad – le aseguró mientras la atraía hasta su cuerpo y le hacía sentir su miembro duro tras el

pantalón de lana que vestía.

-Mira cómo estoy, me excitas más que ninguna, nadie me la pone así de dura, la tengo como una piedra –insistía en medio de la calle, estrechándola contra su cuerpo con la intención de que notara la potencia de su virilidad en una erección completa.

Besos largos en cada esquina que cruzaban, en el portal del edificio donde vivía Wynie y en el ascensor. El roce continuo con la herramienta enhiesta del hombre transportó a la mente de ella la imagen del falo poderoso entrando y saliendo de su cuerpo, mientras



un río de aguas tórridas manaba de su interior. Y el tiempo, cual varita mágica, convirtió la imagen en realidad para deleite de ambos, que jadeaban al unísono, sus cuerpos empapados de sudor sobre la cama. Y en cada embestida de la lava sobre el cráter del volcán en erupción, Wynie se derretía en el universo del placer.. Por muy buena amiga que fuera Emi y mucho que le dijera, estaba convencida de su acierto cada vez que aceptaba las citas con su amante más duradero. El hombre pareció adivinar sus pensamientos.

-Me gustaría que nunca nos

priváramos de la dicha de estas noches compartidas. Aunque sea solo de vez en cuando –le expresó en tono cariñoso y con un gesto risueño dibujado en su semblante... Era el primer intermedio de la larga madrugada de pasión que se regalaron...

El encuentro se repitió quince días después. Un jueves, a las 23,00 horas, sonó el teléfono fijo en casa de Wynie. El Profesor de Matemáticas estaba al otro lado del hilo. Le confesó sentirse encantado de escuchar su voz y, mucho más, de volver a verla. Quedaron el viernes a medianoche en el mismo

local de música jazz donde lo hacían siempre, y del que él era cliente habitual.

Wynie llegó al bar y, antes de que le diera tiempo a acercarse hasta su lado, sintió clavada en sus pechos la ávida mirada del hombre. Al instante, sus brazos que la achuchaban y sus labios que la besaban con el ímpetu de quien no lo ha hecho en cien años. A ella no le gustaban esas muestras de deseo en público y no dudó en recriminar su actitud. El profe se apartó sonriendo y pidió sendas copas. Para él fue la segunda; para ella, la primera y única que se tomó

en el resto de la noche. Su amante pretendía continuar dando rienda suelta a su fogosidad en medio del gentío que llenaba el lugar y metía la cabeza en el canal de los pechos femeninos o las manos por debajo de la minifalda que vestía Wynie, quien le pedía con insistencia que se retirara.

-Espera a que estemos solos, por favor. ¿Tanto tiempo llevas sin tocar a una mujer? –le preguntó en tono irónico.

-Sabes que no, pero me excitas tanto que cuando te veo no puedo dejar las manos quietas.

-Pues como sigas así de pesado voy a mandarte a tocar a tu alumna...

-Te aseguro que la he dejado y que no volveré a acostarme con ella.

-Jajaja –exclamó Wynie soltando una sonora carcajada.

-¿No me crees? Te lo digo muy en serio y lo sabes. De hecho, lo comprobaste por ti misma hace dos semanas, cuando te besé aquí mismo delante de ella.

-No insistas –le contestó con sarcasmo. No te creo, ni a ti ni a ningún hombre. Mentís u ocultáis

vuestros auténticos sentimientos por sistema, por conveniencia o por ambas cosas.

-Yo no. Te deseo con todas mis fuerzas y eso es tan cierto como que estamos vivos. Permíteme besarte otra vez, por favor.

-Prefiero que vayamos a mi casa y dejemos el sexo para la intimidad. Termina tu copa, venga.

El Profesor de Matemáticas apuró el güisqui de un trago, pagó la cuenta y abandonó la sala con la mano derecha de W y n i e bien agarrada entre las suyas, como si tuviera la sensación de que fuera a

escaparse. Bajo la luz de las farolas que iluminan por las noches las viejas calles del centro de la capital, caminaron durante diez minutos, contándose los últimos acontecimientos de sus vidas, hasta el apartamento de Wyni e en el Madrid de Los Austrias. Nada más acceder al interior de la vivienda, el más duradero de sus amantes la atrajo contra su pecho al tiempo que metía su mano derecha por debajo de la minifalda y achuchaba las nalgas prietas.

-Tienes el culo tan duro como las chicas de veinte años –le dijo sin soltarla y sin dejar de acariciarle

el trasero.

-Soy de buena naturaleza. ¿Acaso te recuerdo a tu alumna?

-No seas cínica. Y no vuelvas a nombrarla, por favor. Tú me haces gozar más que ninguna otra mujer.

Es la verdad y no me cansaré de repetirla.

Wyni e no le contestó. Echó la cabeza hacia detrás y, con un gesto sugerente, le mostró sus labios carnosos para que los besara. En el fondo sabía que era sincero. Llevaban viéndose más de dos años y nunca le había dicho "te quiero". Ni siquiera en los primeros meses



de relación, cuando eran algo parecido a novios. Ella valoraba ese gesto porque se consideraba entre las mujeres que desconfían de los hombres a los que se les va la fuerza por la boca. "Si un tipo te dice que te quiere en vuestras primeras citas, malo" –solía comentar a sus amigas. Respecto a este asunto concreto, hablaba por experiencia.

Se deshizo del abrazo del hombre para poner unas copas. Cada uno dio un trago de la suya y las lenguas de ambos exploraron los sabores respectivos, enredadas en un beso largo y profundo. Las

manos retiraban lentamente las ropas de los cuerpos y los labios masculinos recorrían cada centímetro de la piel femenina que iba quedando al descubierto. Adán tentó a Eva colocando su mano derecha en el falo enorme, entretanto rozaba con la propia la superficie humedecida del bosque florido que le abría sus puertas de par en par... El miembro viril entraba y salía de una cueva resbaladiza que vibraba en cada arremetida y se manifestaba en gemidos que expresaban el lenguaje excelso del orgasmo. Alcanzaban el éxtasis sudando

como animales y, tras unos minutos de descanso, volvían a fundir sus cuerpos...

Pasaron dos madrugadas pegados. Se despidieron el domingo por la tarde. Un simple beso en los labios y un gesto recíproco de complicidad que llevaba inmersa la aprobación de un próximo encuentro. Por mucho que le pesara a Emi, el hombre al que tanto denostaba estaba destinado a convertirse en el amante más duradero de cuantos pasaron por la alcoba de su querida amiga desde que se rompió su matrimonio.

# Tríos

Katty no había pisado El Maligno en todo el invierno. Estaba convencida de que el hombre que andaba buscando no se encontraría entre la clientela masculina del local. Sin embargo, esa noche de primavera la llamó Wynie y le insistió en que la acompañara. Hacía tiempo que no salían juntas y se esmeraron en ponerse especialmente guapas. Katty se presentó con el pelo teñido de negro, lo que resaltaba su piel nacarada y tornaba aún más clara

su mirada verde. También Wynie cambió su estilismo capilar: se había cortado el pelo y lo adornaba con reflejos cobrizos. Se veía más joven o, al menos, así pensaba ella y confirmó su amiga. En la indumentaria permaneció fiel a su costumbre de llevar la falda muy corta para lucir sus largas piernas.

Los caprichos de la nocturnidad quisieron que ambas disfrutaran poco tiempo de la mutua compañía. Nada más entrar en El Maligno, Wynie se encontró con El Grandullón y decidió marcharse con él. Era de las mujeres que se mostraba encantada de repetir

aventura con el mismo hombre si la experiencia había sido buena, aún teniendo claro que solo se trataba de sexo. Y Katty, que consideraba la generosidad como un requisito indispensable de la amistad, le aseguró que no le importaba quedarse sola. Pidió un gin-tonic y se sentó en la habitación roja. No llegó a tomar ni el primer sorbo de su copa cuando dos hombres, ambos amigos y clientes asiduos de la casa, la abordaron, la piropearon y se acomodaron a su lado. Lejos de amilanarse, se dejó conquistar. Iniciaron una animada conversación y tomaron juntos varias copas...

Pasaron las horas, el día sucedió a la noche y El Dueño dio por terminada la fiesta. Bajaron juntos a la calle. Lucía una mañana clara y soleada. Katty ocultó su mirada verde bajo unas gafas de marca. Se disponía a tomar un taxi hasta su casa, pero los dos amigos la convencieron para que siguiera la fiesta con ellos. Se estaba divirtiendo mucho. Los efluvios del alcohol la desinhibieron y la arrastraron a sucumbir a los deseos de sus acompañantes, El Lobezno y El Sosezno. El primero, llamado así por el espeso vello negro que poblaba su rostro y sus pectorales.

El Sosezno mereció tal apodo debido a su carácter tímido y apocado. Al menos, esa era la impresión que daba.

Tomaron un taxi en dirección al domicilio de El Lobezno. Llegaron a un coqueto apartamento en el norte de Madrid, donde se notaba claramente que vivía una mujer: la pareja del susodicho, que ese fin de semana se encontraba ausente. El anfitrión sirvió unas copas y los tres tomaron asiento en el sofá, Katty en medio de los dos hombres. Antes de que terminaran las bebidas, las manos de sus acompañantes iniciaron un lento



recorrido de caricias por las piernas y los hombros femeninos.

El efecto del alcohol contribuyó a calentar su cuerpo y a obviar los dictados de su voluntad, permitiendo que se dejara querer.

Era la primera vez que sentía dos bocas disputándose la suya y se sumergía en dos sabores distintos, dos formas diferentes de besar y de gemir. También por primera vez en su vida, dos manos desabrochaban su camisa y otras dos la despojaban del pantalón, dejando al aire sus blancos muslos. Poco después se vio completamente desnuda y tumbada en el sofá de una vivienda

desconocida. Cerró los ojos y sucumbió al mandato del deseo. Al placer que le prodigaba la boca de El Lobezno acariciando sus pezones duros, y las manos de El Sosezno iniciando un recorrido por la zona más erógena de un cuerpo que empezaba a vibrar, ansioso por recibir un regalo desconocido y anhelado...

Ambos machos, animados por los gemidos de la hembra, no tardaron mucho tiempo en despojarse de sus ropas y enseñar sus cartas. Y tampoco las manos blancas de Katty tardaron mucho en catar dos falos distintos: uno de

tamaño medio-grande, rodeado de un tupido manto de vello negro -el de El Lobezno-y otro más bien pequeño y delgado, blanco y lampiño -el de El Sosezno-. Mientras tanto, ella se deleitaba en el gozo que le proporcionaban cuatro manos masculinas recorriendo su anatomía: hombros, brazos, pechos y piernas respondían a las caricias, al tiempo que sus gemidos se incrementaban...

En medio de aquel placentero acontecer, Katty intuyó, o puede que quizás escuchara claramente, que ambos amigos consultaban entre ellos cuál de los dos iba a

hacérselo primero. Y aquel hecho impactó en sus sentidos como un tremendo revulsivo. Retiró con desdén las cuatro manos que surcaban su cuerpo y se incorporó en el sofá con un movimiento brusco. De repente empezó a encontrarse muy mal... Se preguntaba para sus adentros qué hacía allí, junto a dos desconocidos que se la disputaban como lo hubieran hecho con una cabeza de ganado en una feria. Las sensaciones vividas en aquellos momentos fueron tan deprimentes que se levantó del sofá y se dispuso a coger su ropa para vestirse.

-No te enfades, princesa... No vamos a hacer nada que tú no quieras. Pensábamos que te gustaba pero si no es así, tranquila. Respetaremos la decisión que tomes. No nos dejes, por favor –le rogaba El Lobežno. Elige a uno y el otro se retirará con deportividad. ¿Verdad, amigo?

-Por supuesto –asintió El Sosežno.

Katty pensaba huir de la casa pero las palabras de El Lobežno la convencieron. Tenía que elegir entre los dos amigos y se decidió por este último. Se refugiaron en la habitación principal de la vivienda

mientras El Sosezno permanecía en el sofá, con la esperanza de que su amigo terminara o no la convenciera, y que ella volviera a sus brazos...

En el interior de la alcoba, Katty se dejaba amar por El Lobezno. Y en el momento más álgido de la penetración escuchó aterrorizada cómo el hombre le decía que quería dejarla embarazada... Estaba muy excitada y no quiso darle importancia a las malditas palabras. Se tranquilizó pensando en que esa pretensión resultaba imposible. Ella misma le había puesto un preservativo antes

de empezar. La temperatura de ambos se incrementaba por minutos y Katty disfrutaba del sexo ardiente bajo el cuerpo sudoroso de su compañero... El hombre no paraba de repetirle cuánto le gustaba y el clímax de la pareja inundó la estancia en forma de sonoros gemidos.

Fuera, en el salón, El Sosezno escuchaba los sonidos del placer sin poder controlar el vigor de su pene, que se alzaba movido por los impulsos del deseo. No se resistía a perderse aquella sesión sexual de la que había sido apartado en contra de su voluntad y se dirigió a

la habitación en la que su amigo disfrutaba de una conquista que había sido mutua. Abrió la puerta de la alcoba y descubrió a la pareja tendida en la cama, besándose con ternura. Katty pidió a El Lobezno que invitara a El Sosezno a salir de la vivienda. Su elección estaba muy clara y el tercero en discordia no tenía nada que hacer. El Lobezno se levantó de la cama, salió de la estancia e intercambió unas palabras con su amigo. El Sosezno se resignó a la realidad y se metió a dormir solo en otra habitación.

Juntos de nuevo, Katty y El Lobezno volvieron a hacer el amor.



Por segunda vez, ella escuchó la maldita frase “quiero dejarte embarazada” y, en esta ocasión, sintió la necesidad de cerciorarse de que aquella estúpida idea no podría convertirse en realidad. Se separó un poco del abrazo masculino, bajó la vista y comprobó con acrecentado nerviosismo que El Lobezno se había quitado el preservativo. Lo apartó de su lado con un violento empujón y empezó a gritarle, presa del miedo y de la histeria.

-¿Qué haces, tío? ¿Estás loco? ¿Cómo te has atrevido a quitarte el preservativo?

-Tranquila, mujer. No pasa nada. Cálmate, Katty. Ven aquí.

-Ni lo sueñes. No pienso calmarme y me marcho ahora mismo de esta casa. ¡Maldito descarado!

-Lo siento, lo siento – balbuceaba él, repitiendo la disculpa como un soniquete

Completamente desnuda, abandonó la habitación y se dispuso a recoger su ropa, que había quedado esparcida por el suelo del salón. El Sosezno escuchó voces y ruidos y salió del dormitorio que ocupaba con la intención de

calmarla.

-Tranquilízate, preciosa. ¿Qué ha ocurrido?

-Nada que te importe. Dile a tu amigo de mi parte que es un indeseable y me da asco. Esta fiesta es una mierda y ha terminado. En cuanto encuentre mis bragas me marcho.

El Sosezno intentaba mitigar su ataque de nervios mientras ella se agachaba para buscar debajo del sofá el tanga perdido. Estaba terminando de vestirse cuando El Lobezno apareció en el salón para reiterarle sus disculpas e intentar

convencerla de que se quedara. Fue a besarla en la mejilla y Katty, enfurecida, le dio un guantazo en la cara con tanta fuerza que le dejó los dedos señalados. Corrió hacia la puerta de salida, la cerró con un golpe enérgico y bajó apresurada las escaleras. Ya en el exterior, anotó en su agenda el nombre de la calle, el número del edificio y el del piso. “Como me ocurra lo que no quiero ni pensar, vuelvo aquí y le monto un escándalo delante de su novia a ese tipejo asqueroso” – pensaba enrabiada para sus adentros. De repente, el sol de la mañana encandiló sus ojos claros.

Buscó las gafas en el fondo de su bolso y se dio cuenta de que las había dejado arriba. “No pienso quedarme sin mis gafas de sol. Son de marca y me han costado muy caras” –pensó mientras hundía su dedo pulgar en el botón del contestador automático. La puerta exterior se abrió rápidamente. En el interior de la vivienda, El Lobezno se complacía ante El Sosezno de que la dama hubiera recapacitado y volviera a sus brazos, ignorante de lo equivocado que estaba...

Katty irrumpió en el salón de la casa como un torbellino. A pasos agigantados alcanzó la mesa que

estaba delante del sofá, cogió sus gafas y, muy digna y con la cabeza bien alta, abandonó la estancia con la misma premura con la que había entrado.

-Ven aquí, Katty. Lo siento – repetía El Lobezno. Vuelve conmigo. Te juro que no volverá a ocurrir.

Ella no le contestó. Ni siquiera se dignó a volver la espalda para escucharlo. Por segunda vez, bajó las escaleras corriendo, salió a la calle y tuvo la suerte de divisar un taxi libre. Subió al vehículo y cerró la puerta con gesto complacido. "Espero no tener que ver a ese

indeseable nunca más en mi vida” – balbuceó.

-¿Me decía algo, señora? –le preguntó el taxista.

-No. Hablaba conmigo misma – aclaró.

Desconocía entonces que el destino le había preparado una jugarreta. Al día siguiente fue de compras a un gran almacén y se cruzó con él en el ascensor del establecimiento.

-Katty, qué casualidad. ¡Cuánto me alegro de verte!

-No puedo decir lo mismo, miserable –lo insultó a gusto y en

un tono bien alto, sin dar importancia a los rostros anonadados del resto de los clientes que se agolpaban en el interior del ascensor...

Mientras tanto, Wynie trataba de recuperarse del largo maratón de sexo desenfrenado con El Grandullón. Emi la había llamado para que la acompañara al bar donde trabajaba El Principito. Tenía la corazonada de que esa noche el amor platónico que sentía por él iba a convertirse en carnal. Pese al cansancio que arrastraba, no quiso contravenir los deseos de su amiga del alma y se dispuso a darse una



ducha y a arreglarse. “Hoy por ti, mañana por mi” – pensaba mientras el agua tibia reconfortaba sus huesos doloridos.

Esa velada, la fortuna no quiso sonreír a Emi. Sus deseos de tener sexo con El Principito se frustraron nada más llegar al bar y encontrarlo acompañado de una joven morena a la que colmaba de mimos y atenciones. La decepción impidió que se diera cuenta de que tres atractivos caballeros ocupaban justo la mesa de al lado y Wynie no tardó en hacérselo saber. Emi los miró de reojo y comunicó a su amiga que entre ellos había uno

con el que no le importaría entablar la aventura que, en vista de las circunstancias, resultaba imposible con El Principito.

Wynie, muy decidida, se puso a hablar con el elegido por su amiga y no tardó en presentárselo. Por su parte, se quedó con la miel en los labios. El tipo que le gustaba conversaba animadamente con el otro amigo y no les hizo el mínimo caso. Ambas se quedaron charlando con el que pretendía Emi, un joven rubio que resultó ser de origen ruso. Cuando el bar estaba a punto de cerrar, Wynie le sugirió que se fueran todos juntos a otro lugar,

pero él eludió el compromiso de forma elegante.

-Me encantaría acompañaros, pero vengo con estos dos amigos.

-Ya lo sé. Me refiero a todos – insistió Wynie, pensando en el atractivo galán al que había fichado nada más llegar, y cuya cara le resultaba familiar aunque no lograba recordar de qué.

-No, ellos están a su rollo. Mejor nos vemos por aquí otro día – se evadió El Ruso.

Abandonaron ambas el local y Emi aseguró a Wynie que los dos tipos que habían rechazado su

compañía eran homosexuales.

-No lo creo –replicó esta última. Tenían un aspecto muy varonil y no los he pillado mirando a ningún hombre. El asunto es que nosotras no les interesábamos.

-Yo soy como Katherine Turner –contestó Emi riéndose. Siempre pienso que el hombre que no se interese por mí es maricón...

La noche avanzaba y, como resultaba habitual en ellas, decidieron terminarla en El Maligno. Pidieron una copa y se acomodaron en la habitación azul. Emi aguantó poco tiempo, alegando que la

juerga estaba chafada: se había encontrado a El Principito en compañía y tampoco cuajaron sus expectativas de ligar con El Ruso. Pese a la insistencia de su amiga y de El Dueño en que esperara, bajó apresurada las escaleras del club, salió a la calle y tomó un taxi hacia su casa.

Wynie, que precisamente esa noche no tenía intención de salir, se animó con el paso de las horas. Despejada y sin ganas de marcharse a dormir, decidió quedarse sola en el local. Un rato más tarde, llamaron a la puerta y comprobó complacida que El Ruso y

el atractivo galán que le gustaba acababan de llegar. La saludaron muy amablemente, le preguntaron si quería tomar algo y fue entonces cuando ella acertó a descifrar el recuerdo que tenía de aquel hombre: era amigo de El Grandullón, quien los había presentado tiempo atrás en El Maligno, antes de que entre ellos saltara la chispa del deseo... Ahora veía la escena con nitidez, y con esa misma claridad recordaba que no pudo ligar con él porque estaba acompañado de su novia. "Eso era antes", pensó para sus adentros. "Hoy viene solo y puede

ser tuyo” –se congratulaba al tiempo que se convencía a sí misma de que merecía la pena intentarlo...

Se sentó con El Ruso y El Galán en el salón de baile, justo al lado de la cabina del DJ. Miró su reloj de pulsera y comprobó que eran casi las seis de la mañana. Los caballeros apenas pronunciaron palabra y ella no estaba por la labor de perder el tiempo. Recordaba la aseveración de Emi en el sentido de que El Galán era homosexual y quería descartar esa posibilidad... Así, con una espontaneidad propia de la nocturnidad y sus efluvios, lanzó la cuestión. Sin darle

importancia, como si se tratara de una pregunta ingenua del tipo ¿qué hora es?

-¿Tú eres maricón, o no? –interpeló a El Galán mirándolo a los ojos.

-¿Yo? ¿Por qué? ¿Es que te lo parezco? –la interrogaba extrañado.

-A mí no, pero a mi amiga Emi sí.

-Pues dile a tu amiga de mi parte que está muy confundida. A mí me gustan las mujeres, ¿está claro? No entiendo por qué motivo pensó lo contrario. Seguro que es la típica vanidosa que cree que todos



los hombres que no le hacen caso son maricones.

-Más o menos, estás en lo cierto –confirmó Wynie. Me comentó que le ocurría lo mismo que a Katherine Turner, es decir, piensa que el hombre que no se fije en ella es porque no le gustan las mujeres.

-A mí lo que no me gusta es que me tachen de maricón –espetó categórico, al tiempo que plantaba su mano derecha en el muslo femenino.

-Tienes unas piernas muy bonitas...

-Y tú, una nariz muy grande. Mi teoría es que narizón, pollón. ¿En tu caso se cumple? –le preguntó con descaro. Esa madrugada se sentía especialmente desinhibida.

-Creo que es más grande de lo normal. O al menos, eso me han dicho...

-Me gustaría comprobarlo...

Para corroborar mi teoría, claro – rio ella.

-Me da la impresión de que te estás insinuando y estoy muy cansado, pero me esforzaré. Una hembra como tú lo merece. Ya me has conseguido. Te invito a mi

casa, pero tendremos que coger un taxi. He bebido mucho y no me atrevo a conducir.

-Te invito yo a la mía. Vivo muy cerca, podemos ir andando.

-A mí no me dejéis aquí solo –terció El Ruso, que estuvo todo el rato pendiente de la conversación que sostenían Wyni e y El Galán. Voy con vosotros –afirmó rotundo.

-Yo no quiero hacer un trío, que os quede claro –precisó Wynie... Hace tiempo que le tengo ganas a este caballero –indicó a El Ruso señalando a su amigo con el gesto...

-¿Qué dices? –se extrañó El Galán. Si nos hemos conocido esta noche...

-De eso nada. Veo que no te acuerdas, pero hace varios meses nos presentó aquí otro amigo tuyo, El Grandullón. Fue en la habitación azul y estabas con tu novia. Apenas hablamos... Me gustabas, pero como advertí que no tenía posibilidades, me retiré de la escena en un santiamén.

El Galán permaneció pensativo unos segundos...

-Ahora te recuerdo –asintió. En cualquier caso, ya no estoy con esa

chica ni con ninguna otra... Soy todo tuyo. Por esta noche –precisó.

-¡A ver si te crees que quiero casarme contigo, o ser tu novia! En absoluto... Quédate tranquilo, Príncipe de las Tinieblas –expresó con ironía al tiempo que le dirigía una mirada ardiente de deseo.

-Va mo s –indicó él por toda respuesta.

-¿Y qué hacemos con El Ruso?

-Llevarlo con nosotros. No te preocupes. Tomamos algo los tres y luego nos metemos en la cama. El solo y yo contigo –aclaró.

Wyni e accedió a invitar a su casa a ambos hombres. Le parecían tipos muy correctos y estaba convencida de no tener que enfrentarse a ninguna situación desagradable. Pensó en llamar a Emi, sabedora de cuánto le gustaba El Ruso, pero no se atrevió por lo intempestivo de la hora. Era de día cuando salieron los tres de El Maligno. Wynie puso sus pies en la calle orgullosa de estrenar la mañana junto a dos hombres tan guapos, uno cogido de cada brazo...

Por el camino indicó a sus invitados que no tenía bebidas en casa. Antes de llegar al domicilio, El

Ruso entró en un bar y se aprovisionó de varios artículos necesarios para continuar la juerga. Básicamente, una botella de licor, latas de refrescos y cervezas y un par de paquetes de tabaco. Wynie dirigió a El Galán varias miradas de deseo mientras esperaban en la calle al tercero en liza. Tuvo la tentación de besarlo allí mismo, en medio de la plaza colindante a su vivienda, pero no lo hizo. Él tampoco demostró la intensidad de su apetencia. No la tocó en los casi diez minutos que tardó en llegar El Ruso. Se limitó a decir que estaba rendido y que necesitaba tirarse en

una cama. Wyni e no sabía qué pensar. En teoría, iba a celebrar una pequeña fiesta en su casa junto a dos hombres guapos, aunque ella solo quería a uno. Precisamente, al que no paraba de repetir el sueño que arrastraba y las ganas que tenía de descansar. Y el otro, que tardó en llegar un rato que se hizo eterno, cargaba con una gran bolsa llena de bebidas, cuya utilidad presentía casi descartada.

Ya en el interior de la vivienda, la anfitriona se dispuso a preparar unas copas en unos carísimos vasos de diseño que Emi le había regalado para celebrar el primer



año de amistad mutua. Por unos instantes, rememoró el emotivo acontecimiento y le pareció muy lejano... Volvió al presente y observó a sus invitados entretanto servía las bebidas. El Ruso desparramó su cuerpo entero en el sofá. El Galán la miró y le pidió con el gesto si podía echarse en la cama. Wynie asintió y se dispuso a colocar las copas en una mesa pequeña y baja que había junto al sofá. El Ruso cogió la suya y dio un sorbo profundo. Ella calmó la sed con un refresco que se tomó casi entero de un solo trago. Torció su vista hacia El Galán, refugiado bajo

el edredón y con los ojos entreabiertos. Creyó intuir que le respondió solicitando su presencia con la mirada pero, fuera o no así, no le hizo caso y se acomodó en el sofá junto a El Ruso. Este le sonrió ampliamente, le dio las gracias por la acogida y le comentó que su casa le resultaba muy comfortable. Hablaron un rato de nimiedades. El hombre tardó poco tiempo en tragarse la segunda copa y empezar a dormitar en el sofá.

Wynie cerró todas las ventanas y la noche entró de nuevo en la vivienda. Se desnudó y retiró el edredón para meterse en la cama

junto a El Galán. Él abrió los ojos al sentir su presencia y la abrazó. Estaba vestido y le pidió al oído, en un susurro, que lo desnudara. Ella empezó a desabrocharle los botones de la camisa al tiempo que el hombre se deshacía del pantalón y ponía la mano derecha de la mujer en su voluminosa herramienta enhiesta. Y Wynie, admirada por tamaña generosidad, la acarició y la lamió con esmero. Al unísono, su interior se humedecía por la acción de los largos dedos masculinos. Sus pezones respondían a los besos del El Galán y se volvían turgentes... Lo sintió

introducirse en el túnel del placer cuando notó sus paredes mojadas, y columpiarse en su interior con un ritmo que la alzaba hasta sentir en su cuerpo el baile de todas las estrellas del firmamento. Para no despertar a El Ruso, intentaba disfrutar en silencio de esa penetración tan intensa, pero no podía reprimir sus gemidos. Mucho menos cuando El Galán, tal como tiempo atrás hiciera El Guiri, se afanó en rozar con la punta de la lengua cada centímetro de la superficie de su pubis rasurado, adentrándose en cada pliegue y en cada rincón de aquellos labios

mojados de deseo que agradecían sus caricias...

Durante toda la mañana, Wynie y El Galán fueron dos cuerpos que se atraían como imanes y gozaban sin descanso. Amarse los estimulaba tanto que no podían quedarse dormidos. Bien avanzado el mediodía, él retiró por completo el edredón que los cubría y recorrió con sus labios toda la superficie del cuerpo femenino desnudo. Y cuando la dejó saciada, la besó en los labios y le dijo que esperaba formar parte de sus buenos recuerdos.

-No lo dudes. Eres bueno en

todo. Me has hecho muy feliz.

-Me voy. Quiero descansar en mi casa. Nos vemos cualquier día por El Maligno. Seguidamente, se levantó, se vistió y despertó a El Ruso para avisarlo de su marcha.

Déjame quedarme aquí, por favor. No puedo levantarme ahora – solicitó a Wynie este último.

-De acuerdo, asintió ella. El Galán se marchó y El Ruso aguantó poco tiempo en el sofá.

Poco después pidió a Wynie que lo dejara dormir a su lado en la cama. Ella no quería ni necesitaba más sexo. Se trataba de la primera

vez en su vida que pasaba dos noches seguidas gozando con hombres distintos, aunque no le apetecía dar explicaciones. No le contestó y él aprovechó esta indiferencia para cumplir su deseo.

Se metió en la cama e intentó abrazarla y acariciarla. Wynie optó, primero, por refugiarse en el otro extremo del amplio lecho y después, ante la insistencia masculina, por levantarse.

-¿No te gusto? Tú a mí sí –le dijo él.

-Tu amigo me ha dejado bien contenta y mejor saciada. No

necesito nada más, gracias.

-Supongo. Me he puesto a cien escuchando tus gemidos. Ya me habían comentado varias mujeres que es el amante perfecto, bueno en todo.

-Pues aquí tienes a una más para la lista –rio ella.

Wy ni e desayunó, recogió los restos de la fiesta y se dio una ducha. El Ruso permaneció durmiendo. Al atardecer, degustaron un rico caldo caliente que ella había preparado y charlaron como si fueran amigos de toda la vida. Un buen rato después,



al despedirse, pronunció las mismas palabras que El Galán: “nos vemos cualquier día por El Maligno”. Justo antes de cruzar la puerta de salida de la vivienda le pidió que saludara a Emi de su parte.

A la semana siguiente, el cuarteto se reunió para pasar la tarde. Entre taza y taza de café hablaron sobre la posibilidad de amar a dos hombres a la vez. Fue Katty quien lanzó la pregunta.

-A dos y a doscientos –comentó Wynie riendo. Tengo el corazón muy grande, ya sabéis. Más o menos como el tuyo, querida Olivia –señaló a la mencionada con el

gesto. Tienes sitio para El de 28, El Cubano y alguno que otro más.

-No me refiero en ese sentido aclaró Katty-sino en el sexual. Terminé con dos tipos la noche que Wynie me dejó sola en el Maligno para irse con El Grandullón – anunció.

-¿En serio? No te consideraba tan lanzada, Katty. Pensaba que eras mujer de un solo hombre – apuntó Emi.

-Y yo –corroboró Wynie. ¿Quieres decir que has hecho un trío? Estoy anonadada.

-Sí, hice un trío. Bueno, no del

todo –corrigió mientras su blanco rostro enrojecía por segundos.

-¿En qué quedamos, lo hiciste o no? Puedes contarlo, que no nos vamos a asustar a estas alturas de la vida –indicó Olivia.

Katty relató su frustrada aventura con El Lobežno y El Sosežno y aseguró que el juego no llegó a consumarse porque eligió la compañía equivocada.

-Me sentó fatal escucharles discutir sobre cuál de los dos iba a echarme el primer polvo. Me hicieron sentir muy mal, como si fuera una perra en celo esperando

que se la follaran.

-No creo que pensarán eso de ti ni que lo que escuchaste fuera tan hiriente. En mi opinión, te marchaste con ellos y luego, cuando estabas metida en faena, te arrepentiste o no te gustaron lo suficiente como para culminarla – precisó Wynie.

-Desde luego que no me gustaron, desde luego –repitió en tono de lamento. Y mucho menos, El Lobezno. Hay que ser muy cabrón para vivir en pareja, acostarse con otra mujer y pretender, encima, dejarla embarazada.

-No sé de qué te extrañas. Los tíos no piensan con la cabeza, sino con la polla –argumentó Olivia.

-Eso es un tópico que no siempre se cumple –replicó Emi. Aquí lo que está claro es que Katty, como ella misma ha reconocido, no escogió la compañía idónea. Por mi parte, estaría encantada de hacer un trío y tengo los dos candidatos.

-¡Jajaja! El Polaco y El Principito –adelantó Wynie junto a una sonora carcajada.

-Tú lo has dicho: uno por delante y otro por detrás. Así no tendrían que disputar entre ellos

quién me la metería primero y se evitaría el conflicto que tuvo Katty.

-¡Qué bestia! –exclamaron al unísono Olivia y Wynie.

-Una vez vi una penetración así en una película porno. Me eché a temblar y no me excité nada. Tengo la impresión de que ese acto debe ocasionar más dolor que placer – apuntó Olivia.

-Pienso lo mismo. Yo no me atrevería a hacerlo. Estoy convencida de que no me agradaría –la secundó Wynie.

-Eso lo decís porque a ninguna de las dos os gusta el sexo anal –

advirtió Emi. A mí me encanta y a Katty también ¿verdad? –señaló mirándola.

-Una cosa es que me guste el sexo anal, lo cual admito, y otra bien distinta es que permita que me den dos tíos, uno por delante y otro por detrás. No lo haría, Emi. Me ocurre lo mismo que a Olivia y a Wynie. Esa práctica me parece una bestialidad –aclaró la aludida.

-Sois las tres unas estrechas – espetó Emi. El sexo es placer y el placer debe estar por encima de los tabúes y los convencionalismos. Para mí, cualquier práctica sexual es válida mientras no me duela.

-Ahí coincidimos, ¿ves? Creo que la frontera está justamente en ese punto, el del dolor. Ya sé que hay gente que disfruta con los latigazos o con que le peguen. Por supuesto, no es mi caso. No podría concebir una relación que me ocasionara dolor –aseguró Wynie.

-Que te golpeen puede resultar doloroso. Que te den por el culo es un placer al que Olivia y tú habéis renunciado por motivos que desconozco y que no alcanzo a entender –insistió Emi con sus ojos clavados en el rostro de Wynie.

-No desvariéis, amigas –intercedió Olivia. Hablábamos de



tríos en general; ello no implica que te follen dos hombres al mismo tiempo. A mí no me importaría experimentar un rollito con dos buenos maromos, siempre que me gustaran y que tuviera con ambos la suficiente confianza como para estar segura de que no iban a maltratarme.

-Si se diera ese caso yo tampoco me negaría –reconoció Katty.

-Aunque no lo parezca, la más mojigata del grupo es Wynie. La última vez que salimos tuvo la oportunidad de hacer un trío con dos caballeros estupendos y se

negó –reveló Emi.

Wynie se sonrojó. Olivia y Katty, asombradas, abrieron los ojos como platos.

-Estas tienen secretitos que nos ocultan –ironizó Katty.

-Ya veo, ya. Toda la tarde hablando de tríos y ella sin soltar prenda –protestó Olivia mirando a Wynie.

-No os lo he contado porque no le di tanta importancia. No ocurrió nada. Ya les dije de antemano que no quería hacer un trío. Los invité a casa porque me cayeron muy bien y eran muy educados. Confié en mi

intuición y acerté.

-¿Y qué hiciste en tu casa con dos caballeros tan estupendos, si se puede saber? –preguntó Katty.

-Tomar unas copas, echar unas risas y después, follar con el que me gustaba mientras el otro dormía en el sofá. No me considero una mojigata, como me ha llamado Emi. Creo que el sexo es cosa de dos y punto. Soy consciente de que tuve una buena oportunidad, pero no me apeteció. Estoy convencida de que la experiencia no me habría gustado.

-Si no lo pruebas, nunca lo

sabrás –le contestó Emi. Ya te lo explicaré yo cuando lo haga con El Polaco y El Principito –expresó entre risas.

-No creo que lo consigas, pero como la vida es una caja de sorpresas, me encantará conocer tu experiencia si llega el caso. Por mi parte, repito que esa práctica la tengo descartada.

-Si eres capaz de pensar en dos hombres a la vez porque ambos te gustan, no entiendo el motivo que te impediría llevártelos a la cama, Wynie –observó Emi.

-La mente es caprichosa y te

sorprende con sus delirios. Que yo pueda pensar en Ése, en el profe e incluso en alguno más al mismo tiempo no implica que desee tener sexo comunal con ellos. Mi corazón y mi cama son lugares distintos. Por mi cama han pasado muchos que no han rozado mi corazón, ni siquiera de puntillas. Aunque no lo haya experimentado, sé que no me gusta el sexo en multitud. Estoy convencida de ello y no es la primera vez que rechazo un trío – anunció solemne.

-No destapes la caja de los truenos sin desvelar su contenido. Háblanos de alguna de esas

propuestas anteriores –pidió Katty.

-Cuando salía con Marina tuvimos varias ofertas de tipos que querían acostarse con las dos y las rechazamos. Si no me gusta el sexo a tres con dos hombres, mucho menos si en el trío hay otra mujer. No me imagino con una tía en la cama, tampoco me va el lesbianismo –precisó. Ello no implica que lo vea mal. Cada cual es muy libre de hacer lo que le plazca con su cuerpo y jamás criticaría esa libertad. Cualquier práctica sexual me parece estupenda mientras sea consentida.

-En eso estamos de acuerdo –la

secundó Olivia. A mí también me han surgido oportunidades para hacer un trío con otra mujer y un hombre y me he negado. No porque me resulte feo o malo, sino porque no soportaría las caricias de unas manos femeninas –subrayó.

-Yo no me niego a nada –aseguró Emi. Depende de la mujer y del momento. Parto de mi premisa clásica: renunciar al placer es muy difícil.

Así quedó zanjada la cuestión: Olivia y Katty harían un trío en caso de que los componentes fueran dos hombres de confianza y muy apetecibles, y rechazarían la

práctica con un hombre y otra mujer. Emi estaría abierta a cualquier variedad de sexo siempre que se centrara en el placer y no le ocasionara dolor; y Wynie insistió en su creencia de que, en la cuestión sexual, tres son multitud.



# Furor veraniego

La ilusión del amor inundó el corazón de Katty ese verano. El protagonista fue un psiquiatra al que ya conocía y con el que creyó haber entablado una relación seria. Fiel a su teoría de que los hombres no eligen como compañeras de viaje a las mujeres que han conquistado sin esfuerzo, dejó que la primera noche pasara sin que nada surgiera entre ellos. Tal como el caballero le había prometido, le ofreció un sencillo pijama de algodón blanco, un cepillo de

dientes y la condujo hasta un confortable dormitorio. Tampoco él insistió en seducirla.

-Tengo la impresión de que no te apetece que me meta contigo en la cama, pero si necesitas cualquier otra cosa me encontrarás en la habitación contigua –le dijo antes de obsequiarla con un casto beso de despedida.

Por toda respuesta, ella le dirigió una sonrisa. Estaba rendida y durmió como un lirón. El hombre entró en su dormitorio por la mañana y se sentó al borde de la cama donde descansaba. La miró con ternura y la despertó de la

misma forma con que la había despedido: un casto beso.

-Tengo que irme. No me gusta llegar tarde a ningún sitio y menos al trabajo –le susurró al oído en tono tierno. Katty abrió los ojos al escuchar sus palabras.

-Te he dejado el desayuno en la mesa de la cocina –prosiguió. Tienes café recién hecho y agua caliente en el termo, por si prefieres té.

-No te preocupes. Me visto en un santiamén y bajo contigo.

-No, por favor. Disfruta tranquila del desayuno. Lo había

preparado para ambos, aunque imaginaba que seguirías dormida. Ya me he tomado mi parte, así que ahora te toca a ti. La primera comida del día es la más importante.

-Y no tienes tiempo para esperarme, claro.

-No, ya te lo he dicho. Cuanto termines, cierras la puerta y te marchas. O te quedas, como gustes.

-Tu casa es muy acogedora y no me importaría, pero también tengo cosas que hacer –le contestó en tono complaciente.

-Bueno, adiós –se despidió.

Tomó su mano derecha, la besó y salió apresuradamente de la alcoba.

Katty sintió sus pasos rápidos y escuchó el ruido de la puerta de la vivienda al cerrarse. Que El Psiquiatra la hubiera dejado sola en casa le parecía buena señal. Significaba que confiaba en ella y sonrió complacida. Se levantó, se lavó la cara y se dirigió a la cocina. En la mesa había un servicio de café y varios yogures; un cesto con bollos tapado con una servilleta; pan, mantequilla y mermelada. Todo estaba dispuesto con esmero,

como para hacerle una fotografía. Se sintió muy feliz. Sin duda, su nuevo galán era una una persona fina y pulcra; ese detalle le gustaba... Devoró buena parte del copioso desayuno y se marchó enseguida.

Volvieron a quedar en los días y las semanas siguientes, y ella a dormir en su casa. De forma similar a la primera vez, nada íntimo ocurrió entre los dos. A la tercera no fue la vencida, que no llegó hasta la cuarta cita. Habían estado en el cine y después, cenando. Nada más entrar en la vivienda y cerrar la puerta, El Psiquiatra le

preguntó tímidamente si podía besarla. Ella no le contestó y buscó su boca. Pasaron un largo rato allí, en el vestíbulo de entrada, Katty apoyada contra la pared, las lenguas enredadas y las frentes sudorosas. Los labios pegados, como si el largo tiempo que habían esperado ese momento les impidiera separarse. Entre ambos cuerpos se interponían las manos masculinas, que desabrochaban despacio los botones de la camisa celeste que llevaba ella.

El Psiquiatra lanzó una sonora exclamación al destapar sus pechos y rozar con la punta de su lengua

los pezones empinados. Ka tty se estremeció. El hombre tomó la dirección de la pista central y bajó lentamente hacia el bosque, saboreando cada centímetro del sendero. Agachado y con su cabeza situada frente al tesoro, lo lamió en cada milímetro y en cada pliegue. Sabía lo que hacía, exploraba cada fuente de placer y prolongaba cada gemido femenino con la fuerza de la libido que brotaba.

Ella alcanzó el paraíso mientras él permanecía vestido y sudado, la potencia de su virilidad estallando tras la barrera de un pantalón que Katty, al volver en sí, se dispuso a



retirar para liberar el arma prisionera. Espada en alto, él la condujo al sofá y la sentó encima. Y ella lo sintió en su interior con la dureza del hierro y la potencia del rayo. Sus caderas cimbreaban y su cuerpo entero se balanceaba sobre el hombre al ritmo que imprimían sus alaridos, gotas de vida convertidas en chorros y fuentes de placer en manantiales...

La sesión de sexo continuó en la cama. Katty no daba crédito a lo que estaba viviendo. El sonido de sus piropos susurrantes la transportó al mundo de los sueños. "¿Será verdad que este es el

hombre? ¿Habré encontrado, por fin, a mi media naranja?" –se preguntaba para sus adentros. Los ojos entreabiertos, los brazos de El Psiquiatra rodeando su espalda y la cabeza recostada sobre su hombro. Esa madrugada de miel se quedó dormida y soñó que se hacía vieja a su lado...

En las jornadas sucesivas disfrutó encantada de su flamante y cada vez más firme historia de amor. Sentía que cabalgaba sobre una blanca nube en un vuelo suave y ondulado, de la que tenía que bajar de vez en cuando para cumplir con su papel de madre y

con el resto de sus obligaciones cotidianas. Percibía como mágico cada minuto transcurrido junto a su hombre y confesaba a sus amigas que vivía flotando en un inmenso océano de amor...

Todo lo que tuviera que ver con El Psiquiatra se le antojaba perfecto. Atractivo, inteligente, buen amante... Cada poro de su piel vibraba con un simple roce de sus dedos. El susurro de sus palabras la emocionaba y sus caricias la transportaban a universos de placer que no recordaba haber visitado en mucho tiempo. Atribuía su sapiencia

amatoria al hecho de que, siendo médico, conocía en profundidad los secretos de la anatomía humana y tocaba con precisión las fuentes de placer. Lo sentía tan especial y sublime que dejó de pensar en El Belga. “Su amor me llevaba al abismo; el de El Psiquiatra, al paraíso” – comparaba en su fuero interno.

El hechizo no tardó en deshacerse y quien creyó el hombre de su vida se esfumó sin motivos ni explicaciones. De la noche a la mañana dejó de telefonarla y de atender a sus llamadas. No contestaba a sus correos

electrónicos y había desconectado el whatsapp. Desapareció sin dejar rastro. Ella recordaba al minuto los últimos momentos en que se vieron; escudriñaba las últimas palabras que se dijeron y, por más que desmenuzaba esas escenas en forma y fondo, no lograba atribuir ningún fallo abominable ni pecado imperdonable a su conducta. Simplemente, el destino caprichoso quiso jugar en su contra aquella tarde...

El Psiquiatra la telefoneó para saber si iban a verse y ella rehusó porque estaba con su hijo. Después, su hermana se presentó

en casa por sorpresa y la convenció para que fueran a un multicines donde el niño podría ver el último estreno infantil y ellas, otra película en la sala contigua. Y allí encontró a su amado, esperando para sacar la entrada en la corta fila de taquilla. K a t t y se acercó a saludarlo en cuanto lo vio, pero el hombre se mostró seco y esquivo. Tanto, que ni siquiera se atrevió a presentarle a su hermana y a su hijo. Después no volvieron a cruzarse. Él compró su entrada para una película distinta y no se encontraron a la salida. A falta de cualquier contacto por su parte,

Katty, que había esperado y desesperado durante dos días interminables, le escribió un mensaje en el que le preguntaba por qué había estado tan frío.

-Porque soy gilipollas –le contestó él. Nada más.

Al día siguiente, ella, que seguía en ascuas y sin entender lo ocurrido, lo telefoneó con la intención de pedirle explicaciones acerca de su extraño comportamiento. En tono mimoso le sugirió que se vieran y él se limitó a contestarle que sí, que otro día la llamaría. No lo hizo. Katty insistió un par de veces más sin

obtener respuesta.

Independientemente del amor que no llegaron a confesarse aunque todo indicaba que lo sentían, lamentaba la falta de consideración de El Psiquiatra hacia ella como persona, como ser humano. El hombre que la transportaba al paraíso, que había pasado noches enteras acariciándola y susurrándole al oído la felicidad mutua, la despreciaba ahora hasta el punto de ignorar sus sentimientos y de no darle ninguna explicación sobre su repentino cambio de actitud. Como si ella no fuera nadie ni mereciera nada.



Enfadada y profundamente decepcionada, dio la relación por muerta después de dos semanas sin noticias suyas. No tuvo mucho tiempo para llorar la pérdida. Por suerte para ella, el verano se presentó generoso y las propuestas de caballeros que pretendían conocerla o ansiaban volver a verla se multiplicaban en la pantalla de su ordenador.

En lugar de concertar otra cita a ciegas sin saber dónde iba a llevarla, decidió aceptar una invitación de El Pijo para salir. Se trataba de un joven de treinta años que le había presentado Estefanía,

una jefa que en los últimos meses y después de unas cuantas juergas compartidas, había ascendido a la categoría de amiga. Quedaron en una cafetería vecina a la discoteca de postín donde se conocieron unos meses atrás y, tal como ella presentía, congenió inmediatamente con ese galán de aspecto pijo y modales exquisitos. Después de la cafetería fueron a la discoteca y tomaron juntos un par de copas que él se ofreció a pagar. No se besaron ni se tocaron en varias horas, aunque a Katty no le hubiese importado. No tomó la iniciativa porque no se consideraba

entre las mujeres que hacen ese tipo de cosas. El Pijo debió intuirlo. Nada más salir de la sala de fiestas, ya de día, la abrazó y la besó apasionadamente. Sin palabras y en medio de la calle transitada. Katty no reaccionó. Su compañero le quitó el habla y se dejó llevar por las caricias de la lengua masculina en cada uno de los rincones de su boca.

-Me gustaría estrenar contigo esta bonita mañana, pero vivo con mis padres. Lejos de aquí, en La Moraleja –le dijo el joven cuando recuperó el aliento tras el largo beso.

-Te invito a dormir en mi apartamento, si quieres –le contestó ella al instante, sin pensarlo.

El Pijo le gustaba, lo conocía desde hacía tiempo y se encontraba abierta a nuevas emociones. Después de la decepción sufrida con El Psiquiatra, no era el momento de placeres desechados ni de oportunidades perdidas. En su actual estado, cualquier hombre era susceptible de avivar la chispa del amor, aunque fuese diez años menor que ella. Y este, según le contó, había empezado a trabajar a los dieciséis años, tenía varias

empresas a los treinta y se codeaba con gente mucho mayor. No parecía ningún niño. De hecho, le pareció un tipo inteligente y resuelto.

Aún le gustó más cuando el portero de la discoteca le entregó las llaves de un lujoso vehículo rojo aparcado justo al lado del lugar donde se encontraban. Él abrió la puerta y Katty le dedicó una amplia sonrisa al acomodarse en el ancho y confortable asiento de cuero negro. Estaba encantada con la compañía y con el episodio de llegar a su casa en ese coche, sin tener que preocuparse de si pasaban taxis o no. Se hallaba tan

a gusto que pensó en el largo tiempo que hacía que no salía con nadie del universo hippie o perroflauta. El mundo pijo era el que mejor le sentaba.

Al entrar en casa se dirigieron a la cocina con la intención de beber agua y empezaron a desnudarse. Él la empotró contra la encimera primero y después, contra el frigorífico. La besaba con ardor mientras sus dedos hurgaban en cada uno de los huecos de la anatomía femenina. Aunque le resultaban muy placenteros los juegos en la cocina, Katty lo animó a salir de allí y se tiraron en el sofá,

al tiempo que la excitación de ambos iba in crescendo. Fue entonces cuando llegó la decepción. El Pijo tomó una de sus manos para que lo tocara y ella se percató de que lo que tenía era un penecillo, de los más pequeños que había visto en su vida. Actuó como si no le importara y siguió el juego... Ya sabía que El Pijo tampoco era su hombre, pero aceptó con gusto que se quedara en su casa el resto del día e incluso acordaron una nueva cita pocas jornadas después... Ignorante de que los caprichos del azar afianzarían una relación por la que no hubiera apostado nada...

El día señalado, El Pijo la recogió en la puerta de su casa. Subió orgullosa al imponente automóvil rojo y él le anunció su intención de invitarla a cenar en un exclusivo restaurante situado en la lujosa urbanización privada donde residía, a unos quince kilómetros de Madrid. Katty se encontraba como pez en el agua en aquel ambiente sofisticado y elegante del que empezó a disfrutar nada más cruzar la cancela de hierro por la que se accedía a la urbanización y recibir el afectuoso saludo de los guardias de seguridad que custodiaban la entrada. Circulando a escasa



velocidad, contemplaba la vasta extensión de los terrenos que ocupaban unas mansiones ocultas tras la frondosa vegetación que las protegía de miradas intrusas. No se veía una sola edificación desde el exterior, aunque podía adivinarse lo grandes que eran. Por las aceras anchas que rodeaban vistosos jardines cuidados con esmero, observaba el paseo lento y relajado de las señoras vestidas de alta costura que chismorreaban entre ellas, seguidas de las criadas uniformadas llevando los carritos de los niños. El aura de sofisticación que envolvía el ambiente continuó

en el restaurante, donde los trataron con delicado refinamiento, y tuvo su colofón de oro en la gran mansión donde El Pijo residía con sus padres, que se habían marchado de vacaciones. Era hijo único, por tanto, estaban solos en la interminable vivienda.

Cuando llegaron, él la condujo a su habitación, abrió el ventanal y le mostró la fabulosa piscina en la que iban a bañarse desnudos con la tranquilidad absoluta de que nadie los vería ni los perturbaría.

Besos mojados en la calma del agua clara, manos que la acariciaban con mimo y boca que se

esmeraba en provocarle placer. Katty recordó el sueño de Emi, quien aseguraba haber vislumbrado su futuro junto a un hombre rico en una mansión con piscina. Miraba al caballero, a la mansión y a la piscina y guardaba en lo más profundo de su ser el anhelo de una ambición que parecía haberse cumplido. Solo cuando sintió en su interior aquel penecillo que apenas se notaba, despertó del encantamiento y pudo dar carta de certeza a las palabras de otra de sus amigas. En este caso, Wynie: "lo perfecto no existe". Obvió lo evidente y giró la vista a su

alrededor. Pensó que era feliz y se propuso disfrutar de la intensidad del momento. Del que estaba viviendo y de los que tuvieran que llegar junto a aquel maduro treintañero, inteligente, buen conversador, con sentido del humor y, además, rico. "A veces ocurre que has encontrado lo que buscas y no sabes que lo tienes delante" – reflexionó para sus adentros al tiempo que cerraba los ojos para deleitarse con las gozosas y delicadas caricias que estaba recibiendo... Sin plantearse que aquella aventura también podría estar condenada al fracaso...

Volvió a la ciudad después de disfrutar del periplo vacacional que le tocaba con su hijo y dispuesta a aceptar la invitación de El Pijo para marcharse ambos unos días de descanso a cualquier lugar costero. Sin embargo, esa invitación no llegó a materializarse o, al menos, no lo hizo como ella esperaba. Se citaron en un coqueto local de su barrio. Hacía casi un mes que no se habían visto y hablaron un poco de todo. Para ser más exactos, charlaba ella mientras él la escuchaba atentamente y le hacía alguna pregunta. En ningún momento le comentó sus intenciones ni hizo

referencia al plan de vacaciones compartidas al que la había invitado la última vez que se vieron. Tuvo que ser Katty quien se lo recordara.

-Y tú, ¿qué has pensado sobre nosotros? ¿Pasaremos unos días juntos?

-Me marcho de España –le anunció. Me ha surgido una oportunidad de negocio en Brasil y la he aceptado. No será inminente, así que puedo invitarte a pasar un par de noches a mi lado. Y a despedirnos juntos de la piscina –precisó con una sonrisa pícaro.

Katty no sabía qué pensar, qué cara poner ni cómo asimilar con naturalidad una noticia que helaba sus huesos pese al calor reinante. Sin embargo, era consciente de que El Pijo había tomado una decisión razonable y no tenía por qué contar con ella. No era su marido, ni su novio, ni siquiera una pareja más o menos estable. Unas cuantas cenas y algún encuentro sexual no le daban derecho a exigirle nada. Permaneció callada mientras hacía su propio análisis de la situación y él intuyó sus pensamientos.

-Tienes un hijo y una vida hecha aquí. Yo soy más joven que

tú y nada me ata en este país. La situación se está poniendo muy fea, me han ofrecido una buena oportunidad fuera y no creo que deba rechazarla –repitió. Ahora, lo que más deseo es liquidar mis negocios en España de forma más o menos digna y llevarme el dinero obtenido para empezar en Brasil. Si espero más tiempo irán perdiendo valor y me quedaré sin nada.

-Lo entiendo. No te preocupes por mí –balbuceó.

-Cuando esté instalado te enviaré un billete para que vengas a visitarme –le propuso en un tono que a Katty le resultó sincero.



-Me encantaría –se limitó a contestar.

Se despidieron un rato después y volvieron a citarse al día siguiente. Katty metió en un bolso de viaje de mano un par de bikinis, una toalla, un modelito para la noche y un set de maquillaje. Tomó un taxi y comprobó satisfecha que él la esperaba en la entrada de la urbanización privada donde residía. Una vez que el vehículo se hubo parado, El Pijo abrió la puerta trasera y le tendió su mano para ayudarla a bajarse. “Detalle de caballeros” –pensó para sus adentros. Aunque intuía que él no

era el hombre con el que soñaba y al que buscaba en la red y en el mundo real, quería estar perfecta para las últimas noches que habrían de disfrutar juntos en mucho tiempo...

Gozaron del sexo durante dos largos días sin que Katty llegara a mirar ni a tocar con sus manos el pequeño pene de su compañero. Sí lo hizo con su boca, quizás en deferencia a todo el placer que él se esmeraba en propinarle. La última noche, El Pijo la tumbó desnuda al borde de la piscina y atravesó su anatomía con la lengua, regó su cuerpo de besos y

pétalos de rosas y recorrió con sus labios los rincones más íntimos, incrementando su excitación al ritmo de los alaridos de ella y celebrando con cada gemido que fuera capaz de hacerla tan feliz. Pasaron juntos las dos jornadas que él le había prometido y se despidieron con un tierno beso, como si volvieran a verse en breve. Ninguno de los dos quiso pensar entonces en el océano que iba a interponerse entre ellos, como si creyeran que el destino se encargaría de mantener su relación pese a la distancia...

Igual que ocurriera tras el

desengaño sufrido con El Psiquiatra, Katty tampoco tuvo tiempo para lamerse las heridas después de la marcha de El Pijo. Parecía que el azar estaba empeñado en que no pasara sola ni un día del verano. A la mañana siguiente recibió la llamada de un tipo musculoso con el que había contactado tiempo atrás en un portal de relaciones en Internet. Insistió en sus ganas de conocerla y ella lo citó en una terraza cercana a su domicilio.

Horas después se deleitaba mirando de reojo el rostro anguloso y atractivo del hombre, sus brazos fuertes y musculosos y su torso

cuadrado y lampiño. No prestaba atención a una conversación trivial sobre jornadas anodinas de trabajo en una oficina. Sus sentidos volaban arrastrados por el delirio de placeres soñados. Lo imaginaba a su lado en la cama de su vivienda cercana, sus labios carnosos besándola, la caricia de sus manos grandes y el deleite de un cuerpo que vislumbraba perfecto bajo la escasa ropa de verano.

En esa etapa de su existencia, la mayor aspiración de Katty se centraba en la idea de hallar al compañero que llenara de ternura los momentos agrios del acontecer

diario; al macho que envolviera sus noches de pasión; y al amigo con el que compartir inquietudes, sueños y desvelos... No había surgido en muchas noches de marcha con sus amigas en El Maligno y en otros famosos lugares de la noche de Madrid; no se topó con él en las numerosas salidas junto a su jefa Estefanía a una sala de fiestas de postín; ni lo encontró entre los candidatos seleccionados de las muchas ofertas que surgían en la pantalla de su portátil... Desde que El Musculoso le envió por e-mail una imagen de su despampanante anatomía, tuvo la certeza de que

tampoco en esta ocasión estaba ante el príncipe azul que convirtiera sus sueños en realidades. Aceptó la cita impresionada por la fotografía de un cuerpo que parecía esculpido por un maestro de las Bellas Artes. Y pensó en su dueño como en un objeto de deseo, no como en el compañero de vida que anhelaba...

Estas ideas paseaban por su mente mientras El Musculoso degustaba el café a sorbos cortos y ella sentía los rigores del ardor que atravesaba su ser. En parte, a causa del licor que estaba saboreando pero, sobre todo, debido a la atracción que ejercía su

acompañante hacia cada una de las neuronas de su sistema nervioso... Terminaron las bebidas y dieron una vuelta a la manzana a paso lento. El apartamento de Katty estaba perfectamente ordenado y situado justo en la calle de al lado a la que se encontraban, circunstancia que facilitó el primer invite:

-Vivo aquí al lado. ¿Te gustaría conocer mi casa? –le preguntó con la mayor naturalidad.

-Por supuesto –asintió él. Vamos.

Llegaron y se sentaron en el s o



f á . El Musculoso empezó a besarla mientras le desabrochaba la camisa y se aventuraba a despojarla del sujetador y de la falda. La desnudó por completo, la cogió en volandas como si se tratara de un pajarillo y la tendió boca arriba. Se quitó la ropa y se colocó sobre ella en posición contraria, buscando la postura del 69. Después de llevarla al cenit del placer con su lengua se introdujo en su cuerpo, la embistió con ritmo de experto y consiguió hacerla volver al paraíso al mismo tiempo en que lo disfrutaba él. Unos minutos después se trasladaron del salón al dormitorio y

se amaron de nuevo en la cama.

El Musculoso se marchó pronto. Le explicó que era deportista, que tenía un partido y que no podía quedarse más tiempo. Le aseguró que la telefonaría al día siguiente. K a t t y no lo creyó ni le dio importancia. Cuando la llamada se produjo, la sorprendió tanto que exclamó un "¡eres tú!" sin disimular un ápice la alegría que le producía escucharlo.

Respiró hondo, lentamente, y lo miró de soslayo al abrirle la puerta de su hogar. No quería que notara la profunda admiración que sintió al verlo de nuevo. Sus músculos

dorados por el sol parecían aún más perfectos y el verde de sus ojos resaltaba entre las líneas cuadradas de su apuesto rostro. Apenas cruzaron palabras durante una tarde-noche donde la fuerza del sexo ardiente que mantuvieron prevaleció sobre cualquier otro sentimiento.

Tumbada primero en el sofá y luego en la cama, recibió los besos de su compañero en cada poro de su piel y en cada rincón de su cuerpo entregado al deseo. En lo referente al placer sexual, pocos encuentros amorosos recordaba comparables a esas citas pasionales

con El Musculoso. Un seductor de esculpida anatomía que la excitaba hasta el límite de sus fuerzas y junto al que gozaba con una intensidad redoblada en cada hora, en cada minuto y en cada segundo que permanecía a su lado.

Hacía calor. La potencia de las embestidas provocaba que el sudor brotara de la frente del hombre, al tiempo que el eco de los alaridos de la pareja retumbaba en las paredes blancas de aquella habitación cerrada cuya temperatura aumentaba por momentos. Los ojos verdes de Katty se deleitaban contemplando la belleza del falo

grande y perfecto que entraba y salía del interior de su cuerpo rendido al gozo, hasta que sus sentidos quedaron saciados por el poder de un sexo incomparable y mágico.

Alcanzó el éxtasis varias veces antes de que el néctar de El Musculoso se derramara sobre las flores coloridas que estampaban las sábanas. Tumbado boca arriba en la cama y con los ojos entreabiertos, la atrajo hacia su pecho mientras acariciaba con suavidad la espalda femenina con las yemas de sus largos dedos. Ella contempló la sonrisa tímida y

placentera que se dibujaba en los labios masculinos y, en un gesto instintivo, besó repetidamente las comisuras. Era tan feliz que sintió ganas de abrir las ventanas del dormitorio y gritar a los escasos habitantes del tórrido verano madrileño que el hombre más bello del mundo descansaba en su lecho después de amarla con inusitada pasión. El Musculoso se tomó un corto descanso antes de que ambos volvieran a sumergirse en un enjambre de lenguas enroscadas, brazos entrelazados y cuerpos pegados que se movían al compás placentero de la música de la dicha.

Sudores, temblores y gemidos. El poder del deseo. El magnetismo de la atracción. La fuerza del sexo.

Después de hacerlo por segunda vez, El Musculoso se incorporó en la cama y empezó a vestirse.

-¿Ya te vas? Pensaba que saldríamos a tomar algo –le indicó en tono dulce y susurrante.

-Tengo cosas que hacer. Lo siento. Llámame cuando quieras.

-No creo que lo haga –negó ella.

-No te preocupes. Seré yo quien te llame. Quiero seguir viéndote y

deseo pasar contigo tardes tan maravillosas como ésta. Siempre que te apetezca a ti.

-Prueba –lo retó con una voz que sonaba a desencanto...

Minutos después de su partida se recostó en el sofá. Dominada por una sensación en la que el placer, la confusión y la rabia se percibían entremezclados, no podía entender por qué el destino le había puesto por delante un hombre perfecto en cuestiones sexuales pero del que nada más podía esperar. Juntó sus dientes con fuerza, sus ojos se cerraron y las penumbras de la noche inundaron la estancia.



La llamada no se produjo, pero la diosa Fortuna convocó a los amantes una semana después de la fogosa cita. Katty salió de su casa por la tarde cuidadosamente maquillada y vestida de ejecutiva. Por exigencias del guión y pese al calor de la estación estival, lucía un recio traje de color berenjena, con falda entubada hasta la rodilla, chaqueta sastre entallada y camisa verde agua del mismo color que sus ojos, detalle que embellecía su rostro. Iba a grabar un anuncio para una marca de teléfonos móviles a una torre de oficinas. Según rezaba el plan de rodaje que releía durante

el trayecto en taxi hacia el lugar acordado, las cámaras la enfocarían mientras subía apresurada las anchas escalinatas que conducían a la entrada del rascacielos. Al final de la escalada, abría el bolso, sacaba el pequeño aparato y tecleaba un número. Echaba a andar mientras hablaba entusiasmada y sin mirar, hasta chocarse literalmente con uno de los guardias de seguridad -guapo, alto y robusto, precisaba el guion- que custodiaban la puerta de la mole. El empleado la disculpaba y halagaba su belleza; ella lo miraba y, sin inmutarse ni prestarle

atención, seguía hablando. En lenguaje publicitario, prefería una pequeña máquina inteligente antes que un macho sobrado de músculos.

Al bajarse del vehículo y llegar al set de rodaje, sus mejillas se tornaron rojas y el sudor empezó a inundar su blanca piel y a mojar su frente. La sorpresa y la turbación. Los efluvios del deseo brotaron de su interior al descubrir que el guardia de seguridad "guapo, alto y robusto" era El Musculoso. Los presentaron y ambos actuaron como dos desconocidos, aún sabiendo cada uno que los

pensamientos del otro estaban invadidos por la fuerza del sexo. Lo único que Katty conocía de la vida de su fogoso amante ocasional es que era deportista y que trabajaba en unas oficinas. Allí escuchó que se trataba de un guardia de seguridad de la plantilla del edificio, al que la agencia había pagado un extra por participar en el anuncio.

Los escasos empleados que quedaban en las oficinas aquella tarde de viernes salieron antes de que terminara el rodaje. Una vez concluido el trabajo, El Musculoso le indicó con un gesto que no se fuera. Ella se despidió del resto del equipo

alegando que estaba citada con una amiga en la entrada de la torre un rato después y que se quedaba a esperarla. Una vez se hubieron marchado, el hombre intercambió unas palabras con otro guardia de seguridad, se dirigió a su encuentro y le pidió que lo acompañara. Se adentraron en el edificio, él caminando a pasos agigantados por un largo pasillo y ella siguiéndolo hasta llegar a una puerta de madera, que El Musculoso abrió y cerró tras ellos.

Katty posó su vista en la habitación semivacía, con un viejo sofá y una mesa baja como único

mobiliario. El hombre le quitó la chaqueta y la empotró contra la pared. Desabrochó la camisa con premura mientras besaba su cuello y bajaba hacia los pechos empinados. Tomó la mano derecha de Ka tty y la condujo hasta la potente virilidad que sobresalía del pantalón de uniforme. Ella bajó la cremallera y el boxer negro y acarició la herramienta grande y dura. Él la apretó contra su pecho y se introdujo en su interior. Impetuosas arremetidas envueltas en los sonidos del placer, sudores compartidos en la dicha y manos que exploraban los puntos más

erógenos de dos cuerpos confundidos que se movían al ritmo impuesto por el gozo mutuo...

Primero fue la pared; a continuación, la mesa baja. Katty en cuclillas, sus codos apoyados sobre dicho mueble y su cuerpo estirado. En posición de macho dominante, él la agarraba por los glúteos mientras la penetraba intensamente, en una postura que lo hacía sentirse dueño del cuerpo que jadeaba al ritmo de sus profundas arremetidas. El silencio fue el colofón de aquel encuentro inesperado y ardiente. Se vistieron, salieron de la estancia y volvieron a

cruzar el mismo pasillo largo. En el hall de entrada, El Musculoso le comunicó que tenía que volver a su puesto de trabajo. Mordisqueó su labio inferior al tiempo que pellizcaba sus nalgas prietas y susurraba dos palabras junto a su oído: te llamaré. Pletórica por dentro y algo desaliñada por fuera, tomó un taxi de regreso a casa. Durante el trayecto no pensaba en el anuncio de teléfonos móviles, sino en el macho con el que, caprichos del destino, había compartido trabajo y sexo esa tarde. El amante casual del que no podía esperar más que eso: la



satisfacción completa de sus instintos más básicos. “Que no es poco. Regalarse un lujo así de vez en cuando no es poco” –reiteraba para sus adentros mientras una sonrisa pícaro florecía en sus finos labios...

La varita mágica del amor también sorprendió a Wynie ese mismo verano. Aunque no creyera en las relaciones que se establecían en el espacio virtual, no supo negarse cuando la casualidad le sirvió la ocasión en bandeja. No fue necesario que se inscribiera en ningún portal de encuentros de Internet. La aventura surgió en

Twitter, una red que usaba básicamente para dar a conocer y promocionar sus trabajos periodísticos. Uno de los primeros días del estío, cuando faltaba más de un mes para marcharse de vacaciones, entabló la siguiente conversación con un usuario desconocido.

@ElTuitero He empezado a seguirte.

@WSmith Ya me he dado cuenta. Gracias.

@ElTuitero No me has correspondido.

@WSmith Solo sigo a

periodistas y a gente relacionada con ese mundillo. No me parece que estés entre ellos. ¿Nos conocemos?

@ElTuitero No, pero te he buscado en la web y me resultas muy interesante. Sígueme y no te arrepentirás.

@WSmith XD

Cerró la sesión y se dispuso a continuar sus quehaceres. Sin embargo, la novelería que representaba esa corta charla a través de Twitter impedía que se concentrara. Abrió de nuevo la página y entró en el perfil de su

flamante admirador. Descubrió que era músico y pinchó en la imagen de su rostro para ampliarla. Comprobó que se trataba de un tipo atractivo y sonrió complacida. Empezó a seguirlo y esperó su reacción, que no tardó ni cinco minutos en llegar.

@ElTuitero Tienes un DM :-)

Un DM es un mensaje directo y privado, que en Twitter solo puede intercambiarse entre personas que se siguen mutuamente. Abrió la carpeta donde se guardan y leyó:

Un Músico @ElTuitero Quiero conocerte. ¿Cuándo y dónde

podemos vernos? ¿Vives en Madrid?

Wynie Smith @WSmith Si vas tan lanzado, yo también. Próximo finde. Mejor viernes.

Un Músico @ElTuitero Perfecto. Dime dónde :-)

Wynie Smith @WSmith Plaza de la Cebada. Madrid de los Austrias. 21,30h

Un Músico @ElTuitero Allí estaré :-)))

El viernes de la cita, la casualidad quiso que ambos se presentaran a la vez, a la hora en punto y vestidos con el mismo color: naranja. Se miraron de arriba

a abajo y empezaron a reírse. Él llevaba una camiseta naranja y un vaquero. Ella, un pantalón naranja y una camisa del citado color, aunque en un tono más claro.

-¡Qué casualidad! Los dos de naranja –exclamó Wynie nada más verlo.

-¿Tú crees que es casualidad? Yo lo llamaría sintonía –respondió él, mirándola con una sonrisa cómplice.

Se dieron un beso corto en los labios y se encaminaron al bar más cercano. Se acercaron a la barra, pidieron las bebidas y se quedaron

de pie en un rincón, al fondo de la sala. No había una sola mesa libre. Empezaron a contarse sus vidas sin percibir el paso de las horas. Cuando notaron que sus bocas estaban secas y alguien se había llevado los vasos vacíos, se miraron a los ojos, sonrieron y se abrazaron. Fue un impulso mutuo, una necesidad instintiva que los arrastró a poner en práctica lo que estaban sintiendo de forma idéntica. Juntaron las bocas y las lenguas se enredaron en un beso profundo, sus corazones latiendo al unísono y sus brazos estrechándose con fuerza. Supieron que un deseo común los

impulsaba y los arrastraba hacia la calle. Salieron del bar abrazados por la cintura y así recorrieron las tres manzanas que los separaban del apartamento de Wynie.

Nada más acceder al interior se tumbaron en el sofá del salón y se amaron con ansia y premura. Se deseaban. Se sentían cercanos. Se reían juntos. Y juntos pasaron muchas horas seguidas. Un fin de semana completo entre la cocina, la cama y el sofá. De los placeres gastronómicos a los delirios sexuales... El Tuitero se olvidó de su música y de su I Phone. Wynie, de sus amigas y de El Maligno. Se



tenían el uno al otro y eso les bastaba. Habían alcanzado tal nivel de complicidad que eran capaces de obviar que el mundo seguía girando mientras ellos gozaban de la felicidad compartida que les regalaba el tiempo que disfrutaban juntos.

La dicha se prolongó durante los fines de semana sucesivos. Compartían conversaciones nocturnas a la luz de las velas, cenas copiosas regadas de vino y besos, madrugadas envueltas en pasiones y risas. Exprimían el jugo de cada segundo y, cuando llegaba el momento, se despedían sin

decirse adiós. Estaban seguros de que se verían el viernes siguiente y que el tiempo volvería a obsequiarlos con esas bocanadas de gozo que intuían imprescindibles...

Wynie recibió el verano embellecida y pletórica. Cada fin de semana se citaba con El Tuitero, aprovechando que su hijo estaría con el padre todo el mes de julio. Un sábado, después de comer en un restaurante del centro de la capital, paseaban bajo el sol en dirección al apartamento del barrio de Los Austrias. De repente, ella se detuvo en el escaparate de una

heladería italiana y se quedó maravillada por el género que se divisaba tras los escaparates de cristal. Sugirió a su amigo que entraran a tomarse un helado y él, solícito, abrió la puerta del establecimiento y la invitó a pasar con una dicharachera sonrisa. Mientras se decidía entre los diversos tipos de helados expuestos, Wynie miraba de reojo a los dos guapísimos camareros, un veinteañero de labios rojos y ojos gatunos, y otro unos diez años mayor que se parecía a Mel Gibson en sus mejores tiempos.

-No sé quién es más guapo de

los dos, pero entre ellos y el calor que traía de la calle me estoy poniendo a cien –pensaba para sus adentros al tiempo que levantaba la cabeza para pedir un panna cotta (de nata y caramelo) y sus ojos se chocaban con el océano turquesa que dibujaban los del veinteañero.

-¡Qué guapo eres! Si te sigo mirando me voy a desmayar –le espetó sonriente y en tono descarado.

-No es para tanto, señora. De todas formas, muchas gracias –contestó el joven devolviéndole la sonrisa.

Entre bromas relacionadas con la belleza y el calor, que implicaron al camarero que se parecía a Mel Gibson y a El Tuitero, este último se decidió por un cucurucho de helado de chocolate cremoso. Tras el primer lametón soltó un sugerente "¡oh, es orgásmico!" y le pidió a Wynie que lo probara. Ella, emulando a Meg Ryan en la película "Cuando Harry encontró a Sally", chupó lentamente el sabroso chocolate y empezó a simular un orgasmo con gestos y gemidos ante las risas de su amigo, de los camareros y de gran parte del público presente...

La temperatura de Wynie e y El Tui ter o era bastante alta cuando entraron en la vivienda. Nada más cerrar la puerta empezaron a quitarse la ropa entre besos largos y profundos, que los llevaron a revolcarse en la cama momentos después. Seguían besándose, ella colocada encima de él, que acariciaba con sus dedos los pezones endurecidos. Al sentir el falo erecto entre sus piernas, Wynie lo introdujo en su interior resbaladizo y cabalgó cual amazona, primero lentamente para seguir a galope tendido. La excitación del hombre crecía en

cada una de las cabalgadas de la incansable amazona, que se excitaba y galopaba aún más fuerte al mirar el rostro extasiado de su compañero... Una imagen gráfica del placer con una claridad pocas veces contemplada... Calor. Una cama ancha. Un hombre. Una mujer encima. La cabalgada de la amazona. El gozo. La llegada al paraíso. El sueño.

La relación que mantenían se hacía más estrecha conforme pasaban los días y se sumaban los encuentros... Wynie aparcó las juergas con sus amigas e incluso rehusó varias llamadas de El

Profesor de Matemáticas, su amante más duradero. La fuerza de la ilusión amorosa se afanaba en romper el muro que había construido, piedra a piedra, paso a paso, para blindar su corazón y protegerlo del sufrimiento... La llegada de las vacaciones puso fin a aquellas noches de vino y besos, risas y palabras dulces, sudores y jadeos compartidos entre las paredes de su apartamento. El Tuitero le aseguró que iba a echarla de menos y le hizo ver que un mes era demasiado tiempo para estar separados. Pero ella tenía previsto pasar los rigores de agosto junto a



su hijo en la casa familiar de Las Palmas de Gran Canarias y estaba decidida a seguir su plan. El primer fin de semana que transcurrió sin su compañía le hizo llegar por Twitter el siguiente mensaje directo:

WynieSmith @WSmith Lo estoy pasando muy bien, aunque te echo de menos. Besos grandes.

En las horas y en los días siguientes abría sin cesar su página de la conocida red del pajarito, deseosa de encontrar una respuesta que no se produjo. La falta de noticias de su nuevo amor llegó a exasperarla. Le resultaba impropio de una relación que,

aunque fuera corta, había alcanzado un alto grado de complicidad y cercanía. Cuando el vaso de su enfado estaba a punto de rebosar decidió que lo más acertado sería disfrutar del sol y del mar y esperar acontecimientos en septiembre.

Una tarde de la segunda semana de su estancia en las islas sonó su teléfono móvil mientras estaba en la playa con su hijo, hermanos y sobrinos. La luz del sol impedía que la pantalla del dispositivo mostrara el número de la llamada entrante.

-Hola –contestó sin saber quién

respondería.

-Bebo los vientos por ti. Quiero verte ahora mismo –anunció El Tuitero.

Su corazón empezó a latir a una velocidad inusitada. La emoción paralizó su garganta. Se quedó sin palabras y fue él quien habló.

-Acabo de aterrizar en Las Palmas. No aguantaba sin verte ni un día más.

Dos frases henchidas del sonido del deseo que despertaron a todas las mariposas que dormitaban en un rincón escondido de su vientre.

Por suerte, la cita repentina cuadró en el momento adecuado. Su hijo había hecho planes para ir al cine con sus primos, lo que significaba que dispondría de unas horas para estar a solas con su amigo. El encuentro transcurrió en la orilla del mar, entre la charla amena y los besos con el sabor dulce del ron miel que degustaban en vasos de plástico. Hablaban, bebían y se besaban. Se besaban, bebían y hablaban. Besos de miel y de sal, como la relación que mantenían: dulce y amarga al mismo tiempo. Besos que dejaron en sus labios el dolor suave de una hinchazón leve.

En esas horas coronadas por la luz de la luna supo Wynie que El Tuitero había estado con otra mujer en su ausencia. Según le contó en medio de una contrariedad nada disimulada por su parte, se trataba de una vieja amiga que lo convenció para que pasaran unos días juntos en Almería.

-Sí, claro. Y tú, que eres un hombre fácil, no supiste negarte –le recriminó en tono cínico.

-No, de verdad, yo no quería, pero me insistió mucho. Me envió unas fotos del sitio donde estaba y no pude resistirme. Necesitaba sol y mar. Solo eso. Ella no me interesa,

no me gusta, no la quiero. A quien quiero es a ti.

-Jajaja. A mí no me hables de querer. No te creo y prefiero no escucharlo. Tienes demasiados líos en tu vida y yo soy una persona muy tranquila.

-¿Líos yo? –inquirió con una sonrisa pícara. Te repito que no quiero nada con ella. Solo es una buena amiga, nada más.

-Sí, claro. ¿Y qué hacíais por las noches? ¿Mirar a las estrellas? ¿O rezar el rosario, quizás? –le preguntaba Wyni e sin apartar la ironía de sus palabras.

-Nada, no hacíamos nada. Dormir. Bueno, algo me hizo – reconoció.

-Mejor para ti. No me interesa el placer que otra te haya proporcionado. Pasemos al siguiente tema.

-A tus tetas. Las tienes preciosas en verano. Déjame...

Permitió que desabrochara su camisa blanca y colocara la cabeza en el canal de sus pechos. Y que mordisqueara sus pezones turgentes en la playa oscura, con el tímido rugido del mar que se colaba entre los incipientes gemidos

femeninos...

Durante la semana que El Tuitero permaneció en Las Palmas, alojado en un hotel cercano a la residencia de su familia, Wynie se las ingenió para dejar a su hijo una completa agenda de planes con primos y amigos de su edad y ella poder escaparse a compartir largos ratos de pasión en el mar con su amigo especial. Se alejaban de la civilización y se amaban en la intimidad de playas solitarias. Besos que sabían a miel y a sal, a deseo y a olvido. Wynie era consciente de que algo grande se había roto entre ellos; de que él



había pasado de decirle que la amaba a confesarle que había estado con otra mujer; y de que en hombres de su estilo, esa primera vez no sería la última.

-¿Y qué me importa? –se preguntaba cada vez que salía de la habitación del hotel y caminaba a paso ligero hacia el lugar donde tuviera que recoger a su hijo. -No quiero enamorarme ni compartir mi vida con ningún hombre. Eso ya lo he tenido durante muchos años y no me interesa repetirlo –se respondía. –Vive tu vida, disfruta de él cuando lo tengas y cuando no, busca a otro –repetía para sus

adentros. Le costaba reconocer que, en el fondo, no era esa su pretensión y que, como tantas veces le decían sus amigas, tampoco ella era inmune al amor, por mucho raciocinio que se empeñara en imprimir a sus sentimientos.

Escondidos del mundo, rebozados de arena y revolcándose al abrigo de las dunas que rodeaban aquella playa salvaje, devoraban la sal de sus cuerpos con el ansia de lo efímero y el convencimiento de que esos momentos no volverían a repetirse. Sudor salado, agua

que hervía al fuego del deseo, manos que exploraban rincones olvidados, lenguas enredadas y labios que desafiaban al tiempo y a la vida en besos largos y profundos... Como si el fulgor de aquellos encuentros intermitentes no fuera a acabarse nunca. Como si la semana que él tenía previsto quedarse en la isla jugara con el reloj a convertirse en chicle y estirarse hasta agotar las fuerzas. Él dentro de ella, ella dentro de él y las olas del mar acariciando dos cuerpos fundidos en uno. Dos rostros pegados y

cuatro brazos estrechándose vigorosos, como si lucharan contra cualquier elemento externo que pretendiera separarlos. Pero el tiempo, impasible a los desvelos del amor, siguió su camino y los sorprendió una noche oscura en la misma playa donde se habían amado hasta quedar exhaustos.

-Esta es nuestra última noche. Mi avión sale mañana a primera hora –le recordó El Tuitero.

Estaban sentados en la arena, mirándose embelesados mientras compartían un vaso de plástico lleno de ron miel, el cielo sin luna ni

estrellas y el mar rugiendo cual  
fiera enfadada con el destino.  
Wynie no le contestó, como si no  
hubiera escuchado nada o no  
quisiera enterarse de la noticia.

-Te quiero, te quiero –repitió él.

Ella siguió sin soltar palabra,  
sus ojos perdidos en la oscuridad y  
sus sentidos inundados por el  
rugido envolvente del mar.

-¿No vas a decirme nada?

-¿Qué es lo que quieres  
escuchar? Te vas y no puedo  
hacer nada por evitarlo, como  
tampoco pude evitar que  
estuvieras con otra durante mi

ausencia.

-Podrías dejar a un lado ese cinismo recalcitrante y decirme que tú también me quieres. Que ha llegado el momento de compartir nuestras vidas.

-Claro que te quiero. A mi manera, porque mi vida no pienso compartirla. Ni contigo ni con nadie. Y mucho menos, después de saber que me fuiste infiel a la primera de cambio –precisó. Ya conoces mi forma de pensar. No es la primera vez que hablamos de esto.

-¿Por qué eres tan testaruda? Te he dicho y te repito que te

quiero y que esa aventura no significó nada para mí. Respecto a la convivencia, intento convencerte de que un fracaso matrimonial no significa que el resto de tus relaciones vayan a terminar mal. Ese obstáculo no debería impedir que volvieras a intentarlo.

-No quiero intentarlo –repitió decidida. Lo siento. ¿No podemos seguir como hasta ahora, disfrutando juntos de nuestros momentos de ocio? No me pidas lo que sabes que no puedo darte.

-Sí puedes. No quieres –la corrigió él al tiempo que se levantaba y caminaba despacio en

dirección a las escaleras que subían al paseo marítimo, solitario a esas horas de la noche.

W y n i e corrió tras él. Se abrazaron y se besaron largamente. Besos que tornaron el sabor dulce de la miel por el amargo de la despedida. El volvió a Madrid y ella, tal como tenía previsto, permaneció en la isla hasta el final del verano. Un día después de regresar a la ciudad lo telefoneó sin obtener respuesta. Deshacía las maletas sintiendo su piel aún impregnada de las caricias de El Tuitero y su mente anclada en los repetidos "te quiero" que él pronunciara la última



madrugada que pasaron juntos. Maldecía su suerte con los hombres y no entendía la razón que llevó a su amigo más especial a desaparecer de su vida de repente, sin enfados ni adioses. Sin palabras. La invadieron la tristeza y la rabia. La tristeza de haberlo perdido. La rabia de mantenerlo en sus pensamientos sabiendo -o mejor dicho, sospechando de forma contundente- que él andaba con otra mujer...

La razón de su malestar estaba escrita en la red. Wynie la buscó y la encontró en el perfil de su ya ex amigo. Leyó un tuit que intuyó

dirigido a ella y que la impulsó a seguir buscando la información que necesitaba.

@ElTuitero El ser humano se amarga cuando fracasa en los retos difíciles, sin darse cuenta de que tiene la felicidad de su lado y conseguirla resulta fácil.

De inmediato, otro tuit aclaraba el anterior.

@ElTuitero Me creí enamorado de una mujer que no me quería bien y no me di cuenta de que el amor de mi vida llevaba bastante tiempo a mi lado. Gracias por abrirme los ojos @LaSeñorita.

Enfadada y reprimiendo lágrimas amenazantes que pugnaban por inundar su rostro de decepción y desconsuelo, buscó la cuenta de la citada señorita y encontró nuevos motivos para ahondar el pozo de su amargura.

@LaSeñorita No tienes que agradecerme nada. Feliz de que estés a mi lado y ojalá sea para largo @ElTuitero

@ElTuitero Para todo el tiempo que tú quieras. Love. @LaSeñorita

W y n i e apretó sus labios resquebrajados por el sol de Canarias y apagó el ordenador. A

partir de ese momento intentaría evitar que los recuerdos de su ya ex amigo volvieran a asaltar sus pensamientos. No tenía mucho dinero pero decidió irse de compras. Desde el probador de una boutique del centro de la ciudad, enfundada en un sugerente modelo que realzaba su piel tostada, llamó a Emi. Se citaron esa misma noche. Tras la breve conversación, se detuvo unos minutos frente al espejo y sus ojos vislumbraron complacidos la figura de la mujer que pretendía ser: hermosa y libre como el viento. Decidida a expulsarlo de su mente y de su

vida, no le habló a su amiga del desengaño que acababa de llevarse. Tampoco Emi le preguntó por El Tuitero, embargada aún por la emoción de los días que pasó recluida con El Polaco en el apartamento del Madrid de Los Austrias, que Wynie le prestó para que lo usara como guarida amorosa durante el tiempo que ella estuvo en Canarias.

Sentadas en una terraza de moda de la Gran Vía, El Polaco monopolizó la conversación del primer encuentro de ambas amigas después de las vacaciones. Emi confesó que los días que pasaron

juntos habían transcurrido de la cama a la mesa, entre el sexo y la cocina. Sin salir a la calle y sin hablar con nadie.

-Tengo unas agujetas tan inmensas y me duelen tanto las piernas que no puedo caminar ni un par de metros seguidos.

-¡Venga ya! No exageres.

-Ni un pelo. En estos últimos días he hecho más gimnasia que Nadia Comaneci en sus buenos tiempos. Mis piernas se han abierto como nunca, mi cuello se ha alzado como el de un cisne, mis brazos han estrechado su cuerpo con una

fuerza inusitada. Mi boca ha recorrido kilómetros de su piel, mi lengua se ha ensanchado de tanto besar y mi garganta se ha dilatado como si fuera plastilina. ¡Soy tan feliz!

-Disfrútalo. Él también estará encantado.

-Sí. Ambos sabemos que, como siempre, durará poco, pero la experiencia nos ha enseñado a asimilar que así es nuestro amor: fuerte y efímero. Ya no me pide que vivamos juntos, ni yo le pregunto si anda con otras mujeres cuando no me tiene cerca. En esta ocasión hemos disfrutado de nosotros sin

plantearnos el sentido o el futuro de nuestra relación. Y te aseguro que cada vez que hacemos el amor resulta mejor que la anterior.

-¡Qué suerte! Me alegro de que lo hayas pasado tan bien y seas tan feliz. Por cierto, ¿tanta marcha tiene El Polaco, con más de sesenta años? Estoy impresionada.

-Sesenta y dos –apuntó Emi. Y más agilidad y potencia que uno de treinta. Practicamos el sexo en posturas inverosímiles, me penetra por delante y por detrás y lo hacemos durante toda la noche. Desayunamos y seguimos, sin que él eyacule ni se canse. Se trata del



único de los hombres con los que he estado que es capaz de cansarme a mí. Como te he dicho muchas veces, tengo claro que he descubierto el sexo a su lado. Lo que hacía con mi ex marido o con otros hombres no puede compararse con las sensaciones que experimento junto a El Polaco. Él me lo ha enseñado todo en cuestiones amorosas pero, sobre todo, a su lado he aprendido a desinhibirme como nunca antes me había ocurrido.

-¿En qué sentido? Dame más detalles, por favor.

-En el sexo oral, por ejemplo.

No me gustaba hacérselo a mi marido ni tampoco que él me lo hiciera a mí. Con El Polaco, sin embargo, soy capaz de conseguir que su pene tamaño vaso de cubata me llegue a la garganta sin soltar una sola arcada.

-¡Impresionante!                    –exclamó Wynie, admirada.

-Es cuestión de práctica y de interés, por supuesto. Hago lo que él me ha enseñado con mucho gusto y, además, me proporciona un gran placer. No solo disfruto cuando mi amante me estimula, sino también cuando lo hago yo.

-Lo sientes así porque entre vosotros, además de buen sexo, hay amor, ¿verdad?

-Sí. Él me dice y me repite que me quiere constantemente, y yo le correspondo, aunque los dos seamos conscientes de que las cosas tienen que seguir como están, al menos, en el futuro próximo. No puedo obligar a mis hijas a compartir nuestra casa con él.

-Ni siquiera lo has hablado con las niñas, Emi.

-Son mis hijas. Las conozco y sé que no les gustaría.

Emi relató que el tercer día de estancia de su amante en Madrid salieron del refugio con la única intención de aprovisionarse de los alimentos necesarios para disfrutar sin distorsiones de las cuatro jornadas de dicha compartida que les quedaban. En el corto trayecto al supermercado, la mirada masculina ávida de deseo se posaba en cada una de las curvas y los pliegues del cuerpo femenino, adornado con un sugerente vestido de seda. E mi sentía en su piel el calor de los ojos de su amante, cual rayos de sol que hacían brotar tímidas gotas de sudor en su frente.

El Polaco le susurraba al oído piropos llenos de erotismo y ella notaba cómo sus profundidades más íntimas empezaban a humedecerse. En el interior del establecimiento, mientras examinaba los diferentes tipos de quesos, El Polaco introdujo su mano en el ancho y generoso escote del vestido y achuchó entre dos de sus largos dedos el pezón derecho. Emi lanzó un alarido mezcla de sorpresivo y placentero, provocando que las miradas del resto de la clientela se volvieran hacia la pareja.

Lejos de molestarle, sintió una

simpatía infinita hacia el gesto espontáneo de su amado, al tiempo que la timidez propia de quien se siente observado la impulsó a refugiarse en el pecho del hombre. Él la abrazó y acarició sus cabellos, firme su figura delgada y alta y su rostro de extranjero inquiriendo a los curiosos con gesto de ¿qué miráis?

Emi consideraba a El Polaco un animal sexual. Era de los tipos que, aún teniendo a su lado a la mujer amada, era incapaz de pasear por la calle sin que sus ojos se tornaran ávidos ante la belleza de otro cuerpo femenino. Ella lo notaba y,

aunque llegara a incomodarla en alguna ocasión, no le daba importancia porque sabía que se trataba de un instinto irrefrenable que superaba al raciocinio. Sin embargo, eran las miradas que su compañero dedicaba a otras mujeres el motivo por el que no le importaba pasar las horas encerrada junto a él: así no veía a nadie ni tenía opción de desear un cuerpo distinto al suyo. En esta ocasión comprobó halagada que su amante solo había tenido ojos para ella. Ni siquiera se inmutó ante los pechos voluminosos y las curvas moldeadas de un grupo de jóvenes

latinoamericanas que aguardaba justo delante de ellos el turno para pagar las compras.

Al salir del supermercado, El Polaco, como si hubiera adivinado sus pensamientos, pellizcó los muslos de E mi al tiempo que sus labios le acariciaban el oído con las palabras "nadie es comparable a ti". La temperatura de ambos aumentaba conforme se acercaban al apartamento. Casi sin dejarle tiempo de que sacara la llave de la cerradura tras abrir la puerta, El Polaco dejó caer las bolsas de la compra en el suelo y se abalanzó, presa del deseo, al cuello de Emi.



Dejando cual vampiro inocente las huellas suaves de dientes que pretendían amar sin molestar y de dedos que se hundían con avidez en las curvas ardientes, El Polaco la amaba con la fiereza de un animal en celo y, cuando las paredes de la casa vibraban con los gemidos de ella, le pedía que le clavara las uñas en su espalda, más y con más fuerza, hasta dejar incrustadas las señales de una pasión que se encendía con el deseo y se apagaba en la distancia.

En medio del salón, le quitaba las bragas y le pedía que se tumbara adoptando la posición del

perro. Él mismo la acomodaba procurando que su cabeza estuviera lo más bajo posible, casi rozando el suelo de madera. Abría sus muslos y, durante unos instantes, se recreaba en la belleza de la visión de aquel trasero redondo, blanco y delicado. Lo palpaba, lo pellizcaba y lo mordisqueaba. Humedecía con su boca el bonito orificio que pretendía perforar y preparaba la introducción con la punta de su lengua. Mojaba asimismo su herramienta con saliva, la acercaba al objeto de su deseo, separaba las nalgas con sus manos y la metía con suavidad hasta sentir que horadaba las

profundidades.

Haciendo caso omiso de unos gritos de dolor que eran el preludio de sollozos placenteros, empujaba su polla con ardor hasta alcanzar la meta que lo conducía al éxtasis. Y estallaba de júbilo al comprobar que los vellos de su pubis frotaban los bordes del ano femenino. Cerraba con fuerza el mentón y luchaba por contener el brote de la savia que llenaba sus testículos. Acariciaba el clítoris de su compañera para eliminar los restos de su dolor y trocarlos por placenteras vibraciones.

Volvía a presionar con el glande los rincones más profundos y continuaba la penetración vigorosa hasta sentir las vibraciones de su hembra extenuada por el éxtasis. Solo entonces salía de su interior y derramaba en su espalda un caudal de vida...

En los días siguientes, hasta que el vuelo Madrid-Varsovia puso fin a tantas horas de sexo instintivo y animal, Emi sintió en su interior el vigor de un falo que parecía agrandarse en cada movimiento y el placer de los músculos propios que se estremecían para acogerlo.

El tiempo transcurrió en una comunión de cuerpos que vibraban al sentir la fuerza de su unión efímera y fiera, de bocas que mordían labios deseosos, de brazos sobre los que descansaban músculos extenuados de amar... El Polaco llegó al aeropuerto con el labio inferior hinchado en su extremo derecho y un moratón bien visible en su cuello. Eran los signos externos de la pasión primitiva que lo había dominado durante la intensa semana que pasó junto a su amada en el interior de un apartamento del centro de Madrid.

Olivia, por su parte, empezó el

verano decidida a expulsar a El de 28 de su corazón y de su vida. Los hechos le habían demostrado que nada duradero podía existir entre ellos. Dos veces llegó a creer en sus promesas y a ilusionarse con la posibilidad de una relación estable. Y en las dos sintió la fría guadaña del desengaño haciendo añicos hasta el último rincón de sus entrañas doloridas. No podía ni verlo ni olvidarlo. Él la había telefoneado repetidamente sin obtener respuesta. Incluso se dignó a visitarla en su casa pero ella no le abrió la puerta. Quería apartarlo de su vida y era consciente de que la

distancia impuesta constituía la mejor manera de conseguirlo. Estaba profundamente dolida y convencida de que volver a empezar con él cualquier tipo de relación no le traería nada bueno. Ya lo había comprobado en dos ocasiones y no tenía ni ganas ni fuerzas de intentarlo una tercera.

-“Nunca. Donde mejor está es fuera de mi existencia” –reiteraba para sus adentros frente al espejo mientras se maquillaba cuidadosamente. A continuación peinaba con esmero su larga melena negra, que lucía brillante y voluminosa. Se veía muy guapa.

“Soy una mujer con poderío, capaz de volver loco a cualquier hombre. No necesito a mi lado un mocoso que me haga sufrir” –le hablaba a un espejo complaciente que le devolvía la imagen de hembra hermosa y segura que quería ver en sí misma. “Adelante. Siempre adelante y pisando fuerte. El pasado es eso, pasado” –reiteraba a su fuero interno entretanto se ponía la chaqueta, cogía el bolso y cerraba con llave la puerta de su casa.

Esa noche salía sola y no le importaba. Tomó un taxi hacia una lujosa coctelería de la zona norte



de Madrid donde conocía al relaciones públicas. Tomaría una copa tranquila, sin más pretensión que la de entretenerse un rato, aprovechando que no le tocaba hacer de madre.

-La dejo aquí, si no le importa. El local está a menos de cien metros, pero hay un automóvil del cuerpo diplomático parado justo en la entrada. No puedo acercarme – le indicó el taxista.

-Vaya, le contestó con indiferencia, como si el asunto no le interesara lo más mínimo, aunque celebrara en su interior que la noche empezaba con visos

prometedores...

Apresuró el paso hasta la puerta y le sorprendió la amabilidad exquisita con la que la recibieron.

No era cliente y no recordaba haber estado más de dos veces en ese lugar. Al acceder a su interior lo entendió todo. Estaba lleno de hombres y las pocas mujeres que había iban acompañadas.

-Has elegido la mejor noche. Tienes para escoger –le dijo su colega el relaciones públicas a modo de bienvenida.

O l i v i a miró a su alrededor: hombres en la barra, hombres en

las mesas, hombres por doquier.

-¿Que pasa aquí hoy, con tanto macho junto? –le preguntó.

-Egipcios –contestó él. El hijo del embajador cumple 25 años y el padre ha invitado a todo el personal que trabaja a sus órdenes. Masculino, claro, ya sabes cómo son estos –precisó con un guiño de su ojo derecho. Me han dicho que para los egipcios el cuarto de siglo es una fecha especial, pero la celebran sin mujeres –añadió haciéndose el interesante.

-¿Y quién es el cumpleañosero? –quiso saber Olivia.

El relaciones públicas señaló al joven con un gesto. Ocupaba la mesa principal, situada a la derecha de la barra donde ellos se sentaban, y rodeada de sendos sofás de piel negra. Estaba acompañado de varios caballeros, todos mayores.

-El padre y los tíos. Es hijo único –informó el relaciones públicas a una Olivia enmudecida, cuyo rostro se había vuelto rojo tras mirar al muchacho.

-Te has puesto colorada como un tomate. ¿Es que lo conoces de algo?

Olivia meditó unos instantes la respuesta.

-De algo... más –contestó con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios.

-Es guapísimo. ¿Acaso te lo has tirado? –la interrogaba el empleado con el retintín cotilla propio de los gais.

-Yo no cuento esas cosas. Con lo que ya te he dicho tienes bastante –replicó Olivia en tono irónico. Recordaba los labios de El Joven Faraón recorriendo sus pechos, las manos hurgando en su interior humedecido y la boca roja

que la besaba con una pasión turbadora. Supo entonces que no se había equivocado al elegir ese lugar para su salida en solitario.

-La noche promete –comentó a su colega, ya relajada y sin querer darle importancia al asunto del joven egipcio.

-Te lo dije cuando llegaste. Y si además conoces al hijo del embajador... ¿No vas a saludarlo?

-Que venga él a saludarme a mí –indicó en plan divina.

No hizo falta que se levantara a saludar al joven egipcio. Seguía en la barra de charla con su colega

cuando un camarero le trajo una nota del hijo del embajador. “Me gustaría que te sentaras con nosotros, belleza. ¿Aceptas?” Ella lo miró y le sonrió. Asintió con una sonrisa y una mirada de sus ojos negros. Él se levantó y se encaminó a su encuentro. Al llegar a su lado la besó en la mejilla y le tendió su mano derecha. La piropeó al oído y acarició con las yemas de sus dedos la larga y brillante melena negra.

-Tienes pelo de faraona –le dijo con la intención de evocar el primer encuentro de ambos, mientras se dirigían a la mesa ocupada por el embajador y sus hermanos.

-Tengo el placer de presentaros a mi gran amiga Olivi a –afirmó orgulloso el homenajeador. Los caballeros la miraron y la saludaron con gestos de complicidad.

Entre halagos aderezados con champán francés y bombones transcurrieron las primeras horas de una larga noche de lujos y placeres en la que cuatro hombres adultos y uno joven se desvivieron por hacer realidad los deseos de una reina a la que colmaron de atenciones. Los detalles del grupo masculino con Olivi a no pasaron desapercibidos para el relaciones públicas del local que, justo cuando ella salía de la



mano del joven egipcio, la despidió con una sonrisa ancha y un "que te diviertas mucho, reina mora".

Precisamente, como una reina mora se sentía ella. Más aún, cuando su amigo la invitó a compartir el broche de oro de la festiva madrugada: una magnífica suite en el hotel Ritz. Era el regalo del padre orgulloso al hijo que cumplía veinticinco años y que pasaría el resto de su aniversario gozando de las mieles de una hembra hermosa y ardiente...

Un automóvil negro del cuerpo diplomático los llevó hasta la puerta de establecimiento hotelero. O l i v

i a entró orgullosa en la recepción de ese palacio barroco, el hotel más exquisito y con mayor solera de la capital de España. De la mano del joven y apuesto faraón se sentía más alta, como si sus tacones crecieran y su ser entero percibiera que esa noche iba a tocar el cielo con las manos. Nada más entrar en la suite, el anfitrión se dispuso a llenar la bañera de hidromasaje para dos que presidía la gran estancia de aseo.

-Vamos a empezar nuestra fiesta privada entre burbujas, reina. Voy a pedir que nos suban champán y estoy contigo.

Ella, sentada en el sofá, liberaba sus pies de los altos stiletos y asintió lanzándole un beso de sus labios rojos. Él terminó de hablar por teléfono y se acercó a su lado. Le quitó la falda con delicadeza mientras besaba su cuello y dejaba al descubierto unas medias de seda sujetas por ligeros negros de encaje a los que dirigía ávidas miradas de deseo. Entre besos y palabras susurrantes llegó el champán y la bañera terminó de llenarse. El muchacho cogió un pequeño frasco del bolsillo de su chaqueta, lo agitó y lo vertió en un agua que al instante se tornó

blanca.

-Un baño de Cleopatra con leche de burra. Para ti, mi reina –le dijo clavando los ojos en el canal de sus pechos.

-¿Llevabas el bote en la chaqueta? No sabías que ibas a encontrarme. Lo cogiste para la que te tocara, pero no importa. Es un bonito detalle.

-Me lo dio mi madre antes de salir. Le prometí que solo lo usaría si encontraba a una mujer de verdad. Tú lo eres –la halagó.

Se amaron sumergidos en las aguas repletas de espuma y teñidas

del blanco de la leche de burra. Ardiente y romántico a la vez, el faraón secó con esmero cada pliegue del cuerpo de su Cleopatra y la condujo en brazos a la ancha cama. La tendió completamente desnuda y le pidió que cerrara los ojos. Cogió las finas medias que ella llevaba puestas y las usó para atar cada una de sus muñecas a los barrotes de hierro negro del cabecero...

Completamente desnuda y tumbada boca arriba, Olivia observaba ensimismada los adornos barrocos del techo de la lujosa suite. Sus muñecas atadas

impedían el movimiento de la parte superior de su cuerpo. Era la primera vez en su vida que un hombre la había inmovilizado y no sentía miedo. Ni siquiera estaba inquieta. El Joven Faraón, de pie frente a ella, la miraba fijamente, escudriñando cada centímetro de su anatomía, como si pretendiera estudiar todos los detalles para no olvidarlos nunca.

-Olivia, Olivia -susurraba-y a ella el sonido de su nombre en los labios del joven extranjero le parecía música celestial.

Sin quitarle los ojos de encima, él se despojó del albornoz blanco,

dejó al descubierto su cuerpo fornido y la vista de Olivia bajó del techo para deleitarse con el torso esculpido y la piel oscura, tersa y brillante de la figura masculina que mostraba una erección completa. Embobada en la contemplación de la hermosa virilidad, no se dio cuenta de que él abrió el cajón de la mesilla de noche contigua, sacó un pañuelo de seda azul marino y otro objeto que depositó sobre el mueble. Dobló el pañuelo y lo dejó caer con suavidad sobre los ojos de ella. Tomó entre sus dedos la pluma de ave que dejara sobre la mesilla y la deslizó lentamente por

el canal de los pechos de Olivia, que cerró los ojos para entregarse de lleno a las sensaciones del objeto desconocido que acariciaba su piel. Pensaba que se trataba de algo parecido a una pluma, pero no podía verlo y tampoco le preocupaba. La pluma ejecutaba un baile sensual sobre su vientre y descendía hasta los labios de una flor cuyos pétalos vibraban al contacto.

Los ojos de Olivia permanecían cerrados y tapados por el pañuelo azul. Su mente volaba al ritmo de las olas que cruzaban su interior y se esparcían en la orilla del placer.



Los labios de El Joven Faraón se posaban sobre los suyos; las lenguas se recibían sedientas de deseo y se fundían en un abrazo profundo e interminable; la pluma se paseaba por la entrepierna femenina, subía hasta las ingles y las cruzaba con un roce sigiloso.

Los finos vellos erizados transmitían una corriente de gozo que atravesaba el cuerpo entero de la hembra y estallaba en su cerebro...

El Joven Faraón se encaramó a la cama, devolvió la luz a los ojos de su Cleopatra y situó frente a su boca el esplendor completo de su

masculinidad. Le suplicó con las voces del deseo que lo besara, que lo acogiera entre sus labios, que le mostrara el camino y que lo transportara al paraíso profundo de su garganta. Y la boca de la Cleopatra sumisa y atada chupó con esmero un glande que sabía a miel y a especias orientales. Despacio y con maestría, empezó a introducir en su interior el falo ardiente y duro, su respiración acompasada al movimiento suave de las caderas masculinas, la boca que se abría más y más y la lengua que lo agasajaba con sus besos mientras lo conducía hacia dentro.

Las rodillas del hombre se clavaron en la cama, su cuerpo se impulsó hacia delante y el instrumento al completo llenó la boca de Olivia y tocó las puertas del paraíso. Ella giró el cuello, sus músculos se dilataron y la herramienta cruzó limpiamente su garganta, sin que se ahogara ni se sintiera incómoda. Así permaneció unos instantes, quieta, las manos atadas a la cama y la cabeza inclinada. Sentía la virilidad que crecía en el interior de su boca y miraba hacia arriba para deleitarse con la belleza del rostro extasiado de El Joven Faraón. Él se movía

como si la penetrara y ella respiraba al compás de sus gemidos.

Salió de su boca y se derramó en sus pechos y en su vientre. Extendió cuidadosamente el semen por todo el delantero de Olivia, al tiempo que le decía con voz cálida que era bueno para su piel. Se tendió a su lado y le acarició el clítoris humedecido con su dedo índice. Presionando suavemente, inició un movimiento circular que adquiría velocidad conforme crecían los gemidos de placer de ella. Siguió hasta que Olivia tensó las piernas y recibió la corriente del

orgasmo que electrificó su cuerpo atado de manos. Lanzó un gemido, echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo. El Joven Faraón soltó sus ataduras y la besó en los labios...

## **Relaciones y decepciones**

El verano de calores y fulgores dio paso a un otoño plagado de decepciones. Emi, Wynie, Katty y Olivia lo recibieron en estado de tristeza profunda y enfado generalizado hacia el género masculino. Vivían con estupor el viaje a pique de unas relaciones

que vislumbraron prometedoras y agonizaban dejando un reguero de dolor en unos casos, de rabia en otros y de desengaño en todos.

Después de la estación estival, Emi se sumergió en la vorágine laboral con un sentimiento de obligación -no de gusto- que le enseñaba las garras con más fuerza que nunca. Era consciente de que, en la durísima situación que atravesaban la mayoría de los profesionales del Periodismo en España, el sillón de directora desde el que ejercía su cargo y la nada desdeñable nómina que le ingresaban cada mes no le daban

derecho a quejarse en público. Ni siquiera, a desahogarse con Wynie, informadora acreditada y de amplia experiencia a quien la precariedad y la crisis ahogaban cada día en la hiel de la desesperanza. Sin embargo, no podía evitar hacerlo en privado. A gritos, preguntaba a las paredes de su comfortable salón para qué quería ser directora si no podía elegir a ninguna de las personas que integraban su equipo; si tenía que conformarse con profesionales inexpertos, mediocres y hasta inútiles solo porque no exigían ni salarios ni derechos o eran enchufados de los dueños de

la publicación. La rabia se acentuaba porque dicho problema recaía en ella y lo sufrían su cuerpo y su mente, ya que la obligaba a echarse encima más carga de trabajo de la que era capaz de sobrellevar.

Tenía clarísimo que conservaba su puesto porque la revista había ganado dinero a espuertas desde que ella la dirigía y, aunque los beneficios mermaron con la crisis, no se vieron obligados a cerrar como ocurrió a otras publicaciones de la competencia. Y sabía también que las ganancias estaban directamente relacionadas con su



buen hacer y el tesón con el que afrontaba su trabajo, pero era precisamente esa dedicación la que le estaba robando el tiempo, las fuerzas e incluso las ganas de vivir. Sus hijas se criaron con su ex marido y con su madre mientras ella fue dejando, primero en sus puestos de redactora jefe y subdirectora y luego, en el sillón de directora, hasta el último suspiro de su aliento. Inmersa en la crisis de la mitad de la vida y enamorada hasta el tuétano de su amante El Polaco, no encontraba la forma de permanecer a su lado. ¿Para qué quiero tanto dinero, si no puedo

levantarme cada mañana junto al hombre que amo? –gritaba enfurecida a las pareces de su hogar. Ese era el dilema de su vida actual, lo que la intranquilizaba y le quitaba el sueño.

Como parece ser ley que domina la existencia humana, cada persona ansía lo que no tiene. Al contrario q u e Emi, Wyni e se negaba, por principios incrustados en cada fibra de su ser desde que se divorciara, a compartir su vida con hombre alguno. Tenía claro que acababa de perder a El Tuitero por su ofuscada oposición a que vivieran juntos. Recién llegada de

sus vacaciones familiares comprobó que, pese al amor que le confesara en Las Palmas, él había decidido despertarse cada mañana al lado de otra mujer: una señorita que se dedicó a pregonar su felicidad por cada esquina del ciberespacio y a dejar claro a todo aquel que entrara en su cuenta de Twitter que a su lado tenía un hombre que iluminaba sus noches y colmaba sus deseos por completo.

-Vale, vale, ya me he enterado – se quejaba a su amiga Emi, con el teléfono en la mano derecha y los ojos -rojos de indignación-clavados en el perfil de @LaSeñorita en

Twitter.

-¡Que mujer más basta! ¡Contar esas intimidades en una red social! ¡De señorita, nada. No entiendo por qué pierdes el tiempo en leer las ordinarietas que escribe semejante poligonera! ¡Seguro que hasta tiene faltas de ortografía! –exclamaba Emi en un tono no exento de rabia. Quería tanto a su amiga del alma que, cuando Wynie se enfadaba o sufría, a ella le dolía hasta el fondo de eso, del alma.

-Sí, claro que tiene faltas, ¿y qué? Él está con ella, no conmigo –lamentaba Wynie subiendo el tono de una voz que Emi notaba dolida a

través del aparato. No he podido conquistarlo. De nada me ha servido ser tan culta, haber recorrido el mundo, aprendido otros idiomas o devorado miles de páginas –continuaba protestando, las lágrimas prisioneras en sus ojos porque se negaba a dejarlas escapar y el corazón atado por las cadenas del raciocinio para que no tuviera la tentación de expresar sentimientos indeseados.

-Deja las maldiciones y cálmate, Wynie. Tienes lo que has querido. Te pidió que vivierais juntos y te negaste en firme. ¿Qué esperabas? Él ha hecho lo lógico:

buscar a otra mujer que le concediera el deseo que tú no quisiste darle. Ahora debes ser fría y actuar en consecuencia: ponte de inmediato a hacer los deberes del olvido –le ordenó tajante, más en tono de jefa que de amiga.

-Vale, vale. Se nota que mandar es lo tuyo, se te da muy bien –le contestó riendo. Voy a buscar por todos los rincones de mi casa una varita mágica que aleje a El Tuitero de mi mente y de mi vida. Para siempre –sentenció.

-Pues ya estás tardando. Se acabó y no le des ni una vuelta más –la apremió Emi antes de colgar.

Por mucho que se empeñara, la medicina del olvido no hizo el efecto pretendido ni actuó con la diligencia que Wynie deseaba. Además de la decepción, la rabia anidaba en sus entrañas. Por las palabras falsas. Por los sentimientos fingidos. Por el paso radical del "te quiero" al te ignoro que su otrora amigo especial le había propinado. Por los momentos de gloria que se esfumaron; por las charlas y por los besos que se llevaron el viento y el mar. Frases llenas de poesía y borradas por el desprecio de quien mismo las escribiera. Erosionadas por el hielo,

como si nunca hubieran existido... Cuando los recuerdos dulces del amor perdido asaltaban sus pensamientos, recordaba el mandato de Emi y rememoraba las palabras de Olivia: "buscan a una mujer que los mime, les caliente la cama cada noche, se desviva por ellos... Los hombres son muy simples, amiga..."

-Y muy cobardes: incapaces de afrontar la situación y hablar de forma clara y abierta, como personas maduras –mascullaba una mañana en que se despertó sola en su cama, añorando los tiernos besos d e El Tuitero en días



similares a ese. “Cuando te dejan de repente, después de haberte manifestado tanto amor, la mayoría de los hombres actúan como seres despreciables...” –bramaba en un tono que se confundía con el rugido de la cafetera... La sombra de un adiós definitivo la acompañó durante el desayuno. Sabía que la posibilidad de volverlo a ver era muy remota. El Tuitero no pertenecía a su círculo de amigos. Ni siquiera vivía en la ciudad, sino en un pueblo de la periferia de Madrid. Tenía que rendirse a la evidencia obligada del olvido y era consciente de que solo en brazos de

otro hombre podría conseguirlo. "Otro vendrá que su hueco ocupará" —se repetía decidida a que ese proyecto de amor quedara relegado al pasado remoto de su vida y nunca regresara para atormentarla.

Una tarde de aquel otoño de lágrimas y decepciones, Emi se afanaba en preparar una pequeña maleta para pasar tres noches en un hotel de la capital de España junto a El Polaco, a quien no veía desde el verano. Su amante llegó a Madrid un jueves para participar en una exposición-feria de tapices de los siglos XVIII y XIX y regresó a Varsovia el domingo. No la avisó

con la necesaria antelación y ella tuvo la mala suerte de que ese fin de semana le tocara trabajar y no pudiera delegar en nadie de su reducido equipo las tareas pendientes. Dicha circunstancia provocó que apenas durmiera en todo el fin de semana. Pasó los días trabajando y las noches amando con la pasión incandescente que caracterizaba unos encuentros envueltos en deseo y fuego.

Se presentó en el hotel con un bizcocho de limón que había preparado con esmero para agasajarlo -sabedora de que a él le encantaba- además de unos

bombones de fino chocolate suizo que compró en su pastelería preferida. Los citados dulces constituyeron la única cena de la pareja y los saborearon acompañados de una botella de champán que El Polaco solicitó al servicio de habitaciones. Emi vistió la intimidad de su cuerpo con un exclusivo conjunto de lencería roja de encaje -el preferido de su amante- que él retiró de su piel después de rociarlo con las gotas doradas de la espumosa bebida y de regalar a sus pechos las caricias fogosas de su lengua experta. Tal como había ocurrido en citas

anteriores, ella volvió a comprobar que estaba en los brazos del mejor amante de su vida. Una vida que se le antojaba corta en comparación con los sesenta y dos años de existencia de su hombre.

Se amaron hasta quedar extenuados en las noches del jueves y del viernes. El sábado, Emi pidió a su madre que se quedara con sus hijas para disfrutar junto a su amante de una comida en un restaurante de moda del centro de la ciudad. La velada se prolongó durante dos horas y se trató del único tiempo de la estancia de El Polaco en Madrid en que lo vio

vestido. Cada noche que llegaba al hotel después de trabajar, su hombre la recibía desnudo en su habitación. La obsequiaba con el intenso deseo que brotaba de cada uno de los poros de su piel, la mantenía achuchada entre sus brazos y atravesaba su interior con el fuego que encendía su potente virilidad al alcanzar la erección completa.

Emi saboreaba la plenitud de la felicidad extrema que le producían esos momentos de inigualable intimidad. A su lado comprendió que la hacía vibrar de una forma especial e intensa,

proporcionándole sensaciones jamás sentidas con hombre alguno. Pero el amor se presenta a menudo con dos caras, la dulce y la amarga, y la miel se transformó en hiel antes de que la ansiada visita tocara a su fin...

La última noche de las tres que pasaron juntos transcurrió entre el paraíso del placer donde la sumergía la inconmensurable potencia de su amante y el remanso de paz que envolvía su ser entero cuando se recostaba sobre su pecho. Acurrucada entre sus brazos y con el calor de sus besos en las mejillas y en las comisuras

de sus labios, la ebullición del momento provocó que un involuntario “te quiero” saliera de su garganta, nítido y espontáneo.

-Yo también a ti. Lo que no quiero es que sufras por mí –le contestó El Polaco.

-No te preocupes. Sé que algún día encontrarás a una colombiana que te haga sopitas todas las noches y olvidarás a tu geisha...

-¿Por qué colombiana? ¿No puede ser brasileña? –preguntó él.

E m i fue incapaz de contestar, petrificado su cuerpo y enmudecida su garganta mientras escuchaba la



dura confesión. El Polaco le reveló que había estado con otra mujer, una brasileña. Al escuchar de sus labios esa palabra, Emi supo que su pérdida empezaba a abandonar el terreno de la posibilidad remota para entrar en el de la realidad cercana y certera. El fantasma de la usurpadora aplastó su cabeza con tanta fuerza que le resultó imposible expulsarlo del remolino de pensamientos lúgubres que la atacaban cual jauría de perros rabiosos.

-¿Me estás diciendo que tienes a otra y que me dejas? -le preguntó tras unos minutos de

silencio, en un tono que denotaba mitad rabia y mitad tristeza.

-No soporto la idea de vivir sin verte, Emi. Sabes que soy sincero. Te he hablado en repetidas ocasiones de mis deseos de compartir contigo el resto de mi vida. Eres tú la que no quieres hacerlo.

-No es que no quiera. Sabes que, por ahora, no puedo. Ya conoces las circunstancias de mi vida.

-Y tú también las de la mía. Me siento viejo. No quiero estar solo.

-Entonces, ¿vives con ella? –

inquirió apesadumbrada.

-Sí –reconoció el hombre. Ello implica que no podrás quedarte en mi apartamento cuando vengas a Varsovia.

-No pensaba hacerlo. Parece que ya no se me ha perdido nada en esa ciudad.

-Yo sí que pienso venir a verte de vez en cuando, como hasta ahora. No quiero perderte, acabo de decírtelo. Es más: tengo la intención de volver en Navidades. Si estás dispuesta a recibirme, por supuesto.

-Ya lo pensaré. Hasta mañana

– se despidió. Se dio la vuelta en la cama y se colocó de espaldas a él, dando por finalizada la espinosa conversación.

El Polaco acarició sus cabellos durante un buen rato, hasta que se quedó dormido. Ella tenía los ojos cerrados, aunque estaba despierta. El reloj marcaba con parsimonia el paso de la noche mientras las dudas inundaban la mente de Emi . Sabía que tenía que tomar una decisión. Abrió los ojos y repasó con su mirada el largo cuerpo desnudo de su amante, con el presentimiento de que sería la última vez en mucho tiempo... Se

levantó y se vistió en la oscuridad y en silencio. Se marchó sin decir "adiós" ni "hasta luego". Como si nunca nada hubiera ocurrido entre ellos...

No soportaba la idea de compartir a su hombre con otra mujer. Así de claro lo expresó ante su amiga Wynie, a quien visitó a la mañana siguiente de la espantada silenciosa y oscura que propinó a su amante.

-Entonces, ¿vas a terminar con vuestra relación de forma definitiva? -quiso saber su confidente.

-No me gustaría hacerlo, pero siento que el fin es el único remedio. No me da la gana de que entre en mi cuerpo después de metérsela. A otra –soltó espontáneamente y en tono enérgico.

-Bueno, al menos ha tenido la decencia de decírtelo y enfrentarse a los hechos cara a cara. No como otros –apostilló Wynie.

-Te refieres a El Tuitero, ¿verdad?

-No sé quién es ese tipo, Emi. Estará en la lista de los que eché a la papelera y quedaron en el

pasado de mi vida. Reciclo envases, papel y vidrio, no hombres. En cualquier caso, vayamos a lo tuyo. ¿Qué te importa que tu polaco esté con una brasileña a miles de kilómetros? Cuando venga a verte será solo para ti y la apartará de su mente, estoy segura. ¿Por qué vas a rechazarlo? ¿Cuestiones morales, quizás?

-Sabes que no es así. No me parece mal que tenga a una mujer en su tierra que lo cuide y le haga sopitas cada noche. Es un hombre libre y tiene todo el derecho a vivir su vida. Nunca me ocultó que ese era su deseo y yo, como sabes, ni

estaba ni estoy en condiciones de concedérselo. Los tiros van por otro lado, querida amiga.

Tras un breve inciso, Emi acercó su rostro al de Wynie y, en tono de confianza, prosiguió.

-Soy una persona que se cuida mucho y las cuestiones de salud me preocupan. No quiero arriesgarme a contraer una enfermedad de transmisión sexual. Accedí a hacerlo sin preservativos cuando estaba segura de ser la única.

Ahora la situación ha cambiado y no quiero que me penetre sabiendo que unas horas antes ha



salido de otra cama y del interior de otra mujer.

-Te entiendo, pero eso tampoco debería ser un problema. Que use preservativos a partir de vuestro próximo encuentro.

-No es suficiente. El Virus del Papiloma Humano (VPH) puede estar en los testículos, y los hongos también. A ellos no les afecta pero en nosotras, ese asqueroso virus suele provocar un cáncer de cuello de útero. Estoy muy orgullosa de mi salud y me niego a que nadie me la estropee.

-Haces bien. Y hablando de

todo esto, ¿qué pensará La Brasileña sobre el asunto? ¿Tú qué opinas?

-Nada. No creo que le preocupe. Ella no sabe que yo existo. Se cree que es la única.

-¡No me digas! –exclamó Wynie.

-Lo que oyes. A mí me ha contado que La Brasileña vive en su casa, pero a ella le ha ocultado mi existencia.

-¡Anda! Y yo que pensaba que, al menos, había un hombre sincero en nuestras vidas.

-Pues ya ves que no lo es del

todo. No me da la gana convertirme en cómplice de una mentira, Wynie. Si alguna vez me apetece ir a Varsovia, como ya he hecho en varias ocasiones, no pienso quedarme en un hotel y jugar a las amantes clandestinas. O duermo en su casa o no voy –expresó con firmeza. No me preguntes por qué, pero siento que esta historia de La Brasileña no durará mucho. Y cuando termine, si yo no he encontrado a otro que lo sustituya, volveré con él. No me importa admitirlo. Por supuesto, antes me aseguraré de que sigue sano –precisó.

-Sé que aún estás enamorada de él y me admira la fortaleza con la que estás haciendo frente a este supuesto final de vuestra relación – observó Wynie.

-He hablado con Olivia antes de venir a tu casa y se lo he contado. Mira por donde, ella también lo ha llamado así, supuesto final. Está convencida de que El Polaco y yo volveremos a estar juntos.

-Lo que pensemos las demás no debe importarte mucho. Lo que cuenta ahora es cómo te está afectando a ti. Ha sido tan repentino...

-No he llorado desde que me confesó lo de La Brasileña, de verdad. He perdido al hombre de mi vida y no estoy triste. Me siento en paz conmigo misma. Y abierta a lo que pueda venir...

-No te creo, Emi. Acabas de confesarme que has perdido al hombre de tu vida. ¿Cómo no vas a estar triste?

Ni que fueras extraterrestre...

-Triste no es la palabra adecuada. Si te soy sincera, lo que siento es rabia y no se debe a que esté con otra mujer, sino al gesto desconsiderado de contármelo a

sabiendas de que iba a hacerme daño. Objetivamente, no me parece mal que tenga otras relaciones mientras yo no me entere. Solo nos vemos una vez al mes, como mucho, y se trata de un hombre muy fogoso. Además, yo también he disfrutado de algunas aventuras en su ausencia, como la del moreno de Násau. La diferencia estriba en que se lo he ocultado para no herirlo. Sin embargo, él ha tenido pocos reparos conmigo...

Se negaba a reconocerlo, pero a Emi le preocupaba la posibilidad de que La Brasileña se convirtiera en algo más que una aventura y

terminara por apartar a El Polaco de su lado de forma definitiva. Se estremecía al pensar en ello y sentía la frialdad de una cascada de hielo que caía sobre su cuerpo... No quería perderlo y sabía que su vida sería muy triste sin él. Estaba profundamente enamorada... Sin embargo, con la misma clarividencia de su amor se le presentaba la realidad de no poder colmar la deseada aspiración de su amante: que compartieran sus vidas. Al menos, en el futuro próximo. Se debía a sus hijas adolescentes mientras dependieran de ella. Incluso llegó a barajar la

posibilidad de que El Polaco conviviera junto a las tres, pero no tardó en comprobar que se trataba de una idea descabellada. En una ocasión lo invitó a su casa a tomar café para que las niñas lo conocieran y se llevó la desagradable sorpresa de que la menor se encerró en su dormitorio y no salió hasta que el intruso se hubo marchado. Respecto a la mayor, se limitó a decirle que era muy viejo y que su madre se merecía algo mejor. Ante el referido panorama, no tuvo más remedio que desestimar la opción. Se negaba a que sus hijas volvieran a



sufrir por otro hombre que, además, no era su padre. Por mucho que ella lo quisiera.

Unas cuantas jornadas después de la del adiós, Emi se vio abrazada a su amante y paseando a su lado. Una fina lluvia calaba las calles del centro de Madrid en una noche bulliciosa y festiva. Las gotas de agua que caían incesantes del cielo gris traspasaban las ropas y mojaban la piel, pero ella no sentía frío. Ni las inclemencias climáticas, ni los gritos de la muchedumbre que se agolpaba en las puertas de las discotecas de moda, ni el hambre que empezaba a hacer acto

de presencia perturbaban el estado de plenitud que envolvía su ser entero cuando tenía a su hombre cerca. Caminaron bajo la lluvia y sin rumbo cierto durante un buen rato. E m i lo miraba embelesada mientras lo escuchaba atentamente. Él le hablaba de su vida monótona en Varsovia, de las estrecheces por las que atravesaba su negocio de antigüedades y de la falta de alicientes al levantarse cada mañana. Se lamentaba por su soledad y por la ausencia de ilusiones en su deambular por este mundo. Le confesaba que la muerte lo había visitado y que se dejó

arrastrar por ella, hasta cruzar a su lado la inmensa integridad del firmamento con la velocidad de un fotón.

Emi parpadeaba confusa y él se agachaba para besar con ternura la piel suave que rodeaba sus ojos claros. La estrechaba aún más contra su pecho y ella se estremecía y se refugiaba bajo su hombro. El P o l a c o seguía hablando y le explicaba que la muerte consintió en dejarlo volver a la Tierra con la condición de que saboreara la vida junto a su geisha. Y que, desde los confines del Universo, había vuelto para

decírselo y con la intención de que no se separaran jamás.

Se abrazaron con fuerza y tomaron un taxi. Emi se recostó sobre su pecho y cerró los ojos. Cuando llegaron al hotel, El Polaco la cogió en brazos y cargó con ella hasta entrar en la habitación. Cerró la puerta y la depositó cuidadosamente sobre la cama mientras se desnudaba. A continuación se dispuso a hacer lo mismo con Emi. Desabrochó su camisa blanca, dejó al aire sus pequeños e indefensos pechos y achuchó los pezones entre sus labios, primero uno y luego el otro,

hasta que iniciaron un placentero despertar. Emi gimió y se incorporó en la cama. El Polaco le quitó los calcetines y las botas y mordisqueó los dedos pulgares de sus pies. Ella sintió un suave calambre que atravesaba su ser al completo y estallaba en su cerebro. El hombre retiró las bragas de encaje rojo y palpó su clítoris mojado. Le susurró al oído cuánto le gustaba que lo recibiera con esa predisposición. Emi le dedicó una tímida sonrisa y le rodeó el cuello con sus brazos. El Polaco se levantó con su cuerpo colgando de su cuello, la agarró por las nalgas y la sentó sobre la punta

de su tremenda herramienta en erección. La introdujo lentamente y empezó a moverse dentro de ella. Vaivenes suaves que cobraban fuerza y se hacían rápidos e intensos. Presionaba los muslos con sus grandes manos para alcanzar su interior más recóndito y la embestía una y otra vez, con una potencia implacable. Y Emi , apretando las piernas que cruzaban la espalda de su amante, se abría y dejaba que la penetrara hasta el fondo. Empujones, jadeos y el sudor surcándoles la frente y derramándose por sus rostros... Un gemido agudo salió de la garganta

de ella y su cuerpo se volvió rígido al llegar al clímax. El Polaco siguió empujando, ambos se desplomaron sobre la cama y él estalló de júbilo. E m i sintió su peso aplastándola contra el colchón y supo que era suya. Tuvo claro que no encontraría a nadie en el mundo con la capacidad que tenía ese hombre para hacerla disfrutar y se deleitó con el gesto de placer que quedó dibujado en su rostro inmóvil...

Abrió los ojos y despertó a una realidad certera que no le gustaba. Estaba sola, recostada en el asiento trasero de un taxi parado en la calle. Miró por la ventanilla y divisó

el portal de su casa y a un hombre fumando que no era El Polaco, sino el taxista. Ignoraba si lo vivido había sido un sueño o una mala pesadilla. Lo único claro es que no era real. Abrió la puerta y se apeó del coche. Finas gotas de lluvia mojaron su rostro somnoliento.

-Buenas noches, señora. Veo que se ha despertado. Como se habrá dado cuenta, hemos llegado. No quise molestarla y me puse a fumar para hacer tiempo –le indicó el taxista.

Emi le pagó, le dio las gracias y se puso a rebuscar las llaves de su casa en el fondo del bolso. Abrió y



se refugió en el interior del portal de su edificio, oscuro y vacío a esas horas de la noche. Se sentó en el primer peldaño de la escalera, clavó los codos en sus rodillas y escondió la cabeza entre sus brazos. Pensó en El Polaco y dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas y cayeron al suelo dibujando un círculo impreciso. El agua se derramó de sus ojos hasta dejarlos secos... Se puso en pie con la certeza de que a nadie en el mundo podría amar con esa intensidad que pertenecía a El Polaco en exclusiva.

También Olivia pasó el otoño sumida en el desengaño y presa de

una profunda tristeza. Por mucho que hubiera disfrutado con El Joven Faraón en las largas noches capitalinas de julio y muchos baños que se diera en la playa durante el mes de agosto, sentía a El de 28 incrustado en su piel, como el tatuaje que nunca se borra... La tentación le picaba con la osadía de una víbora y no pudo evitar ponerle un whatsapp para avisarlo de su vuelta. Un rato después, él llamó al portal de su casa en busca de una noche de pasión que Olivia le regaló solícita. Desayunaron juntos y la despidió sin palabras. En su cuello quedaron las huellas del

deseo en forma de sendos lunares morados. En la mesa del salón de su casa, el ordenador encendido, con la pantalla mostrando desafiante el perfil de El de 28 en Facebook. Se percató del descuido y cayó en la tentación de inmiscuirse en el terreno privado del hombre que amaba. Las lágrimas inundaron su rostro lívido y empezaron a derramarse sobre el teclado. El ruido de un llanto que se tornó sonoro acuchilló el silencio de la mañana gris. Su mirada temblorosa volvía a posarse sobre aquel odioso objeto que le mostraba la evidencia de que no

era la única mujer con la que El de 28 compartía lecho. Sus dientes castañeteaban y los celos hervían su sangre. Según pudo constatar en los mensajes del chat, el joven había conocido en una estación de tren de cercanías a una dama argentina, casada con un acaudalado hombre de negocios, que residía con su marido en las islas Baleares y que viajaba de vez en cuando a la capital para emprender nuevas aventuras que aliviaran la rutina de su vida conyugal.

Supo entonces que La Argentina lo convirtió en su amante

y lo citaba en el mismo hotel discreto y elegante que era su hogar durante las temporadas que pernoctaba en la ciudad. Y cuando no estaban juntos sostenían conversaciones ardientes y disfrutaban del sexo vía digital. Ofuscada, leía y releía el cruce de mensajes que helaban el fuego que quedó en su cuerpo tras la noche de pasión.

-Argentina: Dame tu pistola que le voy a sacar brillo.

-El de 28: Toda para ti, argentinita de mi vida. Cómetela, llévala hasta el fondo de tu boca...

-Argentina: Qué rica. Te la voy a dejar más afilada que un lápiz.

-El de 28: Sácate las tetas, que te las chupo enteras.

Una lista de mensajes similares ocupaba varias pantallas y degollaba un corazón enfermo de dolor y de tristeza. Desistió de seguir leyendo. Apagó el ordenador y se disponía a salir de casa cuando llamaron al timbre. Era El de 28, que había reparado en el despiste y se inventaba una excusa para volver, con el propósito ineludible de cerrar su página de Facebook. Ella lo recibió sin poder evitar que la ira enrojeciera sus mejillas y una

mirada mezcla de asco y de desprecio inundara sus ojos negros.

Retiró su cara cuando él fue a besarla y le preguntó con desdén:

-¿Se puede saber qué quieres ahora?

-¿Por qué estás tan borde y te alejas cuando voy a besarte?

-Que te bese tu argentinita y te saque todo el brillo que necesites. Adiós.

-No te enfades, Olivia, te lo ruego. Ha sido una torpeza dejar eso abierto... Solo te quiero a ti, te lo juro.

-Déjame en paz. Vete y olvídate, que yo intentaré hacer lo mismo. Sacarte de mi vida, eso es lo único que quiero, ¿te enteras?

El de 28 no se enteró (o no quiso enterarse). Más bien al contrario: se abalanzó hacia ella, la estrechó entre sus brazos y la besó con esa pasión que lo hacía único. Olivia no fue capaz de resistirse a sus caricias y permitió que le desabrochara la camisa, le quitara el sujetador y lamiera sus pezones prominentes. La tumbó en el suelo, recorrió su vientre con la lengua y paseó los labios por toda la superficie de su acuosa intimidad.



Abrió sus piernas y la penetró con fuerza mientras le pedía que le dijera que no había en su vida nadie que la hiciera gozar como él. Ella enmudeció, cerró los ojos y se dejó llevar por la potencia turbadora del deseo irresistible. Su piel palpitaba al sentir los besos profundos de sus labios carnosos, el juego de caricias que dibujaban las manos grandes en sus muslos prietos y el calor que desprendía la antorcha ardiente del amor balanceándose en su interior.

La puerta de su casa gruñó con la despedida y su estruendo rompió el encantamiento. Sintió que estaba

volando y que aterrizaba en el suelo de madera justo cuando El de 28 la besaba con ternura y salía de la estancia y de la vivienda. Aún temblando, se levantó, se dirigió a la cocina y bebió un gran vaso de agua. Suspiró hondo y se miró al espejo. En voz alta, se prometió a sí misma no volver a sufrir por él. Recordó las palabras de Wynie "otro vendrá que su hueco ocupará" y se recreó en el pensamiento de que esa opción fuera posible. Se tumbó en el sofá e intentó, sin éxito, que Morfeo la acunara en sus brazos. Las espinas de la traición se clavaban en su cuerpo y le dolían.

No podía evitar la amargura que le causaba el comportamiento deshonesto de su amado, más que la propia infidelidad. Sabía que no era la única mujer de su vida y tampoco lo pretendía. Se conformaba con verlo a menudo, sentir el calor de sus besos profundos y despertarse de vez en cuando envuelta entre sus brazos... Estaba muy confundida. Su ausencia se le presentaba larga y penosa, pero su presencia le resultaría insoportable. Era consciente de que el camino del amor al olvido se presentaba largo y tortuoso y debía mentalizarse en

firme para emprender la obligada tarea de vencer al desengaño.

Era lo mismo que pretendía Katty: sobreponerse a la decepción que le causaba el inesperado final de su relación con El Psiquiatra y a la tristeza que arrastraba desde la marcha de El Pijo a tierras lejanas. Se ilusionaba con hombres que solo le dejaban sexo y lágrimas. Maldecía su suerte después de conocer, a través del teléfono, el motivo por el que el primero de ellos decidió hacer añicos aquel amor incipiente en el que tantas expectativas había puesto. Su interlocutora, la misma amiga que

los presentó años atrás, cuando ambos disfrutaban todavía de matrimonios teóricamente felices con otras personas.

-No he podido evitar llamarte, Katty. Ayer me encontré con El Psiquiatra. Tomamos café y me contó por qué terminó vuestra relación.

-Pues ya sabes más que yo. A mí no ha tenido la decencia de explicármelo. Desapareció de mi vida sin más, de un día para otro.

-Tuvo miedo. El amor produce un vértigo inexplicable a muchos hombres.

-¿Eso te dijo? Es un gilipollas y no pienses que lo insulto. Me limito a reproducir sus propias palabras – bramó en un tono áspero y doliente que hacía irreconocible su voz suave.

-Creo que provocaste en él sentimientos que le sorprendieron y llegaron a agobiarlo.

-¿Por qué? No soy ningún ogro. Me comporté como una mujer enamorada. O enamoradiza – precisó.

-Me confesó que se vio atrapado en las redes de tu amor. Que vuestra relación estaba

tomando un cariz de seriedad que lo inquietaba. El miedo al compromiso, eso es todo.

-Puedes decirle de mi parte que se vaya a la mierda. Su actitud, además de decepcionarme, me ha parecido irrespetuosa hacia mi persona. ¿Para qué va contándote a ti lo que no es capaz de decirme a la cara? Su comportamiento me ha ofendido y lo único que quiero es olvidarme de su existencia, borrarlo del disco duro de mi memoria y no pensar en él nunca jamás – sentenció.

-Estás demasiado dolida como para pensar con frialdad, Katty. Mi

recomendación es que te calmes, que lo llames y que aclaráis vuestros malentendidos.

-No tengo nada que aclarar ni en nuestro caso ha habido malentendidos, como tú dices. Por mi parte, está todo bien claro. Tu amigo El Psiquiatra ha desaparecido de mi vida. Ha sido él quien ha optado por el abandono, no yo. Por tanto, no pienso llamarlo. Gracias por molestarte en explicarme su nefasto comportamiento.

-De nada. Te aprecio y no me gusta verte sufrir. La próxima vez que lo vea le hablaré de tu decepción y le regañaré por su



actuación huidiza y cobarde. Seguro que te llama y lo solucionáis.

-Insisto en que no te molestes.

No quiero arreglar nada ni relacionarme con una persona que me ha faltado el respeto. Me niego a que en mi vida haya sitio para ese tipo de gentuza.

Su interlocutora volvió a decirle que lo sentía y se despidió. Katty escuchó el silencio que reinaba en su apartamento. Dos gruesos lagrimones resbalaron por sus mejillas. Se puso las gafas de sol y salió de la casa golpeando la puerta con fuerza. Se estremeció por el

estruendo de un portazo que dejaba patente su estado de rabia. Se encaminó a su boutique preferida y pagó con su tarjeta de crédito un precioso vestido de su color preferido, el verde que realzaba el brillo de su mirada de idéntico tono. Sonrió satisfecha frente al espejo. Estaba segura de que en algún lugar hallaría al hombre que la amara y le mostrara el respeto del que había carecido El Psiquiatra. Salió del establecimiento animada y convencida de la necesidad de seguir buscándolo...

# La fuerza del sexo

La consideración de que solo la fuerza del sexo y el caudal de su placer eran capaces de arrastrar consigo el dolor centraba los pensamientos de Olivia en los días que sucedieron a la decepción otoñal. Una fría noche de principios de invierno se echó a las calles con la mente y el corazón abiertos a nuevas aventuras amorosas. Sabía que la mejor medicina para olvidar a El de 28 era sustituirlo por otro y en esta ocasión estaba dispuesta a subir al tren que el destino le

pusiera por delante... Era la única del cuarteto que se había acostumbrado a salir sola. Wynie estaba citada con El Profesor de Matemáticas y Katty le aseguró que se encontraba demasiado cansada. Emi la llamó para pedirle que la acompañara a un evento de su revista pero decidió rechazar la invitación. Prefería quedarse sola a verse rodeada de gente en el mismo estado. Su elección estaba hecha: iría a una sala de música electrónica en la que conocía a la relaciones públicas.

Hacía tiempo que no visitaba ese local y, cuando la vieron

aparecer, tanto la relaciones públicas como el DJ residente se deshicieron en elogios y atenciones hacia ella. La invitaron a unas copas y le presentaron a sus amigos: una actriz de cine y dos hombres: uno, bombero; el otro, creativo publicitario. El bombero era el típico cuerpazo lleno de músculos que podría gustar a cualquier mujer. Sin embargo, Olivia se fijó en el otro, un tipo de poco pelo, ojos grandes y claros y carácter tímido. No era especialmente guapo pero tenía algo que le gustaba. La atracción. El juego de la Física y la Química que el paso de las horas

demostró ser mutuo.

Cuando cerraron la discoteca se fueron a otro lugar. El grupo fue creciendo pero Ol i vi a solo tenía ojos para El Creativo, aunque estuviese la mayor parte del tiempo hablando con El Bombero. Los intríngulis de la noche y los caprichos de la seducción provocaron varios cruces de miradas marcadas por el deseo entre Olivia y El Creativo, aunque apenas cruzaran palabra en toda la velada. Ya de día, llegaron a una especie de cafetería-cervecería y se dispusieron a tomar asiento. Fue en este local donde se aclaró la

situación y se disiparon las dudas.

Olivia se sentó y El Creativo se apresuró en hacerlo a su lado. La abrasó con el resplandor de sus ojos claros y tomó entre las suyas una de sus manos. Prudente, El Bombero se retiró de la escena y El Creativo continuó sin soltar ni palabras ni la mano de Olivia. Un rato más tarde, ella sufrió un ataque de cansancio súbito y dijo que se marchaba. Fue a deshacerse de la mano del hombre pero este, lejos de dejarla libre, la estrechó con fuerza.

-¿Te importaría soltarme la mano, por favor? Estoy cansada y

necesito irme a casa –le susurró al oído.

-Lo siento, no puedo soltarte. Tendrás que llevarme contigo. Esta noche no quiero perderte.

-Tu tiempo ha pasado. Te recuerdo que ya es de día –le indicó señalando con el gesto al cielo claro que se divisaba tras las ventanas del local.

-No me dejes, por favor. Deseo estar a solas contigo y abrazarte.

-De acuerdo. Vamos a mi casa, pero levántate ya. No puedo seguir aquí ni un segundo más. La cabeza me va a estallar.



Se despidieron del grupo y tomaron un taxi. Nada más entrar en casa, se tiraron en la cama vestidos y se quedaron dormidos. Más tarde, a una hora indeterminada, Olivia abrió los ojos y se vio desnuda y acurrucada entre los brazos del creativo, que también estaba desnudo. Él le acarició los pechos y le pidió que hiciera lo mismo. A ella le resultó extraño, pero obedeció y achuchó con suavidad los pezones masculinos. El creativo empezó a emitir alaridos de placer y Olivia, viendo que el juego le gustaba tanto, acercó su boca a los pectorales y estrujó

entre sus labios los botones rosados. Los alaridos se transformaron en gritos cuando ella empezó a mordisquear y a recorrer con sus labios el torso masculino. Su lengua siguió bajando por el cuerpo del hombre y, al rozar el glande, los gritos aumentaron de intensidad.

Pese a ser una hembra experta y a haber vivido intensas aventuras sexuales, nunca había escuchado a un hombre gritar de esa manera. Sus alaridos le sonaban tan femeninos que tenía la sensación de estar con una mujer... Aquellos gritos la excitaban sobremanera y

el pene del hombre, que en un principio intuyó pequeño, se estiraba y se movía como si tuviese vida propia e independiente a la de su dueño, que gritaba y gritaba postrado en la cama boca arriba, con una amazona encima de su cuerpo que cabalgaba y galopaba hasta transportarlo a paraísos inexplorados hasta entonces...

El sueño los atrapó en sus redes al término de una mañana de sexo fuerte. Después, Olivia abrió los ojos sin saber si era de noche o de día y sin recordar lo acontecido horas atrás. Observó el cuerpo desnudo que descansaba a su lado

y una mueca de contrariedad se dibujó en sus labios resecaos. Con pasos tambaleantes, se dirigió a la cocina y apuró de un trago un gran vaso de agua. La imagen del hombre que dormía en su cama se presentó nítida ante sus ojos. “Otro más” –pensó mientras las náuseas se agolpaban en su vientre. Rememoró el deseo que le provocara El Creativo gritón la noche anterior, en claro contraste con las ganas que sentía en esos momentos de que se fuera y la dejara sola. Una contradicción que no dejaba de sorprenderla, pese a la asiduidad con la que se

presentaba en su vida. Así vivía el amor, con la celeridad del rayo y la frecuencia de la noche que sucede al día. Había deshojado tantas margaritas que el jardín de su corazón se quedó desierto. Solo un capullo florecía en el bosque desolado de su vida amorosa, alumbrado por un sol que iluminaba su cama con el mismo calor que sentía cada vez que El de 28 cruzaba las puertas de su casa. Como una guadaña, el dolor de la ausencia irrumpió traicionero y llenó su rostro de lágrimas. Un fuerte impulso la empujó hasta el dormitorio. Despertó a El Creativo y

lo invitó amablemente a salir de su hogar.

Un rato después de negarse a acompañar a Olivia, Katty recibió una llamada de su jefa-amiga Estefanía. Estaba en casa, acurrucada en una manta y tirada en el sofá viendo la tele, sin ninguna intención de pisar la calle esa noche fría. Sin embargo, sucumbió a la insistente petición de su interlocutora. Estefanía llevaba muy mal que contrarioran sus deseos y Katty, conocedora del carácter dominante de su jefa, supo que no le quedaba más remedio que complacerla. Se dispuso a

escoger un modelito apropiado, colorear el blanco de su rostro y subirse sobre altos tacones. La jefa-amiga le había asegurado que asistirían a una cena especial con sorpresa y que la recogería en su casa.

A la hora indicada, un flamante automóvil negro la esperaba en el portal de su edificio. Katty no tardó en desvelar la sorpresa. Al volante, el mismo galán italiano con el que tiempo atrás disfrutara de una noche de sexo ardiente y sin tapujos, imbuida por el deseo de resurgir de la frustración que le dejara el abandono de su amante

belga. En la parte trasera del vehículo se acomodaban Estefanía y otro caballero al que también conocía.

Era obvio que el asiento del copiloto estaba reservado a propósito para que lo ocupara ella. El Italiano le abrió la puerta del coche con un gesto galante y la besó en la comisura derecha de sus finos labios. Un sencillo toque de sensualidad que provocó que una suave corriente de placer atravesara su cuerpo. El recuerdo de la imagen de aquel amante de potencia desmedida, desnudo, la turbó. Las escenas de los labios del



hombre recorriendo al completo su extensión anatómica bombearon su cerebro durante el corto trayecto hasta el restaurante. Un tiempo en el que ella permaneció pensativa y silenciosa, mientras un brote de calor la abrasaba por dentro y el resto del grupo hablaba de nimiedades.

El automóvil se paró en la puerta de un coqueto restaurante situado en la zona norte de Madrid. El Italiano dejó las llaves al aparcacoches y, una vez en el interior del local, una amable señorita los acompañó hasta la mesa reservada. Nada más tomar

asiento, su acompañante se fijó en los tacones de vértigo que llevaba Ka tty y bromeó sobre si podría resistir el baile posterior o tendría él que prestarle sus deportivas de marca, como ocurriera la noche en que se conocieron.

En esta ocasión, sin embargo, fue distinto. Cenaron en medio de una tertulia trivial sobre trabajos y negocios y se despidieron en la puerta del restaurante. Parecía que todos tenían claro que había llegado el momento de dividirse en parejas y disfrutar de la intimidad. Estefanía tomó un taxi junto a su acompañante y K a t t y volvió a

ocupar el asiento del copiloto del automóvil negro para un trayecto bastante corto. Tres manzanas después del restaurante, el vehículo tomó la calle de la derecha y aparcó nada más pasar la esquina. Se apearon en la puerta de una especie de mansión señorial con aspecto de recién restaurada.

-Espero que te guste mi hotel. Lo he descubierto en este viaje y estoy encantado –le comentó el galán mientras entregaba las llaves del coche al ujier ataviado a la usanza que salió a recibirlos y les abrió la puerta de entrada con una ligera inclinación de cabeza.

-Seguro que sí –contestó Katty, sonriendo con un gesto complacido. Por fuera tiene un aspecto estupendo –precisó.

Se trataba de un íntimo y lujoso establecimiento hotelero de cinco estrellas, con pocas habitaciones aunque, a juzgar por la muestra, espectaculares. Nada más entrar en la suite, él le pidió que se dieran un baño y Katty, embobada con la visión del inmenso jacuzzi, no dudó en aceptar. El Italiano abrió el grifo y ella se dispuso a escoger sales y espuma de un cesto lleno de frascos pequeños de diversas clases y aromas. Se desnudaron y se

sumergieron en aguas que olían a flores. Cruzaron pocas palabras y muchos besos. Besos que no empezaron en la boca, sino en los pies. Sentados uno frente al otro, con la espuma que cubría sus cuerpos y solo dejaba al aire sus rostros, el hombre tomó el pie derecho de Katty, mordisqueó su dedo pulgar y chupó con delirio cada extremidad, mientras ella gemía suavemente y se rendía al disfrute de una sensualidad plena... El Italiano continuaba su labor. Mordisqueaba y lamía con fruición los dedos de los pies de Katty. La espuma los tapaba por completo y

el agua tibia y perfumada del jacuzzi combinada con la música chill out que inundaba la estancia invitaba al relajo mutuo.

Él le pidió que se acercara, la tomó del brazo y la ayudó a sentarse de espaldas contra su pecho, de tal forma que pudiera lavarle el pelo. Puso un poco de champú en la palma de su mano y lo extendió por todo el cuero cabelludo, masajeando con suavidad al tiempo que acariciaba con su lengua el lóbulo de la oreja de Katty, que sentía el rumor del cosquilleo que la atravesaba de pies a cabeza. El hombre aplastó

sus pezones entre los dedos pulgar y anular de ambas manos al mismo tiempo y ella lanzó un gemido placentero.

-¡Qué bien lo pasamos juntos! – exclamó el hombre.

-Sí, muy bien. Genial –asintió Katty. El Italiano terminó de lavarle el pelo y, mientras le echaba agua templada para enjuagarlo, le hizo una pregunta capciosa.

-¿Te has masturbado alguna vez pensando en mí, en aquella noche fantástica que tuvimos?

-No –le contestó a secas.

-Vuélvete y dímelo mirándome

de frente –la retó él.

Katty obedeció y fijó en sus ojos su mirada verdosa y serena.

-No lo he hecho, de verdad – reiteró.

-De acuerdo, te creo. Yo sí me he masturbado pensando en ti – afirmó sosteniéndole la barbilla con la mano derecha y pidiéndole sin palabras que no dejara de mirarlo.

Katty se sonrojó y se echó a sus brazos con un gesto mimoso. Estaba encantada y transmitía esa sensación aunque no lo dijera abiertamente. Se tumbaron uno junto al otro, ella con la cabeza



recostada en el hombro masculino. El Italiano encendió el mecanismo del hidromasaje. Pasaron un rato bajo las burbujas y después se dieron una ducha para quitarse la espuma. No tuvieron sexo dentro del jacuzzi pero, una vez en la cama, lo hicieron varias veces en diversas posturas. Ka tty gozó de una fuente de placer constante y expresó con sus gemidos el deleite de cada embestida; el éxtasis al que la llevaban los dedos del hombre acariciando su clítoris con movimientos circulares; la lengua que exploraba cada centímetro de su intimidad más recóndita; y la

visión del falo grande y brillante que salía y entraba de su interior encendido.

La penetración se prolongó hasta agotar todos los preservativos. Katty, con la satisfacción dibujada en su semblante, lo abrazó y besó repetidamente su cuello.

-No estarás pensando en enamorarte de mí, ¿verdad? – inquirió él.

-¿Por qué me preguntas eso?

-Porque no quiero que ocurra. Tengo novia, estoy comprometido – reveló. Esto es sexo sin

compromiso, ¿de acuerdo? Me gustaría dejártelo claro.

-Está claro, le contestó ella en tono seco.

El hombre la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y empezó a acariciar su sexo. Puso una de sus manos en su falo erecto y le dijo que necesitaba volver a estar dentro de ella.

-Sin preservativos, no. Me gustaría dejártelo claro –repitió Katty sus palabras con ironía.

Una fiera en la cama, muy bien dotado para el sexo e infiel por naturaleza –pensaba, arrebuja

entre las sábanas, momentos antes de dormirse relajada y saciada de la noche de pasión ardiente y sin tapujos que le había ofrecido su compañero.

Sábado. 21,30 horas. Una enfurdecida Emi terminaba de maquillarse en el baño de su casa. No lo hacía para salir con Olivia, que había rechazado acompañarla, ni con ninguna de sus amigas. Estaba obligada a asistir a una cena que organizaba una marca de moda y complementos de lujo para entregar el premio al joven diseñador más destacado del año. Para colmo de males, le habían

pedido que fuese ella quien entregase el segundo premio, quedando el primero y el tercero para el accionista mayoritario y el director de la citada marca, respectivamente. Se trataba del mayor anunciante de su revista y, por razones obvias, no pudo negarse ni a asistir ni a participar en el paripé del premio.

Estaba muy enfadada esa noche y no solo porque tuviera que tragarse un evento que no le apetecía nada. También, porque no conseguía que la nueva amiga de su amante El Polaco dejara de martillearle la cabeza. “Una

brasileña que le hará lo más grande del mundo y este, con lo que le gusta el vicio, estará loco de contento” –maldecía para sus adentros. A la vez, su otro yo trataba de consolarla recordándole que a nadie podría El Polaco amar más que a ella, su geisha, y que cualquier otra mujer no pasaría de ser un entretenimiento banal que lo alegrara en su ausencia.

Se miró varias veces al espejo antes de salir de casa. No se veía nada guapa esa noche. Se sentía insegura y vulnerable. Una situación que puede atravesar cualquier persona pero que a Emi Abbott,

directora de la revista de moda y tendencias más leída de España, le estaba vetada en público. Se encontraba obligada a representar el mismo papel de siempre: el de la mujer fuerte, segura y con aplomo, sin perder la coquetería ni la delicadeza propias de su género. Se mentalizaba para ello mientras conducía lentamente por las calles de Madrid en dirección al hotel donde iba a celebrarse la gala.

Llegar, repartir sonrisas y besos, sentarse, comer poco y agradar mucho, soltar el discursito mientras más breve, mejor-y desaparecer, entre efluvios de

champán, nada más finalizar el acto. Tenía que salir airoso de todo ese recorrido y después, sería libre. Podría optar por irse a casa a descansar o llamar a Olivia y citarse con ella en El Maligno. Por lo imprevisible de su carácter, lo decidiría cuando llegara el momento.

La vida está llena de azares que juguetean a su capricho con el pensamiento, el deseo y la realidad. Las cosas suceden cuando menos se esperan y el evento al que Emi asistía obligada aquella noche de sábado le brindó la oportunidad de resarcirse de El



Polaco y de su nueva amiga La Brasileña. El acontecimiento empezó a fraguarse durante la cena. Le asignaron un asiento entre los dos jóvenes diseñadores galardonados con el segundo y el tercer premio. Este último era un muchacho rubio, blanco y delicado, que a E mi le recordaba a su amor platónico El Principito. Era tierno y tímido. Ella se dio cuenta de que la miraba de reojo y enrojecía al sentirse descubierto y turbado por el penetrante destello azul que sus ojos le devolvían. Y así, envueltos en un enjambre de miradas que iban y venían; que escondían

pasiones ocultas y desvelos inconfesables, transcurrieron las horas de cena, gala y protocolos sucesivos...

Cuando Emi sintió que el exceso de champán bombardeaba sus sentidos, se disculpó con la excusa de ir al baño y aprovechó la ocasión para abandonar el local. No miró atrás y no se dio cuenta de que el muchacho la seguía hasta que se paró frente al ascensor que conducía al parking. Giró la cabeza y allí estaba él. Quieto. Alto y espigado. "Mi principito" -pensó-y todas las fantasías que había imaginado y soñado con el a uté nti

c o P r i n c i p i t o llegaron a raudales en forma de imágenes de videoclip: veloces posturas, momentos y miradas... El joven seguía allí, parado y esperando una señal por su parte, mientras los dos grandes amores de Emi, El Principito y El Polaco, El Polaco y El Principito, se alternaban para inundar su mente de ensoñaciones y realidades, de escenas vividas y de instantes anhelados. Tales pensamientos la asaltaban al tiempo que su silencioso acompañante le metía su lengua en la garganta y la puerta del ascensor permanecía abierta...

A la vez que ese nuevo

Principito rozaba con su lengua el cielo de la boca de Emi, ella empezó a vivir una película entre la realidad y la ilusión. Lo que tantas veces había soñado que ocurriría con su amor platónico se le presentaba ahora de modo certero, al lado de otro hombre muy parecido a él aunque más joven. La decisión estaba tomada. No lo rechazaría. El hemisferio derecho de Emi, el que potencia la imaginación y la fantasía, determinó que quería seguir el juego de ese Principito de ensueño que había bajado desde su mente al mundo para tocarla aquella

noche de sábado...

Tomaron el ascensor dos plantas más abajo. Sin palabras. Ella miraba los bucles rubios del muchacho, su tez blanca y sus labios rosados, dibujados en un rostro tan familiar que le hacía olvidar que estaba invitando a su coche a un desconocido. Pulsó el mando a distancia que sacó del bolso. Se abrieron las puertas del vehículo y ella se sentó en el asiento del conductor. Él se dispuso a entrar a continuación. Emi se echó hacia la izquierda y le hizo un hueco a su lado. El Principito se acomodó y la abrazó. Las caras

pegadas y ella intuyendo el próximo acontecer antes de que pasara. Pensó en su lengua lamiéndole la cara como si fuera un animal con su cría y él, que pareció leerle el pensamiento, se dispuso a ejecutarlo. Chupaba sus mejillas de una forma primitiva, tal como hiciera el auténtico Principito otra noche ya lejana en la pista de baile de una discoteca de moda.

Cerró los ojos y se entregó al gozo de la lengua restregando su piel a modo de instinto básico; bajando por su cuello al tiempo que E l P r i n c i p i t o desabrochaba su camisa y dejaba al aire sus

pequeños pechos. Chupaba con ansia ambos pezones, que endurecían mientras el agua brotaba de la fuente del paraíso de Emi; los labios del joven bajaban por su vientre en un recorrido parsimonioso y llegaban hasta el cofre del tesoro, que se abría para recibir el premio de la boca juguetona. “Es mi Principito y yo, la rosa de su planeta” –pensaba Emi justo en los momentos en que la intrépida lengua exploraba y se adentraba en cada rincón de la selva mojada por la lluvia del placer.

Apretujados en el asiento

delantero del coche y medio desnudos, las manos de ambos se afanaban en la doble tarea de acariciar y terminar de quitar la ropa. Escucharon ruidos y E mi se sobresaltó. Los pasos y las risas de algunos invitados que llegaban a recoger sus vehículos alteraron la quietud y el silencio de aquel aparcamiento hasta entonces solitario. Tuvo la suerte de haber estacionado su automóvil en un rincón difícilmente visible y aún así, no pudo impedir que la perturbara el recuerdo de la experiencia de su amiga Wynie, p i l l a d a in fraganti mientras disfrutaba de un rato de



sexo furtivo en el coche de su amante, un conocido líder político con quien mantuvo una relación prohibida cuando ambos estaban casados.

-“Yo no tendré la mala suerte de Wynie. Nadie me verá y no ocurrirá nada” –pensaba mientras trataba de agazaparse al tiempo que El Principito abría sus piernas y situaba entre ellas su rubia cabeza. No se trataba de un amante experto, pero sí de un aprendiz voluntarioso que se dejaba guiar por las manos de su maestra y la intensidad de sus gemidos. La lengua sedienta hurgó con

delicadeza entre los pétalos de la rosa, que volaron hasta alcanzar aquel planeta paradisíaco que pertenecía a los dos en exclusiva. Emi quiso llevar a su Principito al mismo paraíso del que ella disfrutaba y se agachó para devolverle el regalo. No tuvo que afanarse mucho. Al poco de acariciar el glande rosado y terso con sus labios expertos, sintió que su savia brotaba como un torrente y regaba parte de su cuerpo y del asiento delantero del coche.

-No he podido aguantarme. Te deseaba tanto que he explotado al sentir el roce de tu lengua –le dijo

El Principito al oído en un tono que denotaba la ternura del niño y la firmeza del hombre.

Fueron sus únicas palabras. Se vistió de inmediato. Emi lo secundó y arrancó el coche. Estaba decepcionada y tampoco habló. El tórrido y sorprendente encuentro se le antojaba demasiado corto. Estuvo tentada de proponer a El Principito que fueran a un hotel a disfrutar del resto de la noche, pero no lo hizo porque escuchó a su otro hemisferio, el izquierdo. El lado racional de su ser, el que le hacía posar los pies en la tierra, la incitó a descartar aquella aventura. Se

topó de bruces con una realidad que no le gustaba: su acompañante no era ningún Principito, sino un joven inexperto y ávido de sexo del que ni siquiera recordaba su nombre.

Cuando el automóvil pasaba por la Plaza de Colón, el muchacho le pidió que parara y se despidió tal como se habían conocido. Sin palabras y con miradas que indicaban deseos inconfesables...

Después de pasar la noche en un hotel de lujo con El Italiano de potencia desmedida, Katty telefoneó a Wynie con la intención de que comieran juntas y hablaran

de hombres. Necesitaba contarle a su amiga la aventura que acababa de vivir y escuchar sus opiniones de marisabidilla acerca de la naturaleza del llamado sexo fuerte.

-¡No me digas que te has vuelto a enamorar! –exclamó la susodicha, riendo con ironía, al recibirla en su apartamento. Cuéntame, vamos, estoy impaciente –la animó.

-Acabo de pasar la noche con un amante estupendo. Me atrevería a decirte que el mejor.

-Pues esa noche tan gloriosa no se te nota en la cara, amiga. No te veo muy contenta.

-Estoy muy decepcionada con los hombres. Con todos, Wynie.

-Psss... ¿Qué esperabas? A nuestras edades solemos cargar con mochilas muy pesadas y eso vale lo mismo para ellos que para nosotras. ¿Qué le ocurre a este, también está casado?

-No, pero tiene novia. Me dejó bastante claro que lo nuestro era únicamente sexo sin compromiso y me pidió que no me enamorara de él.

-Bueno, no está mal. Al menos fue sincero. Esa es una virtud que yo aprecio mucho en los escasos

hombres que la demuestran. La mayoría carece de ella.

-Pues a mí me parece fatal lo que hace. No creo que sea muy ético estar comprometido y andar tirándose a la primera que se pille por ahí. Seguro que con su novia no es tan sincero como lo fue conmigo –aclaró Katty.

-¡Por supuesto! No le va a ir contando los cuernos que le pone – r i o Wynie. En cualquier caso, no creo que su novia sea tu problema ni te importe mucho. Me temo que los tiros van por otro lado.

-No me he enamorado, si te

refieres a eso. Ya había estado con él en otra ocasión y sé que ese hombre es un pieza. Un tipo entregado al sexo y muy bien dotado para ello. Infidel por naturaleza –puntualizó. Me gusta, pero sé lo que hay y, si lo vuelvo a ver, me aprovecharé de su tremenda potencia –expresó con una sonrisa pícaro. Nada más –apostilló.

-Me alegra escucharte hablar así. Es lo que hay que hacer. Disfrutar del sexo sin esperar nada, tal como actúan ellos. ¿Para qué complicarse? El amor es muy difícil y las relaciones de pareja dan más



quebraderos de cabeza que satisfacciones. Tú debes saberlo bien, que has tenido dos maridos. ¿Para qué quieres otro hombre en tu vida, después de dos fracasos? No lo entiendo. Yo, que solo he sufrido uno, no repetiría la experiencia. La posibilidad de verme de nuevo metida en un compromiso amoroso me produce unas arcadas tremendas.

-Yo no puedo ni quiero renunciar a enamorarme –afirmó Katty, contundente. El problema es que cada día lo veo más inalcanzable. Los hombres que me interesan, o están comprometidos,

o son raros o cobardes. Fíjate en El Psiquiatra. Hace poco me contó una amiga común que su problema conmigo fue que se dio cuenta de que se estaba enganchando demasiado y tuvo miedo.

-Ya. Lo suponía. También está divorciado, tiene hijos pequeños y no quería comprometerse. Es así, ¿verdad?

-Sí, un niño de la edad de los nuestros y una niña más pequeña. Me parece bien que no quiera compromisos y, de hecho, nunca hablamos de eso ni de nada especial o serio. No llegó a decirme "te quiero" y yo a él, tampoco. El

asunto es que teníamos una relación, hablábamos todos los días y nos veíamos con mucha frecuencia, dos o tres veces a la semana. Y de repente dejó de llamar y desapareció de mi vida sin dar explicaciones.

-¡Ufff...! Eso me suena de algo. Es un comportamiento horrible y deplorable, pero lo practican muchos hombres, por desgracia – comentó Wynie en tono apesadumbrado.

-Estoy cabreada porque me parece una falta de respeto tremenda hacia mí como persona. Lo razonable es que hubiera

llamado y me hubiese dicho algo del tipo "estoy muy liado y no puedo verte, vamos a dejarlo por el momento..." En fin, cualquier cosa menos esfumarse sin motivo ni explicación, como si yo fuera una mierda y mis sentimientos le importaran eso, otra mierda. Su actitud ha sido feísima y además, muy cobarde, ¿no te parece?

-Ya lo creo. Te acabo de decir que hay demasiados hombres que actúan así. Les resulta más fácil huir que enfrentarse a sus verdaderos sentimientos. Y en esa escapada, por supuesto, no tienen en cuenta lo que pudieron dejar en

el corazón de la otra persona. Sencillamente, porque lo que intentan es apartarla de su vida. Cuando deciden que ya no cuentas, el respeto hacia ti como persona lo pasan por alto. Tú misma acabas de definir su conducta como cobarde y eso, precisamente, es lo que yo creo haber aprendido con el paso de los años. La mayoría de los hombres son unos cobardes: prefieren huir antes que dar la cara...

Dicho esto, Wynie se dispuso a poner la mesa y a servir en sendos platos un oloroso estofado. Comieron casi en silencio y

concentradas en degustar el sabroso guisado, que devoraron en su totalidad. Finalizada la comida, la anfitriona se levantó para recoger la mesa y Katty la siguió.

-La actuación de El Psiquiatra me recuerda a lo que te hizo a ti El Tuitero. Te tuviste que enterar por la red de que se había ido a vivir con otra mujer. Fue incapaz de decírtelo a la cara. Ni siquiera se dignó a llamarte.

-No quiero perder ni un segundo de mi vida hablando de ese tipo, Katty. Ahora vendrá E mi a tomar café y seguiremos con la tertulia sobre otros hombres. El

Tuitero ya no ocupa la portada de mi vida sentimental –comentó en tono frívolo, adornado con una sonrisa sarcástica.

-Eso que dices no es lógico, Wynie. Su espantada te ha afectado. Te conozco y lo noto.

-¡Qué graciosa! ¿Y en qué lo notas, si se puede saber?

-En tu forma de hablar de los hombres o del amor. Y en el mismo hecho de que rehúyas cualquier alusión a quien ahora llamas tipo. Lo considerabas un amigo, incluso te referías a él como amigo especial. ¿Y de repente nada?

¿Como si nunca hubiera existido en tu vida?

Wynie no contestó. Sonó el timbre.

-Seguro que es Emi. Voy a abrirle –comentó mirando a Katty.

-¿Ves? Siempre encontrarás la excusa perfecta para no decir ni mu. Pues voy a sacar el asunto delante de ella, a ver si sueltas algo.

Emi entró en la vivienda como un torbellino, emocionada y deseosa de relatar la sesión de sexo en el coche que había disfrutado junto a un nuevo



Principito.

-Me lo he comido de P a ito, chicas. Y me ha sabido riquísimo. Cómo me gusta el sexo cuando los amantes se liberan de ataduras sentimentales y se limitan a responder a la demanda del deseo que brota de sus cuerpos –expresó en tono solemne mientras se quitaba el abrigo y colgaba sus cosas en el perchero situado a la entrada de la vivienda. La pasión animal me vuelve loca –añadió.

-Pasión animal, la que Katty tuvo anoche en un hotel de lujo. Que te cuente –inquirió Wynie, empeñada en que el asunto de El

Tuitero no volviera a ocupar la conversación.

-¡No me digas! ¡Qué novelería!  
—exclamó Emi.

-Sí. Con un italiano de cuerpazo y potencia descomunal —confirmó la aludida. Tendré que contar yo mis aventuras, porque Wynie se ha cerrado en banda con sus historias.

-¿Wynie? ¿Cerrada a cuento de quién? ¿De Ése? —quiso saber la recién llegada.

-No, de El Tuitero —contestó Katty.

-¡Bah! —exclamó Emi con desdén. Ni El Tuitero ni El Profesor

de Matemáticas me gustan para Wynie. Ninguno de los dos le llega a la suela del zapato. Además, nuestra amiga se las arregla muy bien solita. Ahora me interesa lo de tu italiano. ¿Lo conociste por Internet? –le preguntó.

-No, me lo presentó Estefanía. Ya es la segunda vez que he estado con él en un hotel de lujo.

-Algo me suena –recordó Emi. ¿Te estás enamorando de él?

-No puede aunque quiera. Está comprometido y no le conviene –la informó Wynie.

-Habló la racional –cortó Emi

clavando en Wynie su mirada azul y desafiante. La que nunca se enamora –remachó con retintín. El amor, querida, llega sin pedir explicaciones previas e ignorante de si conviene o no. Resulta que Katty ha conocido a un tipo guapo y rico, que la lleva a hoteles de lujo y encima, es buen amante. ¿Y le pides que no se enamore porque no le conviene? ¡Venga ya! Que se enamore como una perra es lo más normal del mundo –soltó junto a una sonora carcajada. A mí también me pasaría.

-Pues yo, en esta ocasión, me pongo al lado de Wynie –terció la

aludida. Me niego a enamorarme.

-¿En serio? –inquirió Emi con gesto de extrañeza. ¿Ya has renunciado a encontrar al amor de tu vida, al verdadero? ¿Has dejado ya de buscarlo en el mundo real y en el digital? –le preguntó con sarcasmo.

-No, claro. Me refiero a este caso concreto. No pienso enredarme con nadie que ya tenga a otra. Y en general estoy decepcionada, la verdad. Cansada de que ninguna de mis últimas relaciones haya fructificado. Desde luego, sigo creyendo en el amor y estoy segura de que algún día lo

encontraré –aclaró.

-Jajaja –rio Wynie. Pues espéralo sentada y busca un sofá muy cómodo, porque te vas a cansar mucho –expresó poniendo aposta voz de cínica.

-No le hagas caso, Katty. Seguro que el amor volverá a entrar en tu vida y se quedará un buen rato. Y Wynie es la menos indicada para convencerte de lo contrario. Aunque no sean una pareja al uso, lleva tres años con su profesor de Matemáticas. También tú tendrás el tuyo. Tiempo al tiempo. Otra cosa es que la historia se desarrolle de la manera en que a ti te gustaría o

que vivas el amor junto a esa persona tal como lo habías soñado. Esto último sí que es difícil y, en honor a la verdad, no nos ha ocurrido a ninguna de las cuatro después de nuestros divorcios – sentenció Emi al tiempo que proponía, entre risas, que salieran a la calle y ayudaran a Katty a encontrar a su candidato...

Desde que se divorciara por segunda vez, la modelo ha albergado en tres caballeros la esperanza de que se convirtieran en la ansiada pareja estable. El primero de ellos, su amante belga. Un hombre casado con el que

mantuvo una relación apasionada y tórrida, y al que dejó de ver tras convencerse de que nunca abandonaría a su familia por ella. La última noticia que tuvo de él fue un mensaje en el chat de Facebook, en el que la informaba de su próximo viaje a Madrid y le pedía una cita. Katty venció a la tentación de arrojarse de nuevo a sus brazos y, además de no contestarle, lo bloqueó en la red social. A su juicio, se trataba de una buena opción para alcanzar el objetivo que se había propuesto: alejarlo de modo definitivo de sus pensamientos y de su vida. En parte por su propio



carácter y también por la educación recibida, se negaba convertirse en la otra y a abrirse de piernas cuando su amado pudiera o quisiera escaparse y no cuando a ella se le antojara. Después llegó El Psiquiatra con una llama encendida y una alta dosis de cobardía e inseguridad que la apagaron al poco de prender. Y, por último, El Pijo, que se marchó lejos dejándola con el regusto ácido de lo que pudo ser y no fue...

Consciente de que el sexo le proporciona grandes dosis de felicidad, le resulta difícil acostumbrarse a vivir sin él. No

obstante, tampoco le apetece embarcarse en relaciones donde la atracción sexual prevalezca sobre los sentimientos. Busca a un hombre que la lleve cada noche al paraíso con sus caricias, que le diga "te quiero" mientras hacen el amor y que desayune a su lado en la cama; que la admire, que la comprenda y que la consuele en los momentos difíciles; un hombre al que entregar cada uno de los días de su existencia, sean dichosos o amargos... En resumidas cuentas: un amor de verdad, generoso y duradero. EL AMOR. Así de rotundo, escrito con letras mayúsculas...

El último caballero con el que ha conectado a través de la red y ha conocido personalmente es El Chiqui, llamado así por sus escasos 1,65 metros. El sexo, al igual que ocurrió con El Psiquiatra, no llegó hasta el cuarto encuentro que mantuvieron. Ka tty aceptó citarse con él después de la primera vez porque era agradable, su conversación le resultaba interesante y le caía bien. Sin embargo, no la excitaba físicamente. Aunque era guapo de cara, su corta estatura la retraía. No estaba acostumbrada a relacionarse con hombres bajos.

El día que terminaron envueltos entre las sábanas de su apartamento era laborable. Su hijo estaba con el padre y ella, sola en casa. No había hecho ningún plan y El Chiqui le puso un whatsapp por la tarde: "Te invito a cenar". "Si vienes a mi barrio, acepto" –le respondió.

Quedaron una hora después en un restaurante italiano y compartieron pasta y pizza. En la sobremesa, el hombre empezó a hablar de sexo y a preguntarle qué prácticas le gustaban más.

-Soy bastante abierta en el sexo. Todo lo que se haga bien me

gusta.

-Me halaga escuchar eso. Me considero un hombre experto en dar placer.

-¡Jajaja! Eso decís todos. Forma parte del truco de la seducción. Por mi parte, he comprobado en varias ocasiones que se trata de un farol. Algunos de los que presumen mucho son tan torpes que no te queda más remedio que separar su cabeza de tus partes íntimas mientras piensas "aparta de ahí, que es mejor nada que esto..." – expresó en tono risueño. -Ese no será mi caso, te lo aseguro –aclaró El Chiqui. -Blablabla, blablabla,

blablabla

–r e i t e r ó Katty. Aquí lo que importan son los hechos. Los hombres tenéis la lengua muy larga, aunque seamos las mujeres quienes acarreamos ese sambenito.

La conversación continuó por derroteros similares y, después de tomar postre y café, salieron a la calle. Ya era de noche y la luna llega resplandecía en lo alto del firmamento. Ka tty alzó su rostro para admirar el brillo del círculo de plata que coronaba sus cabezas y sus recuerdos volaron hacia aquella noche de luna llena y aullidos de la que estaba a punto de cumplirse un

año. Siempre que le daba por pensar en un hombre al que incluir en la categoría de “amantes torpes”, la imagen de El Broker era la primera que asaltaba sus sentidos. Pero ahora estaba con El Chiqui, callada y parada en la puerta de un restaurante italiano cercano a su casa y debía decidir si lo invitaba o no. Él permanecía de pie a su lado, esperando una respuesta que no obtuvo hasta que no preguntó de modo claro y directo.

-¿Vas a invitarme a tu casa, o no?

-De acuerdo –aceptó ella, con

la sensación de no haberlo pensado lo suficiente.

El Chiqui la tomó por la cintura y emprendieron el camino calle abajo. Katty aprovechó el sonido de su teléfono móvil para zafarse de su abrazo instantes después. No le gustaba que un hombre que no era su pareja la llevara agarrada por la calle. Atendió la llamada y escuchó la voz de otro galán de la web estilo bigardo, al que ya conocía por fotos y que llevaba varios días intentando que concertaran una cita: El Body Guard. Un tipo de anatomía despampanante que ya le había enviado una foto por e-mail



en la que también se apreciaba el atractivo de su rostro. Ese cuerpo que parecía perfecto, su virilidad oculta bajo un bañador de marca tipo slip, se plantó cual holograma frente a la cara de Katty en el instante en que vio su nombre en la pantalla del teléfono móvil, al tiempo que el sonido del aparato le indicaba que lo cogiera. No dudó en soltarse del abrazo de El Chiqui y atender la llamada.

-¡Hola! Quiero verte esta noche –espetó El Body Guard, sabedor de que su exuberancia corporal dejaba a las mujeres epatadas.

En un abrir y cerrar de ojos, K a

t t y evaluó tres factores: el primero, que estaba acompañada y su educación no le permitía plantar a El Chiqui después de haber accedido a invitarlo a su casa. El segundo, la satisfacción que le producía negarse a los deseos de un hombre tan convencido sobre sus dotes de seducción. El tercero, la seguridad de que entre ellos no surgiría ninguna relación distinta a la sexual. Firme y segura, soltó un aplastante y seco "no".

-¿Así, sin más? -inquirió él, cortado y sorprendido.

-No puedo quedar hoy -respondió en tono de indiferencia.

-Pues te aviso de que tendremos que aplazar nuestra cita para largo. Mañana me voy a Canadá por asuntos de trabajo –le anunció, esperando un cambio de opinión o una reacción positiva de su parte que no obtuvo.

-Muy bien. Que te diviertas. Me llamas cuando vuelvas, si quieres – se limitó a contestarle.

-Descuida, lo haré –aseguró el hombre antes de despedirse. Un beso muy grande.

-Pásalo bien –añadió Katty antes de colgar.

Siguió caminando junto a El

Chiqui. Solo quedaban un par de manzanas hasta su apartamento. Su acompañante pudo captar que acababa de rechazar una cita con otro hombre aunque no se lo hizo saber. Sin embargo, continuó la conversación sobre sexo que mantenían en el restaurante, insistiendo en su potencia inagotable y en todo el tiempo que era capaz de dar placer a una mujer antes de eyacular, como si quisiera dejarle claro que había realizado la elección adecuada.

-No hace falta que presumas tanto. Vas a tener la oportunidad de demostrarlo en breve -aseveró

ella.

Nada más entrar en casa y cerrar la puerta, El Chiqui la agarró por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, chocando en su pubis el instrumento duro que escondía tras el pantalón. Katty suspiró con gesto cómplice. Él tomó su mano derecha y la plantó en la herramienta enhiesta y candente, mientras le decía a susurros lo mucho que lo excitaba. Se acariciaron entretanto se desnudaban y cruzaban la corta distancia que los separaba del sofá. Hubo pocos prolegómenos en un coito largo y caracterizado por la potencia sexual de la que tanto se

vanagloriaba El Chiqui. En efecto, Katty disfrutó de varios orgasmos antes de que él alcanzara el primero y se derrumbara sobre ella.

“No ha estado mal, pero no es lo que necesito. Para un simple mete y saca lo hago con un consolador” – pensaba tras separar al hombre de su cuerpo y dejarlo que dormitara en el otro extremo de la cama. “Con lo que me gustan a mí los preámbulos y las caricias... Y para colmo, sin sexo oral...” – lamentaba para sus adentros. Se quedó dormida con esas reflexiones pululando por su cabeza. Dudaba sobre si querría ver de nuevo a El

Chiqui, aunque lo que ocurriera no la inquietaba. “Otro más que tampoco es el verdadero” –fue su último pensamiento antes de cerrar los ojos.

A la mañana siguiente, nada más abrirlos, dirigió su mirada al teléfono móvil que reposaba sobre la mesilla de noche y descubrió satisfecha que tenía dos mensajes de un amante ya conocido y nada desdeñable: El Musculoso. Dejó su lectura para luego y se recostó sobre el torso de El Chiqui. Él, como suele ocurrir a muchos hombres, se despertó deseoso de pasar la mañana atravesando el cuerpo

moldeado de la hermosa y refinada dama que la red había puesto en su camino, y con la que soñaba cada noche desde que mantuvieran la primera cita. La había conseguido a la cuarta y ahora maldecía que hubiera sucedido en un día laborable y que tuviera que marcharse en breve y sin tiempo para obsequiarla con las caricias que, según creyó intuir, ella requería en silencio. Intentó concertar una próxima cita antes de irse, pero Katty no se la concedió. Tenía demasiados compromisos sociales, familiares y laborales como para perder el tiempo con



amantes que no llegaran a satisfacerla por completo. Además, estaba segura de que pronto quedaría con El Musculoso. Aunque en ambos casos se trataba solo de sexo, se congratulaba de la suerte de poder elegir al compañero de cama que más placer le proporcionara.

El invierno trajo a Wynie un encuentro fortuito con un amante muy especial: Ése. El amor prohibido y esquivo, el hombre casado que, muy a su pesar, cumplía los dos requisitos susceptibles de dejarla atrapada en las redes del amor: la hacía reír y la

llevaba al sublime paraíso del placer cada vez que entraba en su cama. Había pasado casi un año desde la última ocasión en que estuvieron juntos, una Nochevieja que se saldó con el vestigio de los besos del hombre marcados en su rostro y su meditada decisión de terminar con la relación fogosa y prohibida que mantenían. Después, el silencio. Ni volvieron a llamarse ni el azar quiso citarlos en El Maligno, lugar al que él, según todos los indicios, no había regresado. Tanto El Dueño como El Coletas aseguraron a Wynie que no veían a Ése desde la última noche

que estuvo allí con ella. Ante la falta de noticias, el cuarteto de amigas llegó a la conclusión que consideraba más lógica: su esposa lo habría amenazado con dejarlo si salía solo de noche y él, que debió sentir los colmillos del lobo del divorcio amenazando su yugular, permitió que la legítima lo amarrara a la pata de la cama y le prohibiera ir de fiesta sin ella.

Esa mañana fría, Wynie salió de casa obligada por la necesidad de renovar su teléfono móvil. Se dirigió a paso rápido al centro comercial más cercano a su domicilio y, cuando se hallaba ensimismada

examinando los diversos aparatos expuestos, sintió en su cuello el calor de un beso que le resultaba familiar. Volvió la espalda y pensó que su corazón iba a explotarle en el pecho por la fuerza de los latidos. Allí estaba Ése, sonriendo y con los brazos abiertos. Sus cuerpos se fundieron en uno, sus respiraciones se pararon y sus labios se juntaron para recrearse en un beso largo y profundo, de esos que permanecen incrustados en el alma. Actuaron la Física y la Química que los atraía como imanes y les borraba el raciocinio. Las calles estrechas del centro de Madrid que tantas noches

fueran testigos de aquella pasión ilícita contemplaban ahora el caminar apresurado de los amantes abrazados en la mañana gris, pasos largos y veloces que los arrastraban a la intimidad de la alcoba con la vehemencia del deseo ineludible...

Todo lo que Wynie había planificado decir a su amor prohibido y esquivo la próxima vez que se encontraran se diluyó en su mente cuando el encuentro soñado se convirtió en real. Ni rencores ni resquemores. El caudal del agua que cruzaba sus entrañas ahogó temores y recelos, pesares y lamentos, lágrimas pasadas y

dolores venideros. Rendida a la atracción de sus brazos y al poder invencible de la desnudez masculina, cabalgó sobre su amante hasta dejarlo exhausto. Poco tenían que decirse dos cuerpos entregados a los designios del fiero deseo que disipaba sufrimientos y anulaba voluntades. Las palabras se esfumaban de labios afanados en recorrer anatomías por completo, en besarse hasta quedarse sin aliento y en lamerse hasta quemarse por un fuego que se tornaba hielo en el instante de la despedida...

-¿Hasta cuándo? -le preguntó

Wynie con timidez mientras lo veía vestirse, con la sombra del dolor asomando a su mirada oscura.

-Hasta cuando tú quieras – contestó Ése decidido. Siempre que sea a estas horas, por la mañana – especificó.

Tal como ocurrió la noche en que supo que se estaba enamorando de un hombre casado, Wynie sintió una catarata de ladrillos desplomándose sobre su cuerpo. No le contestó porque el fantasma de la otra, la legítima, la que calentaba su cama cada noche y despertaba a su lado cada mañana, le segó la garganta y la

dejó sin habla.

-¿Qué me dices? –inquirió él, ya vestido.

-Nada.

-Piénsalo y me llamas. O mejor, te llamo yo en unos días.

Se acercó, la besó en los labios y se tragó una lágrima que atravesaba sigilosa la mejilla de Wynie.

-Tengo que irme. Hasta pronto – se despidió y se encaminó a la salida.

-¿De verdad te interesa saber lo que siento? –gritó ella desde el



otro extremo del apartamento, justo en el momento en que el hombre se disponía a abrir la puerta para marcharse. Volvió sobre sus pasos y se sentó a su lado en la cama.

-Claro que me interesa. ¿Qué te hace pensar que no es así? Dime – retó con firmeza.

-Siento que te amo y que te quiero. Siento que nadie me hace tan feliz como tú. Y siento que necesito ser yo la que se despierte junto a ti cada mañana. ¿Lo quieres más claro?

-No hace falta, no te esfuerces

– rió él. Lo que has dicho merece que me quede un rato más. Voy a hacer una llamada y enseguida estoy contigo.

Wynie se quedó petrificada por una reacción que no esperaba. Ni de parte de Ése, ni de la propia. Por primera vez desde que las pronunciara, pensó en el significado de unas palabras que no había lanzado a nadie desde hacía más de veinte años. Ella, el espíritu libre, la que se negaba a compartir su vida con nadie, se sorprendía a sí misma por haber propuesto a un hombre que se fuera a vivir a su casa, así, sin pensarlo, arrastrada

por un impulso atroz y desconocido. Pasados unos minutos, Ése terminó de hablar por teléfono, se sentó a su lado y notó que temblaba.

-He pensado mucho en ti, en nosotros, durante este año de silencio y distancia –expresó en tono lastimero, como si le doliera la ausencia que él mismo había provocado.

-¿En serio? No me has dado una sola pista para imaginar que aún permanecía en algún rincón de tu mente.

-Mi vida no es fácil. ¿Crees que estaría aquí, o que te hubiera

amado como lo he hecho, si fuera feliz en mi casa? Hace mucho que no siento nada por mi esposa, pero tengo una hija pequeña y no quiero perderla. Ella me la quitaría si me divorciara.

-No digas tonterías ni pongas excusas de cobardes. No te divorcias porque casado -o mal casado-estás más cómodo. Podrías solicitar la custodia compartida de tu hija, como hizo mi ex marido, y te la darían. Pero en ese caso tendrías que ocuparte de la criatura, además de preparar la comida y de realizar el resto de las tareas del hogar cuando llegaras

cansado de trabajar. Nada distinto a lo que hacemos a diario millones de madres trabajadoras, pero que a los hombres os resulta apabullante. Como si fuerais de cabeza al mismísimo infierno –remachó categórica.

-¿Tu me ayudarías? Acabas de decir que te gustaría despertarte a mi lado cada mañana –le recordó.

Wynie pensó en su hijo, que se sentiría desdichado si comprobara que compartía su amor con un hombre distinto a su padre. Rememoró también lo ocurrido recientemente con El Tuitero, a quien había perdido por negarse a

darle lo que acababa de ofrecer a Ése. Y no pudo evitar que las palabras repetidas tantas veces a sus amigas martillearan su mente con insistencia. “Soy un espíritu libre, libre, libre... La convivencia es corrosiva, iva, iva...”. Cogió un extremo de la sábana y secó el sudor que empezaba a mojar su frente. Respiró hondo y agachó la cabeza.

Él sostuvo su barbilla, obligándola a que lo mirara a los ojos.

-Me temo que has dicho algo de lo que ahora te arrepientes. ¿Me ayudarías o no? Necesito saberlo –

la retó.

Ella permaneció callada unos instantes, sin retirarle la mirada.

-Sí, claro que lo haría –asintió al fin. Aunque no sea de la forma exacta en que tú lo necesitas –especificó.

-Aclárate, Wynie. Ayudarme significa estar conmigo, no cualquier elucubración que se te ocurra.

-En la salud y en la enfermedad, para lo bueno y para lo malo, todos los días de mi vida –repitió ella en tono irónico. Sabes que ya me casé una vez. No quiero

repetir la experiencia y eso también lo sabes –recalcó.

-¿Te he pedido matrimonio? Porque si lo he hecho, no me había enterado –le devolvió él la ironía.

-No, eso no. Solo has hablado de estar contigo y sé lo que implica.

-Nada distinto a lo que tú misma acabas de decir que sentías: la necesidad de despertarte a mi lado cada mañana. ¿Acaso he escuchado mal? Te has arrepentido, reconócelo.

-No soy persona que se arrepienta de sus dichos o de sus actos. Sí, me gustaría despertarme



a tu lado cada mañana. Lo he dicho y no tengo miedo de repetirlo. Sin embargo, soy consciente de que no puedo hacer todo lo que desearía. Retomando nuestra realidad, te lo explico aquí y ahora, martes, 8 de noviembre, 12,45 horas. Me comprometo a estar contigo y solo contigo cada uno de los días que no me toque pasar con mi hijo, ayudarte en todo lo que me pidas durante ese tiempo, amarte como una leona cada noche y beberme tu sudor cada mañana como si se tratara del café del desayuno.

Él aplaudió con sonoridad y empezó a reírse.

-Vaya, te ha quedado fantástico, leona mía. Empieza, vamos, estoy ansioso. Mira cómo me has puesto –le indicó al tiempo que tomaba su mano derecha y la colocaba sobre su herramienta en erección.

-La tienes dura, sí –corroboró ella dirigiéndole una amplia sonrisa y acariciando con las yemas de sus dedos el glande que se asomaba por el pantalón del hombre y pugnaba por liberarse de la ropa...

La besó con pasión y la desnudó con premura. Las prisas del deseo propiciaron que, en un santiamén, ambos volvieran a

retozar tal como vinieron al mundo en la ancha cama, él sobre ella, sus labios recorriendo toda la extensión de su anatomía y sus dedos largos estrechando los pezones que endurecían por segundos... Wynie admiraba el cuerpo vigoroso de su compañero, la piel suave y completamente rasurada y aquellos besos añorados que la dejaban sin aliento.

“Quiero tus pechos, quiero tus pechos” –repetía él, susurrante, mientras colocaba entre las montañas su tronco vigoroso, coronado por un suave capullo rosa que ella acariciaba con la punta de

su lengua. Un juego detrás de otro y un amante que derrochaba experiencia y sensualidad... La pasión repentina que los había llevado hasta allí reaparecía impetuosa y los arrastraba. El miembro viril entraba y salía de la cueva humedecida que se dilataba para acogerlo y se encogía para trasladarlo al universo del delirio. La boca del hombre lamía el rostro femenino y la habitación se calentaba por el fuego del deseo y el sol del mediodía, inundada por gemidos que expresaban el lenguaje del placer... Alcanzaron el éxtasis sudando como animales y

Wynie bebió del manantial de su cuerpo, llevando a la práctica las palabras pronunciadas poco antes...

-Es una pena que solo quieras hacerme esto cuando no te toque ejercer de madre. Por mucho que me guste, no lo considero suficiente –lamentó él, ya preparado para vestirse de nuevo.

-Hoy por hoy, es lo que hay. La obligación está antes que la devoción y mi obligación, en esta etapa de mi existencia, es procurar que mi hijo sea feliz y ahorrarle cualquier sufrimiento. La vida es muy larga. Cuando él sea mayor y

se vaya de casa tendré tiempo para nuevas experiencias amorosas...

Ése entró en la cocina y volvió al dormitorio a paso muy lento. Imitaba a un anciano, con la cabeza gacha y apoyado sobre el palo de la fregona, que hacía las veces de bastón. Ambos rieron.

-Tengo que marcharme pero antes voy a darte un beso que te deje marcada el alma –le anunció entretanto aproximaba los labios a su rostro. La besó con tanto ardor que, cuando Wynie se preparó para ir a recoger a su hijo, varias horas después, rompió el espejo del baño al arrojarle rabiosa un gran bote de

gel de ducha. Se había enfadado con él por devolverle la imagen de su cara quemada por el vestigio de los besos de Ése. La historia se repetía y le dolía pensar que podría volver a ocurrir...

Emi, por su parte, entraba en el invierno libre como el viento. "He perdido al hombre de mi vida y no estoy triste. Me siento en paz conmigo misma. Y abierta a lo que pueda venir". Con estas palabras, pronunciadas ante Wynie a modo de credo, dio por terminada la historia de amor más apasionante de su vida y se echó a las calles decidida a buscar a otro que

sustituyera a El Polaco. De hecho, pertenece al tipo de mujer que no sabe vivir sin tener un hombre a su alrededor. Desde que lo dejó con su primer amor, a los dieciséis años, ha ido de flor en flor, soltando a uno y cogiendo al sucesor de forma casi instantánea. A su marido lo conoció con veintiuno, a la mañana siguiente de que la dejara el tercero de los novios de su vida. Entró en clase de inglés, se quedó mirando embobada al nuevo profesor y, nada más tomar asiento, le dijo a su compañera de pupitre que iba a casarse con él. No habían cruzado una sola palabra,



pero presintió con una clarividencia aplastante un hecho que, en efecto, sucedió varios meses después de aquel flechazo que fue mutuo.

Algo parecido le sucedió con El Polaco, a quien conoció el mismo día en que su matrimonio estalló después de veinte años. Ocurrió en un evento que organizaba el Instituto Polaco de Cultura, al que acudió por motivos laborales. Varios minutos después de que alguien los presentara, se alejó con una excusa banal y llamó a Wynie para contarle que había conocido a un hombre mayor con el que iba a pasar esa noche, y añadió estar segura de

que serían muchas más. Sus deseos volvieron a cumplirse. Junto a su ínclito amante extranjero y errante, maduro y experto, ha pasado tres años. A su lado ha disfrutado de experiencias sexuales jamás imaginadas, ha amado con una intensidad que nunca antes había sentido y, llegado el momento, ha preferido prescindir de él antes que compartirlo. Emi y Wyni e han bromeado a menudo acerca de quién les duraría más, si El Polaco o El Profesor de Matemáticas. Siempre solían llegar a la conclusión de que este último y la realidad les demostró que no

erraban. La apasionante historia de El Polaco y Emi parecía haber tocado su fin, mientras persistían los ardientes encuentros de Wynie y el profe.

No transcurrió ni una semana desde que Emi salió de su casa con la mente abierta a seducir y a ser seducida hasta que se topó con El Publicista. Lo encontró en un evento al que acudió con Olivia y, nada más verlo, supo que se trataba del elegido. Era rubio, de aspecto pijo y modales elegantes. Lo miraba de reojo cuando él empezó a toser. Emi se acercó, le dio unos golpecillos en la espalda y

volvió junto a Olivia. Al poco tiempo, estando ambas amigas en la barra, él las descubrió entre el numeroso público que abarrotaba la sala y le pidió a E m i con un guiño y un simpático gesto que se acercara. Ella obedeció y no volvieron a separarse hasta que terminó la fiesta.

En ese tiempo, supo de su flamante galán que era publicista, de cuarenta y siete años, divorciado y padre de un niño de corta edad. Él, en cambio, se marchó en la ignorancia total respecto a una mujer que suele comportarse ante los desconocidos como una persona

misteriosa, que habla poco y sabe callar sobre su vida sin que se note que lo hace intencionadamente. Lo que esa primera noche dejó claro a ambos es que les gustaba besarse.

Lo hicieron en varias ocasiones y, a juzgar por las palabras que se dijeron, se quedaron con las ganas de una intimidad que las mutuas obligaciones laborales impidieron que aconteciera. Se despidieron sin dejarse los teléfonos. Ninguno de los dos dio el paso de pedirlo al otro. Un beso largo y profundo y un "hasta la próxima" marcó el colofón de la velada. Al día siguiente, E m i aseguraba haberse enamorado de

El Publicista y empezó a buscarlo en el mundo real y en el ciberespacio, en las barras de los bares y en Google con la persistencia propia del cazador que necesita atrapar a su presa para seguir viviendo.

Desde que abandonara la habitación de hotel que ocupaba junto a El Polaco sin decir adiós, dos hombres se han colado con fuerza en sus pensamientos, avivando los deseos larvados por la despedida. E mi puede soportar un tiempo prudencial sin mantener relaciones sexuales, pero es de las mujeres incapaces de disfrutar de la vida sin que el mundo masculino

ande rondando sus cabezas. Después de los besos profundos con El Publicista al que conoció la noche en que estrenó soltería, lo había vuelto a encontrar en el mismo local donde se conocieron. Sin embargo, no hubo besos en este segundo encuentro. Ni siquiera un mínimo roce. Se saludaron y él la llamó a Aurora. O la estaba confundiendo con otra persona o había olvidado su nombre, y cualquiera de las dos cosas le molestaba tanto que optó por desaparecer del local y marcharse a casa. Así de impulsiva es ella. Sobre todo, si se trata de huir de algo que

no le gusta o le sienta mal. Esa noche pensó que estaría mejor durmiendo sola que dando vueltas en un bar alrededor de un tipo que ni siquiera recordaba su nombre. Se marchó sin despedirse y, fiel a su costumbre de sustituir a uno por otro de forma casi instantánea, encontró en El Quechua al hombre que habría de calmar el ímpetu sexual reprimido por la ausencia. Aunque tuvo una aventura en el coche con el joven que le recordó a El Principito, no había disfrutado de una penetración completa desde aquellas tres noches que pasó en un hotel de Madrid junto a El



Polaco.

La madrugada que conoció a El Que c hua empezó a llamarlo El Montañero, puesto que él hablaba y hablaba de su afición a escalar altas cumbres. Ocurrió en El Maligno durante una larga juerga que compartía con Olivia. Cuando el club cerró sus puertas y su amiga se marchó en buena compañía, ella hizo lo propio junto a su nuevo ligue pese a que su forma de besar, que ya había probado en la habitación azul, no le resultó muy placentera. Unido a sus ganas de una aventura sexual, el factor que la empujó a invitarlo a pasar unas

horas de pasión fue que su amiga Wyni e se encontraba fuera de la ciudad y le había dejado las llaves de su cercano apartamento.

Caminaron despacio hacia allí, sin parar de besarse, y Emi comprobó satisfecha que el hombre había seguido sus instrucciones y se esmeraba en hacerlo como a ella le gustaba, besos profundos con lenguas enredadas en lugar de lametones en los labios. Cuando al fin llegaron al apartamento, la contrariedad se impuso al deseo y les resultó imposible acceder a su interior. La llave no abría y, mientras ella intentaba sin cesar

que la cerradura respondiera, El Montañero se distraía en introducir su mano bajo la falda hasta acceder a la intimidad femenina más recóndita.

Emi se excitaba por segundos y la maldita llave no cejaba en su empeño de aguarle la fiesta. Las circunstancias la obligaron a que, por primera vez en su vida, decidiera meter en su propia cama, a sabiendas de que sus hijas estaban en casa, a un hombre distinto a su ex marido y padre de las jóvenes. El ímpetu del deseo era tan fuerte que no pudo resistirse a su fiero empuje. Su temperatura

sexual subió aún más en el taxi, cuando El Montañero le colocó la mano derecha entre sus piernas y ella cató admirada la erección de una herramienta que adivinaba enorme y dura bajo el pantalón... Eran más de las ocho de la mañana, razón por la que decidió telefonar a sus hijas para avisarlas de que llegaba acompañada por un desconocido: El Montañero, al que le unía únicamente la fuerza del sexo, la impetuosa necesidad de ser acariciada que brotaba de cada uno de los poros de su piel. El taxi alcanzó su destino y aparcó en el portal del edificio. El hombre pagó

mientras E mi rebuscaba las llaves en el fondo de su enorme bolso, lleno habitualmente de fruslerías. Se bajaron, ella abrió la puerta y señaló hacia el ascensor con un gesto. Accedieron a su interior, pulsó el botón del séptimo piso y él la atrajo hacia sí de forma súbita. La subió a sus caderas, sujetándole el trasero con ambas manos y situando la boca en el canal de los pechos. Le desabrochó la camisa, levantó el sostén y dejó al aire sus pequeñas y prominentes protuberancias. Aquel hombre moreno de dura musculatura, entre indio y gitano, mordisqueaba los

montículos y lamía sus cumbres. Los gemidos femeninos silenciaban el ruido de la máquina elevándose.

Al pararse en la séptima planta, justo frente a la puerta del amplio piso donde Emi reside junto a sus dos hijas, El Montañero la empotró entre las paredes del estrecho ascensor y la besaba con ardor al tiempo que hincaba con fuerza en su pubis el esplendor de su virilidad enhiesta. Ella se estremecía de placer solo con pensar en la fogosa aventura que ya empezaba a disfrutar. Abrió la puerta de la vivienda y entraron con sigilo. Al llegar al salón, su acompañante

exclamó admirado: "¡qué vistas más bonitas!". A ella le gustó el comentario y le dedicó una sonrisa agradecida. El amanecer entraba a raudales por la cristalera de la estancia. De allí se fueron a la cama. Cuando él se estaba desnudando, su compañera ya se había refugiado bajo el edredón del lecho.

-¿Me lo quito todo? –dijo El Montañero.

-Lo que tú quieras –le contestó Emi.

La visión del hermoso falo, brillante y oscuro, le despertó un

deseo que toda mujer ha experimentado alguna vez: el de sentir un instrumento de semejante calibre penetrando su boca hasta las profundidades más hondas. Desde los tiempos de su despertar sexual junto a El Polaco, estaba acostumbrada a hacerlo inmensamente feliz con la práctica de la felación. Dotada de una garganta adiestrada para tales proezas, tuvo claras sus ganas de provocar un gozo similar en aquel moreno agitanado de ojos verdes que la había acompañado durante gran parte de la noche. Sin embargo, no le resultó posible: no



supo relajarse ni concentrarse para conseguir que sus músculos dejaran paso a tamaño invitado. A su propietario no pareció molestarle el tropiezo. Agarró a Emi, la tumbó boca arriba en la ancha cama, se colocó sobre su cuerpo y la achuchó contra su pecho. La besó en los labios y pellizcó sus mejillas al tiempo que pronunciaba estas palabras: yo sí voy a darte lo que tú quieres, todo será para ti.

En esa postura, sentado sobre ella, la penetró hasta convertir en música orgásmica el rugido del vehemente deseo que los había arrastrado hasta allí. Emi tuvo que

gozar en silencio para que no la oyeran sus hijas. Como amplificadores, los gritos y gemidos reprimidos en su garganta multiplicaban las vibraciones de su cuerpo sobre la poderosa herramienta que no perdía su vigor. Las horas pasadas podrían contar la historia del árbol que se hundía en la tierra húmeda y salía de ella hasta hacerla florecer como una radiante primavera. La lluvia cayó sobre el prado y el sol desapareció tras un tierno beso de despedida...

C u a n d o E m i salió de la habitación, un rato después de que su amante se marchara, la menor

de sus hijas la esperaba en el salón.

-¿Qué tal con tu amigo, mamá? ¿Cuándo lo has conocido? ¿Volverás a verlo? ¿A qué se dedica? – preguntaba incesante la joven con gesto sonriente y tono entre sorprendido y atolondrado.

-Muy bien. Es montañero y así lo llamo. Lo he conocido esta noche y no sé si volveré a verlo. ¿Algo más? –inquirió con una sonrisa pícara.

-No. Bueno, sí. Ese chico es quechua. Por tanto, su nombre debería ser El Quechua, ¿no crees?

-¿Por qué lo dices?

-Porque lo ponía en su sudadera, me he fijado bien cuando salió. Y además, tiene cara de eso, de quechua, ¿o no?

-Así es. El Quechua –repitió Emi varias veces mientras se dirigía a la cocina.

En los días sucesivos, tal como solía hacer con los hombres que le dejaban huella, lo buscó en la calle y en los bares, en el mundo real y en el universo digital, motivada por la fuerza de la atracción sexual. Pero El Quechua, como tantos amantes de usar y tirar que

pueblan las noches y las barras de los bares, había desaparecido de la ciudad y de la faz de la Tierra.

## **Fantasías y anhelos**

El intenso frío que azotaba Madrid en vísperas de Navidad y la proximidad de las vacaciones propiciaron que esa noche de viernes, en lugar de salir a la calle, las cuatro amigas se reunieran en casa de Wynie. Otro año se marchaba y sentían la necesidad de intercambiar opiniones, compartir experiencias y anhelos y hacer

balance.

Tras agotar las viandas y vaciar una botella de cava, la anfitriona quiso agasajarlas con un tesoro que guardaba en el fondo de un armario desde hacía más de un lustro: una botella de brandy Remy Martin Louis XIII, considerado entre los tres mejores coñac del mundo. Se la regaló su amante El Político durante la época dorada del romance furtivo que mantuvieron y, hasta esa noche, no había encontrado el momento idóneo para abrirla. Las bajas temperaturas y el sueño que tuviera la madrugada anterior

propiciaron la ocasión.

-Tengo que contaros que anoche soñé con El Político – anunció. Hoy quiero abrir y terminar en vuestra compañía esta botella que él me regaló. Cuando salga de nuevo el sol ni un solo recuerdo suyo permanecerá en esta casa. Hay que soltar lastre, que llega un nuevo año –indicó solemne, con una sonrisa tímida dibujada en su semblante.

-Ya me extraña que conservaras esa reliquia –comentó Emi. Estaba convencida de que todo lo que te relacionaba con El Político lo echaste a criar malvas en el

pasado de tu vida.

-Así lo creía yo hasta que tuve un sueño que me incitó a pensar que algo suyo quedó vagando por el limbo de mis recuerdos, anclado en un lado oscuro de mi ser que ni siquiera yo misma reconozco – contestó la aludida. La botella es su representación mundana.

-Tú, tan elocuente como siempre. Cuéntanos ya el sueño y déjate de tanta palabrería remilgada –terció Olivia con retintín.

-Eso digo yo. Empieza –la secundó Katty.



Wynie volvió a llenar las cuatro copas del carísimo brandy, se acomodó en el sofá y tomó aire antes de hablar.

-Estábamos sentados uno al lado del otro, en sendos asientos de primera clase de un avión que surcaba el Atlántico. El echó unas cortinillas azules que nos aislaban de miradas curiosas y empezó a besarme y a acariciarme los pechos. Yo respondía a sus caricias con una excitación creciente y le pedía que me penetrara allí mismo, sobre aquellos asientos de primera...

-¡Qué morbo! –exclamó Katty

mientras las demás permanecían atentas a la disertación de la anfitriona. ¿Te lo llegaste a tirar en el sueño, o es que habías tenido una experiencia parecida en la realidad? –le preguntó.

-Nunca he tenido la suerte de que me ocurriera nada similar en la vida real, y mira que me he subido veces a un avión. En primera no tantas, claro –precisó. Lo gracioso del asunto es que en el sueño terminé haciendo el amor en un asiento de dicha clase, pero mi compañero no era El Político, sino un apuesto pasajero alemán con el que congenié cuando mi amante se

quedó dormido.

-Recuerdo que una vez me contaste que una de tus fantasías sexuales más recurrentes era la de hacerlo en un avión. Lo que sucede en el mundo onírico suele ser un reflejo de los deseos o las ilusiones que ansiamos y no hemos podido llevar a cabo en la vida real – aseveró Olivia.

-Bueno, ya sabemos cuál es la fantasía sexual de Wynie. Ahora faltamos las demás. ¿Quién empieza? –se digirió Emi al grupo, levantándose del sofá y alzando su copa.

-Brindemos por las fantasías sexuales –propuso Katty.

Todas se levantaron y se miraron a los ojos. Se escuchó el tintinar repetido de las copas al chocar. El cuarteto se acomodó de nuevo en el sofá y se dispuso a seguir hablando de fantasías sexuales. El exquisito licor calentó los cuerpos, relajó las mentes y disparó las lenguas. Olivia se adjudicó el turno siguiente y tampoco se quedó atrás en lo que a glamur se refiere.

-Durante el tiempo en que estuvimos casados, mi marido y yo viajábamos a París con frecuencia,

a veces por asuntos de negocios y otras por puro placer. Tengo varios modelitos comprados en la mítica tienda Chanel de la rue Cambon y, desde la primera ocasión en que entré en uno de sus probadores, me ronda la fantasía de hacerlo allí. Había un sillón poco corriente, bajo y muy rococó, con las patas doradas y el asiento y el respaldo de terciopelo rojo, este último rodeado de brocados también dorados. Lo curioso es que no tenía brazos, detalle que hubiera facilitado la postura amorosa – precisó al tiempo que una espontánea y sonora carcajada

interrumpía la descripción.

-¡Jajaja! Y tú soñabas con disfrutar allí, regalando a tu lindo trasero el placer de probar tan lujoso asiento –apuntó Katty mezclando las palabras con las risas.

-Soñaba y sueño –certificó Olivia. Por desgracia, no he cruzado las puertas de la casa Chanel desde que me divorcié. Y lo peor es que estoy segura de que él sigue yendo con La Zorra, a gastarse el dinero que ganamos juntos –musitó.

-Venga, no te pongas nostálgica. Si ya no estás con ese

individuo es porque no merecía la pena –terció Wynie. Siguiendo con la fantasía, que es de lo que se trata, doy por hecho que el elegido para llevarla a cabo no era tu marido.

-Ahora no, por supuesto, pero en nuestros buenos tiempos sí que fantaseaba con él. De hecho, le propuse y llegué a insistirle en que nos atreviéramos a gozar dentro de ese probador. Después de varias negativas, opté por desistir y la ilusión cambió al protagonista. Una mañana me desperté con la sensación de haber pasado la noche sentada sobre el terciopelo rojo del

asiento de Casa Chanel, con Brad Pitt encima, jajaja...

-A ver, ¿quién da más? –inquirió Emi en su tono cínico habitual.

-Pues ha llegado tu turno, por hablar –apeló Katty. Seguro que no te quedas corta.

-En el glamur sí, pero en el sexo, para nada –expresó la aludida remarcando las dos últimas palabras. Mucho asiento de primera y probador de Casa Chanel y poca chicha. Si os digo la verdad, no he tenido fantasías desde que decidí dejar a El Polaco sin decir adiós y perdí la ilusión de frecuentar el



local donde trabaja El Principito. Pero antes de eso, en los días en que ambos pululaban por mis pensamientos, tenía una ambición recurrente que nunca llegué a conseguir. Ya os he hablado de ella y no había lujos ni lugares especiales. Solo una cama grande y dos hombres. Como os conté, me gustaba recrearme en la ilusión de que tenía a los dos dentro de mí. El Principito me penetraba por delante y El Polaco por detrás. He llegado

a cerrar los ojos, a visualizar la escena y a sentir un placer tan inmenso que no me ha quedado mejor remedio que masturbarme.

-¡Qué bestia! ¡Bien te gusta esa historia! –exclamó Wynie. Por mi parte, imaginar dos aparatos entrando y saliendo de mi cuerpo me produce tanto dolor que no le veo el encanto.

-Si se hace bien no tiene por qué ser doloroso –aclaró Katty. El sexo anal es muy placentero con la compañía adecuada. Os lo digo por experiencia –puntualizó.

-¿Acaso tus fantasías van por ahí? Suelta, que eres la única que falta –intervino Olivia.

-No exactamente, porque no se trata de dos hombres. Mi fantasía,

como la de Emi, tampoco es nueva. Os he contado que sueño con un negro, pero de Wall Street, no del barrio de Lavapiés como aquel pretendiente cuyo olor me impidió quedarme a dormir a su lado. El galán de mis fantasías es guapo y elegante. Huele muy bien y su cuerpo es espectacular, con las manos grandes y la herramienta aún más. El mundo oscuro me pone tanto que en mis ensoñaciones eróticas siempre aparece un hombre negro. Sin embargo, debo precisar que se queda ahí, en el terreno de la quimera. Cuando lo que invade mi mente es el anhelo,

el deseo de encontrar el amor de verdad, el caballero que aparece ante mis ojos no es negro, sino blanco y más bien rubio que moreno. No le doy importancia a ello porque en realidad no tengo ese prejuicio. Lo que busco es el amor de verdad, sea blanco, negro, indio o chino. Así, tal como suena, con todas sus letras. Un hombre con el que compartir el resto de mi vida. Que me admire, me respete, me quiera y me haga feliz, dentro y fuera de la cama. El amante. El compañero. El otro yo. A ver si el nuevo año me lo trae...

-Eso nos gustaría a todas, pero

resulta tan difícil –expresó Emi antes de lanzar un sonoro suspiro.

Aunque encontrar la media naranja sea la aspiración -más o menos admitida-de cualquier ser humano, no todas las personas lo sienten de igual manera. Olivia y Wynie se consideran espíritus libres y se niegan a abrir los ojos al lado del mismo compañero todos y cada uno de los días... A ello unen su condición de madres entregadas, nada dispuestas a compartir con ningún hombre distinto a sus hijos el espacio vital.

Olivia, pese al rechazo meditado de la convivencia,

necesita sentir la llama del amor. De hecho, se cree enamorada de todos los hombres con los que ha mantenido relaciones, aunque ese sentimiento sea tan efímero que la mayoría de las veces ni siquiera le permita disfrutarlo. Suele esfumarse en el momento en que alcanza el éxtasis sexual y se pregunta qué hace al lado del susodicho. Le gustaría tener una pareja estable, aunque viviendo en casas separadas. Lo ha intentado con El de 28 y con El Cubano de mirada felina, sin resultados en ninguno de los dos casos.

Wynie, espíritu libre, no busca

ni quiere una pareja. Solo un amigo especial con el que compartir el tiempo de ocio, que la haga reír y disfrutar en la cama y fuera de ella. Un anhelo incumplido hasta la fecha. Desde que su matrimonio se rompiera, ha conocido a tres hombres susceptibles de convertirse en ese amigo especial y con los tres ha fracasado: El Tuitero, Ése y El Grandullón. Los dos primeros llegaron a exigirle todo y la relación que mantenían se quedó en nada por su reiterada negativa, no solo a la convivencia, sino también a la posibilidad de anunciarle a su hijo que había otro hombre en su

corazón. Tampoco con El Grandullón, espíritu libre como ella, pudo cumplir sus expectativas por la imposibilidad manifiesta de que le guardara fidelidad. Aunque sabe que no se trata de la persona indicada, continúa sus encuentros intermitentes con El Profesor de Matemáticas, una enciclopedia andante con quien no tiene muchas cosas en común, pero un amante fogoso y bien dotado junto al que sofocar la fiebre del deseo. Se citan de vez en cuando y se despiden hasta la próxima después de alcanzar el éxtasis sexual.

A Katty, el recuerdo de sus



padres y el perfecto matrimonio de su hermana la han impulsado a salir a la calle cada mañana pensando que el hombre de su vida, el amor ansiado, está en algún lugar y tiene que encontrarlo, ya sea en la barra de un bar o en la pantalla de su ordenador. Dos matrimonios fracasados y sendas decepciones las sufridas con El Belga y El Psiquiatra-no han sido suficientes para hacerla desistir de su empeño.

Emi, por su parte, vive entregada al trabajo y al éxito profesional, tarea que requiere una elevada dosis de energía. Enamorada hasta el tuétano de El

Polaco, es incapaz de plantearse siquiera la posibilidad de vivir con él, pese a la insistencia masculina. Sus obligaciones laborales y la reiterada negativa de sus hijas a compartir el hogar familiar con un hombre distinto a su padre, además de impedirle cumplir su sueño, han llevado a pique su relación amorosa. Con sesenta y dos años cumplidos, El Polaco ha encontrado una brasileña dispuesta a darle lo que su adorada geisha le negaba.

Divorciadas después de largos matrimonios con finales conflictivos y liberadas de dañinas relaciones conyugales, cada una de las cuatro

ha explorado a su manera la forma más adecuada de disfrutar del delirio del sexo o de las mieles del amor.

Esa noche de fantasías y anhelos mojados en licor, Katty reiteró al grupo su propósito de dejar de ir a El Maligno. Después de pensarlo mucho, llegó al convencimiento de que en dicho lugar no podría encontrar al amor duradero, al hombre con el que compartir su vida.

-En sitios como ese hay demasiada oscuridad como para que aparezca un príncipe azul. Lo único que buscan los tipos que van

allí es sexo y ya sabéis mi opinión sobre el asunto: los hombres no escogen a la mujer de su vida entre las que han conquistado de manera fácil. Por tanto, si coincides con alguien que te guste mucho no puedes irte con él la primera noche. Lo más normal es que sea un machista y crea que tú eres una cualquiera por llevártelo a la cama nada más conocerlo. Ellos siempre están dispuestos a tener sexo pero, a la hora de pensar en una mujer para algo más que un revolcón, nunca escogerán a la que consiguieron sin esfuerzo.

-Te escucho hablar así y tengo

la impresión que estar oyendo a mi madre, Katty. Me niego a pensar que los hombres del siglo XXI minusvaloren a una mujer por sucumbir a sus deseos sexuales la primera noche. Cuando surge, la chispa es mutua y si el caballero piensa que la dama es fresca, ligera de cascos, facilona o cualquiera de esos apelativos tan antiguos por aceptar la llamada del deseo, no tiene más calificativo que el que tú has dicho antes: machista. Y yo, desde luego, no quiero individuos así en mi vida. Ni siquiera para un polvo –rebatió Wynie.

-Los hombres actúan siempre

igual. Te calientan la oreja con todo lo que quieras escuchar hasta conseguir su propósito. Una vez que te han llevado a la cama y han saciado su deseo, cogen la puerta, se marchan y se olvidan de lo dicho –apuntó Olivia.

-¿Eso por quién lo dices, por ellos o por ti misma? –inquirió Emi con sarcasmo. Es lo que te ocurre cuando consigues la conquista. Después del polvo, tu mayor deseo suele ser que el susodicho se vaya y te deje descansar tranquila.

-Algunas veces me pasa, sí, pero no siempre –se defendió la aludida.

-Ni a ti ni a nadie, porque esa actitud no depende del sexo, sino de las personas y de las sensaciones. Querer un polvo mágico, es decir, que te lo echen y desaparezcan, no es un comportamiento exclusivo del macho. Hay mujeres que hacen lo mismo y en ti tenemos un ejemplo bien cercano. Has invitado a algunos a salir de tu casa nada más terminar, como te sucedió hace poco con El Gritón, y otros, sin embargo, te han dejado una huella tan profunda que no encuentras la forma de alejarlos, ni de tu vida ni siquiera de tus pensamientos,

porque se han pegado a tu alma como si fueran lapas. Es el caso de El de 28, con quien te acostaste nada más conocerlo y te sigue provocando suspiros –le recordó Wynie.

-Suscribo tu comentario – corroboró Emi. Yo también me fui con El Polaco a su hotel horas después de conocerlo y ninguno de los dos se esfumó de la existencia del otro. Ahí tenéis la prueba de que la dicha o el futuro de una pareja no dependen de que la mujer acceda o se niegue al sexo en la primera cita. Nuestra relación se mantuvo durante cuatro años



porque la chispa no se apagó después de la pasión que la había encendido.

-El Polaco no es un buen ejemplo. Los extranjeros no son tan machistas como los españoles – apuntó Olivia.

Mientras Emi, Olivia y Wynie continuaban enfrascadas en la conversación, Katty permaneció aislada y sumergida en el océano inexpugnable de sus desvelos. Reflexionaba sobre si sería realmente como sostenían Wynie y Emi o si los hombres, según consideraba ella, perdían el interés por las mujeres que se entregaban

a la primera ocasión. Era consciente de que sus amigas habían superado lo que a su entender se presentaba como una dicotomía insalvable y se comportaban como mujeres libres. Hacían lo que les pedían sus cuerpos en cada momento, sin importarles lo que los hombres pudieran pensar sobre sus actos... ¿Por qué ella se sentía incapaz de actuar igual y se torturaba con el recuerdo de los amantes que creía haber perdido por no saberse negar? Un torrente de voz salió repentino de su garganta, como si necesitara subir el volumen de sus pensamientos para reafirmarse en

la certeza de sus convicciones...

-La diferencia es que vosotras no queréis una pareja y yo sí, pero no la encontraré si continuo actuando como una casquivana.

-Vaya palabra horrorosa, Katty – le riñó Wynie. Puedes pensar como si tuvieras ochenta años, pero más vale que hagas lo que te plazca en cada momento. De lo contrario, lo único que vas a encontrar será a un machista con el que volverás a fracasar. Yo me acosté con Ése la primera noche y si hubiera querido, ahora podría pasar todas a su lado.

-Bueno, eso es lo que tú quieres creer. La realidad es que, aunque lo hablarais después de vuestro último encuentro, no te lo ha planteado en firme ni te ha insistido en que viváis juntos. Ni siquiera ha vuelto a llamarte, ni ha dado señales de vida desde entonces.

-Lo que has dicho es propio de pérfidas y además no tienes razón. Ése me confesó que era desgraciado en su matrimonio y fue sincero. Estoy segura de que si le hubiera ofrecido mi apoyo e insistido en la conveniencia de que viviéramos juntos, aquí lo tendría

ahora. En este caso soy yo la que se ha negado, no él.

-No voy a especular más sobre lo que hubiera hecho Ése porque no me importa. Sí te digo lo que yo pienso hacer a partir de ahora: no me acostaré con ningún hombre susceptible de convertirse en príncipe azul hasta que no pase un tiempo prudencial y tenga claro que la conquista es firme.

-¡Jajaja! –rio Emi. Los sapos no se convierten en príncipes en la vida real. Si no lo pruebas, te arriesgas a perder el tiempo seduciendo a un sapo. Como pretendas celebrar tu tercer

matrimonio sin haber abierto el melón te puede salir, como mínimo, avinagrado, y no tardarás en lamentar un nuevo fracaso. Por tanto, las posibilidades de que tus teorías de señorita anticuada te arrastren a los brazos del galán adecuado son muy escasas.

-Estoy con Emi. El producto hay que probarlo antes de llevárselo a casa, porque devolverlo cuesta mucho –señaló Olivia antes de estallar a reír.

-Aquí la experta en productos es Wynie –apuntó Emi. Lo digo porque lo que ella busca es un producto quincenal. Querer a un

hombre para estar con él un fin de semana de cada dos y despedirlo hasta dentro de quince días no es buscar el amor. Ni siquiera una pareja, sino un artículo de consumo. Y encima pretende que ese producto le guarde fidelidad. Otra que no tiene futuro – sentenció.

-Pues tú has hecho algo parecido con El Polaco, así que no sé por qué recriminas mi actitud. Si hubieras permitido que se quedara a vivir con vosotras ahora no estaría con La Brasileña, sino contigo.

-Bueno, eso es algo provisional.

Cuando mis hijas se vayan de casa dejará a La Brasileña y correrá a mi lado, porque es a mí a quien desea y a quien quiere.

-Pssss... El futuro está por escribirse –indicó Wynie. ¿Sabéis lo que hizo Ése cuando le dije que no viviría con él hasta que mi hijo fuera mayor y abandonara el nido? Se puso a imitar a un anciano, usando el palo de la fregona como bastón. Es posible que nunca llegue a encontrar un hombre que acepte mis condiciones de producto quincenal, como dice Emi, pero eso no me quita el sueño. Sencillamente, porque no soy de las



mujeres que necesitan tener un macho al lado para ser felices. La felicidad está en uno mismo y en su capacidad para adaptarse de buen grado a las circunstancias que le han tocado vivir. Yo estoy muy contenta con mi hijo. No quiero ni necesito a nadie más en casa. Si encuentro al amante de las quincenas, bienvenido sea, y si no, ya tengo a mi profe, que me deja muy contenta cada vez que quedamos...

-Si hablas así es porque no te has enamorado de verdad –afirmó Katty. El día que ocurra, ese sentimiento será más fuerte que tu

raciocinio calculado y destruirá tus convicciones. Llegado el momento, lo que piense tu hijo no te importará tanto. Los niños se adaptan a todo – precisó.

-Te aseguro que a mí no me pasará eso, pero bueno, no vamos a llevarnos toda la noche especulando sobre lo que podría ocurrir o no –contestó la interesada. Resumiendo para hacer balance, tú buscas -y creo que encontrarás-un amor que te quiera y que te adore, y si vive en una mansión con piscina y tiene una cuenta corriente con muchos ceros, mejor. Emi espera que sus hijas se vayan de

casa para compartir su vida con El Polaco, aunque puede que cuando eso ocurra él sea ya tan viejo que ni siquiera se le empine. Y Olivia bebe los vientos por El de 28, por muchos mulatos de ojos felinos o jóvenes faraones que pasen por su cama. El problema es que El de 28 es como El Grandullón: tipos incapaces de entregarse a una sola mujer. Y respecto a mí, ya lo sabéis: un espíritu libre que quiere seguir así. O encuentro un producto quincenal versión Emi o me quedo como estoy, llamando a El Profesor de Matemáticas cuando me entre la ventolera del deseo.

Así concluyó la anfitriona una velada que tuvo mucho de premonitoria y no solo en lo referente al futuro. También, respecto a los sucesos del acontecer más próximo. Al día siguiente, sábado, después de recoger los restos de la fiesta femenina, se tumbó en el sofá, se abrigó con una manta y se dispuso a ver una película. Ya era casi de noche, no había tenido ninguna oferta para salir y tampoco le importaba. El teléfono empezó a sonar con insistencia. Decidió levantarse para cogerlo y escuchó la voz de su amante duradero. La

llamaba desde su bar habitual y le pidió que se citaran.

-Estoy muy a gusto viendo una peli y no me apetece moverme de casa.

-Más a gusto te voy a dejar yo si me invitas –le propuso él.

Wynie aceptó. Apagó la tele, puso música y se metió en la ducha. Aún estaba en albornoz y sin peinar cuando El Profesor de Matemáticas llamó al timbre. No lo esperaba tan pronto. La pilló desarreglada y, tal como ella diría, completamente exenta de glamur.

-Siento recibirte así. No he

tenido tiempo de prepararme –le comentó al darle la bienvenida con una sonrisa coqueta en sus labios rosados, aún sin pintar.

-Estás guapísima de cualquier forma. Ven aquí. Te deseo mucho y necesitaba verte. Sé que la próxima semana tienes a tu hijo y no será posible. Te dije que no quería que volviera a pasar un mes sin estar contigo –le susurraba mientras la abrazaba y llenaba de besos su frente y sus párpados.

-Vamos a la cama, venga – insistía al tiempo que retiraba el albornoz de su cuerpo todavía húmedo...

La cogió en sus brazos, la tumbó en la cama y relamió sus pezones con ahínco. Tomó su mano derecha y la llevó hasta el gran falo que se alzaba luciendo una erección completa. Wynie se estremeció al recordar cuánto disfrutaba teniéndolo dentro y él adivinó sus pensamientos. Como el más duradero de sus amantes, era capaz de intuir las sensaciones que ella experimentaba ante la imponente virilidad de la que se veía dotado. Palpó su clítoris húmedo y detectó que estaba preparada para recibirlo. Se sentó en la cama y la colocó sobre su

cuerpo, creciéndose aún más en su interior y haciéndole que sintiera la potencia de su miembro atravesándola. Las lenguas enredadas, los torsos pegados, las piernas de ella enroscadas en la espalda masculina y el sudor de la pasión brotando de frentes y mejillas encendidas. Dos cuerpos en uno. Posesión intensa y profunda que transportó a Wynie varias veces al paraíso de la felicidad infinita mientras su compañero gozaba escuchando los gemidos que envolvían la estancia y sintiendo cómo la hacía tan feliz.

Pasados los cuarenta y cinco



años, El Profesor de Matemáticas se enorgullecía de la enorme potencia sexual con la que la Madre Naturaleza lo había obsequiado. Estuvo gran parte de la madrugada entrando y saliendo del interior de una mujer sensual y sexual; una hembra predispuesta a practicar el kamasutra, que recibía de buen grado y se acoplaba a cada una de las posturas que él le proponía adoptar. Un cuerpo que vibraba y se retorció de gozo en cada una de las embestidas, caderas cimbreantes, manos juguetonas y bocas que saboreaban cada gota de placer...



# EPÍLOGO

## Una década después

Olivia seguía suspirando por El de 28 diez años más tarde, cuando aquel muchacho rebelde y apasionado rondaba la cuarentena y ella había rebasado el medio siglo de existencia inmune a los plantones, a las novias de ida y vuelta, al hoy te quiero y mañana te olvido... Al recuerdo de sus besos largos y profundos, a las lágrimas de la despedida y al pesar de la ausencia. Al dolor de un abandono

sazonado con imágenes de cuerpos más jóvenes que el suyo, vanidoso cazador que colgaba en su perfil de una frecuentada red de contactos, cual trofeos, las fotografías de las hembras que pasaban por su cama después de cruzar unas cuantas frases ardientes de pantalla a pantalla. El de 28 se lavaba los dientes cada mañana en una casa distinta y aprovechaba cualquier oportunidad de conquista que le surgiera. Con el paso de los años, sus intervenciones en algunos culebrones televisivos lo convirtieron en un actor conocido aunque no famoso-y dicha

circunstancia contribuyó a alargar la lista de teléfonos femeninos de su agenda. Tenía una página de fans en Facebook con una fotografía en la que aparecía sonriendo, repeinado y vestido con un elegante traje de chaqueta azul. Para sus conquistas en los sitios de contactos de la web no utilizaba su nombre real, sino un nick o apodo y una imagen sugerente de su torso desnudo.

Por muy abultado que fuera el número de sus encuentros sexuales con rubias o morenas, altas o bajas, gordas o flacas -todas las mujeres le gustaban-nunca dejó de visitar a

Olivia. Mientras las otras cruzaban sus noches como estrellas fugaces, en ella reunía a la madre que nunca tuvo, a la hermana, a la amiga y a la compañera. Un par de veces al mes la sorprendía con una visita sin cita previa y un ramo de rosas rojas. Cenaban juntos y pasaban largas horas de charla en el moderno restaurante de turno o en el sofá de la casa de ella. Después, Olivia accedía a que durmiera en su cama

o lo castigaba a la soledad del cuarto de invitados. Que actuara de una forma u otra dependía, sobre todo, de lo que hiciera él. Si le

insistía mucho en que tuvieran sexo, se negaba en rotundo. Se trataba de las pocas ocasiones en que se daba el capricho de hacerle tragar la hiel del desprecio que tan bien conocía ella.

Las vidas del quarteto dieron un vuelco al alcanzar el medio siglo. Katty era la única que, recién cumplidos los cincuenta, llegó a lograr lo que Emi soñara tantas veces para ella y Wynie pronosticara muchos años atrás: vivía junto a un hombre rico en una mansión con piscina. Emi volvió a quedarse sola después de haber pasado casi un lustro conviviendo

con su amante El Polaco. Wynie no encontró el pretendido producto quincenal. Ni siquiera lo echaba de menos. Seguía viviendo con su hijo y se consideraba una persona realizada y feliz. Sí había conseguido aquello que perdió a los cuarenta y por lo que luchó con tesón durante más de una década: una posición económica desahogada y estable. Tampoco a Olivia le faltó el dinero. Aunque no disfrutaba de los grandes lujos de su época de esposa fiel y empresaria próspera, vivía cómodamente de su trabajo como Coordinadora de Producción en una



multinacional de ocio. El paso de los años la fue alejando de la nocturnidad festiva de Madrid. Trabajaba durante el día y rara vez le apetecía salir de noche. Un libro

o una película le procuraban mayor diversión en sus ratos libres que un bar o una discoteca.

El transcurrir del tiempo, sin embargo, no alteró su amor por El de 28. Su mayor aliciente era que la llamara para que cenaran juntos y, cuando lo hacía, cualquier jornada anodina se convertía en una fiesta. Y, desde el otoño en que cumplió cincuenta y dos años, los encuentros se incrementaron de

manera inusitada. Rara era la tarde que no pasara por su casa con cualquier excusa. Trabajó una fuerte complicidad con su hijo, al que conocía desde pequeño y que ya era un adolescente. Jugaban con las consolas, veían juntos los partidos de fútbol e, incluso, le daba consejos para ligar, materia en la que era un experto. Sentados los tres en el sofá, devorando una pizza y viendo la tele parecían una familia feliz. Olivia se estremecía cuando esa imagen se presentaba ante sus ojos. Había sufrido tanto por ese hombre que no daba crédito a una nueva situación que

se le antojaba extraña. Aunque se veían con mucha frecuencia, no vivían como pareja. Pensaba en la última vez que hicieron el amor, retrocedía en el tiempo y se daba cuenta de que había pasado más de un año. Escudriñaba el calendario y percibía también que las visitas de El de 28 solían ocurrir cuando su hijo estaba en casa. “Solo es un amigo” –repetía a su fuero interno con la intención de convencerse de una realidad que no le cuadraba, por mucho que quisiera vestirla con una apariencia de normalidad.

La incógnita se despejó varios meses después, un sábado de

invierno lluvioso y frío. Se encontraba sola en casa, preparando un guiso de pollo para cenar, y el sonido insistente del timbre la sobresaltó. Su hijo estaba en la nieve con el padre y no esperaba a nadie. Pensó en El de 28 y un calambre fugaz recorrió su cuerpo. Apagó el fuego y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrir, miró al exterior por la cámara de seguridad y lo vio allí plantado, ataviado con su mítico traje de chaqueta azul y el clásico ramo de rosas rojas en la mano. "Ha venido y estoy sola" – celebraba pletórica para sus adentros.

Abriendo sus fosas nasales, El de 28 admiró el olor de un guisado que ella le invitó a compartir y él

agradeció, agasajándola con esa sonrisa de seductor que tanto le gustaba. A Olivia le extrañó que, estando sola, el saludo de él se limitara a un par de besos recatados en las mejillas. Le ofreció una copa de vino mientras esperaban a que el pollo terminara de cocinarse, que él aceptó de buen grado. Brindaron y se dispusieron a poner la mesa. Después de una cena escuchando un sinfín de halagos hacia sus cualidades de anfitriona perfecta, Olivia preparó

un gin-tonic para cada uno y se acomodaron en el sofá. Mientras el tiempo pasaba en una conversación intrascendente, crecía la sorpresa de ella. Las manos de su otrora fogoso amante permanecían quietas y los cuerpos de ambos ni siquiera se rozaban. Decidió arriesgarse a romper el hielo y se inclinó sobre él, mostrándole el rojo de unos labios entreabiertos que ansiaban sus besos. Lejos de corresponderle, El de 28 se levantó y un suspiro sonoro y profundo salió del fondo de sus entrañas. La confusión y la extrañeza de Olivia aumentaban por segundos. No

entendía por qué la visitaba sabiendo que estaba sola y la trataba como si fuera su hermana. Su acompañante volvió a tomar asiento en el otro extremo del sofá, como si tuviera miedo de tocarla.

-¿Puedo saber los motivos de tu frialdad? Tu actitud me confunde y me estoy poniendo nerviosa.

Él lanzó un segundo suspiro, aún más ruidoso que el primero.

-Deja de suspirar y cuéntame qué te ocurre, por favor. Somos amigos, ¿o no?

-Por supuesto. De lo contrario no estaría aquí.

-Pues empieza. Me tienes en ascuas.

Encendió un cigarrillo y de su boca salieron dos palabras al mismo tiempo que el humo.

-Estoy enfermo –anunció en el tono más grave que ella le hubiera escuchado nunca.

Olivia tomó sus manos entre las suyas y lo miró fijamente a los ojos. -Dime qué tienes. Deduzco que no se trata de un resfriado común. Él apartó la vista, avergonzado de confesar sus males. -Linfogranuloma venéreo –soltó de sopetón.



Olivia solo escuchó la última palabra, que atravesó sus entrañas como un rayo incandescente y la dejó sin habla durante unos minutos. Él se acercó y acarició sus cabellos negros y brillantes. Pasó su dedo pulgar por las mejillas de su amiga y secó las lágrimas que caían, pausadas y silenciosas, como el silencio que invadió la estancia. La música dejó de sonar y solo se escuchaban, leves, las respiraciones entrecortadas de ambos. Ella habló después de un rato que se asimiló a una eternidad.

-La única palabra que he entendido ha sido venéreo.

Explícame bien qué tipo de porquería has pillado.

-Lifogranuloma venéreo – repitió.

-¿Linfo qué? –preguntó abriendo los ojos como platos, entretanto se levantaba y se dirigía al portátil situado sobre la mesa.

-San Google nos lo explicará. O mejor dicho, me lo explicará. Doy por hecho que a ti te habrá informado el médico –aclaró mientras la pantalla mostraba un nuevo contenido que empezaba a aclarar sus dudas. Leyó la información despacio y en voz alta.

-Linfogranuloma venéreo.

Enfermedad de transmisión sexual, más común en hombres que en mujeres. Es una infección crónica (prolongada) del sistema linfático, causada por tres tipos diferentes de la bacteria *Chlamydia trachomatis*, que se disemina a través del contacto sexual. Dicho esto, deduzco que te la han liado parda y que estarás enfermo durante mucho tiempo –concluyó.

-Me curaré si tú quieres –le anunció segundos antes de hundir la cabeza entre sus pechos, cual niño desvalido que se refugia en la seguridad de su madre.

-Yo no tengo nada que ver en esto. Ni te lo he provocado ni permitiré que me lo contagies – expresó, decidida y firme, mientras lo apartaba de su cuerpo.

Él se levantó, agotó su gin-tonic de un trago, dejó en la mesa el vaso vacío y empezó a caminar, inquieto y a pasos agigantados, de una esquina a otra del salón. Olivia no perdía detalle de un nerviosismo que crecía con cada zancada, de la silueta alta que parecía encogerse por el dolor y de las grandes manos que lucían trémulas.

-Tranquilízate. No vas a solucionar nada con esos

temblores. El daño ya está hecho. Resolverlo no depende de mí, sino de ti.

-Necesito que me ayudes a llevar esta cruz –insistió él. Se bajó los pantalones, se despojó de la ropa interior y le mostró su intimidad enferma. Afectada, Olivia contempló durante unos instantes las ingles inflamadas y enrojecidas y las úlceras que se multiplicaban en el pene y supuraban sangre y pus. Volvió la cara y él descubrió su rostro marcado por un gesto de asco.

-Eso está infectado. ¿Qué te han dicho? ¿Por qué no te lo han

curado bien? –lo interrogaba. El de 28 notó su gesto preocupado y el tono recriminatorio de sus palabras.

-Ya sé que lo que tengo es muy desagradable y no sanará si no cuento con tu apoyo y tu cariño. Las heridas no están infectadas aunque lo parezcan. Me han explicado que esa es la evolución natural y remitirá cuando los antibióticos que estoy tomando hagan efecto. También me han dicho que debo limpiar las úlceras dos veces al día con agua oxigenada y aplicar una pomada cicatrizante. Hoy no lo he hecho.

-¿Y a qué esperas? Son las 11

de la noche y eso tiene muy mala pinta. ¿Has traído la pomada?

-No. Me gustaría pedirte que me acompañaras a comprarla en una farmacia de guardia y que la dejemos aquí, en tu casa. Vendré todos los días para que me cures. Por favor –le rogó.

-Está bien –cedió ella. Vamos. También compraremos guantes y una mascarilla. No quiero que me pegues nada. Cualquier precaución será poca.

-No hables así, Olivia, que no tengo la lepra. Solo es una enfermedad de transmisión sexual.

No se contagia por el aire.  
Tranquila.

-Hablo como me dé la gana y si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer. Si me presto a ayudarte seré yo quien ponga las condiciones.

-De acuerdo. A tus órdenes – asintió él con una simpática reverencia.

Se pusieron los abrigos y salieron a la calle. Hacía mucho frío y Olivia se abrochó el suyo hasta el cuello. El de 28 fue a agarrarla por la cintura y ella se apartó en seco.

-No me toques. He dicho que



las condiciones las pongo yo y no pienso repetirlas cada minuto. Para que te quede claro: te prohíbo terminantemente que me roces y, si vas a venir a mi casa a diario para las curas, tampoco puedes tocar a mi hijo. Le explicaré lo que ocurre y lo entenderá. Ya es mayor. Y no me repitas que tu enfermedad no es la lepra porque, para mí, es como si lo fuera, ¿está claro?

-Sí. Lo acepto y lo respeto –  
indicó sumiso.

Llegaron a la farmacia. Olivia pidió el agua oxigenada, la pomada y todo lo que consideró necesario para la cura. El de 28 pagó y

volvieron a casa en silencio. Él, cabizbajo; ella, altiva y con un rictus de gravedad dibujado en su semblante. No cruzaron palabra durante un paseo de diez minutos por callejuelas estrechas y solitarias, donde algún mendigo, una pareja de turistas despistados o un gato en busca de alimento constituían el único signo de presencia viviente. La canción Get Lucky, de Daft Punk, irrumpió con su ritmo festivo en la madrugada silenciosa. Se trataba de uno de los temas preferidos de Olivia y lo usaba como melodía de su móvil. Antes de atender la llamada, miró

la pantalla del teléfono. Era Emi. Se alejó de El de 28 para hablar con ella.

-Hola Emi, ¿cómo vas?

-Con ganas de verte. Te acabo de llamar a tu casa. ¿Dónde estás?

-En la calle.

-¿Te ocurre algo? He pensado que, como no tienes a tu hijo, podríamos quedar.

-Esta noche no. Lo siento.

-¿Por qué estás tan seria y me contestas con evasivas? Acepto que no quieras verme. ¿Tienes compañía, ¿verdad? ¿No vas a

decirme de quién se trata?

-No, Emi, no te lo voy a decir. Aunque seas periodista no me hagas tantas preguntas, que no te he concedido ninguna entrevista.

Sintió que Emi cortaba la llamada pero no le dio mayor importancia. Miró a El de 28 caminando despacio hacia ella y se propuso dejar de pensar en cuánto le perturbaba la conducta de esa amiga que ya no lo era tanto. Estaba a punto de cumplirse un año del percance y tenía claro que lo ocurrido entonces había levantado un muro entre las dos, un punto de inflexión que impedía que la

amistad que mantenían volviera a ser como antes.

Emi se encontraba sola en su dormitorio y la soledad llenaba de tinieblas su casa y su vida. Lamentaba que ninguna de sus amigas se hubiera acordado de la fatídica fecha. El dolor y el desconsuelo la abrumaban. Nada más colgar la llamada de Olivia tiró el teléfono contra el suelo de parquet, cerró la habitación de un portazo y se dirigió al cuarto de baño. Se paró frente al espejo y examinó la pequeña cicatriz sobre su párpado derecho, huella imborrable de su largo matrimonio.

Después bajó la vista hacia la muñeca de su mano derecha y sus ojos le mostraron otra cicatriz más nueva con la que, asimismo, se vería obligada a convivir hasta el fin de sus días: la provocada por el dolor de una muerte de la que esa misma madrugada se cumplía un año. Una pérdida que únicamente ella parecía recordar. Un aniversario que el destino le obligaba a rememorar en soledad, como si se tratara de un castigo divino. Ni siquiera Wynie, su amiga del alma, le había ofrecido su consuelo en esa condenada noche. Directamente, la olvidó y se citó con El Profesor de

Matemáticas. ¡Maldito amante pesado! – vociferaba con toda la intensidad que le permitían sus cuerdas vocales, como si pretendiera que ella la escuchara, se conmoviera y corriera a su lado para consolarla.

La crudeza de su realidad solitaria inundó la estancia y le provocó escalofríos y temblores. Corrió hacia el dormitorio, deseosa de refugiarse entre las sábanas de su cama y de encontrar en ellas la paz que la vida se negaba a regalarle. Entonces lo vio allí, el rostro pálido y la mirada pétrea, reproduciendo la imagen de un año

atrás. Frente a sus ojos pasaron, sucesivas, las escenas de aquella noche en que descubrió que la felicidad se vuelve como un calcetín para mostrar su cara opuesta, la de la desgracia más atroz. Se vio junto a El Polaco en el restaurante donde disfrutaron de una copiosa cena, durante el largo paseo hasta su domicilio agarrados por la cintura y, por fin, la llegada a esa misma habitación. El deseo deseado, el éxtasis sexual, la posesión inquebrantable y la constatación de que ningún hombre podría poseerla con esa intensidad... El clímax que precedió a la irrupción de la afilada



guadaña de la muerte, el gemido ahogado en la garganta del ser amado y la frialdad que envolvió su cuerpo y la avisó de que El Polaco, convertido en el fotón que tantas veces vislumbrara a su lado, abandonaba el mundo de los vivos. En su mente rebotó el eco de su propio grito de espanto y su ser entero se estremeció al evocar el tacto helado de la piel ansiada y deseada. Revivió la llamada a Urgencias, la llegada de los médicos que certificaron el óbito por infarto y el revuelo de los vecinos. Ahora, justo un año después, notaba su presencia en el

mismo lugar y escuchaba su voz reveladora. No sintió miedo. Más bien al contrario: las palabras del espíritu de su amante le mostraron con una luz prodigiosa el camino que habría de tomar en la vida.

-Vete de aquí, Emi, porque no podrás ser mía en el mundo terrero ni volverás a sentir el calor de mis besos. No entres en esta habitación que te mostrará siempre las huellas de lo que fuimos, ni te echés en esta cama donde nuestros cuerpos alcanzaban juntos la plenitud. Vete, Emi, vete.

Palabras procedentes de universos lejanos que retumbaron

en su cerebro durante toda una noche en la que no pudo conciliar el sueño. Llegó un nuevo día y la vio huir de casa con lo puesto por segunda vez en su vida, aunque en esta ocasión lo hacía sola. No quiso llevarse ropa ni nada que le recordara su existencia anterior. Cogió un bolso pequeño en el que metió la cartera, su documentación, el teléfono móvil y el cargador del aparato. Cerró con dos vueltas de llave la puerta de su casa, con la certeza de que el pasado se quedaba encerrado en el interior de aquel hogar. Salió a la calle, tomó un taxi y se dirigió al aeropuerto.

Había realizado muchas veces ese trayecto para recoger a su amante cuando llegaba desde Varsovia y ahora que no lo tenía lo sentía más cercano que nunca. Sabía que él guiaba sus pasos, que le revelaría su destino en el momento en que llegara a Barajas y que nunca dejaría de protegerla. Se contemplaba a sí misma segura y animada.

A esa misma hora, Wynie se despertó sobresaltada por una pesadilla. El Polaco, muerto, se presentaba en su casa y le anunciaba que Emi había desaparecido. Temblaba. Un sudor

helado recorría su ser y se clavaba en sus entrañas. Sentada en la cama, el castañeteo de sus dientes sonaba tan fuerte que alertó a El Profesor de Matemáticas. El hombre la abrazó e intentó calmarla.

-Has sufrido una pesadilla y estás sudando. Relata en voz alta todo lo que puedas recordar. Es así como se expulsan los malos sueños –le dijo antes de besar con ternura sus mejillas y sus labios.

Ella permaneció en silencio, con la cabeza apoyada en el pecho de su amante. Trataba de calmar los signos externos de su nerviosismo y de ordenar el bombeo de imágenes

y de voces que se agolpaban en su cerebro. El reloj se movía sin que pudiera percibirlo.

-Has dejado de temblar pero no has pronunciado ni una palabra, Wynie. Sé que no duermes y estoy empezando a preocuparme. Dime, al menos, que estás bien.

-Sí, lo estoy. Déjame sola, por favor.

-De acuerdo. Si eso es lo que quieres, me marcho. Llámame si me necesitas.

Despidió al amante duradero y se sentó en la cama, los codos hincados en las rodillas y las manos

sujetando su cabeza gacha. De repente, el sentido de su atribulada pesadilla se le presentó con una clarividencia cegadora. Se dio cuenta de que acababa de cumplirse un año de la muerte de El Polaco, cuyo espíritu interrumpía su sueño para recordárselo. Se maldijo a sí misma por haber rechazado la compañía de su íntima amiga en esa fecha tan señalada, obnubilada por una noche de pasión con El Profesor de Matemáticas. Recordó el suspiro contrariado de Emi cuando le comunicó que no podrían verse a causa de esa cita previamente concertada y agarró el

teléfono para llamarla. Necesitaba reparar el infausto olvido, abrazarla y ofrecerle su hombro para que derramara sus lágrimas. Resultó imposible. Emi no respondió a las insistentes llamadas al teléfono de su casa. En el móvil, una voz metálica le comunicaba que “el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde”. ¡Mierda! –gritó ofuscada. Soltó el aparato en su sitio y volvió a la misma postura sobre la cama. Evocó entonces el golpe traumático que sucedió a la muerte de El Polaco. El percance



que dejó al aire las debilidades de su única amiga del alma viva y reveló el secreto que durante tantos años mantuvo oculto. La llamada de Olivia una tarde cercana a las últimas vacaciones de Navidad, su voz interrumpida por el llanto y las palabras entrecortadas que le comunicaban que Emi había intentado quitarse la vida. La larga reunión de ambas después del suceso, cuando Olivia le contó al detalle todo lo ocurrido en el domicilio de Emi, en el hospital y en casa de la apesadumbrada madre. Un impulso la levantó de la cama. Tomó asiento en el sofá, en lugar y

posición idénticos a como estaba aquella tarde. Experimentaba un déjà vu que le hacía ver a Olivia sentada a su lado, llorosa y nerviosa, confundida y apenada. Por segunda vez en su vida, escuchó atentamente el relato pormenorizado de los hechos.

-Estábamos citadas en su casa a las 10,15 de la mañana. El plan era desayunar y luego, salir de compras. Llegué a la hora en punto y llamé a la puerta. Sentí que me abrían pero no vi a Emi. Me asusté nada más entrar. El suelo estaba lleno de gotas de sangre que engordaban a cada paso. Corrí a su

habitación y la encontré tumbada en la cama, ensangrentada y lívida. Descubrí la herida en la muñeca de su mano derecha y le hice una especie de torniquete con lo primero que se me puso a mano, un pañuelo de cuello que había encima de la silla. La sangre dejó de brotar. Emi, Emi, ¿qué has hecho? – la interrogué en tono recriminatorio, buscando una reacción por su parte. Ella se incorporó en la cama. “No puedo con la vida, no quiero vivir sin él, Olivia, ayúdame” –me dijo. “Tienes dos hijas, Emi, así que déjate de tonterías. Ahora mismo llamo a tu madre y nos vamos al

hospital. Te has hecho una herida muy profunda y tengo miedo. Rápido” –le ordené, y la cogí del brazo para levantarla. Llegamos al salón, yo tirando de ella como si fuera una muñeca de trapo. La senté en un sillón, agarré el teléfono inalámbrico y busqué el número de su madre en la memoria. Marqué y le dije que viniera urgentemente. Nada más. Un segundo. Cuando volví a mirarla estaba subida en el alféizar de la ventana y amenazaba con tirarse. Tuve mucho miedo, Wynie, y suavicé mi tono para calmarla. Le tendí la mano y le pedí con dulzura

que se bajara y que me abrazara. No me hizo caso y empezó a gritar como una loca, allí arriba. “Me voy con El Polaco porque aquí nadie me quiere ni me necesita y no intentes evitarlo” – vociferaba. Presa del pánico aunque sin querer aparentarlo, me subí en una silla, me coloqué en paralelo a su cuerpo y la agarré por la mano con la intención de tirar de ella hacia el interior. No resultó porque Emi estaba fuera de sí y empezó a zarandearme. Por un instante creí que caíamos las dos al vacío. De forma instintiva, en una reacción lógica de autodefensa, solté su

mano y salté de la silla al suelo. Una vez a salvo, la miré de nuevo y seguía subida en el alféizar, desafortunada y repitiendo a gritos que solo quería irse con El Polaco, que no podía vivir sin él y que se despedía diciéndolo a voces para que su hombre y el resto del mundo la escucharan. “La última performance de su vida” -pensé aterrorizada-y recé en silencio para que su madre llegara pronto. No conseguí que Emi se bajara ni dejara de gritar llamando a su amante fallecido. Traté de hacerla desistir con palabras serenas. Sentada en una silla frente a la

ventana, le hablé del daño que haría a sus hijas, a su madre e incluso a ti. Le recordé que ya habías perdido a Marina y que sufrirías mucho si también te quedabas sin ella. Le hablé de El Maligno, de nuestras risas y de nuestras charlas. De que a la vida no había que ponerle fin, sino saborearla en cada instante. Saqué a relucir todo lo que se me ocurrió para convencerla de que desistiera y no lo conseguí, Wynie. Por suerte, respiré aliviada unos segundos después. Oí que la puerta se abría y vi a su madre entrar en el salón como un torbellino. Con unas pocas

palabras, consiguió que se bajara y la llevamos al hospital.

Wynie rememoró esas palabras de la madre de Emi, repetidas como un eco por la voz de Olivia. "Sé que no quieres suicidarte, sino llamar la atención. Ya te dijo la doctora que eso no funcionaría, así que bájate de la ventana ahora mismo". Fue entonces cuando ambas supieron que la amiga friki y egocéntrica padecía un trastorno bipolar de origen genético del que se estaba tratando desde la adolescencia, y que dejó de tomar la medicación tras la muerte de El Polaco porque su único deseo era acompañarlo en



ese viaje sin retorno. Dicha circunstancia provocó que intentara quitarse la vida un mes y medio después, sumida en una depresión profunda y en un desencanto existencial con todos y hacia todo lo que la rodeaba.

Tras la experiencia déjà vu que puso bajo el microscopio de su mente calculadora las debilidades de su amiga del alma, Wynie telefoneó a Olivia. Le refirió la pesadilla de la noche anterior, primer aniversario del deceso de El Polaco mientras hacía el amor con Emi; su miedo por haberla dejado sola y su desconcierto por el hecho

preocupante de que Emi, tal como le anunciara en sueños el fantasma de El Polaco, había desaparecido. Olivia la informó de que también ella había recibido una llamada de Emi esa misma noche, pero que estaba con El de 28 y declinó atenderla.

-Además de molestarme su tono de entrevistadora impertinente, me dio mucha rabia que me colgara el teléfono nada más decirle que no podía quedar con ella. De sopetón, sin despedirse siquiera –precisó. Estoy cansada de sus desprecios, de su egoísmo y de que tenga que salirse siempre con

la suya. Fue lo que sentí al darme cuenta de que había cortado la llamada y llegué a la conclusión de que su amistad me resultaba demasiado tóxica, que me perturbaba en un grado mucho mayor de lo que me aportaba de positivo. Lo siento, Wynie. Aún no he conseguido disociar el malestar por el sufrimiento y el miedo que me hizo pasar la mañana de su intento de suicidio del resto de los aspectos de nuestra relación. Ni olvidar que nos ocultara su bipolaridad durante tanto tiempo.

-Eso no importa ahora, Olivia. Lo que cuenta es que la hemos

dejado sola. Desde que Katty se marchó somos sus únicas amigas y ambas le negamos nuestra compañía y nuestro consuelo en esa noche tan triste. Como le haya ocurrido algo no seré capaz de perdonármelo nunca.

-Tranquilízate y no te pongas en lo peor, Wynie. Llamaremos a sus hijas y a su madre y, si continúa sin dar señales de vida, iremos a la Policía y denunciaremos su desaparición. Si te sirve de consuelo, estoy convencida de que no le ha pasado nada. Esta tiene más vidas que los gatos y más suerte que tú y yo juntas. Como ya

sabes, hace lo que le da la gana sin ponerse en el lugar de los demás y sin tener en cuenta el sufrimiento ajeno. Y tiene la suerte de que somos buenas personas, buenas amigas y nos preocupamos por ella.

Quédate tranquila –insistió. Aunque no me apetezca mover un dedo por Emi, lo hago por ti, porque sé lo mucho que la quieres. En media hora nos vemos en tu casa.

Wynie respiró hondo y se dispuso a recoger ropa y a ordenar su dormitorio y el salón. Una frase de Olivia “tiene más vidas que los gatos y más suerte que tú y yo juntas” retumbaba en su mente

como un soniquete. Analizaba lo acontecido en la vida de Emi desde que El Polaco le comunicara que convivía con otra mujer, una brasileña, y ella se marchara de su lado sin decir adiós. Sus aventuras posteriores con otros hombres y su convencimiento de que ninguno era comparable a él, lo que provocó un viaje a Varsovia que lo devolvió a sus brazos de modo definitivo. Y la fortuna de que el destino se pusiera de su lado al propiciar que sus hijas se independizaran antes de lo previsto y le dejaran el camino libre para culminar la unión con su amado. La mayor se marchó a vivir

con su novio antes de cumplir los veinte años y la pequeña le pidió que le permitiera iniciar sus estudios universitarios en Londres, donde vivía su padre. Hasta que el corazón de El Polaco dejó de latir, fulminado por un rayo de pasión que lo detuvo pasados los setenta años y le regaló el mejor final con el que hubiera podido soñar, disfrutaron casi cinco de plenitud, en una comunión indisoluble e implacable que los alejó de cualquier objetivo vital distinto a cultivar la pasión de sus cuerpos y el delirio de sus almas.

Mientras sus amigas, sus hijas y

su madre consumían las horas preocupadas por su repentina desaparición y sin saber cómo actuar, Emi volaba desde Madrid a Nueva York, convencida de seguir al dictado los deseos de su amante y segura de que, aunque hubiera dejado el mundo de los vivos, El Polaco nunca la abandonaría. Nada más tomar tierra en el aeropuerto Kennedy telefoneó a su hija mayor y la hizo partícipe de su destino. Le comunicó su intención de buscar un apartamento en la ciudad de los rascacielos y de quedarse allí por un tiempo indefinido. La joven le recriminó su comportamiento con



medias palabras, interrumpidas por el llanto y el nerviosismo.

-La abuela, mi hermana y yo nos hemos preocupado mucho y tu amiga Wynie no para de llorar, convencida de que te ha sucedido algo horrible. ¿Cómo has podido irte tan lejos sin decir nada y sin pensar en nosotras, mamá? ¿Qué has hecho con tu trabajo? ¿Es que piensas dejarlo?

-Me quedan tres semanas de vacaciones por disfrutar. Ahora llamaré al gerente y le diré que me las he cogido. En ese tiempo buscaré otro empleo aquí. Dile a Wynie que estoy bien y que hablaré

con ella cuando me instale. Ayer se cumplió un año de la muerte de El Polaco en mi cama, en nuestra casa. Ninguna de vosotras se acordó ni tuvo tiempo para acompañarme ni para consolarme en mi dolor.

Estaba muy angustiada y aquellas paredes se me caían encima y me ahogaban. Escuché su voz pidiéndome que me marchara lejos y me dejé llevar. No te preocupes, estoy bien –repitió.

-Sí, claro, tú estás bien. Y los demás, ¿qué? Olvidamos el aniversario de la muerte de El Polaco, vale. ¿Y crees que eso te da

derecho a abandonarnos? Si has dejado de quererme dímelo, por favor. Lo que has hecho me ha destrozado el corazón. Además de enfadada estoy muy triste, mamá.

-Claro que te quiero. ¿Cómo puedes dudarlo? El amor hacia los hijos no caduca ni flaquea por la distancia. Díselo a tu hermana de mi parte. No os he abandonado. Ella vive con vuestro padre y tú con tu novio. Era yo la que estaba sola, ¿no lo entiendes? Intenta saborear lo bueno de tu vida, que es bastante, y trata de disfrutarla al máximo sin preocuparte por mí. Hace mucho tiempo que te

independizaste y respeté tu decisión, hija. Creo que merezco que ahora tú respetes la mía.

-De acuerdo, mamá –asintió la joven, más tranquila, antes de despedirse.

Wynie estuvo durante muchos días esperando una llamada de Emi que no se produjo. El sentimiento de culpabilidad por haber rechazado su compañía aquella maldita noche y la angustia provocada por su inesperada y repentina desaparición se fueron diluyendo en el fragor del acontecer diario. Sabía por su hija mayor que estaba bien y eso la tranquilizaba. Su intenso trabajo

como escritora de libros de autoayuda, además de poner fin a una precariedad económica sufrida durante muchos años, le servía para medicarse con remedios similares a los que recetaba a sus lectores: “vive en paz contigo mismo, deja que el tiempo pase y arrastre consigo el dolor..” Tras intentar, sin éxito, conseguir un empleo similar al que perdió a los cuarenta, estuvo ejerciendo el Periodismo como freelance y en precario hasta darse cuenta de que dedicarse a la profesión por la que tanto había luchado ni siquiera le proporcionaba lo suficiente para

que ella y su hijo llevaran una vida digna. Convencida de que trabajar con el lenguaje era lo suyo, buscó en la palabra escrita una salida que llegó de modo fortuito. Ocurrió durante unas vacaciones de Semana Santa en que sus padres le regalaron un viaje a Canarias para que pasara en familia su cuarenta y cinco cumpleaños. Nada más llegar, su madre la obsequió con un plato de fresas cortadas que le resultaron deliciosamente dulces. Admirada por el sabor de una fruta que no le gustaba mucho debido a su acidez, su progenitora le explicó que ese dulzor especial era el resultado de

un viejo truco que aprendió de la abuela. Consistía en cortar las fresas por la mitad, echarles una cucharada sopera de vinagre y otra de azúcar, removerlas y dejarlas en ese jugo unas tres horas antes de consumirlas. Un hecho banal que puso su cerebro a maquinar y le ofreció una salida profesional inexplorada hasta entonces: escribir libros que ofrecieran a la gente una prestación distinta al puro placer de la Literatura. "Trucos de cocina fáciles y útiles" fue su primera obra y le proporcionó ganancias suficientes para empezar a gestar las que llegaron después, sin tener

que perder el tiempo escribiendo artículos insulsos por unos pocos euros para empresarios faltos de escrúpulos a los que maldecía cada mañana al sentarse frente a la pantalla de su ordenador. Una década después de que la despidieran de su trabajo como cronista parlamentaria, cumplió el medio siglo segura de que nunca más volvería a añorar la pérdida por la que tantas lágrimas llegó a derramar. Miraba complacida su viejo apartamento del barrio de Los Austrias convertido en un moderno loft urbano y los siete volúmenes que lo habían hecho posible,



colocados en la parte central de una estantería de diseño que ocupaba la pared frontal de su vivienda recién restaurada. Revisaba el producto de jornadas interminables de entrega y tesón y su orgullo se incrementaba al concluir que, además de solucionar el problema más importante de su vida, el económico, esos libros habrían sacado de algún apuro a lectores anónimos y variopintos que desde el principio empezaron a contarse por miles. “Cómo comunicar a tus padres que eres gay sin que mueran de un infarto”, “Cien medicamentos sin receta que

te ayudarán a ser feliz” o “Consejos mágicos para superar un desengaño amoroso” fueron los títulos que siguieron al primero sobre trucos de cocina. Una obra corta que las amas de casa españolas propagaron de boca a oreja en supermercados, bares y peluquerías y que, además de abrirle las puertas al mercado de las grandes editoriales que se interesaron por las que llegaron después, le demostró que los sueños se convierten en reales si se persiguen con ahínco. Tales reflexiones reproducían en su mente las palabras de Marina, la amiga

muerta cuyo recuerdo indeleble permanecía en su corazón. "Tú eres luchadora y fuerte, de esas personas que consiguen todo lo que quieren en la vida. Si no eres millonaria es porque no te lo has propuesto, pero lo serás si te empeñas en ello" – argumentaba convencida cuando Wynie perdió su trabajo en la agencia de noticias y no encontraba la forma de aliviar la presión que la abrumaba. "No quiero ser millonaria, Marina. Me conformo con sacar adelante mi vida y la de mi hijo, con librarme de la angustia que me aprisiona el pecho cuando no llego a fin de mes

y no sé de dónde sacar para pagar las facturas". "Pues deja de angustiarte y piensa, que es lo que mejor se te da. La angustia es una mala compañera", querida amiga – le insistió Marina hasta el último de sus días en este mundo.

Y así consiguió su objetivo. Pensando y trabajando. La entrega entusiasta a los dos quehaceres de su vida, el de escritora y el de madre, junto a la llegada de la menopausia, la alejaron de la nocturnidad y de los bares, de los ligues de usar y tirar y de las aventuras cuyo único fin era el sexo. Lo que antes le gustaba tanto

se le presentaba ahora con un tufo de asco. El climaterio le cercenó la libido. Aunque la falta de deseo sexual pudiera parecer un hecho grave y doloroso para una mujer de naturaleza ardiente como ella, Wynie se lo tomó con la naturalidad de quien estrena un nuevo juego en el que la ficha del sexo no participa. Rechazó la medicación con estrógenos que le ofreció su ginecóloga para remediar el problema con el argumento de que la Naturaleza era sabia y que si había propiciado esa inapetencia sexual, no estaba dispuesta a contrariarla tomando unas pastillas

con más contraindicaciones que efectos positivos. El hallazgo del producto quincenal que persiguiera desde que obtuvo el divorcio dejó de interesarle. No había vuelto a tener noticias de ninguno de los amantes que la motivaron en aquellos años. Ése, el hombre casado que fuera su amor prohibido y esquivo se había esfumado de su existencia, al igual que El Tuitero o El Grandullón, que también desaparecieron para siempre. Solo El Profesor de Matemáticas, a quien por algo llamaba El Amante Duradero, seguía en su vida de la misma forma. Como un compañero

esporádico junto al que pasaba algunas noches de sábado acurrucada en el sofá o gozando bajo las sábanas de la cama. El macho que le hacía recordar que el sexo, aunque no le apeteciera con la intensidad de antaño, era el mejor placer con el que contaba el ser humano para obsequiar a su cuerpo. Besaba su boca, sus pechos y su vientre y la tentaba poniendo su mano sobre el falo enorme y brillante que miraba al cielo. Regaba el bosque seco con paciencia y lubricante hasta conseguir que floreciera y sumergía su masculinidad entera en el túnel

acuoso que se estremecía en cada arremetida, en cada suspiro y en cada beso. Gozaban durante largo rato de aquella comunión de cuerpos, ella sintiendo la enormidad del miembro duro golpeando los músculos internos y él, disfrutando con las vibraciones de la vagina que se dilataba para recibirlo y se encogía para retenerlo.

Así transcurrían gran parte de las noches de Wynie y El Profesor de Matemáticas. Ella debajo y él encima. Ella encima y él debajo. Ella abriéndose a él. Él entrando en ella. Ella reteniéndolo y ambos gozando. Terminaban sedientos.



Saciaban la sed y seguían amándose. Hasta agotar todas las energías. Hasta quedar extenuados. Habían superado una década como amantes y el conocimiento mutuo les otorgaba una complicidad que empezó a extenderse fuera de la cama. Salían a cenar con más frecuencia, daban largos paseos cogidos de la mano -algo que a ella le repelía diez años atrás- iban al cine y visitaban museos. Entre ambos surgió una conexión que superaba al sexo aunque esto último seguía siendo la llama que alimentaba unos encuentros cada vez más frecuentes. La enorme

herramienta del profesor que la encandiló desde el principio no había perdido un ápice de su vigor y, pese a los efectos de la menopausia, Wynie llegaba a saborearla con una intensidad sublime. Cuando se lo había saber, él le sonreía orgulloso y le devolvía el piropo al decirle que ella se la ponía más dura que una piedra. En aquellos momentos nada hacía presagiar que el tiempo que les quedaba por disfrutar juntos sería muy corto.

El medio siglo de vida trajo a Katty las mieles del sueño cumplido de vivir con un hombre rico en una

mansión con piscina. Y las hieles del precio que tuvo que pagar a cambio: separarse de su hijo, que había cumplido la mayoría de edad y no quiso dejar a sus amigos en Madrid para trasladarse a un país lejano junto a su madre y el único novio serio que le había conocido desde que se divorciara de su padre. Aunque Katty no lo esperara, el traslado de El Pijo a Brasil para buscar nuevas oportunidades de negocio no implicó que perdieran el contacto. Por muy paradójico que resulte, la relación entre los dos se estrechó y se afianzó en la distancia. Tal como le prometiera la

última noche que pasaron juntos en vísperas del viaje, ese joven maduro e inteligente que tanto le atraía pese al escaso tamaño de sus atributos viriles le envió un billete Madrid-Salvador de Bahía-Madrid para darse el placer de abrazarla en el momento en que los negocios emprendidos en la tierra de la samba le dieron un respiro. Katty recibió el obsequio con la ilusión de una niña pequeña a la que regalan su muñeca preferida. Cruzó el gran océano por primera vez en su vida sin imaginarse que ese vuelo solo sería el primero de una larga serie que estaba por

llegar.

Como tantos jóvenes que huían de la precariedad económica y de la falta de expectativas en España, El Pijo emigró con treinta años a un país emergente buscando la prosperidad que su familia le proporcionara desde la cuna y que había perdido como consecuencia de la crisis. Todo el dinero que consiguió de la venta de sus negocios en España lo invirtió en acciones del primer hotel de lujo que se levantó en Praia do Forte, cerca de Salvador de Bahía, y aquella inversión empezó a crecer como la espuma y a generar nuevos

negocios. Con treinta y cinco se dio cuenta de que la hermosa dama que dejó en España y que lo visitaba cada vez que él se lo pedía y le enviaba los billetes era la mujer de

su vida. De una vida que no sería plena hasta que no la tuviera a su lado. Y, una vez conseguida la bonanza económica que lo llevó al país carioca, se dedicó con tanta perseverancia como encanto de seductor a convencerla para que se trasladara de forma definitiva. Katty, que llevaba más de una década buscando un amor duradero y estable, no podía evitar el sabor

agridulce que dejaban en sus labios las frecuentes escapadas a Salvador de Bahía. Los días de baños y besos en la playa de Itapuá y las noches de seducción y sexo en la piscina de aquella mansión colonial

que tanto se parecía a la que recreara en sus sueños. El dulzor de la estancia y el amargor de una partida que en cada viaje le resultaba más dolorosa. Empezaba el vuelo de vuelta con la imagen del rostro suplicante de su amado incrustada en su cerebro. Llegaba a Madrid y continuaba los días de una existencia anodina que solo recobraba su sentido en el recuerdo

de las caricias que dejaba al otro lado del mar. El tiempo pasaba y le negaba la fuerza suficiente para abandonarlo todo y correr a su lado de forma definitiva. Tenía un hijo que aún la necesitaba y un corazón partido en dos mitades, la del amor de madre y la de la pasión de mujer. Tuvo que cumplir cincuenta años para decidirse a romper la dicotomía y fue su propio hijo quien la animó a hacerlo la misma noche de su aniversario. Paseaban hacia casa después de celebrar el cumpleaños en un restaurante y contemplaron admirados el fulgor de la luna llena que iluminaba las



calles oscuras con sus rayos plateados. Los ojos claros de Katty se llenaron de lágrimas al evocar el brillo del astro redondo y blanco sobre la arena de las playas de Brasil. Su hijo la abrazó y, por primera vez desde que empezaron sus viajes, le pidió que dejara de llorar y corriera a los brazos del hombre que amaba. Que él ya era mayor de edad, que tenía su vida hecha en Madrid y que entendía la necesidad y el derecho que la asistía a rehacer la suya. Dos días después, Katty cogió el vuelo sin billete de vuelta que la llevó de forma definitiva al reencuentro del

amor tantas veces anhelado.

Ni a Wynie ni a Olivia les sorprendió que, un par de meses después de su huida fulminante a Nueva York, Emi estuviera perfectamente instalada en una amplia y confortable vivienda de Greenwich Village y tuviera un trabajo mejor que el que dejó en Madrid. De las cuatro amigas, eran las únicas que seguían viviendo en la capital de España una década después de conocerse. La necesidad de compartir las sensaciones del clímax, unida a la cercanía de los apartamentos de ambas, propiciaron que se vieran

con mucha frecuencia. Dos tardes a la semana quedaban para correr por el parque de El Retiro y prolongaban la velada hasta la hora de la cena. También resultaba habitual que, cuando Wynie no estaba con su hijo, aceptara la invitación de su amiga para cenar en su casa y pasar un rato de tertulia con ella y El de 28. El hombre que años atrás provocara una fuerte disputa entre ambas y fuera, asimismo, el artífice de la reconciliación, se convirtió en la pareja oficial de Olivia, en cuyo hogar residía desde que le detectaran una desagradable

enfermedad venérea para cuya sanación necesitó de su ayuda. Recuperado de su dolencia y superados los cuarenta, pregonaba a los cuatro vientos que la serenidad que encontró en Olivia nunca la había conseguido en anteriores relaciones con chicas de su edad. Según decía, las jóvenes se pasaban el día llamándolo por teléfono, acosándolo o pidiéndole cosas. A diferencia de los inconvenientes surgidos en romances anteriores, con la elegida podía tratar cualquier tema con total confianza y sentía que lo cuidaba y que lo amaba como a él

le gustaba: respetando su libertad y sin agobiarlo. Solo una nube perturbaba su dicha: Olivia no permitía que mantuvieran relaciones sexuales. Una negativa empecinada en la que intervenían varios factores. A la falta de deseo provocada por la menopausia se unían las huellas del sufrimiento del pasado y el miedo a un contagio que, aunque careciera de sentido tras recibir el alta médica, se le presentaba cada noche como un fantasma que teñía su lecho de sombras. No dormían juntos y ni siquiera compartían habitación. Él pernoctaba en el cuarto de

invitados, cumpliendo una de las condiciones que Olivia impuso al aceptar su reiterada petición de que lo acogiera en su casa; y ella, inmersa ya en una etapa de su vida en la que no le importaba dormir sola, continuó asumiendo los roles de amiga y de madre que caracterizaron la relación desde sus inicios. La mujer madura y hermosa que aún seguía siendo olvidó su papel de amante, lo cual no impedía que se le cayera la baba cada vez que escuchaba a su hombre decir en público que, si ella quería, podrían pasar mil años juntos. Aquel amor que se le

antojaba inalcanzable cuando él no había cumplido los treinta y ella pasaba de los cuarenta fructificaba sin sexo, gracias al empuje del respeto exquisito que cada uno guardaba hacia el estilo de vida y las costumbres del otro.

A causa de su trabajo como actor, El de 28 se ausentaba muchas noches de casa para asistir a eventos, promociones o fiestas. Y Olivia prefería quedarse tumbada en el sofá en compañía de un libro

o de una película. A esas alturas de su vida, la infidelidad no le afectaba y ni siquiera llegaba a preocuparle. Sobre todo, porque

estaba convencida de que no se producía. Aunque tenía claro que su amado era un tipo atractivo al que más de una intentaría seducir, lo conocía lo suficiente para saber que su arrepentimiento por la promiscuidad que lo llevó a c e p n a A e m O d c a n c i p e en el otro todos los aspectos positivos de la convivencia, el peso de estos últimos caía con fuerza sobre la fragilidad de la abstinencia sexual que su pareja le exigía. Tuvo que llegar un joven periodista y enseñar a Olivia una palabra extranjera de moda para propiciar el ansiado cambio.



Mujeres softy. Señoras estupendas e independientes que seguían levantando pasiones con más de 50 años, bien conservadas, atractivas y elegantes. Con ese apelativo calificaron a Olivia y a Wynie, féminas con poderío que salían a la calle pisando fuerte y arrancaban, a su paso, suspiros masculinos de admiración y deseo. Un término acuñado en Estados Unidos para definir a estrellas como Madonna, Demi Moore o Sharon Stone, que les colgó un joven reportero de televisión una tarde en una calle comercial del centro de Madrid y las convenció para que

ilustraran un reportaje sobre la fiebre sowfity, convertida en una tendencia internacional en alza. Olivia decidió silenciar aquel acontecimiento ante su compañero y guardarlo como un tesoro que lo sorprendiera en el momento de la emisión. La feroz atracción que dominara sus cuerpos en un pasado ya remoto irrumpió con ímpetu esa noche que él vislumbraba como cualquier otra y ella esperaba en secreto con la ilusión de una quinceañera que aguarda la primera aventura amorosa de su vida. Iban a cenar solos. Olivia preparó un exquisito solomillo al

cava y decoró la mesa con velas y esmero.

-¡Qué maravilla! ¿Celebramos algo de lo que no me haya enterado? -inquirió El de 28 al entrar en casa y encontrarse aquel festín inusual.

Olivia no le contestó. Encendió el televisor y le reclamó con un gesto coqueto que mirara la pantalla. Durante varios minutos se sucedieron las imágenes de ambas amigas, paseando por el centro de la capital elegantemente vestidas, corriendo por el parque del Retiro ataviadas con ropa deportiva de marca y mostrando a miles de

espectadores que el fenómeno de la mujer madura, atractiva, rompedora y sin complejos no era exclusivo del firmamento Hollywood. “Ellas son el ejemplo de que en las calles y en los parques de muchas ciudades españolas proliferan las deseadas mujeres sowfity” –relataba el locutor en un tono que destilaba admiración.

-Estás imponente y no puedo soportar más esta absurda abstinencia, Olivia. Aunque haya pasado tanto tiempo sin verlo, me acuerdo de tu cuerpo desnudo y se me pone más dura que el acero. Me he excitado al máximo. Necesito

meter tus pezones en mi boca y balancearme dentro de ti. Ahora mismo te voy a subir encima y te voy a cruzar entera con mi verga.

Ella no lo autorizó expresamente, pero tampoco se negó a que El de 28 la desnudara en medio del salón, la cogiera en brazos y la encaramara a su cuerpo.

Se entregó a sus besos profundos, lenguas enroscadas casi chocando las gargantas y respiraciones entrecortadas. Sin mayores prolegómenos, sintió como un torrente la hermosa herramienta enhiesta que atravesaba su intimidad y provocaba las

vibraciones de su ser entero al golpear con destreza el interior de sus entrañas. Una y otra vez. Hasta sucumbir de placer y contemplar admirada cómo se balanceaban las paredes de la casa al ritmo de las estremecidas de una pasión reprimida que explotaba para colmar de gozo a los amantes.

A la mañana siguiente, una Olivia pletórica telefoneó a Wynie para pedirle que se vieran. Le comunicó que necesitaba contarle una noticia importante. Esta última soltó una carcajada antes de hacerle saber que también ella tenía novedades para compartir. Se

citaron por la tarde en El Retiro y entablaron una conversación reveladora mientras ejercitaban sus glúteos con una suave carrera.

-¡Quién me iba a decir a mí que el reportaje de las sowfity me despertaría la libido y pondría fin al castigo que le impuse a El de 28! – exclamó Olivia nada más saludar a su amiga con dos besos en la mejilla.

-O sea, que anoche, después de verte en la tele, insistió en follarte y lo consiguió –apuntó Wynie, risueña y espontánea.

-No fue necesario que insistiera

mucho. Me piropeó y me miró con unos ojos de deseo que me subieron la temperatura a pesar de la menopausia. Saberte así de deseada te alza la autoestima una barbaridad, amiga.

-Desde luego. A mí, que no he tenido que castigar a nadie, es raro que me entren ganas de sexo. Lo normal a nuestra edad –puntualizó.

Sin embargo, cuando me llama El Profesor de Matemáticas se encarga de ponerme bien caliente, empezando por la oreja y siguiendo por donde ya sabes.

-¡Jajaja! –le contestó Olivia con



una sonora carcajada. Que tu profe te ponga a cien no es ninguna novedad. Si no fuera así, no llevarías más de diez años acostándote con él. Pero tú tenías que contarme algo nuevo, ¿o no?

Sí. He recibido la primera llamada de Emi desde que se fue a Nueva York.

-¡Por fin! ¿Y qué te ha contado la friki de nuestra amiga? Seguro que ya está súper colocada, vive en el mejor barrio de Nueva York y todo le va sobre ruedas. Esa, por muy bipolar que sea, ha nacido de pie. ¡Menuda suerte tienen algunas! –profirió como si la fortuna de la

amiga común le molestara.

-Sí, le va muy bien y no parece que te alegre. ¿Por qué hablas de Emi con tanto rencor, Olivia? No consigo entenderlo.

-Pues deberías hacerlo. Claro, que tú no estuviste a punto de caer con ella de un séptimo piso por querer salvarle la vida, ni pasaste el miedo que yo pasé aquella mañana. Tampoco te enteraste de repente que era bipolar y estaba tratándose desde mucho antes de conocernos. Nos ocultó una información que era importante para que la entendiéramos, siendo, como ella misma aseguraba, sus

mejores amigas. Ese maldito día sufrí mucho y me llevé una decepción muy grande, Wynie. No sé si seré capaz de olvidarlo ni cuándo ocurrirá. No la echo de menos, que lo sepas, y en el fondo me alegro de que esté lejos. Así no me encuentro obligada a verla.

-Las enfermedades mentales deben ser muy delicadas, Olivia. Las personas que las sufren todavía producen rechazo en la sociedad. Es algo de lo que tú y yo, por suerte, no sabíamos nada hasta ahora. Intenta ponerte en su lugar y a lo mejor su actitud no te resulta tan extraña.

-Emi no intentó suicidarse de verdad, Wynie, sino llamar la atención. Lo había planeado con antelación y para pasar ese trance no te escogió a ti, sino a mí. He pensado muchas veces en eso y siempre he llegado a la misma conclusión: a ti te quería y a mí no. Por eso me citó aquella mañana, para que el disgusto me lo llevara yo y no tú. ¿Te das cuenta ahora de cómo me siento?

-Eso es un pensamiento malévolo que no te traerá nada positivo, Olivia. El único hecho claro es que Emi dejó de tomarse la medicación tras la muerte de El

Polaco y esa falta la desequilibró, según dijeron los médicos. Ahora conoce las consecuencias y no volverá a hacerlo. Ayer, cuando hablamos, me aseguró que la nueva máxima de su vida actual es "no sin mi pasti". La encontré centrada y contenta.

-Me alegro por ella. ¿Y qué más te contó?

-Ha tenido mucha suerte con lo del trabajo. Resulta que su empresa, sin que ella lo supiera, estaba en negociaciones con una publicación americana del sector para abrir una revista de moda y tendencias dirigida al mercado

hispanohablante. Así que cuando les llamé para comunicarles que se había marchado a Nueva York y que no tenía intención de volver, le encomendaron que dirigiera la nueva revista.

-¿Lo ves? Te repito que ha nacido de pie. Todo le sale redondo.

-No niego su suerte, pero debemos reconocer que se ha

dejado la piel en esa revista y seguirá haciéndolo. No olvides que su empresa siguió ganando dinero cuando llegó la crisis y otras publicaciones del sector entraron en

pérdidas y se vieron obligadas a cerrar. Su labor fue excelente y es lógico que ahora la recompensen. - ¿Te ha invitado a visitarla?

-Eso y más. Lo que me ha pedido es que me traslade yo también a Nueva York.

-¿En serio? ¿Y qué piensas hacer?

-Nada, Olivia. No podría vivir sin mi hijo y no creo que él quiera trasladarse.

-Tu hijo ya no es un bebé, Wynie, sino un hombre hecho y derecho que ha empezado en la Universidad y, además, tiene aquí a

su padre. Mira el de Katty: él mismo le pidió a su madre que se marchara. Lo importante es lo que tú quieras. Los hijos se hacen mayores y dejan el nido. Es ley de vida. ¿A ti te gustaría irte?

-Sinceramente, sí. Mi trabajo lo puedo hacer allí lo mismo que aquí y me encantaría tener la experiencia de vivir en el extranjero. Este país es un desastre. Vamos para atrás como los cangrejos.

-Pues háblalo con tu hijo. Igual te sorprende y te dice que sí.

-Lo dudo mucho. El de Katty no



quiso y él tampoco querrá. Siguen siendo inseparables.

-Salvador de Bahía no es lo mismo que Nueva York y lo que estudia tu hijo, diseño de videojuegos, tampoco tiene nada que ver con Veterinaria, que es lo que hace el de Katty. Puede que le apetezca acompañarte y seguir allí su carrera. Insisto en que, si es lo que tú quieres, lo trates con él.

-Claro que lo haré, pero tengo que encontrar el momento más adecuado. Tampoco hay prisa porque no puede dejar el curso a medias. En cualquier caso, tendríamos que esperar al próximo.

Olivia no se equivocó y el hijo de Wynie decidió marcharse a Nueva York con su madre, hecho que se produjo varios meses después de la charla en El Retiro. También la hija menor de Emi se trasladó a la Gran Manzana para continuar allí sus estudios de Bellas Artes. Las amigas póstumas, como se llamaban a sí mismas desde que Marina juntara sus manos en su lecho de muerte, iniciaron con sus hijos una nueva vida en la ciudad de los rascacielos. En el amplio apartamento del Village que Emi alquiló a su llegada, Wynie contemplaba complacida la mirada

clara de su excéntrica amiga iluminada de nuevo por el brillo del amor. Un galán japonés la frecuentaba y Emi se vanagloriaba de ejercer en sus brazos el papel de geisha que iniciara en los de su ínclito amante El Polaco.

Una década después de que empezaran las andanzas de las cuatro mujeres, Olivia había conseguido el amor de El de 28; Katty vivía en una mansión con piscina junto a un hombre rico; Emi convivió con El Polaco hasta que el hombre más importante de cuantos pasaron por su vida dejara este mundo; y Wynie continuaba siendo

un espíritu libre. El paso del tiempo y los caprichos del destino habían moldeado las vidas del cuarteto tal como presagiara la anfitriona en una noche ya lejana de fantasías y anhelos.

**FIN**